

ANABELLA FRANCO

**CAMINO
AL PLACER**




VERGARA



Para vos, misterioso hombre de bar
que inspiraste a Julián.
Y para todos los que sirven
de inspiración a la gente,
aunque nunca lo sabrán.

«Toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca, voy dibujándola como si saliera de mi mano, como si por primera vez tu boca se entreabiera, y me basta cerrar los ojos para deshacerlo todo y recomenzar, hago nacer cada vez la boca que deseo, la boca que mi mano elige y te dibuja en la cara, una boca elegida entre todas, con soberana libertad elegida por mí para dibujarla con mi mano en tu cara, y que por un azar que no busco comprender coincide exactamente con tu boca que sonrío por debajo de la que mi mano te dibuja.

Me miras, de cerca me miras, cada vez más de cerca y entonces jugamos al cíclope, nos miramos cada vez más de cerca y los ojos se agrandan, se acercan entre sí, se superponen y los cíclopes se miran, respirando confundidos, las bocas se encuentran y luchan tibiamente, mordiéndose con los labios, apoyando apenas la lengua en los dientes, jugando en sus recintos donde un aire pesado va y viene con un perfume viejo y un silencio. Entonces mis manos buscan hundirse en tu pelo, acariciar lentamente la profundidad de tu pelo mientras nos besamos como si tuviéramos la boca llena de flores o de peces, de movimientos vivos, de fragancia oscura. Y si nos mordemos el dolor es dulce, y si nos ahogamos en un breve y terrible absorber simultáneo del aliento, esa instantánea muerte es bella.

Y hay una sola saliva y un solo sabor a fruta madura, y yo te siento temblar contra mí como una luna en el agua».

Julio Cortázar, capítulo 7 de Rayuela.

Capítulo 1

«Los labios se encontraron en un beso apasionado. Guido pasó una mano sobre el cabello de seda de Nadia y sus dedos se enredaron»...

—Nati.

...«en los cabellos de Nadia y»...

—¡Natalia!

Apartó los dedos del teclado. No había modo de escribir si su madre gritaba todo el tiempo su nombre.

—¿Qué? —acabó por preguntar, resignada.

—¡A comer!

Suspiró, cerró la notebook y se puso de pie.

Su cuarto no había cambiado desde la adolescencia, todavía dormía con ositos de peluche sobre la cama y un acolchado color rosa viejo gastado por el paso del tiempo. Como la habitación era diminuta, en apenas un paso estuvo junto a la puerta corrediza y trató de abrirla. Le dio trabajo, siempre se trababa, había que moverla hacia arriba y después deslizaría con precisión por la corredera para que finalmente diera paso al living. Cuando logró abrirla, la frescura de las demás habitaciones le dio de lleno en la cara.

Sobre la mesa redonda de la cocina, encontró que su madre había preparado una tortilla de papas. Le gustaba esa comida, pero siempre que la veía, la hacía sentir culpable. Una vez cuando era chica, había hecho un escándalo por tener que comer tortilla. Ya no recordaba qué quería comer esa noche, quizás ni siquiera quería algo en particular, pero los berrinches a veces

servían para descargar penas y, a la distancia, sabía que las había tenido.

Cada una se sirvió una porción en su plato y Natalia sacó la botella de Coca-Cola. Como todo en su casa era diminuto, tenía la heladera junto a la silla. Una de las ventajas de vivir en un lugar tan chico era que todo estaba a mano, y además, que costaba menos trabajo hacer la limpieza.

Durante la cena, su madre le contó por décima vez el problema que había tenido con una clienta. En esa oportunidad, Liliana se refirió a la opinión que Adriana, otra clienta, había tenido del asunto.

—Me dijo que alguien no me puede dejar de encargarse de comida porque una vez cometí el error de ponerle mucha sal a la sopa, que era una excusa. Y claro que es una excusa, algo pasa, pero yo nunca lo voy a saber.

Natalia ya no la oía. Conocía el problema a fondo y lo que le interesaba en ese momento era saber qué estaba diciendo el periodista en televisión, pero no podía escuchar.

—Yo sabía que en algún momento iba a pasar, porque el marido ya me había dicho que no le gustaba cómo preparaba las verduras. ¿Qué hombre se mete a dar órdenes a la que le lleva la comida? Esas son cosas de mujeres.

—Eso ya no es así, mamá —replicó Natalia. Todavía miraba el televisor, pero no podía escuchar—. No seas machista.

—¡No es que yo sea machista! —gritó su madre en respuesta—. Es que esas son cosas de mujeres, los hombres no se tienen que meter en la cocina, ningún hombre lo hace.

—Bueno, por favor, déjame escuchar —pidió Natalia esforzándose más por leer los labios del periodista, pero hasta el momento no conseguía captar una palabra.

—Todos me dan la razón, menos vos. Sos mi hija y al final me contradecís, no sé para qué te cuento si vos no valorás a tu madre.

Considerando que Liliana no se iba a callar y que la noticia que le interesaba escuchar ya había terminado, Natalia se apresuró a acabar la cena y volvió a internarse en su cuarto.

Regresó a su escrito. Se dio cuenta de que había repetido «cabello» y «Nadia» dos veces, entonces borró. Redactó otra vez:

«Los labios se encontraron en un beso apasionado. Guido enredó los

dedos en el cabello de Nadia y continuó besándola. Así acabaron en el sillón, y una noche de pasión impidió que durmieran.

A la mañana siguiente...»

Iba a seguir escribiendo, pero prefirió dejar la acción en esa frase para recordar lo que quería escribir después y ocuparse de su trabajo. Todavía le faltaba corregir algunos exámenes, y aunque la tarea no era apasionante, tenía que cumplirla.

Cerró el Word, pero cuando estaba a punto de hacer lo mismo con Facebook, se arrepintió. Sus dedos titubearon sobre el teclado antes de redactar las mismas letras que al menos una vez por mes la tentaban. Quería resistir, pero acabó haciendo lo mismo de siempre, y en el buscador de la red social escribió «Gabriel Gambarte».

Halló lo habitual: un cuadro abstracto en la portada y una imagen de Rammstein en la foto de perfil. No se veían amigos, datos personales y mucho menos el contenido del muro. No halló novedades, y eso la tranquilizó, pero a la vez le quitó el aliento. Necesitaba saber más de él, así que buscó el perfil de su novia: «Sandra Tévez».

Halló una fotografía que ya había visto en su portada, ella en una disco de paredes rojas, y en la foto de perfil, unas botellitas de perfume mal enfocadas.

Suspiró pensando en que parecían ser tal para cual: Gabriel y Sandra, Sandra y Gabriel. Casi al mismo tiempo se preguntó qué hubiera pasado si la ecuación se hubiera mantenido como Gabriel y Natalia, aunque siempre había sido Natalia y Gabriel. Era profesora de Lengua y Literatura, sabía la importancia que tenía el orden de las palabras, y en el orden correcto, ella siempre había llevado las riendas de la relación, por eso debía ser mencionada primero.

Había sido exigente e incomprensiva. Y al final había dejado a Gabriel con la excusa de que ella merecía algo mejor cuando en realidad ahora pensaba que solo se había boicoteado a sí misma. Él no había sido el infantil, como lo había acusado: había sido ella. Ahora que Gabriel tenía compañera y a ella la ignoraba por completo, se daba cuenta de lo que había perdido y lo lloraba en silencio. Ella lo había dejado, ella lo había empujado a los brazos de otra que con la excusa de consolarlo por la pérdida, se lo había terminado

quedando.

Volvió a sentirse amargada, una vieja que acababa de cumplir veintiocho años y que en dos más pasaría a los treinta. ¡Treinta años! No quería tenerlos porque con su llegada sentiría que había desperdiciado la vida. ¿Cómo se le había ocurrido dejar a Gabriel después de ocho años de noviazgo? ¿Cómo no se había dado cuenta de que no iba a conocer a otro hombre porque no salía a ninguna parte y todas las personas de su edad le parecían estúpidas y superficiales? Gabriel no lo era. Era espiritual, soñaba con casarse, con tener hijos, pero ella, desconocedora del mundo, lo había dejado proyectándose en una relación que de verdad la hiciera feliz. ¿Por qué no había sabido serlo con Gabriel? Si toda la gente se quedaba con lo que tenía por no andar buscando lo que jamás iba a encontrar. Él había sido su primer y único novio, y ahora no era más que la espada que se le enterraba en el corazón y le recordaba que moriría sola. Resultaba paradójico que fuera profesora, que destinara su vida a los hijos ajenos cuando ella no tendría los propios. Resultaba irónico que ella hubiera dejado a Gabriel y ahora añorara su presencia. Extrañaba ir al cine con él, contarle sus problemas, sentirse en pareja. Ni siquiera tenía amigas, solo alumnos, libros y recuerdos.

Sonó su celular. Tenía más ganas de llorar y de tratar mal a quien se le cruzara en el camino que de responder con amabilidad. Vio que se trataba de Analía, una ex compañera de la secundaria con la que a veces salía, y supo de inmediato por qué le escribía.

«Voy a salir con una amiga, ¿quieres venir?», le había escrito su ex compañera. Estuvo a punto de poner una excusa para decir que no, pero la bronca porque Gabriel tenía pareja y ella no, la hizo cambiar de opinión. Sabía que estaba actuando como una ex novia despechada, pero ¿por qué tenía que ser perfecta? Ella no era la protagonista de una novela romántica, jamás sería siquiera el personaje principal de una historia de amor mundano y perecedero como lo eran todos los romances de la vida real. En tal caso sería lectora toda la vida, incluso espectadora, si consideraba que se autocastigaba viendo el amor de Sandra y Gabriel.

«Dale. ¿A qué hora nos encontramos?», respondió fingiéndose decidida. No lo estaba. Se hallaba en camisón y pantuflas, no tenía ganas de ducharse y

menos de vestirse, pero acababa de dar el sí y ya no tenía opción. Podía retractarse, una parte de ella la impulsaba a hacerlo, pero al final se limitó a leer la hora y la dirección donde tenía que encontrarse con Analía, y salió del cuarto.

—Voy a salir con Analía —anunció a su madre, que lavaba los platos con el televisor a un volumen más alto que sus pensamientos.

—¿Qué? —chilló Liliana—. ¡Estás loca! ¿A esta hora? Es muy peligroso, tenés que tener cuidado, no estamos pasando épocas para andar por la calle de noche como si nada.

Natalia no respondió. Se internó en el baño, se dio una ducha y salió poco después para vestirse en su cuarto. No tenía mucha ropa, solo los jeans un talle más grande que usaba para asistir como profesora al colegio religioso en el que daba clases y algunas prendas que le habían quedado como remanente de cuando tenía novio. Acabó eligiendo una pollera marrón larga hasta la rodilla y una blusa al tono con una campera nada moderna, todo de aquella época de oro.

—No te conviene salir a esta hora, Natalia —comenzó a perseguirla su madre ni bien la vio recoger las llaves del auto—. ¿A dónde van? ¿La tenés que pasar a buscar? No vayas por esa zona, que es peligrosa. ¿No tenés miedo?

—No puedo vivir pensando en la inseguridad, mamá —replicó Natalia al tiempo que abría la puerta.

En ese momento, sonó su celular. Presintiendo lo que siempre sucedía cuando salía con otras personas, miró el mensaje de texto y no se equivocó: sus compañeras se atrasarían al menos media hora. Media hora que, para ella, significaba escuchar un largo discurso acerca de la inseguridad, lo peligroso que era salir los sábados a la noche y quizás también oyera por centésima vez el cuento de la sal de más en la sopa y la pérdida de una cliente de su madre.

Suspiró y se internó en su cuarto, esperanzada en evitar de ese modo los planteos de Liliana. Cerró la puerta, y para pasar el rato, se puso a corregir exámenes sin quitarse siquiera la campera.

Comenzó por el primero que tenía en la pila. La pregunta uno pedía resumir el argumento de Relato de un naufrago.

«Se trata de un hombre que viajaba en un avión que se cae y entonces...»

Dejó de leer de inmediato para hacer una anotación:

«Para rendir examen de «Relato de un naufrago», lea el libro, no mire la película «Naufrago» porque NO SON LO MISMO».

Acabó colocándole un dos, solo por el tiempo que se había tomado en mirar la película pensando en la evaluación. Solía tener paciencia con los alumnos, pero ese año la estaban exasperando. Nadie quería estudiar, los padres se quejaban por todo y los inspectores solo sabían dar órdenes que en otras escuelas, nadie respetaba.

Corrigiendo, la media hora pareció transcurrir un poco más rápido, y acabó saliendo de su casa a las doce y media, otra vez bajo la ineludible voz de su madre, que le advertía acerca de todas las calamidades que podían ocurrirle saliendo de la casa a esa hora y regresando a la madrugada.

Ni bien comenzó a manejar, encendió el estéreo y buscó en el pen drive una carpeta con canciones de su agrado. Hacía tiempo que no quería saber nada con Rammstein ni con cualquier otra banda que le recordara a su ex novio.

Pasó por la puerta del bar a la hora acordada, pero dio tantas vueltas para estacionar en un lugar donde tuviera suficiente espacio para maniobrar, que terminó llegando cuando sus compañeras ya estaban allí. Analía le presentó a su amiga Paula y después de cruzar dos palabras, entraron al lugar.

Se trataba de una taberna irlandesa que paradójicamente estaba ambientada con una cabina telefónica londinense y algunos posters de los Beatles. Las mesas eran de madera oscura y las paredes estaban pintadas de escarlata. Había muy poca luz, solo algunos focos rojos y otros azules que generaban un efecto psicodélico y dificultaban la visión. Notaron un espacio libre debajo de una escalera y otro en medio del salón, cerca de la zona que funcionaba como pista de baile improvisada.

—Vamos allá —indicó Paula señalando la mesa central.

Analía se mostró de acuerdo, pero a Natalia la idea le desagradó por completo. Si algo odiaba de los bares eran las acumulaciones de gente, que se llevaran por delante su mesa para pasar y tener que controlar cada dos segundos si su bolso seguía colgado en la silla o se lo había llevado algún

ladrón. Por eso se opuso a la decisión de las dos amigas y señaló la mesa que estaba debajo de la escalera.

—Ahí me parece mejor —anunció.

—Pero ahí no nos va a ver nadie —se quejó Paula.

Allí comenzaba lo que para Natalia era la humillación femenina: ofrecerse en un sitio visible, con una buena minifalda y un escote provocativo para que los varones se fijaran en ellas. Era insegura e indecisa: por un lado no le gustaban las mujeres que impostaban una actitud provocativa, pero tampoco se sentía cómoda con la ropa de monja que tenía. Las demás vestían minifaldas, mini shorts o calzas ajustadas, y ella una pollera marrón acampanada que le llegaba hasta la rodilla.

—Vamos ahí —exigió señalando de nuevo la mesa que estaba debajo de la escalera, hacia donde se encaminó. Las otras dos no tuvieron más opción que seguirla.

Encargaron un trago para las tres. Natalia hubiera preferido pedir uno para ella sola, pero debía respetar los códigos de las que la habían invitado; después de todo, ella era la participante extra. Gracias que habían accedido a sentarse debajo de la escalera.

—Yo no entiendo para qué me dice que quiere salir conmigo si después se va con los amigos —contó Paula una vez que ya les habían llevado la bebida. Hablaba de su novio—. El otro día me llamó por teléfono y me dijo que quería que saliéramos al bar del amigo, que me iba a pasar a buscar, y yo lo esperé como una hora, pero después me llamó y me dijo que mejor no, que se iba a ir a dormir porque al otro día tenía que verse con la mina esa que labura con él. ¡Me llamó a las dos menos cinco de la madrugada, cuando yo ya no podía hacer nada! ¿A quién le iba a decir para salir a las dos de la mañana? Y no daba para ir sola a ver si me encontraba con algún conocido por ahí.

—¡Pero, nena, me hubieras llamado y venías adonde estaba yo! —acotó Analía—. No te quedes en tu casa porque él te deja plantada.

—En realidad no me plantó, porque me llamó. ¿O no?

Mientras la conversación seguía su histérico curso, Natalia se fingía atenta, pero en su mente, aquello no era más que una pérdida de tiempo. Le

parecía que no había crecido, que oía las mismas conversaciones que sus amigas de la secundaria solían mantener en los recreos, solo que habían cambiado hablar de besos por hablar de sexo.

Le hubiera gustado estar en su casa, en pijama y en pantuflas, comiendo un chocolate. Su cuerpo permanecía en la silla, pero en su pensamiento solo resonaba la última escena que había leído de Caballo de fuego. Eso me gustaría estar haciendo, pensaba, leyendo o escribiendo una historia de amor.

Por suerte, nadie la sacó de sus fantasías. Recién a las dos y media de la madrugada, cuando solo ansiaba irse a casa porque ya no daba más de aburrimiento, a sus compañeras se les ocurrió lo que siempre hacían: cambiar de bar.

—Creo que hasta las dos te dejan entrar, después no —recordó Analía de repente, y Natalia pensó que sin querer se libraría del aprieto de tener que acceder a la mudanza solo porque si se negaba, era «sapo de otro pozo». Pero eso no fue así.

—No importa, en Herot tengo un conocido que nos deja pasar seguro —replicó Paula, y acabó con los planes de Natalia, que en ese momento pensaba en literatura. «Herot», así se llama el palacio del rey en «Beowulf», pero apuesto a que el dueño de ese bar no lo sabe, solo colocan nombres que parezcan raros y que atraigan al público, rumeó en su mente, molesta con la actitud «marketinera» e ignorante de los comerciantes.

Acabaron en Herot, un lugar muy distinto a un palacio, bebiendo otro trago entre las tres, sentadas en un patio que de día debía parecerse a la casa de su abuela.

—Me acaba de escribir, me pregunta dónde estoy —contó Paula refiriéndose a su novio.

Otra característica de la salida entre mujeres era que pasaban la mitad de la noche en silencio, viendo sus teléfonos celulares y sonriendo de a ratos, como si hablaran con el príncipe de Indonesia. A veces le mostraban conversaciones que mantenían con chicos por WhatsApp, y ella no podía hacer lo mismo porque no tenía Internet en el celular si no estaba pegada a una red libre y porque tampoco hablaba con chicos. Como siempre, en eso también era «sapo de otro pozo», como se había sentido desde la primaria,

cuando prefería la soledad a los juegos entre compañeros. Ya en la secundaria, había preferido leer y escribir antes que salir a bailar, de modo que la brecha entre ella y las personas de su edad se había profundizado.

Natalia creyó que Paula no respondería el mensaje, pero lo hizo. Le parecía increíble el nivel al que una mujer podía llegar solo por tener un hombre a su lado, por algo ella no tenía uno, aunque lo ansiara.

—Nosotras vamos al baño —le avisó Analía—. ¿Te quedás a cuidar la mesa?

—Sí, vayan tranquilas —replicó Natalia al tiempo que se respaldaba en el asiento con las manos cruzadas delante del estómago.

Mientras veía a sus compañeras alejarse, volvió a pensar en el libro que había dejado a medio leer, en cuánto le hubiera gustado estar en su cama, derritiéndose mentalmente por el protagonista, en lugar de en ese bar, perdiendo el tiempo en conversaciones que no le interesaban en lo más mínimo y viendo delante de los ojos chicos de su edad que jamás llegarían a componer ni la mitad de uno de los hombres de las novelas románticas.

—¿Sabes quién es él? —la interrumpió una voz que de ninguna manera se correspondía con la que ella imaginaba para los personajes de sus libros.

Pestañeó varias veces tratando de focalizar en el chico que, con un brazo sobre el respaldo de la silla, le dirigía la palabra. Casi al mismo tiempo, se percató de que señalaba a uno de sus amigos que compartía la mesa con él, un muchacho con acné.

—No sé quién es él —respondió Natalia con amabilidad.

—Es el primo de Pablo Martínez —el gesto de Natalia no cambió. Permaneció callada y contemplativa—. El jugador de fútbol —aclaró entonces el sujeto que le hablaba, como si así resolviera su vida.

—Ah, no lo conozco—replicó ella con honestidad.

—¿Cómo no? Es el novio de Carmela Rodríguez —el rostro de Natalia tampoco cambió—. ¡La modelo!

No sabía nada de modelos, y mucho menos de jugadores de fútbol, si todo lo que hacía era mirar el noticiero antes de ir a trabajar y durante las comidas.

—Qué bien —replicó sin saber qué esperaban que dijese. Al parecer no dijo lo correcto, porque el chico se dio la vuelta y ya no le llevó el apunte.

La gente se comportaba de manera muy extraña, sobre todo cuando salían y pretendían parecer expertos en el sexo opuesto. Lo más escalofriante de todo era que ella se la pasaba leyendo y tratando de escribir novelas románticas, pero no sabía nada de los hombres. Nada de nada.

Para su salvación, llegaron sus compañeras.

—¿Y? —le preguntó entusiasmada Analía—. ¿Qué te decía? Nos quedamos un rato más en el pasillo porque vimos que estabas hablando con él.

—No sé —respondió Natalia—. Nunca entendí de qué me hablaba. Me preguntaba cosas estúpidas.

Analía rió.

—¿Qué esperás, que te hablen de filosofía en un bar? —lanzó, graciosa.

Paula también se echó a reír, pero para Natalia no hacía falta hablar de filosofía para que una conversación tuviera sentido y resultara interesante. Es más, hablar de eso le hubiera aburrido.

Con pocas perspectivas de que la situación mejorara, suspiró y tomó la decisión más feliz de la noche: volver a casa.

—Me tengo que ir —anunció. Nadie le insistió para que se quedara.

Camino al hogar, mientras conducía su Chevrolet Celta azul de tres puertas, pensó en el tiempo que había perdido y en la soledad. Jamás conocería a nadie porque la gente de su edad le resultaba insoportable; no entendía sus códigos y no tenía ganas de entenderlos. Tampoco servía para fingirse una de ellos mientras por dentro su alma gritaba. Esperaba algo más que chicos que solo supieran hablar en ese idioma parecido al castellano, quería un amor de novela. Pero los amores de las novelas son inalcanzables, y ella jamás encontraría un hombre como esos acerca de los que leía y escribía, porque sencillamente no existen.

Capítulo 2

—Necesito que vuelvas con la camioneta sin falta para las tres menos cuarto —reclamó Julián en el teléfono fijo mientras buscaba su celular, en el bolsillo del saco. Hizo silencio para escuchar—. Vos no entendés que no le puedo decir que nos atrasamos con el pedido de nuevo —arremetió—. Tenemos el aval de que somos una marca fuerte y que nadie en la zona nos iguala, pero eso no quiere decir que esperen por nosotros para siempre. Desde que papá murió sabés que ampliamos el reparto y tenemos que llegar a Capital hoy sí o sí. Por ahora no podemos permitirnos más distribuidores. ¿Soy claro?

Mientras escuchaba la respuesta de su interlocutor, manipuló el celular y leyó un mensaje de texto que acababa de llegar. Desanimado por las novedades, dio una respuesta rápida:

«Sabrina, no puedo pasar a buscar a los chicos ahora, estoy con un problema en la fábrica».

—Fabrizio, somos hermanos, pero siento que me tengo que ocupar de todo yo, o a lo sumo Claudia, y eso no puede seguir así.

Le quedó por decir que, siendo los tres hermanos, percibían partes iguales de las ganancias que rindiera la fábrica, y eso suponía que trabajaran codo a codo. Pero se quedaba con la frase atragantada para favorecer la armonía familiar y porque todos habían sentido siempre debilidad por el hermano menor.

Leyó otro mensaje de texto, la respuesta de su ex mujer.

«Sos el padre, hacete cargo».

Otro la hubiera insultado, pero Sabrina era la madre de sus hijos, y él evitaba por todos los medios enfrentarse a ella de esa manera.

—Está bien, Fabrizio, dejá, voy a llevar los pedidos yo —acabó por decir, y cortó.

Se dejó caer en el sillón de su escritorio, agotado, anhelando un instante de paz. Cerró los ojos y se los frotó con la yema de los dedos. Necesitaba un respiro, sin embargo, el silencio en el que se sumió la oficina duró muy poco; instantes después de que se hubiera sentado, resonaron tres golpes a la puerta.

—Adelante —dijo resignado. Melisa, la secretaria, entró cargando unos papeles.

—Me dice el contador que hay un error en una declaración, pide que la hagas de nuevo —anunció dejándole una carpeta marrón.

Julián suspiró y se inclinó hacia adelante. Apoyó los codos sobre el escritorio y cruzó los dedos a la altura de la frente, con el rostro vuelto hacia Melisa. La chica se lo quedó mirando. Era tan atractivo y olía tan bien que podía pasar horas en su oficina; el traje negro le sentaba a la perfección, y las pulseras que usaba en la muñeca derecha le añadían un toque tan juvenil como moderno. Las conocía de memoria: las dos eran finas y de cuero negro, aunque una tenía detalles plateados.

—¿La puedo hacer mañana? —interrogó él en voz baja. Melisa negó con la cabeza.

—Me dijo que era urgente porque hoy se vence el plazo para entregarla —respondió apresurada.

Con el tiempo contado, Julián extrajo un papel y rehízo la declaración. Una vez que acabó con eso, la entregó a su secretaria, recogió las llaves del auto y se puso de pie. Para despedirse de Melisa, le colocó una mano sobre el hombro cuando pasó a su lado. Fue suficiente para que ella sonriera y cerrara los ojos. Quería disfrutar de la estela de perfume que él dejaba al irse.

Antes de abandonar la fábrica, Julián cargó el baúl y la mitad del asiento trasero de su Volkswagen Vento negro con varias cajas de alfajores, y luego partió hacia el colegio. Al llegar a la zona, como de costumbre, no había un alfiler. Tuvo que estacionar a una cuadra de distancia y apurar los pasos para

que sus hijos no tuvieran dudas de que alguno de sus padres había ido a buscarlos.

Divisó a su belleza castaña de quince años conversando con unas compañeras. La vio apartar con poca paciencia a su hermano de ocho, que revoloteaba a su alrededor, y eso le disgustó. Se aproximó al enrejado rojo del colegio y se aferró a dos huecos de la cuadrícula.

—¡Cami! —la llamó con un grito para que se diera cuenta de que él estaba ahí. Y aunque tenía pensado llamarle la atención por haber empujado a su hermano, en cuanto ella se dio vuelta y lo miró, a él se le dibujó una sonrisa.

Amaba a esa adolescente hermosa y fácil de enojar, tanto como amaba a aquel muchachito revoltoso y lleno de alegría que corrió hacia él ni bien lo vio.

—¡Papá! —exclamó Tomás mientras corría.

La maestra lo detuvo para asegurarse de que, en efecto, fuera un familiar del niño quien había ido a buscarlo. Al verlo aproximarse a la puerta, sonrió y se agachó para dar un beso a su alumno, que respondió al saludo con poca atención: solo le importaba ir con su padre.

Una vez libre de la maestra, Tomás corrió hacia Julián y le dio un abrazo.

—¡Campeón! —lo nombró él revolviéndole el pelo.

El niño alzó la cabeza para mirarlo. Se le parecía mucho. Tenía el mismo cabello negro y los mismos ojos marrones, y era el vivo rostro de Julián cuando había sido chico.

Detrás de un tumulto de adolescentes, venía Camila, que era el calco de su madre. Y detrás de ella, un joven alto y delgado con buzo de egresados y varios piercings que le miró el trasero. Julián le dirigió una mirada reprobatoria. Que se atreviera a poner un dedo encima a su hija y tendría que vérselas con él.

—¿Por qué me llamás adelante de todo el mundo? —reclamó Camila, ajena a lo que sucedía en la cabeza de su padre. Atrajo la atención de Julián de inmediato.

—Hola —la saludó él, demostrándole con el ejemplo que primero se daba la bienvenida. Luego puso una mano detrás de su cabeza y la acercó para

darle un beso que Camila intentó esquivar.

—¡Basta! —se quejó tratando de librarse de su padre, que reía pensando que había cambiado los pañales de ese ser tan tierno que con el tiempo se había convertido en una adolescente arisca.

Tomás, a diferencia de su hija, buscó su mano, y Julián tomó la de él.

—Hoy en Educación Física jugamos al fútbol —contó el niño—. ¡Metí un gol de media cancha!

—¡Nooo! —exclamó Julián—. ¡Sos un genio!

—¡Voy a ser como Messi! —siguió vaticinando Tomás.

—Como messi-ta de madera vas a ser vos —lo interrumpió Camila antes de estallar en risas.

—No le digas esas cosas, Cami —la regañó su padre—. Además, Tomás es un campeón —le soltó la mano para revolverle el pelo de nuevo. El niño se dio la vuelta e hizo una mueca a su hermana. Camila se mordió el labio y negó con la cabeza, como demostrándole que para ella, él era un tonto.

Una vez junto al auto, Julián abrió las puertas con el comando de la alarma y sus hijos comenzaron otra pelea.

—¡Me toca a mí! —exclamó Tomás empujando a Camila. Forcejeaban por abrir la puerta de adelante.

—Pero yo soy más grande —replicó ella—. Los nenes van atrás.

Cuando viajaban largas distancias, Tomás siempre iba atrás, pero siendo que debían recorrer solo unas veinte cuadras, Julián pensó que podía permitir que su hijo viajara adelante.

—Vamos cerca, podés dejarlo a tu hermano esta vez —se entrometió.

Cuando el niño abrió la puerta y Camila vio las cajas de alfajores ocupando medio asiento trasero, hizo una mueca de disgusto.

—¡Yo no quiero viajar con los alfajores! —reclamó.

—¿Qué tienen un par de cajas, Camila? —replicó su padre—. Tenés la mitad del asiento libre, está cómodo.

Camila bufó y acabó dando el gusto a su padre, solo para desaparecer de la vista de los chicos del último año que estaban enfrente.

—¿Por qué no vino mamá? —interrogó una vez que ya habían emprendido el viaje.

—Me pidió que viniera yo —contestó Julián sin dar más explicaciones. Tampoco las conocía.

—¿Y por qué no nos podemos ir solos? —siguió preguntando Camila—. Ya soy grande, todas mis compañeras se van solas, yo soy la única tarada a la que los padres hasta le controlan la tarea.

—Primero, no uses esa palabra —la regañó Julián mirándola por el espejo retrovisor.

—¿Qué palabra? —se encogió de hombros ella mientras se acomodaba el flequillo que le caía sobre un ojo. Llevaba tantas pulseras en la muñeca que casi no se le veía el antebrazo.

—La que empieza con T —trató de explicar Julián.

—¿«Tarea»? —replicó Camila, a sabiendas de que su padre se refería al insulto—. Bueno, entonces voy a empezar a decir: «Hoy no tengo biiip», «No, profe, no nos mande biiip» —volvió a reír.

—En segundo lugar, no me importa lo que hagan los padres de tus compañeras —siguió exponiendo Julián. Decidió ignorar la broma porque estaba seguro de que Camila entendía a qué palabra se había referido, y tenía que comprender también que en ese momento, los chistes no serían bien recibidos—. Tu madre y yo decidimos que los vamos a llevar y traer de todas partes, y por ahora así va a ser, les guste o no —supo que su hija iba a discutir, por eso volvió a mirarla por el espejo retrovisor, mucho más serio que antes, y eso la hizo callar—. No vamos a hablar más del tema. ¿Cómo te está yendo en el colegio?

—Bien —respondió Camila—, pero no soporto a la de Literatura, es una tarada —se quejó.

—¿Qué te dije de la palabra que acabás de usar? No quiero que la uses, y menos para referirte a tu profesora —se exasperó Julián.

—¡Yo no dije «tarea»! —se burló Camila. Tomás se dio la vuelta y pretendió educarla.

—Se refiere a «tarada». No quiere que digas más «tarada», ¿entendés? —explicó en su inocencia. Julián negó con la cabeza y pasó un rato en silencio.

Transitaron las veinte cuadras entre discusiones por la radio que querían escuchar y anécdotas de la escuela. Ni bien Julián estacionó en la puerta de la

que había sido su casa, los dos chicos bajaron y corrieron a tocar el timbre. Nadie abrió.

—¿No hay nadie? —se preocupó Julián mirando la hora. Tenía que llegar a Capital y entregar los alfajores lo antes posible.

Extrajo el teléfono celular mientras su hija se ponía de puntas de pie para espiar por una ventana. Mandó un mensaje de texto a Sabrina.

«Estoy con los chicos en la puerta, ¿abris?»

«No estoy y no llego hasta dentro de tres horas, lleváelos a tu casa», recibió como respuesta casi al instante. Se sintió desesperar.

«No puedo, tengo que hacer un reparto y volver a la fábrica», contestó. Esperó dos, tres, cinco minutos, y entonces supo que ya no recibiría respuesta. Sabrina siempre hacía lo mismo: decía lo que tenía que decir, y no le importaba nada más.

—Mamá no está y todavía no puede volver —informó a sus hijos, que se habían sentado en el escalón de la entrada—. Vamos al auto, pero esta vez Camila se sienta adelante y Tomás atrás.

—No quiero, me quiero quedar en casa —se quejó ella.

—Pero no se puede, apúrate que tengo que ir a Capital y después volver a la fábrica —le respondió Julián aproximándose al coche. Su hija lo siguió a regañadientes.

—No, dale, a mí llevame a lo de Luna —pidió—. ¡No quiero ir a la fábrica! Llamo a Luna y le aviso que voy para allá. Dale, por favor.

—No —contestó él girando hacia ella. Luego colocó las manos sobre sus hombros y la miró con seriedad—. Por favor, Camila, subí al auto, tranquilízate y hacé silencio. Por favor.

Como cada vez que su padre hablaba con tanta sinceridad, Camila comprendió sus razones sin que él las pronunciara. Se sentó en el vehículo y extrajo su teléfono celular para chatear. Tomás comenzó a jugar con su iPod, y ni siquiera abrió la boca para pedir un alfajor, con todo lo que le gustaban. A Camila, en cambio, la tenían harta.

Un poco más tranquilo, Julián encendió el estéreo, buscó la carpeta con la música que siempre lo ayudaba a relajarse, y encendió el motor.

—Pónganse el cinturón de seguridad —ordenó antes de arrancar, y

Camila obedeció al instante. Tomás ya lo llevaba puesto.

Paseó por Capital repartiendo cajas de alfajores en cinco negocios mientras sus hijos lo esperaban en el auto. Regresó a la fábrica cuando solo quedaba Melisa, que al ver a los hijos de su jefe, se sintió en pecado. ¿Cómo se atrevía a desear a un hombre que podía ser su padre? Ella tenía veinticuatro años, y él, cuarenta y siete. Pero se veía tan atractivo con su cabello negro y sus ojos seductores, que conseguía acelerarle el pulso. Lo peor de todo era saber que en sus noches solitarias, o incluso cuando salía con chicos, pensaba en su jefe, en el cuerpo fuerte que parecían esconder la camisa y el saco, en las pulseritas que llevaba en la muñeca. Le quedaban tan bien, y lo hacían ver tan joven...

—¿Entregaste la declaración al contador? —oyó que le preguntaba Julián con su voz involuntariamente sensual, y entonces volvió a la realidad de golpe.

—Sí —respondió—. Dijo que estaba todo bien.

—Menos mal. Anda si querés, yo termino de organizar algunas cosas para mañana y me voy.

Melisa asintió y se acercó a los hijos de Julián para saludarlos. Se llevaba muy bien con ellos, y pensaba que, de seguir así, eso la acercaría al padre. Sabía que Julián estaba al tanto de que Camila confiaba en ella, que muchas veces le había contado algún que otro secreto esperando su consejo de mujer joven, y aunque ella le brindaba su atención porque quería a Camila, no podía negar que además deseaba congraciarse con Julián.

Después de saludar a los chicos, se despidió de su jefe desde la puerta y salió de la oficina rumbo a la calle.

Tanto Camila como Tomás se habían sentado en el sofá de dos cuerpos; él jugaba todavía con el iPod y ella miraba atenta el celular. Camila soltó una risita, se estaba escribiendo con alguien, y su alegría hizo que Julián la mirara. Ni ella ni Tomás se dieron cuenta de que su padre los observaba mientras pensaba en lo agotado que se sentía. Si seguía adelante era por ellos, porque eran la razón de su vida, y porque ansiaba que fueran felices, como alguna vez lo había sido él.

Capítulo 3

—Natalia —oyó que la llamaba la directora del colegio—. La camisa — señaló la mujer, y Natalia miró de inmediato su escote. Se le había desprendido el segundo botón.

Se acomodó la prenda con rapidez. Las monjas eran muy estrictas con la vestimenta de los profesores, por eso la directora, que era laica, se ocupaba de mantenerlos siempre dentro de las normas. De ese modo, Natalia se había acostumbrado a utilizar ropa que la hacía parecer una mujer avejentada y para nada atractiva. Usaba tallas más grandes que las que le correspondían porque en la escuela le llamaban la atención si las prendas marcaban sus curvas, no se maquillaba, y como único peinado, usaba una colita.

Acabado el recreo, reunió sus cosas y se encaminó al salón de cuarto año. Saludó al entrar, completó el libro de temas y después buscó la lista de alumnos.

—Vamos a tomar comprobación de lectura del Poema del Cid —anunció. Se escucharon algunas quejas, pero no prestó atención. Se acomodó los lentes sobre la nariz y leyó primero la lista de los varones, luego la de las mujeres —. Aráoz Viera —llamó por fin,

Camila se puso de pie con su libro en la mano y en pocos pasos estuvo en el frente. Se sentaba en el tercer banco junto la ventana.

—Contanos qué leíste —pidió la profesora, y ella comenzó a hablar. Natalia la dejó llegar hasta el momento en que el Cid dejaba a su esposa y a sus hijas para cumplir con el destierro que le había impuesto su rey—.

Gracias —la interrumpió cuando consideró que era suficiente—. Podés tomar asiento.

Por dentro, Camila pensaba que el asiento no se tomaba porque no era una bebida, pero en el fondo sabía que la expresión era correcta y que se burlaba de la profesora porque no la quería. Por suerte la tonta le había tomado solo el primer cantar, que era lo único que había leído de tres que eran en total.

—¿Te acordás cuando nos traías alfajores de la fábrica de tu papá? —le preguntó una compañera ni bien se sentó. Camila no quería recordarlo.

—No —contestó, aunque sabía bien que hasta los doce años había regalado alfajores a diestra y siniestra porque ellos eran dueños de la fábrica y su padre siempre le enviaba docenas para que compartiera con sus compañeros. ¡Siempre haciéndola pasar vergüenza!

—Silencio —pidió Natalia antes de llamar a otro alumno por el apellido—. Vaca.

—Muuu... —se oyó por lo bajo, y varios estallaron en risas.

—¡Dije silencio! —repitió Natalia, pero nadie le hizo caso. Aun así, tomar lección era un poco más entretenido que evaluar de manera escrita. Cuando los chicos escribían callados, o al menos fingían que hacían algo, para ella la hora no transcurría, en cambio cuando interactuaba con ellos, el tiempo corría mucho más rápido.

El timbre sonó a las nueve y veinticinco, dando fin a las dos primeras horas de clase y la bienvenida al primer recreo. Como era viernes y trabajaba solo esas dos horas, Natalia reunió sus cosas tan rápido como pudo y salió por la puerta de cuarto año como disparada por un resorte. Bajó los dos pisos por la escalera hasta la sala de profesores. Allí abandonó la carpeta de calificaciones que debía quedar en la escuela y se despidió de sus compañeros con un escueto «hasta el lunes». Su voz sonaba mucho más feliz que de lunes a jueves, ¡y después decían que solo los alumnos no veían la hora de irse del colegio!

La perspectiva del fin de semana la impulsaba a sonreír sin que se lo propusiera. De solo pensar que pronto estaría en su auto, conduciendo hacia su casa, y luego frente a su computadora, respondiendo en Yahoo!

Respuestas o mirando las novedades de Facebook, se movía más deprisa. No solía escribir ni leer ni bien su mente se liberaba de las obligaciones de la semana, necesitaba un tiempo de esparcimiento antes de dedicarse a otra cosa que requiriera su concentración.

El fin de semana la esperaba, pero ni toda la suerte del mundo pudo contra la directora, que al percibir que ella se iba, la llamó.

—¡Natalia!

Ni bien oyó la voz, Natalia insultó por dentro. Un sinfín de pensamientos surcaron su mente: hacerse la que no había escuchado era el que más retumbaba en su conciencia, pero en cambio acabó girando sobre los talones y fingiendo una sonrisa amable. Eso no pareció contentar a la directora, que enseguida bajó la vista y la dirigió al botón de su camisa.

—El botón —señaló en su propio pecho como para indicarle a ella la zona.

Natalia bajó la cabeza y se apresuró a abrochar al desgraciado. La tenía hasta la coronilla desprendiéndose sin que se diera cuenta, como si ella pretendiera parecer sensual ante los alumnos. ¡Si ni siquiera se sentía así! ¿A quién podía resultarle atractiva, con los pechos pequeños que tenía y la actitud aburrida que desprendía cada fibra de su ser? Por eso no entendía tanto ensañamiento con un estúpido botón que a fin de cuentas, no dejaba ver más que el dije que llevaba colgado en la cadenita de plata.

—Este mes hacemos la campaña sobre Medio Ambiente, y como las profesoras de Naturales no dan abasto, quería que las ayudaras con las láminas para decorar los salones y la entrada —explicó la mujer.

—Ah —masculló Natalia con expresión sombría.

Odiaba que la incluyeran en tareas ajenas, siendo que ella ya tenía a su cargo la cartelera por el día del escritor, el día del libro y el día del periodista, con las que nadie la ayudaba. Procuraba ser efectiva en todo lo que se propusiera para obtener la aprobación de sus superiores, algo que nunca llegaba: siempre faltaba algo, tal como su padre solía hacerle creer. Por suerte esa época había quedado en el pasado, y por eso la desechó rápidamente de su recuerdo.

—¿Y qué tengo que hacer? —interrogó. No veía la hora de salir corriendo

de allí.

—Nada, poquito —replicó la directora escabulléndose a un rincón del cuarto, desde donde siguió hablando—. Es hacer unas letritas y poner un colorcito en las puntas, porque ya hicieron casi todo las chicas de Naturales —regresó junto a Natalia con dos láminas enroscadas y una bolsa de nailon llena de elementos decorativos que entregó a su profesora—. Gracias —acabó diciendo antes de correr al patio.

Con su cartera colgando de un hombro, las láminas contra el pecho, la bolsa de nailon pendiendo de una muñeca, la carpeta de plástico aferrada con tres dedos y la llave del auto con otros dos, salió de la escuela rumbo a su vehículo. Intentó cruzar la calle, pero un colectivo casi la aplastó. Se echó hacia atrás de golpe, asustada por lo que podría haber sucedido y pensando que su madre, con sus miedos, la había vuelto temerosa. Finalmente, prestando más atención, cruzó la calle.

Abrir la puerta del auto requirió varios malabarismos. Arrojó todo al asiento del acompañante y se sentó en su sitio. Cerró la puerta, y con eso recuperó la conciencia de que se estaba yendo a casa para disfrutar del fin de semana, leer, escribir y navegar en Internet.

Puso el frente del estéreo, conectó el pen drive y buscó la carpeta de música de los ochenta, porque le hacía acordar a la novela que estaba escribiendo. La música la transportaba a un universo paralelo en el que no existía la obligación de levantarse temprano, ni la lucha contra la falta de respeto de los alumnos, ni mucho menos las desgraciadas láminas. Conducir bajo los efectos de esa especie de droga imaginaria le devolvió la sonrisa al rostro y la llevó a ir más rápido, como todos los viernes, para llegar a casa lo antes posible.

Una vez allí, hizo sonar la bocina para que su madre le abriera el garaje y esperó. Sin embargo, Liliana salió de la casa, cerró la puerta detrás de ella y se lanzó a correr hacia el auto con expresión de víctima, como cada vez que necesitaba pedir algo. Natalia masculló un insulto, presentía que su tranquilidad se desvanecía.

—Me tenés que llevar al centro de Quilmes —gritó su madre, como si ella no pudiera oírla—. Me quedé sin colorante vegetal y tengo que ir al

cotillón para decorar la torta de cumpleaños del hijo de María José.

Natalia sintió que su mundo se derrumbaba. No tenía paz.

—Pero si sabías que tenías que hacer una torta, ¿cómo no lo compraste antes? —preguntó.

—¡Llévame! —reclamó su madre haciendo caso omiso a su pregunta—. ¿Me vas a abrir? —interrogó manipulando la puerta.

Natalia quitó el seguro y movió los objetos del asiento del acompañante al trasero para que Liliana pudiera sentarse.

—¡Uff! —se quejó la mujer ni bien ocupó el lugar—. Tengo que hacer la torta para el hijo de María José, y por culpa de eso se me atrasan mis trabajos de siempre.

—Le hubieras dicho que no —replicó Natalia mirando sin ganas por el espejo retrovisor.

—¿Estás loca? —gritó su madre—. ¡Es plata, Natalia!

Y así prosiguió, haciendo reclamos sobre el dinero, los clientes y otras cuestiones que Natalia estaba cansada de escuchar. Cuando salía del colegio, solo añoraba silencio, porque pasaba tantas horas entre voces, risas y gritos de adolescentes que su mente suplicaba unas horas de descanso, pero pocas veces era complacida.

Acabó estacionando bastante lejos del cotillón donde su madre compraba elementos de repostería, porque en el centro nunca había lugar donde parar. Caminó con Liliana rumbo al negocio donde compró lo que necesitaba, y luego de eso, creyó que el paseo acabaría, pero no fue así.

—¿No me acompañás a averiguar cuánto salen las blondas en una papelería, así no las compro más en el cotillón? Me dijeron que ahí deben ser más baratas —pidió Liliana con voz lastimosa.

—¿Qué? —se enojó Natalia—. La papelería queda a tres cuadras, y a seis, para el otro lado, tenemos el auto. Si caminamos todo eso, es muy lejos para volver. Además, nunca haces tortas, esta es una excepción.

—Dale, ¿qué te cuesta? —insistió Liliana—. Vos siempre apurada, no tenés un minuto para tu madre.

Antes de escuchar la misma canción de siempre, Natalia comenzó a caminar por la calle Alsina, rumbo a la papelería. Transitaron por Yrigoyen,

entraron al negocio, Liliana hizo sus preguntas, conversó de otras cuestiones que nada tenían que ver con las blondas, como cada vez que entraba a un local, y luego salieron. Volvieron a encaminarse por Alsina para regresar a Mitre, donde habían dejado el auto, pero esa vez fueron por la vereda contraria.

Llegando a Almirante Brown, la marea de gente que circulaba en todas direcciones se hizo todavía más numerosa. Liliana se abrió paso delante de su hija, mascullando cosas acerca de los precios del cotillón, que en efecto habían resultado ser mucho más caros que los de la papelería. Natalia la seguía, pensando en cuánto le hubiera gustado estar en ese momento delante de su computadora, paladeando ya el fin de semana. En eso pensaba cuando una mujer cargada de bolsas se llevó por delante su brazo izquierdo. Natalia la miró con enfado y la siguió hasta verla desaparecer entre dos cuerpos masculinos que caminaban detrás de la señora.

Al regresar la cara hacia adelante, todo lo que vio fue la espalda de su madre a unos centímetros de distancia. En busca de cambiar de paisaje, giró la cabeza hacia la derecha, y entonces el mundo cobró nueva vida. Hasta el momento, todo se movía muy rápido, y ella era parte de ese movimiento, pero en el instante en que un hombre colmó su visión, se sintió fuera del universo.

Estaba sentado en una de las mesas exteriores de la esquina de un bar. Tenía un pie sobre la rodilla contraria y el diario abierto a la altura del pecho. Estaba vestido con un traje de saco y pantalón negros, una camisa blanca, una corbata negra y zapatos lustrados. Llevaba los dos primeros botones de la camisa desprendidos y la corbata floja. Alcanzó a ver que de su muñeca pendían dos pulseras negras; una de ellas, con detalles plateados que destellaron con el brillo del sol. Tenía el cabello negro y un rastro de barba no afeitada, y su rostro de rasgos seguros destacaba de cualquier otro. Desprendía una energía tan vital y poderosa que le pareció el hombre más atractivo que había visto nunca.

De pronto deseó saber todo acerca de él: quién era, por qué se encontraba ahí, por qué había elegido ese bar. Desvió la mirada al otro lado de la mesa circular en su vana búsqueda de pistas, y divisó a dos hombres que lo

acompañaban, pero él solo parecía concentrado en la lectura. La atrapó por completo, le produjo sensaciones que hacía muchos años no experimentaba, desde que había conocido a su único novio a los dieciséis años. Además, la dejó sorprendida. No solo porque volvía a sentirse atraída hacia un hombre, sino porque jamás se había fijado en alguien que a la vista se notaba bastante mayor que ella. Rondaría los cuarenta y cinco años, estaba segura, aunque no los aparentaba. Tenía el aire de alguien juvenil y a la vez maduro, una combinación letal que le hizo doler el pecho cuando el instante de cielo acabó: lo había pasado y ya no podía verlo. Cayó en el planeta Tierra y se golpeó duramente contra el piso.

—¿Entendés? —oyó que decía su madre, quien se daba vuelta tratando de mirarla.

Natalia suspiró como si le hubieran arrebatado el paraíso. ¡Qué bien se había sentido mientras los ruidos y los movimientos de la gente habían desaparecido! ¡Qué maravilloso había sido concentrar la atención, por ese único instante, en un hombre que jamás volvería a ver en la vida! No tenía idea de quién era ni de qué hacía allí, si estaba de paso o si era otro habitante de su localidad. No sabía si estaba casado, si tenía hijos, si manejaba un auto o andaba caminando. No tenía idea de nada, y eso despertó su imaginación. Quería conocerlo, pero era imposible. Era un amor platónico, y necesitaba uno porque hacía muchos años que no se sentía así por alguien que no hubiera salido de las páginas de un libro.

—¿Se lo cobro o no? —siguió indagando Liliana.

—No sé —replicó Natalia.

Lamentaba volver a la realidad, no quería hacerlo. Hubiera deseado sentirse lo suficientemente atractiva como para sentarse en una mesa del bar y provocar al extraño, sin importarle que él fuera casado, si acaso lo era.

Se descubrió pensando cosas imposibles y se obligó a resignarlas con un suspiro. A quién podía conquistar ella, si se vestía con pantalones un talle más grande, sacos de abuela y botas con la punta gastada. Si se peinaba con una colita de la que se escapaban cabellos rebeldes que pocas veces se cortaba, cargaba un portafolio sucio de tiza, y ni siquiera se maquillaba, si no era para salir con sus conocidas una vez cada tanto.

Se sintió un esperpento, y agradeció que aquel hombre fuera solo un amor platónico. No tenía oportunidad alguna con un tipo maduro, atractivo y en mejor posición que ella, saltaba a la vista por su ropa y su porte. No tenía siquiera oportunidad de que él se fijara en ella, y eso la serenó. No había peligro, nada de relaciones inminentes, solo imaginación. Siempre había manejado mejor la vida en el plano mental que en el real.

De pronto sintió la necesidad de escribir más atroz que la había atacado en años. Casi como cuando era adolescente y escribía tratando de imitar las novelas que leía, no veía la hora de llegar a su casa y encerrarse en su cuarto para dar rienda suelta a la imaginación, sin preocuparse por la gramática, por la normativa ni por la insufrible sintaxis. Escribir por y para ella, como si no fuera profesora de Lengua y Literatura, y como si no importase más que dejar fluir la fantasía.

No colocó el estéreo en el auto. Liliana hablaba, pero ella no la oía. Ni siquiera se preocupó por el tránsito. Al llegar, entró a su casa, se encerró en su cuarto, se puso el pijama y uno de sus sacos roídos, y se instaló frente a la computadora. Abrió el último archivo con el que había trabajado, su historia titulada «Camino al amor», a la que súbitamente, sin meditarlo siquiera, rebautizó «Camino al placer».

Guido y Nadia eran los protagonistas, pero había algo de los personajes que ya no le gustaba. A Nadia podía dejarla, a Guido lo rebautizaría. ¿Cómo podía llamarse su inspiración, ese hombre del bar? ¿Franco, quizás? ¿Fernando? Fabián. Le iba a poner Fabián, porque le pareció que tenía cara de Fabián.

«Los labios se encontraron en un beso apasionado. Fabián enredó los dedos en el cabello de Nadia y continuó besándola. Así acabaron en el sillón, y una noche de pasión impidió que durmieran.

A la mañana siguiente...»

El párrafo sonaba bien, pero le faltaba algo. Una noche de pasión impidió que durmieran, ¿y no pensaba relatarla? Era la primera vez que esos dos hacían el amor, y ya no serían dos chiquillos de veinte años, como en la primera versión de la novela, sino un hombre de cuarenta y pico, y una mujer de veintiocho. Porque también tenía pensando transformar la edad de los

protagonistas.

No servía, no se podía reciclar una idea vieja, tenía que empezar de nuevo. Entonces lo hizo. Cerró ese archivo, abrió una hoja de Word en blanco y reescribió el título: «Camino al placer».

La redacción fluyó como por arte de magia.

«Si tuviera que explicar cómo llegué a esta cama, a los brazos de este hombre, no sé si podría dar con las palabras exactas. Lo vi por primera vez sentado en un bar, por pura casualidad, y no resistí la idea de ser parte de él.

Debo confesar que me sentí avergonzada al principio. Y es que él me miraba con sus ojos de leopardo, y yo sentía que me desnudaba con solo verme».

¡Oh, sí! ¡Cuánto hubiera deseado ella que el hombre del bar la desnudara con la mirada! Eran sensaciones únicas, impagables, que nunca había sentido. Se había puesto nerviosa con Gabriel, le había temblado el pulso al recibir el primer beso de sus labios, pero nunca se había sentido enamorada. Ahora tampoco lo estaba, si apenas se apoyaba en una fantasía, pero la imaginación podía más que la verdad, y los amores platónicos por algo eran perfectos: generaban sensaciones que la realidad jamás podría.

«Mientras él duerme, yo lo observo. Es hermoso. Me gusta ver que su piel contrasta con la mía, que su expresión sigue siendo segura aún cuando no tiene conciencia de que yo lo estoy mirando.

Tiene el cuerpo perfecto y la edad justa. Tiene el corazón de un señor y las manos de fuego; los labios de un príncipe, y la conciencia de un hechicero. Era mi fantasía, pero ese día en ese bar, se convirtió en mi realidad».

—¡Natalia! —oyó a lo lejos, pero no prestó atención a nada más que a lo que retumbaba en su pensamiento.

«Abre los ojos y me encuentra viéndolo. Sonríe avergonzada e intento moverme para aparentar que mi cara no parece la de una boba, pero no puedo. Estira una mano y me rodea una nalga. Me quema. Ya dije que tenía las manos de fuego».

Justo en ese instante, la puerta de su cuarto se abrió haciendo un ruido seco. Natalia apartó los dedos del teclado como si acabaran de hallarla en la

cama con un desconocido, manipuló el mouse y minimizó de inmediato la ventana de Word. Por suerte la puerta corrediza se abría con dificultad, y eso retrasó la entrada de Liliana. Miró a su madre sin darse cuenta de que en su rostro se había dibujado un gesto de disculpa. En lugar de ser la invasora quien pedía perdón con los ojos, era la invadida, porque había pecado.

—¿No escuchás que te estoy hablando? —se quejó Liliana—. No sé si ponerle el decorado verde o azul, ¿vos qué pensás?

¿Qué podía importar a Natalia el decorado de una torta en ese momento?

—El verde —respondió sin pensar.

—¿El verde? —frunció el ceño su madre—. Pero si el azul es más lindo.

—¿Entonces para qué me preguntás? —se ofuscó ella sin saber cómo echar a Liliana de su cuarto.

—Para tener una segunda opinión, porque sí, pero el azul es más lindo.

Por suerte se dio la vuelta y regresó a la cocina antes de que a Natalia se le agotara la paciencia. Se puso de pie y cerró la puerta que su madre había dejado abierta.

—¿Por qué cerrás la puerta? —le preguntó la mujer.

—Porque estoy ocupada —respondió Natalia sin ánimo de dar más explicaciones.

A pesar de que la inspiración todavía le surcaba el pecho como un latigazo de cosquillas, no siguió escribiendo. Abrió el archivo, lo guardó como «CAP» porque «placer», la última palabra del título, le daba pudor, y le colocó una contraseña. Nadie tocaba su computadora, pero se sentía mejor si la obscenidad que había escrito permanecía segura.

Para olvidar la vergüenza que había pasado, desplegó las láminas de la campaña sobre el Medio Ambiente y se encontró con que lo único que habían hecho las profesoras del área de Naturales había sido pegar las cartulinas amarillas sobre afiches anaranjados. Pasaría el fin de semana luchando contra las manualidades que no sabía hacer.

Capítulo 4

En el bar, Julián seguía leyendo el diario.

—Si no nos retiramos ahora, nos vamos a tener que quedar a almorzar acá —bromeó Jorge viendo su reloj pulsera. Ya eran las once—. ¿Pido la cuenta?

—Sí, ya se me hizo tarde —asintió Cristian.

Julián no respondió. Sabía que tenía que regresar a la fábrica para ocuparse de infinidad de asuntos, y quizás por esa misma razón retrasaba la partida. El encuentro con sus amigos de toda la vida en el bar los viernes por la mañana se había hecho una costumbre que le servía para respirar.

Jorge alzó la mano, la camarera se acercó enseguida y les cobró los cafés y las medialunas que habían consumido. Después de pagar, los tres se pusieron de pie. Julián arrojó el diario sobre la mesa circular que habían ocupado y caminó hacia el estacionamiento junto con sus amigos. Los tres dejaban sus vehículos allí siempre, y cada uno se retiraba en el suyo.

Al llegar a la fábrica y entrar a su oficina, lo recibió su hermana Claudia con varios papeles entre las manos.

—Llamó Fabrizio, me dijo que no puede venir y, la verdad, me estoy volviendo loca —anunció.

—¿Otra vez no viene? —se molestó Julián—. ¿Y por qué no me llamaste?

—Porque no, Julián —asumió ella—. Te pasás la vida acá adentro, merecés aunque sea tomarte los viernes a la mañana.

Julián se aproximó al escritorio y revolvió la larga lista de mensajes que

Melisa había anotado. Todos planteaban reclamos o preguntas acerca del reparto, parte de la que se ocupaba Fabrizio.

—Esto no puede seguir así —murmuró mientras leía al pasar las anotaciones sobre cada llamado—. Sacá un anuncio por Facebook diciendo con buen ánimo que estamos trabajando para que todos tengan sus alfajores, algo como «Sabemos cuánto ansiás deleitarte con un Tamailén, por eso queremos que sepas que ¡ya está llegando a tu zona!», o cualquier cosa parecida. Que no parezca que tenemos un problema y que piensen que ya está llegando el reparto.

—¿Esa es la posición que vamos a tomar? —indagó Claudia.

—Es la mejor que se me ocurre —replicó Julián volviendo a repasar los mensajes—. Poniendo ese aviso quizás nos evitemos algunos llamados.

—Yo organicé el reparto con la otra camioneta y el chofer que tenemos, pero es obvio que solo puede cumplir con la mitad de los pedidos —manifestó Claudia.

—Está bien, vos hiciste tu parte —replicó él—. Andá a buscar a Juampi al colegio.

—Sabés que me quedaría, me da lástima dejarte solo, pero... —Julián alzó la mano para que Claudia hiciera silencio.

—No te preocupes, andá tranquila —la serenó.

Una vez solo en la oficina, Julián desechó los mensajes de preguntas y reclamos y se ocupó de su trabajo, que era aplastante. Melisa entró unos minutos después, cargando dos cafés.

—¿Te ayudo? —le preguntó aproximándosele. Dejó una taza junto a Julián y otra donde se sentaría ella.

Sin esperar respuesta, Melisa se ubicó en su lugar y comenzó a revisar papeles, tal como hacía su jefe. Se concentró en su tarea salvo porque, de a ratos, un calor descomunal le invadía el cuerpo y un tono rosado le coloreaba las mejillas. Se debía a que el perfume de Julián le encantaba, y a que le bastaba alzar los ojos para observar su cabello negro y sus manos poderosas. Las pulseras rozaban los papeles porque tenía los puños de la camisa doblados, y el anillo que llevaba en el anular derecho despertaba su interés. Le gustaban los dibujos aztecas que tenía tallados.

—Andá a almorzar, Meli —la regañó él a la una de la tarde.

—Con vos —respondió ella, presa de sus sensaciones.

—Yo no puedo ir a almorzar, tengo que terminar todo esto —indicó las carpetas con balances que todavía necesitaban su revisión.

—Tomémonos un rato y vamos al restaurante de pastas —solicitó ella—. Dale, hoy es viernes. ¡No te vas a pasar el día sin comer!

—No puedo, en serio —replicó él—. Andá vos.

Melisa hizo una mueca que simulaba un berrinche y luego se mordió el labio inferior. Su corazón latía a ritmo acelerado, ansiaba que Julián la llevase a comer como lo hacía muchas veces porque cuando eso pasaba, ella se sentía en una cita. Si algo soñaba, era tener una salida con él, y sin querer se lo hizo saber. Ya no resistía la tentación de conseguir su atención, quería que dejara de verla como a su secretaria tierna y joven, y que al fin la mirase como mujer.

—Deberíamos ir a comer alguna vez, pero fuera del horario laboral —sugirió.

Para Julián, fue como un shock. Alzó la mirada hacia Melisa y entonces descubrió todo lo que hasta ese día había ignorado. Se hacía evidente que ella gustaba de él, le brillaban los ojos y se le dibujaba una sonrisa tímida en los labios. ¿Cómo podía tener cuarenta y siete años y ser todavía tan ingenuo? ¿Cómo no se había dado cuenta antes de que tal vez con rozarle los hombros, reír con ella o escucharla cuando tenía algún problema, de jefe y amigo, se convertía en su amante imaginario? Tampoco hubiera apostado jamás a que todavía alguna mujer podía gustar tanto de él.

Decidió no ponerla en evidencia; no quería que se sintiera incómoda, pero tomaría cartas en el asunto. No podía permitir que siguiera ilusionándose con algo que jamás sucedería.

—En serio, andá a comer tranquila —repitió ignorando la invitación, y le sonrió brevemente antes de agachar la cabeza e internarse de nuevo en la revisión de balances.

—¿Querés que te traiga algo? —le ofreció ella, desilusionada.

—Lasaña estaría bien —replicó él sin mirarla.

El lunes, Natalia llevó las láminas y las entregó a la directora antes de que

saludara a los alumnos.

—Toda esta semana podrán informarse acerca de nuestra campaña por el Medio Ambiente gracias a las láminas preparadas por las profesoras del área de Ciencias Naturales —dijo la mujer a los chicos—. Que tengan buen día.

Natalia apretó los puños. Era mejor cumplir y no ser reconocida que incumplir. Era mejor el anonimato y la falta de agradecimiento que la irresponsabilidad, pero ¿a quién quería engañar? Se sentía usada, defraudada y molesta. Había pasado el fin de semana haciendo las láminas de las otras, para que ahora ellas se llevaran los laureles. Estuvo a punto de alzar la mano y gritar: «¡Y con mi ayuda!», pero, como siempre, la timidez la venció y se quedó quieta y callada en un rincón del patio.

Pasó el resto de la semana yendo a trabajar y tratando de escribir, pero en cuanto llegaba a casa, la inspiración que en clase creía recuperar, huía de su alma. Cada segundo que pasaba, iba olvidando algún detalle más del hombre que la había cautivado, y el interés en la historia se iba perdiendo con las obligaciones del colegio, las exigencias de su madre y la represión de su conciencia.

El jueves tomó examen en primer año. Y como le sucedía cada vez que se aburría mientras los chicos resolvían la evaluación, se sentó en el fondo del salón y comenzó a pensar en sus novelas. Cada tanto daba algunas vueltas por si alguien tenía alguna pregunta o por si a alguno se le ocurría copiarse, pero ni siquiera esas pequeñas distracciones la apartaban de su imaginación.

Deseaba volver a sentir ese impulso creador que la había llevado a escribir el comienzo de «Camino al placer». Pero su vida sexual había sido un desastre, y quizás por eso no se atrevía a ir más allá de que Fabián le hubiera tocado el trasero a Nadia, su protagonista femenina. Solo había tenido sexo con un hombre: Gabriel, su novio desde los diecisiete años, al que había conocido con apenas dieciséis.

Todo había sido tan formal que casi no parecían jóvenes. Lo había conocido en una disco, le había dado su teléfono a regañadientes, diciéndole que se lo permitía saber solo porque él había sido respetuoso con ella, y luego había rechazado sus llamados, como se suponía que debía hacer. Finalmente, él le había ganado con su insistencia, y ella aceptó una cita. Se encontraron en

una heladería y quedaron en verse otro día. Antes de darle el primer beso, lo había hecho salir con ella tres veces, Y esperaron seis meses más para tener sexo.

Fue un bochorno. Aunque Gabriel tenía seis años más que ella, él también era virgen, y no pudo sostener su erección el tiempo que a Natalia le llevó entrar en calor. Tuvieron que suspender el encuentro y lo concretaron entre sollozos de dolor e inexperiencia una semana después.

Después de esa primer experiencia fallida, y la segunda no mucho mejor, las relaciones sexuales se sucedieron durante los casi ocho años de noviazgo siempre una vez cada mucho tiempo, porque a ella no le gustaba el sexo. Había acabado por creer que era frígida y que por eso era mejor resignarse a una vida sexual incompleta. Gabriel no lo creyó así, siguió insistiendo con justa razón y acabó por hartarse de la situación, aunque todavía la soportaba por miedo a estar solo. Hasta que Natalia lo dejó. En ese momento, él le propuso casamiento, pero ella no aceptó. Todo acabó con un odio feroz que Gabriel todavía albergaba, incluso por esos días. No quería saber nada de ella y, tal como Natalia pensaba, tenía motivos.

Se descubrió pensando en sexo en el contexto menos apropiado y casi se desmayó de la vergüenza. Una alumna levantaba la mano y repetía «profe» para que ella la asistiera y, como de costumbre, los chicos no sabían esperar un segundo. Se acercó a la niña, respondió su consulta y regresó a la silla del fondo del salón.

No quería resignar su fantasía. Quizás no podía gozar del sexo en la realidad, pero tenía derecho a escribir de él en sus libros, a imaginar cómo sería si lo pasara bien en la cama. Sin embargo, comprendió que en su casa no podía hacerlo. Si no la interrumpía su madre, la distraía el televisor a todo volumen o su propio pensamiento represivo, y así no tenía sentido intentarlo.

Entonces tuvo la iniciativa de buscar ideas en el bar. Posiblemente no volviera a ver a su inspiración, el hombre de la energía más absorbente del mundo, pero sentarse viendo hacia la mesa que él había ocupado mientras bebía un submarino con una porción de torta de chocolate, era un buen plan.

Casi al mismo tiempo pensó que le convenía estar allí los viernes a la hora en que había visto al extraño, solo para favorecer su inspiración. De solo

pensar que por esas casualidades del destino pudiera volver a verlo se le aceleró el pulso. Su vientre se llenó de cosquillas y se le dibujó una sonrisa en la cara.

—Profe, ¿está feliz? —le preguntó un alumno. Volvió a la realidad como si cayera de un precipicio.

—No, ¿por qué? —preguntó, alarmada. ¿Acaso había hecho alguna mueca?

—Porque la vi sonreír —replicó el chico, travieso. Natalia negó bajando la cabeza.

—Concéntrate en el examen —le sugirió rozando la hoja con la uña.

Ese mismo día, llegó a su casa a la una y media, comió lo que halló en la heladera muy rápido y así como estaba, tomó dinero de su reserva mensual y volvió a la calle. Su madre no estaba, repartía comidas a esa hora y no regresaba hasta más tarde, de lo contrario le hubiera pedido acompañarla. Esa vez, prefería elegir ropa sola.

Se compró un jean y un pulóver menos grande que los que tenía, pero acorde al colegio. No debía olvidar que los viernes iría a la escuela antes de dirigirse al bar, y no podía reorganizar su vida en función de la hipótesis de volver a ver al extraño. Aun así, en un rincón de su alma conservaba la esperanza de encontrarlo.

El viernes, tuvo el estómago anudado las dos horas que pasó dando clase. Había llevado su notebook en el portafolio, y mientras los chicos realizaban una actividad, procuró quitarle algo de polvo de tiza que se había internado en los pliegues de la costura. Aunque gastó tres pañuelitos descartables, no consiguió limpiarlo del todo, pero nadie se daría cuenta. Le bastaba con llevar el pulóver de corazones que se había comprado y los jeans de su talla. Como estaba acostumbrada a usarlos más grandes, le resultaban incómodos, pero lo soportaba con paciencia.

No se había maquillado antes de salir de su casa porque nunca tenía tiempo de hacer nada más que vestirse, peinarse, beber dos sorbos de té y comer dos galletitas. Por eso, antes de abandonar la escuela, pasó por el baño, se soltó el cabello y se pintó los párpados con un tono muy suave. Hizo lo mismo con un brillo para los labios. Se miró al espejo y juzgó que tenía la

aparición ya no de una monja, sino quizás de una novicia. De cualquier manera, se veía mejor que antes de cambiar el estilo de su vestuario.

Camino al bar, se arrepintió. De pronto sintió que era una loca, que parecía desesperada por un hombre y que se estaba regalando como siempre había odiado que hicieran otras mujeres. Pensó que no podía caer tan bajo y que lo mejor sería dirigirse a su casa, volver a la computadora con sus héroes románticos imaginarios, y estuvo a punto de doblar hacia la izquierda en lugar de ir a la derecha, cruzar la vía y acabar en el centro de Quilmes. Sin embargo, una extraña fuerza la retuvo en el camino que había planeado y terminó estacionando a unas cuantas cuadras del bar.

Caminó despacio, con el corazón en la garganta, temiendo divisar al extraño en la mesa en la que lo había conocido y padecer una lipotimia. Desde la esquina contraria procuró verlo, pero allí se había sentado otra persona. Lo buscó en otras mesas del exterior, pero no estaba. Al parecer el instante de cielo no había sido más que un destello de luz que no recuperaría nunca.

Entonces se dijo que no era volver a ver al extraño lo que le importaba, sino escribir sobre él, y que había ido a ese bar para inspirarse y no para regocijar la vista. Así superó el instante de frustración y se sentó en la mesa de adentro que miraba hacia la ventana por donde se distinguía el sitio que él había ocupado.

Pidió un submarino y dos medialunas, porque la porción de torta le pareció demasiado; no quería que la gente la viese como a una desafortunada. Procuraba no pensar en el extraño y en la desazón que experimentaba al no hallarlo allí, pero no podía evitar que su cabeza se moviese en todas direcciones tratando de individualizarlo. En una mesa de afuera había dos hombres, y por un momento su corazón dio un salto, pero ninguno era él, lo supo porque no experimentó las mismas sensaciones que la primera vez que lo había visto. ¡No estaba! ¡Su Fabián había desaparecido!

Procurando olvidar el mal rato, abrió la notebook, la encendió y buscó el archivo de su novela. Releyó lo último que había escrito y decidió continuar la escena.

«Su mano se cierra alrededor de mi nalga, la otra baja rozándome el

costado, y yo no me aparto. Mi mano sujeta la de él y se la conduzco a mi otra nalga. Sonrío y hago una broma:

—No quiero que se ponga celosa...

Fabián se ríe. Adoro verlo reír. Sus manos me aprietan y yo me coloco sobre él. Siento algo en mi vientre, además de las mariposas. Siento que algo me eriza la piel y yo busco su contacto. Me muerdo el labio, y por dentro mi alma también me muerde. Lo miro. Lo miro y me cautiva, lo miro y siento la necesidad de que se apodere de mi cuerpo.

Eso que me roza el vientre se pone cada vez más duro. Lo miro a sus ojos de leopardo, y él me dice que me busca, que me necesita. Se mueve contra mi piel y a mí se me escabulle el alma por los labios.

—No puedo creer que seas mío —le digo acariciándole la cara—, que te hayas fijado en mí.

Y es que nunca fui una mujer que pudiera interesar a alguien, mucho menos a un hombre maduro y atractivo como él.

—Yo te voy a demostrar cuánto me fijó en vos —me dice con su voz de trueno, y a mí se me anula la respiración».

¡Su voz! ¡Por Dios, su voz en su imaginación resonaba como una lluvia!

Se llevó una mano a los labios; los sintió secos. Observó a su alrededor y se dio cuenta de que la camarera ya le había dejado el submarino, la soda y las dos medialunas de manteca. Bebió toda la soda de una sola vez.

«Aparta una mano de mi trasero y busca su propio pene, que está debajo de mí. Me alzo un poco para que pueda tomarlo y cuando lo hace, lo aferra con todos los dedos.

—Quiero que te abras para recibirme —susurra sobre mi boca. Yo no aguanto más y lo beso. Quiero devorarlo, quiero que me devore.

Me siento sobre su cadera y dejo que me penetre. Suave, despacio... Se va internando en mí y me hace entreabrir los labios. Su voz me contiene, su cuerpo me llena y me habla en ese idioma que hasta que él llegó a mi vida, yo no había conocido.

Sus manos se aferran a mi cadera y me levanta. Yo bajo y él se vuelve a internar en mí como si los dos fuéramos uno.

—Esto es único —le digo—. Esto es mágico.

Y él alza una mano y me acaricia un pecho. Es pequeño y está desnudo. Siempre me dio vergüenza, pero él lo ama, él lo admira, y así me hace sentir hermosa».

Demasiadas confesiones para una sola mañana, pensó mientras cerraba la notebook y procuraba beber el submarino que ni siquiera había preparado.

Había sido una mañana productiva.

En su oficina, Julián todavía luchaba para que Fabrizio lo escuchase.

—Suspendí algo que era muy importante para mí para poder hablar con vos —explicó—. Faltaste toda la semana, ¿tenés idea de lo que genera tu ausencia? Terminé contratando un flete para que hiciera el reparto que te tocaba a vos. Lo menos que podés hacer es sentarte y darme una explicación.

Fabrizio era todo lo contrario a su hermano mayor. Era el menor de la familia, y había heredado los rasgos de su madre: cabello rubio, ojos claros y rostro de modelo. Acababa de cumplir los treinta años, pero podía pasar por un chico de veinte. Le gustaba ir a bailar, decir que era el dueño de Alfajores Tamailén y salir con muchas chicas. Sus facciones juveniles y delicadas favorecían sus conquistas y le daban la apariencia de un carilindo de televisión.

—Vos no sos mi padre —replicó a su hermano mayor—. Desde que papá murió y te dejó a cargo de la fábrica, te pensás que podés actuar como él, pero estás muy equivocado.

—¡No pretendo ser tu padre! —le gritó Julián—. ¿Te pensás que me gusta llamarte porque llegás tarde o porque faltás? ¿Te creés que me divierte hacerme cargo de todo esto para que vos, Claudia y yo salgamos favorecidos?

—No la metas a Claudia en esto, ella no finge ser mi madre —se quejó Fabrizio en respuesta.

Julián, que se hallaba de pie detrás del escritorio, asentó las manos sobre el vidrio que protegía la madera y procuró serenarse para no generar más conflictos.

—El problema es que tenemos responsabilidades, y esas responsabilidades incluyen a mamá —admitió—. Ya tengo hijos que educar, no me interesa educarte a vos. Ojalá tuviera tu edad, andaría repartiendo, como hacía a los veinte años, y no acá, entregando mi vida a esta fábrica para

los demás.

—¡Como si no trabajaras para vos! —discutió Fabrizio con ímpetu.

Cansado de callar lo que hacía mucho tiempo pensaba, Julián al fin se liberó.

—Somos tres hermanos que repartimos en partes iguales las ganancias que nos da la fábrica —dijo—. Pero para ganar, hay que trabajar codo a codo, cada uno en lo que le corresponde. Si vos no lo hacés, voy a hablar con mi abogado para desvincularte de Aráoz Hermanos, y no habrá vuelta atrás.

Fabrizio esbozó una sonrisa de confusión y descontento. Acostumbrado a ser el protegido de la familia, la reacción de su hermano lo tomó desprevenido. Siempre había tenido el permiso de decir lo que se le viniese en gana sin recibir represalias, todos sus caprichos habían sido concedidos, por eso que Julián lo amenazara terminó de ofenderlo.

—¿Quién te creés que sos? —reclamó con rebeldía—. Si no sos más que un fracasado con unos gramos de poder. Todo es producto de tu frustración, ¿no te das cuenta? Fracasaste como hijo, como esposo, como padre y hasta en tu propio negocio. ¿Y ahora pretendés tener éxito al mando de la fábrica? ¡Imposible! Vas a fracasar de nuevo, como en todo lo que pretendiste hacer. Por eso papá te dejó al frente de la fábrica, por lástima, para que el pobre de Julián, que fracasó en todo, sienta que todavía tiene la posibilidad de ser exitoso. ¡Ingenuo! —exclamó antes de abrir la puerta y salir de la oficina sin cerrarla.

Víctima de los recuerdos y la ira del momento, Julián se dejó caer en el asiento. Permaneció allí, con la mirada perdida en las sombras, unos segundos.

—Señor Aráoz —escuchó que alguien le hablaba. Era la voz de un operario que sin dudas había escuchado la pelea.

—Sí, ¿qué necesitás?—respondió con un tono ahogado.

—La máquina empaquetadora está fallando de nuevo. Ya le dije lo que pienso: con eso de aumentar la producción para abarcar más zonas de entrega, la máquina está trabajando más de lo que puede.

—Si no la hacemos trabajar, no podemos comprar una mejor, y no podemos seguir creciendo —respondió Julián con la misma serenidad con la

que hablaba siempre—. Vamos a tener que hacerla andar hasta que explote.
Andá a tu puesto, yo ahora voy.

El operario asintió, pero él no lo vio porque miraba el escritorio.

Capítulo 5

Con el pulóver de corazoncitos y el jean de su talle, el viernes siguiente, Natalia volvió al bar. Tampoco encontró a su inspiración en las mesas de afuera, pero esa vez, ya no sintió frustración. No esperaba que él estuviese allí.

Entró al lugar y buscó el sitio que había ocupado el viernes anterior, pero no lo halló disponible, Tuvo que sentarse en un extremo desde el que solo podría ver la zona que deseaba si giraba la cabeza hacia la izquierda. No le importó demasiado, se contentó con ordenar el submarino y las dos medialunas, abrir la notebook y releer lo que había escrito para continuarlo.

«Busco su mirada, y me mira. Nos excitamos viéndonos a los ojos mientras su miembro entra y sale de mi cuerpo y sus manos se deslizan hacia mis pezones, acarician la piel de mis pechos, los envuelven y atesoran.

—Sos tan hermosa —me dice, y yo lo leo en sus ojos. No está mintiendo, de verdad le parezco hermosa, y siento que mi alma se eleva con su honestidad.

Paso mis manos por su torso y mis dedos alcanzan su cuello, donde se detienen para acariciarlo. Me echo hacia atrás y le rozo el vientre con las uñas. Él se eleva y me alza consigo, y yo empiezo a moverme como si en ese acto se acabara el mundo».

—¡Seis a uno! —exclamó una voz que la sobresaltó—. El titular decía «Boca humillado en San Juan». Más que humillado, ¡los mataron a goles!

—Para mí tendría que haber jugado Erviti —argumentó otra voz, y

Natalia comenzó a lamentar la serenidad perdida.

Ahora que aquellos sujetos habían disipado su concentración, se daba cuenta de que estaba en el bar y no en la cama del extraño, rodeada de personas que conversaban de quién sabía cuántas cosas, secundados por la música que sonaba en ese momento. El video de la canción se reflejaba en el inmenso televisor de pantalla plana que decoraba la pared a su derecha; Heart, de Pet Shop Boys.

Justo cuando pensaba en irse, se hizo silencio. En realidad no se trataba de que los hombres hubieran dejado de hablar, sino de que el tercero de ellos lo hacía en voz baja. Oía un murmullo, pero no exactamente lo que decía, como antes de la primera exclamación.

Sintió una llamada, algo la impulsó a girar la cabeza hacia ellos y entonces su corazón, como expresaba la canción, también perdió un latido. Allí estaba él, sonriendo mejor que en su sueño, hablando de fútbol. Era tan atractivo y parecía tan decidido, tan seguro de sí mismo, que le produjo taquicardia. Pestañeó lentamente en busca de capturar cada detalle: sus dientes blancos y bellos, sus labios de grosor perfecto, sus ojos grandes del color de las hojas en otoño. Del color de las manchas de los leopardos.

Su corazón no fue el único que se aceleró, también lo hicieron sus pensamientos. Su mente se invadió de infinidad de frases, aromas y posiciones sexuales. Las escenas se dispararon como flechas y se enterraron en su zona más íntima. Viendo al extraño, por más increíble que le pareciese, se había excitado.

Él volvió a reír del comentario de uno de sus amigos y después abrió el diario. Los otros dos prosiguieron con la conversación de fútbol mientras él se concentraba en algo escrito que al parecer le interesaba. Natalia estudió cada rasgo de su rostro, cada gesto y expresión, convencida de que reunía material para su personaje. Sin embargo, le gustaba mirarlo, sin importar si luego escribiría sobre él o no.

Fue imposible para ella predecir lo que estaba a punto de suceder. Sin darle tiempo a reaccionar, él giró la cabeza a la vez que alzaba la vista y sus ojos se enterraron en los de ella.

¡Por Dios, la estaba mirando, y era tan atractivo! Pensó en lo osada que

era Nadia, la protagonista de su novela recién empezada, y deseó atreverse a ser como ella. Era su oportunidad, debía sonreír, y si él estaba interesado, le devolvería la sonrisa. De lo contrario daría vuelta la cara y nadie se habría enterado de nada. Pero no pudo hacerlo. Quizás era casado, y ella quedaría como la tonta desesperada que le sonreía a cualquiera, incluso a un viejo veinte años mayor que ella, solo por la esperanza de no morir soltera. Se sintió una estúpida, incapaz de gustarle a un hombre perfecto como ese. No había sabido lidiar con un chico seis años mayor que ella, ¿cómo haría con un hombre? Sintió tanto miedo de que él le devolviera la sonrisa, de tener que dirigirle la palabra y que con eso él se diera cuenta de que ella era una inexperta mojigata y aburrída, que giró la cabeza enseguida. Lo hizo tan rápido que lució molesta, seguro el extraño estaría pensando que se había ofendido por su mirada, y era mejor así. Reunió sus cosas, tan veloz como pudo; arrojó unos billetes a la mesa y salió corriendo.

Julián giró el cuerpo en la silla para ver a la extraña atravesar la puerta que estaba a su espalda. Aferraba el bolso contra el pecho como si allí llevara un tesoro, y estaba seguro de que eso tanpreciado para ella era su computadora. Frunció el ceño imaginando lo que habría estado haciendo antes de que él la importunara con su mirada; no habría querido hacerlo, pero le había sido inevitable.

Un sexto sentido lo había hecho mirarla porque se había sentido observado mientras leía los clasificados. Y no se equivocó. Al alzar la vista, se encontró con los ojos más curiosos que jamás había visto. Pertenecían a una mujer delgada, de cabello castaño lacio y ojos marrones, que vestía de manera peculiar. Llevaba anteojos de lectura y tenía el aire de una intelectual. Lucía tímida, parecía seria y recatada, pero en el fondo de sus ojos de terciopelo leyó que era un volcán. Lo atrapó, lo sedujo. Y su reacción de huir lo ató irremediabilmente a ella.

Se preguntó quién sería, por qué estaría ahí, por qué lo miraba si ante el primer indicio de respuesta por parte de él, había escapado. Comprendió en un instante que había acelerado el pulso de esa chica, y a diferencia de otras oportunidades, eso no le disgustó. Al contrario, lo hizo sentir vivo, y le produjo el deseo de volver a verla. ¿La hallaría de nuevo en ese bar alguna

vez? Nunca se había fijado en muchachas jóvenes, solo en ella. Se hacía evidente que no era menor e intuía que no tenía novio, eso le bastaba.

Era su propio inconsciente el que lo retenía. Desde que se había divorciado hacía dos años, no se interesaba por ninguna mujer y tampoco deseaba hacerlo en esa oportunidad. ¿Por qué entonces el deseo olvidado resurgía? Desde que el vínculo con su mujer se había roto, había sido padre y empresario, pero hombre ya no.

Volvió a la realidad en cuanto sus compañeros le preguntaron por sus perspectivas acerca de la Copa Libertadores.

Molesta consigo misma y con la vida, Natalia condujo a casa tan despacio como le fue posible. Se sentía una tonta y una cobarde, merecía acabar su existencia sola y desamparada. Si hubiera resistido el sexo frío con Gabriel, si hubiera soportado sentirse aburrida a su lado fingiéndose a gusto, estaría en pareja. Su madre no le reclamaría un novio ni le diría que extraña a Gabriel mientras por dentro agradecería que nadie le hubiera robado a su hija, y ella no andaría en bares, escribiendo asquerosidades sobre un extraño.

Jamás debió haber dejado a su novio. A ningún hombre le interesaban las mujeres difíciles y recatadas. No les gustaba insistir, tomarse trabajo ni ir despacio para obtener una sonrisa o un teléfono. ¿Quién iba a molestarse en tratar de conquistarla a ella, habiendo mujeres en oferta en cualquier parte, dispuestas a sonreír, dar teléfonos y entregar el cuerpo con solo una mirada?

No podía luchar contra su sentimiento de timidez e inexperiencia. Si algo odiaba, era sentir que los demás pensaban que era tonta o que le demostraran que se sentían superiores a ella. Los chicos solían hacer eso, manejaban códigos que desconocía y hasta se le habían reído en la cara más de una vez por sus respuestas, casi siempre ingenuas. No servía para captar indirectas, y cuando lo avisaba, también provocaba risas. No la tomaban en serio, el único que lo había hecho había sido Gabriel, y ella lo había desperdiciado. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de que jamás conocería a alguien igual? ¿Cómo no había sabido valorarlo a tiempo, con lo inútil y sosa que ella era para entablar relaciones con el sexo opuesto?

Tal como llegó, se encerró en su cuarto y encendió la computadora. Necesitaba ponerse en contacto con Gabriel de alguna manera.

—¿Otra vez tuviste que cubrir la hora de alguien? —le preguntó Liliana ni bien la vio encerrarse en su cuarto. Pretendió abrir la puerta, pero Natalia se lo impidió de mala manera. La puerta no tenía llave, sino, la habría cerrado.

—¡No abras! —gritó.

—¿Por qué? —se ofendió Liliana.

—Porque quiero estar sola —replicó su hija—. ¡Sola, por favor!

—¿Pero qué te pasó? —insistió su madre—. ¿Te pasa algo?

—¡No me pasa nada! —gritó Natalia en respuesta. Lo que menos quería era dar explicaciones y tenía que responder preguntas, ¿tanto costaba dejarle espacio? ¿No podía su madre, por una vez en su vida, resignar sus necesidades y pensar en las de ella?

—Pero no te puedo ver así y que no me digas qué te pasa —insistió la mujer.

—¡Si no dejás de molestar, me voy! —gritó Natalia—. ¿Me tengo que ir para que me dejes tranquila?

—Estás loca —se quejó su madre—. Estás cada día más loca, ¿quién te entiende? —se alejó a la cocina mientras seguía hablando—. Si no te pregunto qué te pasa, después te enojás. Si te pregunto, te molesta. ¿Cómo hay que actuar con vos? ¿Qué hay que hacer?

¿Querés saber qué tenés que hacer?, pensó Natalia en silencio. ¡Callarte! Pero no lo dijo.

Abrió el navegador, entró a Facebook y abrió el muro de Gabriel.

El mundo se cayó.

En la foto del perfil, había una mano dibujando sobre un plano. Reconoció que era la mano de su ex.

En la foto de portada, él y su novia besaban, los dos a la vez, uno en cada mejilla, a un bebé. Un recién nacido.

Sandra y Gabriel tenían un hijo, acababan de ser padres. Eso significaba que ella jamás podría recuperarlo, y con ello se sintió morir.

De haber tenido coraje, habría destrozado su celular o su computadora, pero no le gustaba perder cosas. Se echó a llorar procurando no ser oída, porque era lo único que podía hacer sin que conllevara más que romperse a sí

misma.

¡Con cuánto deseaba tener un hijo! Casarse, ser madre, ser feliz con su marido. En ese instante de dolor y frustración, no tenía la energía suficiente para creer en lo que a veces pensaba: si acaso Gabriel habría sido la persona indicada para completar todas esas vivencias. Tampoco para reconocer lo que algunas veces, en secreto, su inconsciente le dictaba: que esos no eran sus deseos, sino los que otros habían internado en ella, y ella se los había apropiado. No le gustaba defraudar a nadie, cuánto menos a quienes pensaban que debía casarse, tener hijos y vivir la vida perfecta de las personas felices.

¿Qué era la felicidad? ¿Qué deseaba? No tenía idea. Solo sabía que acababa de perder a Gabriel para siempre, y con eso toda posibilidad de ser perfecta.

Pasó la tarde dando vueltas en la cama, llorando desconsoladamente y rogando cada tanto a su madre que dejara de insistir para abrir la puerta. Llegó a trabarla con una silla para que no pudiera violentarla y así perduró todo el fin de semana, excepto cuando tenía que salir para ir al baño o para comer. Jamás respondió a Liliana qué le pasaba, aunque ella se lo había preguntado con insistencia.

Volver a la rutina el lunes le sirvió para despejar la mente. Cuando daba clases, de a ratos olvidaba la tristeza y la desesperanza. Algunos chicos la hacían reír o enojar, y eso resucitaba su capacidad de sentir algo más que dolor. Sin embargo, los más perceptivos ya se habían dado cuenta de que ella no estaba como siempre. Se la notaba desanimada y pensativa.

Camila Aráoz Viera fue una de esas alumnas que descubrió el pesar de su profesora. Hasta lo comentó con su compañera de banco, que casi no le prestó atención y se puso a hablar de One Direction. Le resultó pesado, porque a ella le gustaba Green Day, y se lo hizo saber. Acabaron enojadas.

El viernes llegó muy despacio. Natalia no había tocado «Camino al placer» en toda la semana ni sabía si podría volver a hacerlo. Se dedicó a la novela que estaba escribiendo antes, a la que volvió a llamar «Camino al amor», la historia de Nadia y Guido, sus equivalentes para Natalia y Gabriel.

No fue al bar. No tenía sentido ir.

A pesar de que pasó más tiempo observando a su alrededor que

conversando con sus amigos, ese viernes Julián no encontró la mirada que lo había cautivado la semana anterior. Se hacía evidente que no era habitué de ese bar, aunque no podía negar que había albergado la esperanza de que lo fuera. Jamás la había visto antes y jamás volvería a hacerlo de nuevo.

Pasó el fin de semana con sus hijos. Los llevó al cine el sábado y, como siempre, Camila quedó disconforme con la película. Mientras Julián y Tomás disfrutaban los efectos especiales de Iron Man 3, reían y comían pochoclos, ella se acomodaba el flequillo que le caía de costado sobre un ojo y solo se mostraba entretenida con la historia de amor. Jamás reconocería que la película en realidad le había gustado mucho.

—Sos como El Contra —se burló su padre mientras cenaban en McDonald's.

—¿Cómo quién? —se ofuscó ella.

—Un programa de televisión que veía cuando era muy joven —le contó él.

—Con razón no lo conozco —se defendió Camila.

—¿Y qué mirás?

—MTV.

—¡Oh! —Julián se respaldó en el asiento tras la exclamación—. Parece interesante.

—Ahí vi un tatuaje que me voy a hacer pronto —contó su hija. Él volvió a inclinarse hacia adelante al instante.

—Sobre mi cadáver —sentenció. Ella sonrió con ironía.

—Si no vivís conmigo, ¿por qué me vas a prohibir algo? —interrogó.

Julián captó el reclamo implícito en la pregunta y supo que, de continuar en esa dirección, Camila acabaría defraudada. Siempre lo estaba, en realidad. Por eso prefirió seguir hablando del tatuaje, estaba seguro de que ella ya sabía por qué debía respetar sus órdenes.

—¿Qué vas a estudiar cuando termines el secundario? —interrogó. Sin entender a qué iba la pregunta, ella se encogió de hombros.

—No sé —replicó.

—Bueno, con más razón, si no sabés qué es lo que vas a estudiar, no te conviene hacerte un tatuaje —explicó Julián. Ella volvió a reír; pretendía

demostrarle que se equivocaba, pero en realidad no tenía idea de por qué, si no sabía lo que iba a estudiar en la universidad, no podía tatuarse.

—¿Por qué no? —preguntó. No pudo con la curiosidad.

—Porque para algunos trabajos no podés tener tatuajes —contó Julián, y al fin obtuvo la confianza y la atención completa de su hija—. Algunos trabajos requieren que tengas una presencia impecable, y no contratan personas tatuadas.

—Pero si me lo hago en un lugar escondido... —intentó ella.

—Hay exámenes preocupacionales, es decir que te envían a una revisión médica antes de contratarte. Es una cláusula escondida, pero algunos no contratan tatuados.

—Bueno... —murmuró ella, pensativa—. Entonces me lo voy a hacer cuando ya sepa qué quiero estudiar.

—Cuando cumplas dieciocho años, podrás hacer lo que quieras —replicó Julián.

—¿Y yo? —preguntó Tomás. Julián lo miró y le sonrió.

—Y vos también —contestó divertido.

Capítulo 6

El viernes siguiente, un extraño calor invadía la ciudad. Julián estaba seguro de que la lluvia los sorprendería en algún momento del día, por eso eligió con sus amigos una mesa adentro del bar.

Al mismo tiempo que ellos ordenaban cafés y tostados, Natalia llegaba a casa para internarse en su cuarto. Había vuelto a los jeans sueltos y grandes, a los pulóveres de abuela y a la colita. Estuvo a punto de desvestirse y ponerse el pijama, sin embargo, volvió a dejarlo sobre la almohada. Suspiró viéndolo y recordó su historia inacabada de Nadia y Guido. Tenía la opción de colocarse la ropa de dormir y sentarse delante de la computadora a idear un mundo en el que Gabriel la elegía a ella a pesar de que lo había dejado, un mundo en el que él no tenía un hijo y en el que la amaría eternamente, tal como había prometido. ¡Qué falsa había sido su promesa! ¿Pero qué pretendía de él? ¿Cómo podía ser tan egoísta de fundar su felicidad en la infelicidad de otro? Quizás por eso ella jamás la alcanzaría, por egoísta y malvada. Había sido la villana de su propia novela de amor, y ahora no podía pretender ser la protagonista.

Suspiró de nuevo pensando en Gabriel y casi como un salvavidas, el extraño del bar volvió a su mente. Al parecer concurría allí casi todos los viernes y podía volver a verlo, aunque fuera para seguir escribiendo sobre él. Ese hombre alimentaba su fantasía, y tenía ganas de beber un poco de él.

Se sentó en la cama y se esforzó por recordar los detalles que había interiorizado la última vez. Podía describirlo a la perfección, y eso la alentó.

Entonces hizo a un lado la tristeza que la había acompañado desde que se había enterado de la paternidad de Gabriel, buscó su pulóver de los corazoncitos y los jeans de su talle, y se vistió para ir al bar. Era más tarde que de costumbre y quizás el extraño ya se había ido, si es que había concurrido ese viernes, pero le bastaba con ver el lugar y respirar el aire que allí reinaba, una mezcla de café, perfumes y productos de panadería, para favorecer su inspiración.

—¿Vas a salir? —interrogó Liliana—. ¿A dónde vas?

—Al centro de Quilmes —respondió Natalia camino a la puerta.

—¿Para qué vas? —siguió preguntando su madre.

—Para comprar algo para el colegio —replicó ella, ya en el garaje.

—¿Querés que te acompañe? —se ofreció Liliana, ante lo que Natalia giró sobre los talones y por fin la miró.

—¿No tenés que cocinar? —le preguntó. Liliana tartamudeó.

—S... sí, pero...

—Vengo en un rato.

—Bueno... —aceptó Liliana con expresión de mártir. Era mejor que pusiera esa cara y guardara silencio antes que oírla pronunciar las mismas frases de siempre: que todos la dejaban sola, que Natalia era poco compañera, que ella había dado todo por su hija para que le retribuyera de tan mala manera, y muchos generadores de culpa más.

A pesar de su descontento, Liliana abrió la puerta del garaje para que Natalia pudiera sacar el auto y se despidió de ella pidiéndole por centésima vez que tuviera cuidado.

Cuando Natalia entró al bar, solo vio a su Fabián. Le temblaron las piernas y su corazón comenzó a galopar. Él era todo lo que le importaba ver.

Se sentó en la mesa que había ocupado la última vez que había estado allí, ordenó el submarino con las medialunas y se deleitó observándolo. Como de costumbre, él leía el diario mientras sus amigos comentaban temas que no alcanzaba a oír.

Se moría porque volviera a mirarla, por sentir sus ojos posados en su cuerpo, aunque ella se sintiera demasiado delgada y tuviera imperfecciones varias. Jamás se desnudaría delante de alguien tan lindo, le avergonzaba

hacerlo con Gabriel cuando era mucho más joven y bonita, ¿cómo podía siquiera pensar en desnudarse ahora? Por suerte Nadia, si bien tenía las mismas reservas que ella respecto de su cuerpo, era mucho más valiente y segura de sí misma, al menos en comparación con ella.

«Me gusta tanto que me haga el amor, que me haga desear y sentir el sexo. Empiezo a gemir y él acelera sus embestidas. Yo me apresuro a subir y bajar sobre su miembro, que se pone cada vez más duro. Me invade el cuerpo y el pensamiento, el alma y el pecho. Me toca de nuevo los pezones, se levanta y busca lamerlos. Yo le tomo la cabeza con las manos y lo ayudó a llegar a uno de ellos. Bajo la cabeza para ver su lengua roja y húmeda provocándome el placer más grande del mundo. Me excita verlo y jalar de su cabello».

Alzó la mirada y buscó al extraño. Él seguía allí, hablando de quién sabía qué con sus amigos, mientras ella solo podía verlo en una cama, haciéndola gozar como nunca lo había hecho nadie.

«Llevo su boca a mi otro pezón y le ruego que lo lama con mis gemidos. Él obedece, le encanta hacerlo, y yo me enrosco en su cadera para que se interne más adentro mío».

Alzó la cabeza de repente. El extraño se había puesto de pie al igual que sus amigos y arrojaba dos billetes sobre la mesa. Se iba. Se iba y ni siquiera la había mirado, no se había percatado de su presencia. De cualquier modo, Natalia sabía que no tenía derecho a sentirse defraudada por eso, ya que ella misma lo había rechazado la última vez con su huida. Él era un hombre más sobre la faz de la Tierra, otro de esos a los que no les gustaba insistir, derretir a una mujer de hielo ni esperar. No perdería el tiempo tratando de ganarse su confianza, porque no era Fabián. No era más que un hombre.

Lo vio salir del bar y suspiró con angustia. Se acordó de Gabriel, de su madre, de su infelicidad, y casi se echó a llorar. Estuvo a punto de correr hacia la salida, pero se contuvo. Tenía que terminar el submarino.

Junto a la ventanilla del estacionamiento, Julián detuvo a Cristian.

—Me olvidé algo —le avisó.

—¿Qué? —preguntó el otro. Miró enseguida a Jorge, que ya estaba pagando por las horas que había dejado el automóvil allí.

—Le iba a pedir a la camarera una hoja del diario donde salió un aviso que me interesaba —explicó Julián.

—¡Jorge, esperá! —gritó Cristian, pero su amigo ya había pagado.

—No se preocupen, voy solo —argumentó Julián enseguida. Era lo que deseaba, por eso había esperado a que uno de sus amigos ya estuviera pagando la cuenta del estacionamiento para dar el aviso del olvido.

Le costó convencer a Cristian de que no lo acompañara, pero finalmente pudo regresar solo al bar.

«Me toca, me mira, me acaricia.

—Besame —me pide.

Yo me inclino hacia adelante y nuestros labios se encuentran. Están sedientos, están calientes, hierven tanto como nuestros cuerpos unidos. Su beso es suave y húmedo, me hace cosquillas y me incita a aferrarme a sus hombros. Son tan fuertes que me hacen sentir que puede protegerme de todo.

Sigo el ritmo de nuestro deseo y me agito con su miembro adentro. Nos miramos, nos entendemos, nos amamos en silencio».

—¿Se puede?

La pregunta interrumpió los pensamientos de la escritora. Alzó los ojos, aturrida. Aquella voz se parecía tanto a la de Fabián que la asustó, pensó que su personaje se había hecho realidad, y no se equivocó. ¿Quién había materializado a quién? ¿El extraño al personaje o el personaje al extraño? Eso no importaba, «Fabián» estaba ahí, delante de ella, y al notarlo, todo lo que pudo hacer fue mirarlo con cara de susto y tragar con fuerza. Ni siquiera se atrevió a pestañear.

—Gracias —siguió diciendo el extraño sin esperar respuesta al tiempo que apartaba la silla libre de la mesa.

Los dedos de Natalia, congelados sobre el teclado, temblaron de miedo. La palidez que la había aquejado ni bien había visto a «Fabián» delante de su mesa se convirtió en sonrojo cuando bajó la vista y halló la palabra «miembro». ¡Por Dios, se había atrevido a imaginar el pene de ese desconocido que estaba sentado frente a ella! Cerró la notebook como si escondiera allí un pecado. Y así era.

—Noto que te acostumbraste a venir a este bar —destacó Julián con una

sonrisa liviana—. La conexión wi-fi no siempre es buena —comentó señalando la computadora—, pero es un lugar muy agradable, y el café es riquísimo. Yo vengo todos los viernes.

Natalia no cabía en su cuerpo. Viéndolo de cerca, el extraño le parecía todavía más atractivo que cuando lo contemplaba a la distancia. ¡Y su aroma! ¡Olía tan bien! Ella no sabía nada acerca de perfumes, pero el de ese hombre lograba estremecerla.

—No me gusta el café —fue todo lo que se le ocurrió decir. ¡Una queja! Se sintió una estúpida. ¿Cómo no se iban a reír de ella los chicos si no sabía dar respuesta a nada? ¿Cómo no se iba a reír «Fabián»? Pero aunque «Fabián» en efecto sonrió, no pareció una burla.

—El submarino también es bueno —replicó él señalando el vaso que Natalia ya había vaciado. Cuando movió la mano, las pulseras se avistaron, y Natalia las miró. Se quedó prendada de ellas hasta que el desconocido volvió a hablar—. ¿Mucho trabajo?

Alzó los ojos de pronto y se encontró con las manchas de leopardo que la observaban curiosas.

—¿En la computadora? —interrogó, confundida. ¡Claro que se refiere a la computadora, estúpida!, pensó después, pero ya era demasiado tarde para retractarse. Rió nerviosa antes de que el desconocido pudiera hacer alguna aclaración. De solo pensar en lo que escondía en esa computadora, se puso roja de nuevo—. No —confesó—. No es trabajo, no.

Julián la observó en silencio, le pareció que la extraña tenía una sonrisa preciosa. Sus ojos brillaban y dejaban en evidencia que estaba nerviosa. Todo lo demostraba, en realidad: su tono de voz, sus mejillas y también sus dedos, que no dejaban de tiritar.

—Entonces es un hobby —dedujo. Natalia entreabrió los labios y los volvió a cerrar sin saber cómo seguir con la conversación. No quería confesar que escondía un frustrado intento de novela.

—Soy profesora —lanzó. Julián asintió con expresión compasiva.

—Tengo una hija adolescente, sé lo que debes pasar encerrada en un aula con treinta como ella, así que te admiro —comentó con otra de sus sonrisas tentadoras. La expresión de Natalia, en cambio, se contrajo. Su Fabián tenía

una hija; no pensó que la noticia la afectaría como lo estaba haciendo. Una mezcla de celos y de desilusión la invadió—. ¿Y qué enseñás? —siguió preguntando él.

—Lengua y Literatura —contestó ella. Se hacía evidente que había pasado de estar nerviosa a decaída.

—Muy interesante —replicó Julián. Siempre había supuesto que ella era una intelectual—. Mi hija odió el Poema del Cid —la expresión volvió a arrancar una sonrisa a Natalia.

—Todos lo odian —contestó—. Incluso yo —acabó por confesar.

—Yo no —contó Julián.

—¿Lo leíste? —se sorprendió ella. Aunque todavía no terminaba de soltarse, parecía más relajada. El shock inicial de saber que «Fabián» tenía una hija iba desapareciendo.

—Sí, se podría decir que soy un buen lector —afirmó Julián.

—¿Leés asiduamente? —preguntó ella. «Asiduamente», repitió Julián en su mente. ¡Toda una palabra!

—Todas las noches antes de dormir —contó.

—¿Y qué te gusta leer? —siguió preguntando Natalia para no pensar en lo que hacían Nadia y Fabián antes de dormir. No era común encontrar a alguien que leyera sin ser de su área, y mucho menos entre los chicos con los que cada tanto solía hablar. Ni siquiera Gabriel leía. Julián se encogió de hombros.

—De todo —admitió—. ¿Y a vos qué te gusta leer?

Natalia tomó una profunda inspiración al tiempo que evaluaba cómo esquivar la pregunta. Le avergonzaba decir la verdad, y era una muy mala mentirosa.

—Por mi profesión, leo muchas cosas —trató de salvarse de la confesión.

—Pero qué es lo que te gusta —insistió él. Ella suspiró.

—Algo que a vos seguro no —volvió a esquivar—. Novelas de amor —añadió, con algo de pudor.

—Leí muy buenas novelas que hablan de amor —contó él—. Orgullo y prejuicio, Cumbres borrascosas, Madame Bovary...

Natalia abrió tanto los ojos que temió haber hecho una mueca exagerada.

—¡Entonces de verdad sos todo un lector! —exclamó.

—Igual que vos —asintió Julián—. ¿Llevas ahí tu propia historia de amor? —señaló la notebook, y las mejillas de Natalia volvieron a teñirse de rojo.

—No —rió—. No es una historia de amor, no.

Se maldijo al instante. Claro que era una historia de amor, pero primero era una historia de sexo y de pasión, inspirada en él. No podía confesar eso.

—Entonces también sos escritora, tal como sospeché —indicó Julián.

—¡Claro que no! —volvió a reír Natalia. Para paliar los nervios, comenzó a jugar con la cuchara larga con la que había revuelto el submarino. De no haber visto tan serio a «Fabián», habría pensado que le estaba jugando una broma. ¿Escritora ella? Quizás apenas servía para construir algunas oraciones que a nadie le interesaría leer—. Solo armo algunos párrafos sueltos de algo incoherente, nada más —explicó con timidez.

—¿Y puedo saber de qué se trata tu historia?

La cuchara resonó en la copa cuando ella la dejó caer de golpe. Había pasado a lucir asustada: ¿cómo le explicaría de qué se trataba su historia? De que me haces el amor como no me lo habían hecho nunca, pensó. De que te conozco desnudo, y me conocés desnuda. De que lamés mis pezones y yo te masturbo, se le ocurrió. Enrojeció por completo.

—No —respondió de tan mal modo que sonó enojada cuando en realidad estaba muerta de vergüenza.

—Perdón —se disculpó Julián, perdido en los cambios de ánimo de su interlocutora—. Nunca conocí a un escritor, no sé si les gusta hablar de sus obras incompletas, o si las ocultan hasta que las terminan. Me despertó curiosidad. ¿Cómo busco tus novelas en las librerías?

Un sonido áspero escapó de la garganta de Natalia cuando contuvo la risa.

—¡De ninguna manera! —respondió—. Esto nunca va a estar en una librería —aseguró.

—¿Por qué decís eso? —se interesó él. Ella tragó con fuerza.

—Porque es muy malo.

Se produjo un instante de silencio en el que se sostuvieron la mirada. Había tanto para decir y tanto para callar. El aire se condensó y la respiración

se ausentó por un momento.

—Me gustaría leerla algún día —concluyó él respecto de la historia.

Natalia bajó la mirada.

—Si estás queriendo decir algo con indirectas, tenés que saber que soy pésima para interpretarlas —masculló.

—Lo único que pedí mediante una indirecta fue tu nombre —aseguró él. Ella lo miró, intrigante, entonces se explicó—. Cuando te pregunté cómo buscar tu libro en una librería, pensé que me dirías el título y el autor, y que con el autor vendría tu nombre, o al menos tu seudónimo.

Natalia se mordió el labio inconscientemente. Jamás habría caído en que con esa pregunta, él en realidad quería saber su nombre.

—Ah —susurró—. Soy muy mala para interpretar indirectas, te lo advertí. Prefiero que me traten como a un hombre —se interrumpió—. Quiero decir... —trató de explicar, avergonzada—, creo que a los hombres les gustan las preguntas directas, y a mí...

—Mejor —la interrumpió él—. Al fin una mujer con la que no hay que andar con vueltas. ¿Cuál es tu nombre, mujer sin vueltas?

Natalia sonrió. La profundidad de los ojos de «Fabián» la traspasó.

—Natalia —replicó en un susurro.

—Me gusta tu nombre, Natalia —respondió Julián.

Era el momento de preguntarle a él cómo se llamaba, y aunque le diera vergüenza, iba a hacerlo, pero justo cuando se disponía a hablar, su teléfono celular vibró. Miró hacia un costado, donde el aparatito se encontraba, y divisó el número de su madre.

Su corazón se endureció de repente. Sus músculos se tensionaron y descubrió que estaba en un bar, coqueteando con un extraño que le había inspirado fantasías sexuales. Se sintió una tonta. ¿En dónde habían quedado su educación, su recato y sus modales? Sin embargo, se sentía bien relegarlos por un momento, que el desconocido la atrapara al punto de olvidarlo todo.

Tenía que acabar con la interrupción. Tenía que alejarse de su madre si quería seguir pecando.

Atendió el teléfono casi con desesperación.

—Ahora no puedo —se quejó.

—Por favor, necesito que me traigas pan rallado —suplicó su madre—. Lo necesito ahora mismo, tengo que entregar un pedido a la una. Pensé que tenía rebozador, aunque sea, pero no hay nada —ante el silencio de su hija, Liliana arremetió—. ¡Natalia, haceme el favor!

—Está bien —contestó ella apresurada—. Está bien, ahora compro —determinó.

—¿Ya venís? —interrogó su madre.

—Sí, ya voy —respondió ella, y cortó la comunicación.

Se quedó viendo el teléfono un momento al tiempo que dos sentimientos contradictorios se batían a duelo en su interior. Por un lado, la necesidad de huir del coqueteo. Por el otro, el deseo de continuar internándose en esos ojos que la desnudaban sin que su dueño siquiera se diera cuenta.

—Me tengo que ir —dijo con pesar, aunque en su tono de voz solo dejó traslucir la seguridad de haber tomado una decisión indiscutible.

Julián sonrió. Tenía la cabeza levemente inclinada hacia abajo y los ojos focalizados en la escritora que había comenzado a guardar sus pertenencias.

—Me gustaría seguir en contacto con vos —dejó escapar—. No me pienso perder la oportunidad de que me firmes tu libro cuando se publique.

Aun en contra de su voluntad, Natalia detuvo las manos en el cierre del portafolio y rió. Julián juzgó que, relajada y libre, ella lucía mucho más hermosa que en cualquier otra oportunidad.

Sin decir más, Natalia tomó una lapicera y una servilleta, y sobre ella escribió su teléfono celular. Aunque le temblaban los dedos y en su mente retumbaba una voz que le gritaba «¿Qué estás haciendo?», siguió adelante con la osadía. Al acabar la escritura de números borrosos, alzó la mirada y se mordió el labio. Notó que las pupilas del desconocido se trasladaron de inmediato a la zona que ella castigaba con los dientes, y por un instante se acordó de su novela.

—¿Y tu nombre es...? —se atrevió a preguntar. Moría por saber cómo se llamaba en realidad «Fabián».

—Soy Julián —respondió él con tono de voz sereno.

Natalia se sobresaltó. ¡No podía haberse acercado tanto a su nombre! «Julián» y «Fabián» eran casi homófonos, y por esa razón se le escapó una

risa que Julián no supo interpretar, pero que lo cautivó. Sonrió también.

—Perdón —se excusó ella enseguida, temiendo que su «Fabián» pensara que se estaba burlando de él.

—No hace falta que te disculpes —repuso Julián—. Tenés una hermosa sonrisa.

Yo no tengo nada lindo, pensó Natalia al instante, y estuvo a punto de dar esa tonta respuesta, pero no alcanzó siquiera a abrir la boca para formularla. Todavía no había muerto el eco de la voz masculina cuando él llevó una mano a la servilleta y sus dedos se encontraron con los de ella, que todavía no la había soltado. Ninguno miró las manos unidas, continuaron viéndose a los ojos mientras sus cuerpos se estremecían con la fuerza de aquel contacto.

—Espero volver a verte —siguió diciendo él con esa mirada que para Natalia lograba congelar el mundo.

Julián se apoderó de la servilleta antes de que la escritora se arrepintiera de dársela. La guardó en el bolsillo del saco, aprovechó para dejar unos billetes sobre la mesa y se puso de pie. Natalia dudó en aceptar que él pagase su cuenta, pero optó por callar. Después de todo, se sentía agradable que alguien tuviera una atención con ella. Esperaba que Julián se diera la media vuelta y se fuera, pero eso no sucedió. Resultaba evidente que estaba esperando que ella se levantara también para escoltarla a la salida, por eso se apresuró a reunir sus cosas y encaminarse a la puerta. Julián la sostuvo para que pudiera salir del bar y después caminó detrás de ella hasta quedar los dos detenidos en medio de la vereda. Se miraron al mismo tiempo.

—En caso de que podamos ser amigos —le dijo él entregándole una tarjeta personal. Aunque Natalia la aceptó enseguida, no la leyó; todavía estaba prendada de los ojos de su personaje.

Lo vio sonreír otra vez y le pareció que las personas que transitaban a su alrededor no existían. Tenía una sonrisa cautivante y una postura tan seductora que le costó recuperar el aliento.

—Gracias —dijo con una sonrisa tímida que Julián le devolvió.

—¿Te llevo a alguna parte? —preguntó. Natalia negó con la cabeza.

—No hace falta, estoy en mi auto —replicó. Él asintió, y con una nueva sonrisa se despidió de ella antes de girar sobre los talones y caminar en

dirección a la esquina.

Natalia lo observó alejarse, prendada de su cuerpo envuelto en un traje negro que lo hacía todavía más atractivo. Tenía un caminar sereno y seguro, una forma de moverse entre la gente que lo hacía destacar de todo el mundo. Lo miró hasta que desapareció y entonces siguió viéndolo en su imaginación.

Capítulo 7

Julián agitó la cabeza con los ojos cerrados. Los abrió enseguida porque estaba conduciendo y temía provocar un accidente. Ni siquiera *This charming man* a todo volumen le sirvió para sentirse un poco menos estúpido y más encantador, como anunciaba el título de la canción de The Smiths. «Tenés una hermosa sonrisa», se burló de sí mismo en sus pensamientos. ¡Por Dios, si hasta la había llamado «mujer sin vueltas»! Lo único que le había faltado para ser todavía más anticuado y más «viejo fuera de onda» era dedicarle una canción en la radio. ¿Qué tenía él para ofrecer a una mujer, más que deudas, problemas y un discurso aburrido y pasado de moda?

—Qué idiota —masculló doblando una esquina.

Hizo sonar la bocina para hacer notar su infracción a un auto que se aproximaba en contramano. En ninguna oportunidad se molestaba por las imprudencias ajenas, porque él también cometía las suyas, pero en ese momento tenía que desquitarse con algo.

Hacía décadas que no coqueteaba con una mujer, casi veinte años. Su última conquista había sido Sabrina, su ex esposa, y en tantos años de matrimonio, algunos buenos, otros muy malos, se había desacostumbrado a las novedades. Tampoco creyó que estuviera listo para una, pero él no la había buscado.

Había resultado inevitable, como si algo lo hubiera empujado a acercarse a la escritora.

En un semáforo, metió la mano en el bolsillo, tanteó la servilleta y sonrió

involuntariamente. No se sentía seguro ni mucho menos un seductor, pero merecía un intento por volver a la vida.

—Natalia, ¿me trajiste el pan rallado? —interrogó Liliana ni bien su hija bajó del auto.

Natalia se detuvo en seco. Por primera vez en el rato que le había tomado regresar a su casa, dejó de pensar en Julián y se dio cuenta de que se había olvidado de todo, menos de él. El bendito pan rallado era lo que la había obligado a abandonar el bar, pero se le había pasado por completo que tenía que comprarlo.

—Me olvidé —dijo sin poder creérselo.

—¿Cómo que te olvidaste? —chilló su madre—. ¡¿Y yo qué hago ahora?! —gritó.

—No sé —replicó su hija sin moverse. Parecía congelada en medio del pasillo que llevaba a la cocina, con el bolso colgando y los anteojos resbalándosele de la nariz.

—¿Cómo «no sé»? —se enojó la madre—. ¡Cómo puede ser! No servís ni para hacerme un favor.

Sin dar respuesta, Natalia le dio la espalda y se internó en su cuarto. Cerró la puerta, la trabó con una silla puesta entre la corredera y la cama, y se arrojó sobre el colchón. «Mujer sin vueltas», la había llamado Julián. Y le había dicho que tenía una sonrisa hermosa.

Alzó la cadera y extrajo del bolsillo del pantalón la tarjeta personal que él le había entregado. Giró boca abajo y la leyó. No podía borrar la sonrisa de sus labios.

Descubrió que su «Fabián» se llamaba Julián Aráoz y que presidía una empresa llamada Aráoz Hnos. ¿Qué harían? ¿Se trataría de una fábrica o de una compañía grande? Había un logotipo con una T detrás de las letras, uno muy conocido. ¿Dónde lo había visto antes? Sus ojos se abrieron como monedas cuando descubrió que no era nada más ni nada menos que el logotipo de los alfajores que había comprado desde que tenía conciencia.

—¡Los Tamailén! —exclamó.

Era imposible. Si bien se trataba de una marca local, tenían gran repercusión y trayectoria. Hasta les había dado un «Me gusta» en Facebook y

veía todas sus actualizaciones. ¡Habían estado tan cerca y tan lejos al mismo tiempo!

Rió con la perspectiva de haberse encontrado con el hombre de sus sueños y a la vez sintió miedo. Él era tan exitoso, seguro de sí mismo y conocedor del mundo, que ante sus ojos ella no parecería más que una completa idiota. Saltaba a la vista que tenía experiencia de vida, y aunque eso le fascinaba, también la hacía sentir avergonzada. ¿Con quién no pasaba vergüenza, en realidad?

De ese modo, la perspectiva de una ilusión se desvaneció como se desvanecía la paz en su habitación ante el intento de Liliana por abrir la puerta. Por suerte la traba funcionó, y la mujer se vio obligada a golpear. Mientras eso sucedía, Natalia guardó la tarjeta de Julián en el cajón de la mesa de luz, convencida de que tendría que contentarse con mantener al hombre de sus sueños en su imaginación.

—¿Me acompañás a comprar pan rallado? —pidió Liliana. Ante la ausencia de reacción por parte de su hija, reclamó—. Abríme.

Natalia suspiró.

—No voy a salir —replicó. Y aunque las quejas de su madre se sucedieron durante largo rato, nada consiguió apartarla de su ensoñación.

Pasó el fin de semana escribiendo. Terminó el prólogo y en algunos capítulos redactó, casi como en un trance de inspiración, la historia de una profesora insegura y reprimida que se enamoraba a simple vista de un desconocido veinte años mayor que había visto en un bar. Llegó hasta el episodio en el que él le dejaba su tarjeta y ella se acostaba a dormir pensando en los dos.

Sin embargo, cuando el domingo se fue a la cama pensando en Julián, tan solo imaginar su sonrisa y su mirada no le resultó suficiente. Su mente, en un acto de completa independencia, volvió a vislumbrar escenas que en otra época creyó que jamás se atrevería siquiera a imaginar. Esos mismos labios que sonreían en la mesa del bar, ahora se aproximaban a su boca para rozar los de ella.

Se llevó un dedo a los labios por instinto. Le dio vergüenza avanzar hacia donde imaginaba que Julián se dirigía, pero la impulsó el hecho de pensar

que se trataba solo de una fantasía. Él jamás sería real, de modo que era libre de imaginarlo desnudo, lamiéndole un pezón o penetrándola, si eso se le ocurría. Era libre de tener sexo con una fantasía, y eso la complacía.

De los labios, sus dedos se deslizaron por su cuello hasta alcanzar la clavícula, tal como si Julián la estuviese tocando. Siguieron bajando hacia un pecho, el que atrapó con toda la mano. Arqueó la pelvis y dejó de respirar. Le parecía ver a Julián besándole el hombro, y después la imagen se tornó borrosa cuando él se deslizó hacia su vientre, tal como ella deslizaba su otra mano. No permaneció mucho tiempo cerca del ombligo porque enseguida Julián siguió bajando, y ella con él, hasta alcanzar su zona más íntima y caliente.

Los dedos de una mano acariciaron el clítoris mientras dos de la otra apretaban un pezón. Gimió sin darse cuenta y se humedeció los labios resecos por el deseo. Hacía mucho tiempo que no le gustaba tanto una masturbación.

Tragó con fuerza y cambió de pecho para estimular el otro. Movié la cadera para que su pelvis chocara contra su propia mano y le pareció que se ahogaba con una exclamación que no podía gritar. Su madre dormía en el cuarto contiguo y temía despertarla.

Imaginó que Julián le lamía el clítoris, y para emular la sensación que eso le habría ocasionado, ella se lo acarició con los dedos. Imaginó que el miembro que ya había descrito en su novela, hinchado y caliente, la invadía, pero fue su dedo el que se internó en ella misma como débil muestra del placer que Julián le podía brindar. Imaginó que la lengua masculina le lamía los pezones y pudo aproximarse a esa increíble experiencia tocándose con la mano libre.

«Natalia», le pareció escuchar. La voz de su madre no la dejaba en paz ni siquiera en sus fantasías. ¿Qué diría ella si la viera en ese estado de complacencia y entrega total? ¿Qué diría Julián si la viera poner esa cara de estúpida que ponía cuando le gustaba el sexo?

Los pensamientos la distrajeron por completo, como habitualmente le sucedía. Se preocupaba primero por la imagen que estuviera dando al otro antes que por su propio bienestar, y acababa sin orgasmos y con una angustia que no sabía controlar.

No era buena en el sexo, y creía que jamás lo sería, pero añoraba la felicidad que gracias a ese acto, a la vez tan animal y tan humano, se podía alcanzar.

El deseo se esfumó como una pluma en el viento. Del mismo modo, sus manos se apartaron de los sitios de placer, y ella se desesperó por limpiarlas con la sábana como si así consiguiera librarse de la frustración que le producía ser una mujer reprimida y solitaria.

Trabajó toda la semana sintiéndose la reina del colegio. Lo era porque, después de todo, cumplía con las demandas a rajatablas; era una buena profesora, una soltera sin vida sexual y una amante de las reglas, sobre todo del «no fornicarás». Cuando dejaba sus tontos sueños y fantasías de lado, le iba mejor que nunca en el trabajo: se transformaba en una profesora más segura, más exigente, y sobre todo más seria.

—Está loca —comentó Camila a su compañera al advertir los cambios de ánimo de «la de Literatura».

—Trabaje, Aráoz Viera —indicó Natalia con voz poderosa desde la otra punta del salón.

Al mismo tiempo se dio cuenta de que su alumna casi llevaba el mismo apellido que Julián. Entonces se acordó de su mirada seductora y de su sonrisa atractiva, pero desechó muy rápido el recuerdo. Tenía que aferrarse a otras cosas si quería sentir que tenía éxito en algo, y por el momento, ese algo era el trabajo. Aunque intentara formar un escudo ante las demandas de su madre, al día siguiente acabó pensando en Gabriel otra vez, en por qué lo había dejado y en cómo podría haber hecho para soportar a su lado, solo con tal de «hacer su vida» con alguien. Pasó las dos horas de trabajo del viernes con cara de velatorio.

—¿No te digo que está loca? —comentó Camila por lo bajo a su amiga. En esa oportunidad, la profesora no le llamó la atención. Parecía ausente.

El viernes por la mañana, Julián pasó más tiempo viendo si hallaba a Natalia en el bar que prestando atención a lo que decían sus amigos. Ni siquiera leyó el diario, como era su costumbre.

—¿Hubo algún otro problema en la fábrica? —le preguntó Jorge, al tanto de sus ausencias mentales.

—No —respondió Julián sin dar mayores explicaciones. De hecho esa había sido una semana muy productiva en el trabajo: estaba a punto de comprar una empaquetadora usada más grande que la que tenían y su hermano no había faltado un solo día.

Camino a la fábrica después del encuentro, pensó primero que Natalia se habría ausentado porque no quería volver a verlo. Sin embargo, conforme fue transitando cuadras, reflexionó que quizás ella no quería enfrentarlo estando él con sus amigos, o que había esperado su llamado y, creyendo que él ya no se comunicaría, había desaparecido del bar avergonzada. Si tenía que ser honesto consigo mismo, no se había atrevido a llamar, pero claro que jamás se lo haría saber.

Decidido, se detuvo a un costado de la calle que conducía a la fábrica, extrajo su celular y buscó el número entre los contactos, donde lo había guardado. Quería ver a la escritora de nuevo porque había extrañado sus ojos cautivos de sus actos esa mañana en el bar.

El tono sonó tres veces. Le pareció escuchar que alguien atendía el llamado y que, mientras realizaba el trayecto de la cartera a la boca, el micrófono captaba el movimiento. En ese corto tiempo, el estómago de Julián se anudó al punto que no supo si podría articular bien las palabras.

—Hola —contestaron del otro lado—. ¡Hola! —repitió Natalia ante el silencio.

—Hola —acabó por responder él con su tono sereno cuando en realidad se moría de miedo. No tenía idea de cómo lo iba a recibir Natalia, ni si su llamado sería esperado todavía, o siquiera si alguna vez lo había sido. Tal vez ella era amable y no se atrevía a decirle: «no me molestes, que podrías ser mi padre».

Se equivocaba. Ni bien oyó la voz, a Natalia se le anuló el pensamiento. Se puso tan nerviosa que sonó enojada.

—Ah, sos vos —replicó.

—¿Me reconocés? Soy Julián, el del bar —contestó él.

—Sí, ya sé que sos Julián.

Ni un «¿cómo estás?», ni siquiera un tono de sorpresa en lugar de ira. Por un instante, Julián sintió la necesidad de disculparse por haber llamado, pero

se contuvo de hacerlo porque quizás pedir perdón también ya había pasado de moda.

—Me gustaría que nos viéramos esta noche —dejó escapar—. ¿Te puedo invitar a cenar?

El corazón de Natalia se detuvo. No podía aceptar la invitación de una fantasía sexual que solo estaba destinada a existir en las sombras de su conciencia.

—Yo... —masculló. Debía negarse, pero la tentación era tan grande que no le salían las palabras—. Tengo que ver —acabó por decir.

Temía decir que sí y que su fantasía sexual le propusiera tener sexo en la primera cita. En ese caso, ¿cómo iba a actuar? ¿Cómo iba a fingir que era una experta para que él no la considerase una estúpida, si ni siquiera podía masturbarse en paz?

—¿Te llamo más tarde? —ofreció él.

—Sí —pidió Natalia. Al instante, se ocupó de agregar—: Pero llamame, eh.

Julián sonrió, Por un momento, ella sonaba como si estuviera a punto de sacarlo corriendo, y al otro parecía suplicar que volviera a comunicarse.

—Sí, claro —respondió, un poco más relajado—. Te llamo a la tarde —prometió, y cortó.

Natalia se quedó mirando el teléfono. Debía gritar que no, pero a cambio su inconsciente había hablado por ella en esa escueta orden: «llamame».

—¿Con quién hablabas? —oyó que le preguntaba Liliana desde la puerta de entrada. Acababa de llegar.

—Con nadie —respondió Natalia antes de arrojarse sobre la cama y enviar desesperada un mensaje de texto.

«Minna, conéctate al chat, tengo que hablar con vos», suplicó.

Su prima apareció media hora después, conectada desde quién sabía qué lugar de Brasil, donde se había ido de vacaciones. Natalia le contó su grave problema con «un tipo bastante mayor» y su inseguridad acerca de aceptar la cita.

«Vos no tenés que acostarte con él sí no querés», le aconsejó Minna. «No tiene nada de malo salir, tomar algo y ver qué onda».

Aunque las palabras le dieron ánimo, no estaba segura de nada. Tembló largas horas en espera del llamado, y cuando finalmente se produjo a las seis de la tarde, no atendió. No se atrevió. A las seis y diez, el celular volvió a sonar, y acabó respondiendo poco antes de que Julián volviera a cortar.

—Hola —dijo. Ya no sonaba enojada, sino pesarosa.

—Hola —replicó él, mucho más tranquilo que a mediodía, cuando la había llamado por primera vez—. ¿Estás ocupada?

—¿Esta noche? —interrogó ella, creyendo que hablaba de la cena. Se dio cuenta muy rápido de que no se refería a la noche, sino a ese preciso instante, y se sintió una tonta, como le sucedía siempre.

—¿Entonces te paso a buscar? —oyó que preguntaba Julián, y lo admiró. Resultaba increíble el modo que tenía para procurar siempre colocarla en una posición cómoda, sin importarle que ella no hubiera dicho más que una idiotez. Casi al mismo tiempo reaccionó y se dio cuenta de que estaba a punto de aceptar la cena, pero no podía permitir que la pasara a buscar.

—¿Dónde nos encontramos? —interrogó.

Capítulo 8

A partir de que Julián le dijo una dirección en Puerto Madero y se despidió, la vida de Natalia se transformó en un torbellino. No tenía ropa moderna para ponerse, ni quería que su madre supiera que estaba a punto de salir con un hombre mayor que ella y del que sabía muy poco. No tenía idea de si era casado, viudo o divorciado. Quizás fuera soltero y la hija que había mencionado fuera de una novia, pero nada era seguro.

Su mente le jugó la mala pasada de planear el futuro, como siempre le sucedía, y se preguntó cómo resistiría el hecho de que Julián tenía una hija. También pensó en las miradas de la gente, porque aunque él tenía aspecto juvenil y era atractivo hasta la médula, ella sabía muy bien que no era un chico. Se preguntó de qué manera evitaría el sexo o, si no era capaz de evitarlo, cómo lo enfrentaría, estando tan disconforme con su cuerpo, su actitud y sus recuerdos. Temió quedar como una tonta por la imagen que iba a dar al hombre de sus sueños y por la excusa que pondría a su madre para irse. A la vez temía que la relación no funcionase, o que Julián la quisiera tan solo como amante para salir de la rutina de hombre casado, y un sinfín de suposiciones más que consiguieron palidecería.

Acabó vistiendo de la misma manera que había concurrido al bar con sus amigas, solo porque era lo único digno de una cena que le restaba de la época gloriosa en la que había tenido novio.

Salió de su casa diciendo a Liliana que se encontraría con Analía en el centro de Quilmes, y aunque su madre volvió a advertirle acerca de los

peligros de volver a casa de madrugada y de andar por la calle sola, nada la detuvo.

Estacionó bastante lejos, y luego caminó hasta el restaurante. A pocos pasos de la puerta, el tiempo pareció desacelerarse. Vio a Julián respaldado en una de las paredes de ladrillo a la vista, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos, y el entorno se esfumó por completo. Llevaba puesto un traje desabotonado y una camisa con la corbata suelta. El cabello negro peinado sin esfuerzo le otorgaba un aire juvenil. Natalia se quedó quieta para observarlo un momento, sintiéndose de nuevo la chica osada que escribía sobre sexo, hasta que él alzó los ojos, las miradas se encontraron, y esa vez, ella no huyó. Al ver que Julián le sonreía y se enderezaba para recibirla, avanzó los pasos que los separaban y se quedó de pie delante de él.

—¿Pudiste estacionar sin problemas? —fue lo primero que Julián le preguntó, ya que se hacía difícil conseguir un lugar para el auto un viernes a esa hora.

—No sé estacionar muy bien, así que dejé el auto bastante lejos —rió Natalia. No iba a decir que no quería entrar en un estacionamiento—. ¿Hacía mucho que esperabas? —siguió.

—Unos cinco minutos —contó él, y luego señaló un restaurante—. ¿Te parece bien que entremos acá o preferís ir a otro lugar?

—Me parece bien acá —aseguró ella, y esperó la decisión de Julián, que no se hizo esperar.

Él le colocó una mano en la cintura para conducirla al interior del salón, y aunque Natalia obedeció muy rápido al silencioso pedido de que avanzara, todo a su alrededor se esfumó con el contacto. La mano la quemaba y le provocaba cosquillas en el estómago. Cuando estaba con Julián, todo desaparecía, incluso su propia conciencia.

Consiguieron una mesa cerca de la ventana por la que se veían el muelle y una entrada del río. El lugar estaba ambientado con sillas negras y manteles blancos, y reinaba allí el aroma de los sabores del mar, ya que se servían principalmente pescados.

Les acercaron el menú enseguida, y aunque ambos lo abrieron, Natalia no pudo avanzar con la lectura. Alzó la mirada y se dejó atrapar por la visión de

las manos de Julián, que sostenían la carta por sobre el plato decorativo. Llevaba los botones de las mangas de la camisa desprendidos y eso permitía divisar sus muñecas. Le encantaba recaudar detalles de él y disfrutarlos, porque era todavía más interesante en la realidad que en su imaginación.

—¿Te gusta algo en particular? —le preguntó Julián.

—Tus pulseras —replicó Natalia entre la vida y la fantasía. Él alzó la mirada sorprendido. Giró la mano y miró las tiras de cuero que le rodeaban la muñeca sin atreverse a aclarar que con su pregunta se refería a si deseaba ordenar algo en especial del menú—. ¿Y a vos? —indagó ella, y Julián decidió seguir el nuevo rumbo de la conversación.

—Tus secretos —respondió. Casi al mismo tiempo, sonrió y volvió a mirar el menú—. Pero quizás sea muy pronto para adentrarnos en eso y nos convenga empezar con el lomo de abadejo grillé con un vino blanco dulce, ¿te parece bien?

Natalia cerró la carta y la dejó a un costado mientras se cruzaba de brazos.

—Me parece perfecto —asintió.

Tras ordenar el plato, los dos comenzaron una conversación al unísono. Rieron por la coincidencia, y él le cedió el lugar.

—¿Entendí bien, por tu tarjeta personal, que tenés algo que ver con los alfajores Tamailén? —interrogó Natalia. Julián le dedicó otra de sus sonrisas sin tener idea de los efectos que causaban en su compañera.

—Así es —asintió. Ella rió.

—¡Me parece mentira! —exclamó—. Consumo esos alfajores desde que tengo uso de razón.

—Yo también —rió Julián—. Es cierto que es una marca local, pero tenemos nuestra trayectoria.

—¡No me cabe duda! —siguió halagándolo ella. Era lo que pensaba de verdad.

—Estamos tratando de crecer —contó él—. Desde que papá murió, tomamos una nueva posición. Mis ideas siempre fueron bastante distintas de las de él.

—Me pareció notarlo por Facebook —acotó Natalia, pero enseguida se

ocupó de aclarar que no estaba diciendo una tontería, sino que las redes sociales le permitían establecer conexiones entre la gente, quizás porque tenía mente de escritora y estaba acostumbrada a tejer vidas imaginarias—. La muerte de tu padre salió en los diarios locales, y a partir de ese momento noté que comenzaron a usar las redes sociales y a anunciar que ampliarían el recorrido del reparto, entre otras cosas.

—Estás mejor informada que algunos empleados de mi fábrica —bromeó Julián—. Sí, esas son mis ideas, pero no eran las de mi padre. Él era un europeo de esos que venían a trabajar sin dormir y a vivir con lo justo y necesario, por eso nunca le interesó crecer más de lo que la marca lo hizo sin que él pudiera contenerlo. Las redes sociales se manejan con ideas mías, pero las opera mi hermana.

—¡Wow! —exclamó Natalia. Omitió los datos acerca del padre de Julián porque nunca sabía cómo entrar en esos terrenos sin sonar entrometida—. Fueron una marca que siempre se basó en tantos misterios, que esto es como meterme en el backstage de mi artista favorito.

Julián rió de la broma mientras le servían el vino. El camarero esperó a que lo probara y diera el visto bueno para llenar la copa de Natalia.

—Eso que vos sentís ahora por mi fábrica es lo que yo siento frente a una escritora —la señaló él.

—Por favor, no hablemos de lo que escribo —suplicó Natalia bajando la mirada. Se hubiera bebido de una sola vez el vino de la copa si así se iba a sentir menos avergonzada cada vez que pensaba en las descripciones que hacía en su libro del hombre que tenía sentado frente a ella.

—Perdón —se excusó él—. Prometo no volver a hablar de eso, aunque me muera de curiosidad. Por ejemplo, me muero por saber cómo surge una historia. El problema es que yo leo muchísimo, pero no escribo ni la lista del supermercado, y estar frente a alguien que produce literatura, ya que tanto me gusta leer, es...

—Pero yo no produzco literatura, te lo advertí —lo interrumpió ella. No podía permitir que él se sintiera fascinado por ella a partir de un error. Tampoco podía creer que de verdad lo estuviese—. Yo no hago más que trazar algunas líneas incoherentes que nadie querría leer jamás.

—Yo sí —defendió Julián.

—Pero jamás las vas a leer —replicó ella, y entonces bebió el contenido de la copa antes de ponerse tan nerviosa que luciera enojada. Necesitaba relajarse, y sabía que el vino podía ayudarla.

—Solo eso, decime cómo surge una historia —suplicó él. Natalia abandonó la copa y sonrió.

—Una historia surge de la nada —replicó recordando que un día iba por la calle, de pronto lo vio a él y una historia nació—. ¿Estás conforme?

Julián bajó la mirada para luego devolverla a la escritora con poca piedad de sus emociones.

—Casi —replicó en voz baja.

Justo en ese momento les sirvieron la cena y la conversación se interrumpió, primero por la presencia del camarero y luego para probar el pescado. Tardaron un buen rato en volver a hablar; otra vez Natalia comenzó.

—Así que tenés una hermana y una hija —comentó refiriéndose a la familia de Julián.

—Sí, tengo una preciosa hija de quince años y un super hijo de ocho.

Ante la noticia de otro hijo, Natalia no supo cómo disimular su mueca de descontento. Siempre había sido celosa, quería ser única y exclusiva, y de solo pensar que Julián por siempre sería un hombre compartido, le removió el estómago. Bajó la cabeza para continuar, pretendiendo mirar el contenido de su plato.

—¿Y hay una esposa, tal vez? —murmuró enfadada, pero Julián no lo entendió así.

—Si hubiera una, no estaría aquí —contestó con serenidad—. Hay una ex mujer —aclaró—. ¿Hay un novio por ahí? —devolvió señalando a Natalia, aunque suponía la respuesta. Ella negó con la cabeza.

—Si hubiera uno, no estaría aquí —replicó—. Creo —agregó después, porque no le gustaba mentir, y mientras salía con Gabriel más de una vez había fantaseado con la infidelidad. Quizás ella era infiel por naturaleza, jamás lo sabría porque había tenido un solo novio.

—No conocí a ninguna mujer que fuera capaz de confesar en la primera cita que podría ser infiel —se sorprendió Julián cruzándose de brazos—. De

hecho creo que no lo dirían en ninguna oportunidad.

—Yo no soy como la mayoría de las mujeres —replicó Natalia con seguridad—. Soy fría, aburrida y mala. No me gusta comprarme ropa y mucho menos mirar vidrieras solo para ver qué se usa; considero que los días festivos son puro marketing comercial, no me interesan los aniversarios, odio leer notas del tipo «Qué no debes hacer en una primera cita» y no puedo decir «te amo». Pero a la vez no quiero aventuras, quiero amar y ser amada, ser feliz con alguien, aunque no pueda. Por eso aprendí a no esperar que me lo digan. Nadie quiere quedarse sin respuesta —determinó antes de beber por segunda vez el contenido de su copa y asentarla sobre el mantel. La conversación se había ido transformando en confesión poco a poco, y los dos se dieron cuenta—. ¿No pensás salir corriendo? ¿No te espanto? —siguió interrogando ella—. En una de esas notas que no me gusta leer encontré que un error imperdonable en una primera cita es dar a entender que una busca una relación duradera, y yo acabo de cometerlo. —Natalia hablaba encadenando las palabras. Julián la observaba con el ceño fruncido—. Otro error gravísimo es hablar mucho, ¡y acá va mi segundo error!

—Me gusta descubrir cosas sobre los escritores —respondió él, en apariencia sin coherencia alguna, aunque luego la encontró—. Sos muy compleja. Nosotros, los hombres, somos muy simples. Me dijiste que debías ser tratada como un hombre, ¿te acordás?

—Me refería a... —intentó aclarar ella, pero él la interrumpió.

—Ya sé a lo que te referías, pero aun así no creo que debas ser tratada como un hombre —siguió explicando Julián. Tras esas palabras, y en favor de la intriga que despertaban en Natalia, hizo una pausa antes de continuar—. Más bien creo que nunca te trataron como a una mujer.

Los labios rebeldes de Natalia se entreabrieron al tiempo que su pecho se estrujaba. Sus ojos se encantaron con la imagen que veían y que le provocó cosquillas en la panza. ¿Acaso Julián pensaba tratarla como a una mujer? ¿Qué implicaba eso para él?

Lo descubrió durante la cena, porque la mirada de Julián se fue tornando más profunda, y sus palabras más audaces.

Lo comprobó al salir del restaurante, porque su contacto le erizó la piel.

Primero se dirigieron al muelle, donde caminaron largo rato entre otras parejas y grupos de amigos que transitaban por el mismo lugar. Cada tanto un prefecto escoltaba la salida a la calle que estaba del otro lado de los edificios, y algunas grúas en desuso, tornadas en elementos decorativos, albergaban el sueño de pájaros dormidos. Se oía el rumor del agua y la música proveniente de una discoteca que estaba del otro lado del canal. Cuando se sentaron en un banco de madera, sonaba World hold on.

—Hay una frase que leí hace mucho tiempo y siempre me gustó — comentó Julián antes de girar el torso y colocar un brazo en el respaldo del asiento, detrás de Natalia—. «Tu boca que sonrío por debajo de la que...»

—«Mi mano te dibuja» —completó Natalia. Julián sonrió—. Cortázar.

—Todo el capítulo siete de Rayuelo, me fascina —comentó él—. Casi me lo sé de memoria, pero nunca pude representarlo en la realidad.

Natalia lo observaba, hipnotizada.

—Dijiste que los hombres son simples, pero vos no lo sos —comentó. Julián se acercó a sus labios y los miró sin censura.

—Entonces tratame como a un hombre y quizás me convierta en alguien muy simple —determinó—. Tan simple como para hacerte el amor.

Natalia percibió que una mano de Julián le rozaba la rodilla, y todo su cuerpo tembló de incertidumbre. Sintió la suave caricia que él le brindaba; no podía creer que el hombre de sus fantasías deseara hacerle el amor. A ella, con los defectos visibles que tenía, con lo aburrida e insípida que era. Aunque fuera por una sola noche, Julián deseaba tener sexo con ella, y aunque por un instante deseó salir corriendo, su cuerpo no respondió al impulso, parecía actuar por sí mismo.

Sus propios dedos caminaron con timidez por sobre su falda hasta alcanzar los del hombre y enredarse con ellos. La mano libre de Julián la tomó por la nuca y entonces todo colapsó. Natalia aproximó el rostro al de él, y sin dar tiempo a que ella terminara el movimiento, Julián la atrajo hacia su boca. Ninguno cerró los ojos. Se contemplaron un momento sin pensar en nada más que en lo agradable de las sensaciones que estaban experimentando, y cuando los milímetros que los dividían se hicieron insoportables, decidieron acortarlos.

Los labios apenas se rozaron, y Natalia tembló antes por la promesa del beso que por el beso mismo. Julián olía a esos perfumes que, combinados con la piel de los hombres, parecen un hechizo, y acariciaba como lo que tantas veces había leído y jamás creyó alcanzar. Tenía los dedos fuertes y delicados al mismo tiempo, y en sus movimientos parecía concentrarse toda la experiencia del mundo, aunque él no se diera cuenta, lo cual resultaba todavía más tentador.

Su lengua se abrió paso entre los labios femeninos y la de Natalia salió a su encuentro con celeridad. Se aferró al cabello del hombre y se movió en el asiento buscando su calor. Sintió que dos dedos masculinos le presionaban la parte de atrás de la cabeza para saborear más su boca, invadida por la humedad. Su zona más íntima sufrió el mismo destino, sensación que se acrecentó cuando la otra mano de Julián se apartó de la de ella para deslizarse hacia su muslo por sobre la pollera marrón.

Natalia volvió a sentir que algo la quemaba.

—Hablame como a una mujer otra vez —suplicó en susurros cálidos contra la boca del hombre, apretándolo con las manos. No se había dado cuenta de que le había rodeado la cabeza con los dedos y le faltaba conciencia para pensar antes de exigir.

—Quiero hacerte el amor —repitió Julián, también inconsciente—. Hablame como a un hombre —demandó al instante, cambiando el tono de voz. Natalia inspiró profundo antes de responder.

—Deberíamos escondernos de la gente.

Cuando Natalia pudo razonar lo que hacía, era demasiado tarde. Julián se había puesto de pie y la llevaba de la mano hacia la avenida Moreau de Justo. Estaba a punto de acompañarlo a su auto, y luego al único lugar donde acababan los amantes, pero no estaba segura de hallarse preparada para tener sexo con el segundo hombre de su vida. Para colmo, uno que apenas conocía y que posiblemente, después de descubrir que ella no era más que una frígida, perdería todo interés.

La idea de no volver a verlo le produjo dos sensaciones contradictorias: por un lado, serenidad; por el otro, desazón. Jamás había buscado una relación sexual pasajera, pero no podía resistirse a Julián, aunque la

fugacidad fuera la única regla que los uniera. Tampoco estaba segura de poder continuar con una relación si ella no era nada de lo que un hombre quería.

Mientras esperaban para cruzar la calle, Julián la abrazó por el hombro y la pegó a su costado.

—¿Tenés frío? —le preguntó. Casi al instante se arrepintió, porque a él todavía le duraba el calor provocado por el beso, y suponía que Natalia se hallaba en la misma condición. No era capaz de notar que ella ni siquiera se había dado cuenta de lo tonta que era la pregunta. Volvía a sentirse como un adolescente con ella, como si la vida no hubiera pasado, como un hombre nuevo.

Un momento después, acabaron en el Vento negro, donde el tiempo se ralentizó. Él le abrió la puerta para que subiera, y ella así lo hizo. Sentada en el vehículo, observó al hombre que acababa de ocupar el asiento a su lado y se dejó obnubilar otra vez por su perfil atractivo. No era un carilindo, pero era el más seductor que había visto nunca.

Antes de encender el motor del coche, él accionó el estéreo. Tenía que lentificarse, como el tiempo, o Natalia pensaría que estaba desesperado por hacerle el amor. En parte lo estaba, pero no lo había sentido hasta esa noche, hasta ella. No había necesitado tan violentamente el sexo desde su divorcio, incluso lo había aborrecido el último tiempo de su matrimonio, pero en ese momento parecía ser todo lo que le importaba.

En ese momento, comenzó a sonar una canción de un álbum de clásicos de los '80.

—Tenés A-ha, The Pólice y The Smiths en otras carpetas —ofreció Julián—. ¿Te gusta algo de eso?

—Me gusta un poco de todo —respondió Natalia con una sonrisa—, también esta canción.

Después de hablar, se limitó a sonreír, cautivada por el hombre al que acompañaba. Adoraba mirarlo, conversar con él y que superara todo lo que había imaginado. No solo era inteligente y atractivo, sino además un buen lector de gustos musicales estupendos. La música que escuchaba iba con él.

Conversaron acerca de las calles de Buenos Aires, hasta que Julián

encaminó el automóvil dentro de un hotel de paso en San Telmo. Se detuvo a esperar que les abrieran el portón, entonces Natalia calló abruptamente, víctima de un escalofrío que le recorrió la columna.

—Natalia —oyó que Julián la llamaba. Luego sintió que una mano tomaba la suya y giró la cabeza hacia él de inmediato. Julián leyó tanto miedo en sus ojos que casi se sintió un monstruo—. Perdóname —susurró—. Cuando dijiste que nos ocultáramos de la gente, pensé que te referías a...

—Me refería a esto, sí —se apresuró a aclarar Natalia, notando los sentimientos que había despertado en Julián—. Pero yo... —le tembló la voz, no pudo continuar. El portón comenzó a moverse.

—Está bien —siguió diciendo él. Se las ingenió para poner la reversa sin soltarle la mano y comenzó a salir de la entrada.

Un desfile de ideas azotó la mente de Natalia en el breve instante en que el coche se movió hacia atrás. Debía impedir que sus miedos siempre le ganaran a su deseo, y quizás un hombre mayor que ella que no volvería a ver era un buen remedio para hacerlo.

—No te vayas —pidió apresurada—. ¿Podemos entrar y, si no puedo... solo irnos?

—No tenemos que entrar —replicó él con seguridad.

—No es que no quiera entrar, no soy virgen —aseguró Natalia temblorosa—. Es que... es que no me siento bien conmigo misma.

Una sonrisa de incredulidad surcó los labios de Julián, pero Natalia no se dio cuenta. No entendía cómo podía ella estar tan insegura de sí misma, si para él era hermosa y atractiva. Le apretó la mano con más fuerza.

—No voy a decirte nada al respecto —le avisó. Ella lo miró, desconcertada. No era lo que esperaba, estaba segura de que otro hombre le habría dicho un millón de adjetivos lindos para hacerla sentir mejor.

—¿Por qué no? —preguntó casi inconscientemente. Julián no se inmutó por tener que dar esa explicación.

—Porque si te digo lo que yo veo en vos, pensarías que son palabras vacías y que solo las digo porque todo lo que me interesa es que entremos a este lugar —respondió—. ¿Me creerías si me largo a hablar como un Romeo en la puerta de un hotel alojamiento?

Aun en contra de su voluntad, Natalia rió, y con esa risa liviana y auténtica, Julián también pudo relajarse y sonreír.

—Quiero entrar —aseguró ella. Julián suspiró viendo el portón abierto.

—La verdad, no sé qué hacer —confesó, pensativo—. Si entro es solo porque creo que con irnos no te estaría haciendo ningún favor.

—No entiendo —intervino ella, notando que en el interior de Julián se agitaban ideas contradictorias. Él volvió a mirarla con expresión segura.

—Si me voy, pensarías que lo hago porque te doy la razón respecto de tus ideas sobre vos misma; y si me quedo, parecería que solo me interesa esto —respondió—. Aun así, me sentiría mucho más tranquilo de que vivieras esos sentimientos conmigo y no con otro.

La actitud protectora de Julián la hizo temblar.

—No tenés que perder el tiempo conmigo —masculló ella agachando la cabeza para que él no notara que tenía los ojos húmedos, pero Julián ya se había dado cuenta. Quitó la mano de la de ella para rodearle las mejillas y la obligó a mirarlo.

—No te voy a decir lo que yo veo en vos —determinó cerca de su boca—. Te lo voy a demostrar. Y así, quizás, me creas y te lo creas.

Puso la primera y se internó en el hotel.

Capítulo 9

Por un momento mientras hablaban, Julián había pensado en ser una especie de instructor para Natalia, pero casi al instante había decidido que no sería así. Para que ella recobrara la seguridad en sí misma, no necesitaba un maestro, sino un hombre loco por ella, como lo estaba él.

Rumbo a la habitación que les habían asignado, su ansiedad por Natalia aumentó. La perspectiva de poder tocarla y besarla, acrecentaba los latidos de su corazón, y con ello, todo el deseo del mundo parecía concentrarse en su interior.

Una vez dentro del cuarto, dejó las llaves en una mesita y aumentó la calefacción. Hacía muchos años que no iba a un lugar de esos, pero poco parecía haber cambiado. Al darse la vuelta, vio que Natalia se había quedado de pie, de espaldas a la cama y de frente a él. Tenía las manos unidas en jarras delante de la cadera y la cabeza gacha. La falda marrón le llegaba hasta las rodillas, y el cabello castaño y lacio le caía con delicadeza sobre los hombros.

—¿Pido algo para tomar? —le preguntó, fingiendo un tono de voz relajado.

En realidad, acababa de atacarlo el horror de la inseguridad. Hacía más de veinte años que no estaba con otra mujer que no fuera Sabrina, y dos que no estaba con una. Como si eso fuera poco, se sentía viejo. Sabía que en apariencia no lo era, pero no podía negar que tenía cuarenta y siete años frente a la juventud de Natalia.

—¿Puedo ir al baño? —preguntó ella sin responder si deseaba tomar algo, como si tuviera que pedirle permiso. De todos modos, a él le vino muy bien para estar solo un momento y poner en orden sus pensamientos.

—Claro —asintió.

Natalia se encerró. Bajó la tapa del inodoro y se sentó. Estaba tan nerviosa que sentía que el frío le hacía temblar hasta los párpados.

Mientras tanto, Julián se sentó en un sofá y encendió el televisor. Los gemidos de una actriz en una película pornográfica invadieron el ambiente, pero él no los silenció. Se quedó viendo la imagen de la mujer penetrada por dos hombres a la vez sin ver nada. Pensaba en cómo competir contra los amantes jóvenes que Natalia podía tener sin saber que dentro del baño, ella se tomaba la cabeza entre las manos pensando cómo competir con las mujeres expertas y calientes que seguramente él se había llevado a la cama.

Cuando se sintió repuesto de su ataque de inseguridad, Julián notó que habían pasado cinco minutos. Sonrió pensando que tal vez Natalia había huido por una ventana.

—¿Estás bien? —preguntó.

Natalia no respondió. Por un instante pensó en que le había mentado a su madre acerca del lugar al que se dirigía, y sintió culpa. Estaba en un hotel alojamiento con un desconocido que podía abusar de ella y jamás le creerían. Pensó en la escuela, en que era una profesora y estaba ahí, haciéndose la puta. Pensó también en lo feo que veía su cuerpo, en lo pequeños que eran sus pechos, en que no se había depilado la pelvis como le habían dicho sus amigas que debían hacer las mujeres, en las caras estúpidas que ponía cuando gozaba del sexo, y se congeló de miedo.

—Natalia —oyó que él la llamaba con su tono de voz sereno, pero a la vez preocupado—. Vení acá, conversemos —pidió.

Se sintió una tonta. Estaba actuando como una niña, pero se moría de vergüenza de solo pensar que tenía que mirar a Julián a los ojos. Decidió ponerse de pie e intentar salir del baño, pero lo único que pudo hacer fue entreabrir la puerta.

—¿Tuviste muchas mujeres antes? —preguntó, como sí la respuesta pudiera dejarla más tranquila. Estaba segura de que él había tenido muchas, y

no se equivocaba.

—Antes de casarme tuve unas cuantas, sí —contestó él. Recordar buenos tiempos lo hizo sentir mejor.

—Yo solo tuve uno... un novio con el que salí ocho años, desde que tenía diecisiete —contó Natalia con la frente apoyada en un azulejo.

Julián sonrió cabizbajo.

—Me siento un poco raro hablándole a una puerta —bromeó—. ¿Podríamos mantener esta misma conversación en una posición menos extraña?

De nuevo, aunque Natalia no tenía ánimo de reír, rió. Eso la ayudó a distenderse y se atrevió a asomar los ojos por la abertura. Lo que vio la dejó sin aire: Julián estaba sentado en un sillón, con las piernas abiertas y el control remoto sobre un muslo, viendo hacia la puerta. Sus ojos brillaban en la penumbra, y la energía que lo rodeaba era tan poderosa que llegó hasta ella aun a través de la distancia.

Salió del baño dando pasos lentos pero sin pausas.

—Era un buen chico, pero lo dejé —contó en voz baja, sin atreverse a mirar a Julián a los ojos—. Nunca sentí pasión por él, pero lo quiero. Sé que no lo vas a entender, pero extraño su alma. Siento que era un alma buena y me cuesta dejar ir las cosas; me cuesta desprenderme de la gente.

—Quizás porque no sos tan mala ni tan fría como dijiste que eras —contestó Julián, sin terminar de comprender lo de las almas. Natalia hablaba como si para ella el placer no fuera una forma de amar, la forma de amar de las parejas.

—Sí, lo soy —asumió ella, convencida de lo que decía.

—Para escribir sobre el amor, tenés que ser una persona sensible —discutió él—. Y yo creo que lo sos.

—Apenas me conocés —sostuvo Natalia. Casi parecía boicotearse a sí misma.

—Está bien —aceptó Julián—. Asumo el riesgo.

Se dio cuenta de que Natalia temblaba mientras hablaba de almas y de maldad, por eso, tras decir aquellas palabras, apagó el televisor y se puso de pie para aproximársele. Ella alzó la cabeza ni bien presintió el movimiento y

dio un paso atrás, como si pretendiera huir de él. No tuvo oportunidad. Una de las manos de Julián alcanzó su rostro antes de que pudiera moverse y le acarició una mejilla con suavidad y dedicación. Un instante después, el cuerpo de Julián se pegó al suyo con un delicado choque y le transmitió tanto calor, que cerró los ojos.

La misma mano que le acariciaba la mejilla se deslizó hacia atrás y se enredó en su cabello suelto. Sintió un suave tirón, y le temblaron los párpados. No transcurrió un segundo que Julián le estaba besando la sien. Sintió sus labios cálidos sobre la frialdad de su piel, y le pareció que algo se encendía en su pecho.

—Pensalo, Natalia —le susurró él contra un párpado—. Tengo cuarenta y siete años, ¿y vos?

—Veintiocho —respondió ella en un susurro.

—Veintiocho —repitió Julián de la misma manera—. Nunca estuve con una mujer casi veinte años menor que yo y no creo que vuelva a estarlo nunca. Por lo tanto, no tenés competencia conmigo, no existe otra como vos para mí. Tenés diecinueve años de ventaja. Sentite poderosa.

—La ventaja es tuya, vos sos el experto —discutió ella sin atreverse a abrir los ojos.

—Depende de cómo se lo mire —aseguró Julián apartándose unos centímetros para que Natalia pudiera verlo. Funcionó, porque al percibir que él se movía, ella alzó la cabeza y sus miradas se encontraron—. Puede que para vos, yo resulte atractivo y juvenil, pero para otras mujeres de tu edad, yo no soy más que un viejo.

—Sos mucho más que atractivo y juvenil —aseguró Natalia sin apartar los ojos de los de él—. No solo para mí, sino para muchas más.

—Pero yo no lo siento así, y eso te conviene, como a mí me conviene lo que vos sentís —reafirmó Julián, y luego volvió a sonreír—. De alguna misteriosa manera, me parece que nos estábamos buscando. ¿Vamos a dejar que lo que iniciamos siga su curso hasta donde quiera llegar, o vamos a dejarlo ir?

—Entramos a este cuarto —respondió Natalia con la respiración agitada. Solo la mirada de Julián conseguía ponerla de ese modo inconsciente y letal

—. Creo que ese acto decidió por nosotros.

Julián jamás se había sentido tan conectado con alguien, ni tampoco Natalia, aunque solo él se dio cuenta de eso. Lo manifestó aproximándose a la boca de la mujer que lo miraba y rozándola con los labios. La caricia repercutió en la zona íntima de Natalia, que se pegó a Julián por instinto. Alzó las manos tímidas y con ellas le rodeó el cuello. Sus dedos subieron y le acariciaron el cabello y después la cara. Al mismo tiempo, las lenguas se encontraron dentro de las bocas que, unidas como estaban, les cortaban la respiración.

Natalia no era capaz de pensar, solo de sentir. Sentía las manos de Julián rodeándole el rostro, sus dedos acariciándole las mejillas, su lengua cálida en contacto con la suya, la erección que se pegaba a su pollera, pero por sobre todas las cosas sentía su presencia, el alma de Julián ligada al sexo, y eso la estremeció.

—¿Todavía tenés frío? —le preguntó él, sonriendo sobre sus labios.

Ella no respondió. En actitud pasiva permitió que Julián se despegara de su boca buscando los extremos de la blusa para quitársela. Cuando él jaló la tela hacia arriba y se avistó parte del vientre, Natalia se mordió el labio. Le avergonzaba desnudarse y mucho más si era el hombre perfecto quien la estaba desnudando.

Julián comprendió la negativa de Natalia en silencio y decidió ablandarla antes de quitarle la prenda. Ya que había encontrado el borde de la blusa, aprovechó a introducir una mano entre la ropa y el cuerpo femenino, de modo que sus dedos rozaron primero su ombligo, después el esternón, y acabaron en el pecho.

La boca de Natalia se entreabrió y, como a Julián no le gustaba desperdiciar oportunidades, la besó de nuevo. Los labios se encontraron y ella fue víctima de su ambición. Se sentía tan complacida cuando Julián la besaba, que no quería que la situación acabase, de modo que procuró prolongarla tomándole la cabeza entre las manos para que él no se apartara.

Le prometió tanto con el beso que su mente se regocijó en la fantasía, y recién se dio cuenta de que tenía la blusa a la altura de los pechos cuando Julián rompió el contacto a la fuerza para quitársela por la cabeza. Ella alzó

los brazos y, roja de vergüenza, bajó la cabeza cuando se avistaron sus pequeños pechos cubiertos por el soutien. Aunque notó que Julián los miraba, él no emitió juicio alguno respecto de ellos. Tal como había prometido, en lugar de pronunciar adjetivos que para Natalia resultarían vacíos, se limitó a los actos.

Volvió a pegarse a ella y con el peso de su cuerpo la hizo sentarse en la cama. Se quedó de pie delante de ella, quitándose el saco y luego desabotonándose la camisa, que cayó al piso junto con la otra prenda cuando terminó de sacársela.

Natalia no pudo evitar admirar el torso desnudo del hombre de sus sueños, tan parecido al que ella había imaginado en su novela que sonrió. Tenía algunos músculos marcados y apenas un poco de vello oscuro en el pecho. La espalda era ancha y los brazos atléticos, los hombros rectos y la piel más oscura que la de ella, que era muy blanca.

Julián le devolvió la sonrisa. Después se puso de rodillas y tomó con suavidad una pierna de Natalia para quitarle el zapato. La calidez de los dedos sobre su piel la traspasó a pesar de las pantimedias, y hasta deseó quitárselas solo para sentirlo de manera directa. La trataba con tanta delicadeza y a la vez con tanta pasión que sus caricias parecían un beso eterno.

Él repitió el procedimiento con la otra bota y después deslizó la mano hacia arriba, por dentro de la pollera. Pasó por la rodilla, por el muslo y por la ingle hasta alcanzar la cadera. Natalia comprendió la intención de inmediato y se sostuvo con las manos para que hallara el borde de las medias y las jalara hacia los pies. Julián consiguió hacerlo con precisión, pero siguió actuando despacio. Mientras tanto, Natalia disfrutaba de la vista que le ofrecía su rostro inclinado hacia abajo y su nariz que, desde ese ángulo, era todavía más hermosa.

Se alzó de nuevo con las manos cuando él llevó las suyas a la cintura de la falda para quitársela. Condujo la prenda hacia abajo, y cuando ella quedó solo con la ropa interior, él se puso de pie para ocuparse de sus pantalones.

Un acceso de vergüenza cubrió otra vez las mejillas de Natalia.

—Soy como un fideo —murmuró viéndose las piernas—. En el colegio,

como era pálida, delgada y caminaba a los saltos, me decían Pantera Rosa.

Mientras ella hablaba, él terminó de quitarse los pantalones y los abandonó en el piso. Acto seguido, volvió a arrodillarse y apoyó los labios en la parte interna del muslo de Natalia. Sucedió rápido y sin que ella se lo esperara, por eso la hizo liberar un gemido.

—¿Querés saber cómo me llamaban a mí? —sonrió Julián sobre su piel. Enseguida le besó la ingle y le rodeó la cadera con las manos.

—Sí —tembló ella, presa otra vez de las oleadas de deseo.

—Uno de mis apodos fue «Ojos de huevo» —contó Julián mientras le daba más besos.

—¿«Ojos de huevo»? —se enojó ella—. ¡Si tenés unos ojos preciosos!

Julián alzó la mirada sin subir la cabeza, sonriendo en los labios y también a través de las pupilas.

—Gracias —replicó con esa voz seductora que conseguía adentrarse en Natalia hasta hacerla perder la conciencia.

Ella llevó las manos a la parte baja de sus ojos y la acarició con los pulgares.

—No les hagas caso, tu mirada y tu sonrisa son dos de tus mejores cualidades —lo consoló.

Al notarla distendida gracias a la conversación, Julián se levantó y se inclinó hacia ella. La obligó a deslizarse hacia atrás, quería recostarla en la cama y lo consiguió. Deseaba que el sexo no fuera un mandato, sino parte de la naturaleza misma. Como sus ojos, o la delgadez de Natalia; como el misterio que los había unido y el futuro que tal vez les esperaba.

Recostada, Natalia bajó la cabeza y observó sus pechos, que estando boca arriba prácticamente desaparecían.

—Una vez un chico se rió de mis pechos en una discoteca —contó—. Yo tenía dieciséis años. Estaba bailando con una amiga, pasaron algunos chicos por al lado y uno de ellos se detuvo solo para observarme. Casi al mismo tiempo se rió y le dijo a su amigo: «mira, no tiene tetas». Y siguieron de largo.

Julián la escuchaba acariciándole el cuello con la nariz.

—¿Querés saber qué fue lo peor que me dijo una chica a mí? —le

preguntó rozándole la clavícula con los labios. Natalia se arqueó hacia él porque su aliento le produjo cosquillas placenteras. Él le dio un beso en la zona sobre la que respiraba antes de continuar—. «Inútil» —lanzó—. Parece un término estúpido, pero cuando acabás de fracasar en un negocio y sentís que pasaste los cuarenta años para nada, te aseguro que no hace ninguna gracia.

Natalia frunció el ceño y apretó a Julián contra su pecho sin darse cuenta. Percibió el sufrimiento de él al pronunciar esas palabras, y de alguna manera, lo hizo suyo. Si a él le dolía, era también su dolor.

Una mano se deslizó por su pierna y se apoderó de su ropa interior. Julián jaló de ella y se echó hacia atrás llevándola consigo muy despacio. Poco a poco, un pequeño rastro de vellos castaños quedó al descubierto, y muy próximo a ellos, un sitio oscuro y profundo en el que todo lo que se podía hallar era luz.

Julián respiró profundo, satisfecho con lo que veía, y volvió a deslizar dos dedos por la pierna de Natalia hasta alcanzar aquella zona prohibida. Jugó con las sensaciones que le producía acariciando el contorno y la entrada del misterioso círculo, hasta que la sintió temblar. La miró a los ojos y leyó que ella lo deseaba, entonces sonrió.

—¿Tenés frío? —insistió, y dejó que uno de sus dedos se escurriera en el interior húmedo y caliente de la mujer.

Natalia cerró los ojos de golpe, dejó escapar un grito y se arqueó hacia Julián. No esperaba esa invasión, pero la hizo sollozar de satisfacción.

Sintió que el dedo se movía dentro de ella y se retorció para conducirlo a donde deseaba. Se humedeció los labios y volvió a temblar.

—¿Todavía tenés frío? —volvió a preguntar él, y le apretó el clítoris con el pulgar.

Natalia abrió la boca, giró la cabeza y se aferró a la almohada para resistir tanto bienestar. Julián no le daba tiempo a que por su mente se cruzara algún pensamiento estúpido, como la expresión que ponía mientras él la penetraba con el dedo o la culpa que podía experimentar porque se estaba dejando llevar por el placer. Actuaba rápido y a la vez lento, la sorprendía, y el cuerpo de Natalia era víctima de sus caprichos. Pero ella no sabía que el cuerpo de

Julián también era víctima de los caprichos de ella, porque después de dos años sin sexo efectivo con una mujer, él no tenía idea de cómo todavía conseguía controlar su instinto de satisfacción.

No aguantaba más. Con la mano libre apartó el bóxer y preparó un preservativo. Extrajo el dedo de la cavidad femenina despacio, acariciando la superficie mientras se retiraba, y luego se colocó la protección. Se abrió camino hacia Natalia y se sostuvo sobre ella. Cuando logró la posición deseada, la rozó con algo mucho más imponente y promisorio que sus dedos.

Natalia no se resistió, no podía hacerlo porque deseaba que él se internara en ella, y así lo demostró abrazándose a sus hombros. Le rodeó la cadera con las piernas, giró la cabeza hacia adelante y abrió los ojos. Los de Julián la observaban, encendidos, y a ella le parecieron más bellos que nunca.

Se unieron sin dejar de contemplarse, agitados por la marea que arrastra la pasión a voluntad del viento. Entrar en alguien nuevo después de veinte años fue para Julián tan extraño como devastador. Para Natalia, el deseo que experimentaba no tenía comparación con nada de lo que había sentido antes. En los ocho años de noviazgo con Gabriel, jamás lo había ansiado tanto como a ese desconocido que de pronto había salido de su fantasía para convertirse en su más preciada realidad.

Julián se aferró al respaldo de la cama y embistió a Natalia con más fuerza, como si no le bastara con estar dentro de ella y quisiera que ella también se metiera en él. Abrazada a sus hombros, Natalia se apretó más contra su cadera en busca de la misma sensación, adentrarse en el hombre que la poseía y jamás abandonar ese estado de éxtasis y emoción. De ese modo, nada más existía.

Alzó una mano y se aferró a su cabello negro. Lo besó en la mejilla varias veces, abriendo la boca entre uno y otro beso para jadear o respirar. Su cadera se movía tan rápido como la de él, y aunque el clímax parecía ir y venir como iban y venían sus cuerpos, cuando finalmente llegó, estalló en gritos y gemidos que no pudieron contener.

Fue salvaje y delicado, mundano y elevado. Fue único.

Agitado por la fuerza de lo que acababa de experimentar, Julián escondió el rostro en el hueco del hombro de Natalia y permaneció así un momento.

Todavía conmovida, ella le acarició el cabello mientras procuraba ordenar sus pensamientos, que no eran claros ni mucho menos coherentes. Todo lo que podía hilar era Julián. Gracias, Julián, y algún me gusta, lo quiero para siempre conmigo.

Cuando se sintió recuperado, él se deslizó hacia atrás y se quedó un instante quieto, de rodillas entre las piernas de Natalia. La observó con afecto y con lujuria, y después, por fin volvió a aproximársele en busca del broche de apertura del soutien. Ella elevó la espalda para ayudarlo, y Julián se las ingenió para desprenderlo y quitárselo por los brazos. Lo arrojó a un costado y luego se apartó. A medida que se iba alejando y su cuerpo ya no se interponía entre el techo y Natalia, un inmenso espejo se avistó.

—Mirate —ordenó una vez de pie junto a la cama—. Brillás en la oscuridad.

Natalia, que hasta el momento se había concentrado en Julián, giró la cabeza y descubrió el espejo en el techo. Su cuerpo desnudo se reflejaba en él, como una llama en el océano, y por primera vez le pareció una imagen maravillosa. Su piel destacaba sobre la manta roja de la cama, parecía brillar en el mar escarlata, y para completar la obra de arte, Julián le cubrió la pelvis con una parte de la tela. De ese modo, parecía una pintura, o la escena de un libro.

No podía pensar con claridad, pero hubo algo que supo desde que tembló con el orgasmo: sentía que cuando hacía el amor, él lo daba todo, sin secretos ni egoísmos. Se entregaba por completo, y ella quería hacerlo también.

Capítulo 10

Cerca de las tres de la madrugada, Julián estacionó su Vento detrás del Chevrolet de tres puertas de Natalia. Descendieron del auto al mismo tiempo y se aproximaron al de ella.

—No puedo creer que hayas dejado el auto a esta distancia de donde nos encontramos —rió Julián pensando en las cuadras que había recorrido y en que hasta habían tenido que cruzar del otro lado del canal para hallar el vehículo.

—Hace dos años que manejo, pero estacionar siempre es un problema para mí —confesó Natalia cabizbaja—. Me da miedo cuando tengo que hacerlo bajo presión, y sobre Moreau de Justo, con la poca distancia que hay entre coches estacionados y los que quieren circular, es imposible no sentirme presionada.

Julián volvió a reír con la larga explicación de Natalia y esperó a que abriera la puerta del auto para seguir hablando.

—Si querés, el fin de semana que viene, podemos practicar —ofreció. Ella se dio la vuelta para mirarlo. Si acababa de interpretar bien la indirecta, lo cual no solía suceder, él quería volver a verla.

—El problema no es que no sepa estacionar, sé que tranquila podría hacerlo muy bien —replicó para estar segura de que, en efecto, Julián quería verla otra vez—. El problema es la presión.

—Te prometo que te voy a entrenar en estacionamiento bajo mucha presión —ofreció él, todavía sonriente.

Natalia rió por la expresión y a la vez se emocionó con la idea de reencontrarse con el hombre de sus sueños.

—Me encantaría —respondió.

Julián dio un paso adelante hasta quedar pegado a ella. Alzó las manos y las apoyó en sus mejillas. Antes de que pudiera hacer otro movimiento, Natalia también le rodeó el rostro y se puso en puntas de pie para besarlo. Los labios se encontraron, cálidos y apresurados, y permanecieron juntos mucho tiempo, mientras sus lenguas se abrían paso una dentro del otro, como descubriendo algo.

Los cuerpos se separaron a la fuerza, pero las miradas continuaron unidas.

—Te voy a seguir en la autopista —le hizo saber él—. Voy a estar escuchando FM Aspen. Si ponés la misma radio, podemos pensar que vamos juntos.

—Lo voy a hacer —sonrió Natalia, todavía con el estómago lleno de cosquillas.

Lo primero que hizo al subir al auto fue sintonizar la radio. Sonaba una canción de A-ha que sin dudas la haría recordar a Julián por siempre. Summer moved on la llevó a mirar por el espejo retrovisor, donde se encontró con los ojos de leopardo que la observaban desde un rostro sereno. Él escuchaba la misma música, y pensaba casi lo mismo que ella.

Condujo como flotando en una nube. De a ratos, mientras pensaba en los besos y caricias que había dado y recibido, miraba por el espejo y veía el automóvil negro, siempre custodiándola. Su ángel guardián no la perdía de vista ni fallaba en ningún momento, siempre estaba ahí, detrás de su Celta, y eso la hizo sentir segura. Confiaba en él.

Pasando el primer peaje, recordó a dónde se dirigía y cayó en la realidad de golpe: no podía permitir que Julián la siguiera hasta su casa. Buscó su celular y lo llamó.

—¿Qué es eso de conducir y usar el teléfono? —la regañó él ni bien respondió.

—¿Vos no lo hacés? —replicó Natalia.

—Todo el tiempo, pero no lo hagás vos —sonrió satisfecho. Volvió a ponerse serio cuando percibió que ella también lo estaba. Se hizo una pausa.

—No hace falta que me sigas hasta mi casa —propuso Natalia—. Yo salgo de la autopista en la bajada de Bernal, si te conviene seguir hasta la de Quilmes, hacelo.

Aunque en verdad le convenía seguir hasta la otra bajada, Julián iba a abandonar la autopista donde lo hiciera Natalia. Sin embargo, al comprender que lo que ella deseaba era llegar sola a su casa, no tuvo más opción que aceptar.

—Está bien —asintió—. Con la condición de que me envíes un mensaje de texto cuando estés en tu casa, para saber que llegaste bien.

Natalia aceptó y se despidieron justo antes de pasar junto a un patrullero que custodiaba el tránsito.

Llegó a casa todavía en esa nube que la sostenía en el aire. Pensaba que flotaba.

—¿Cómo te fue con las chicas? —le preguntó Liliana, que la había esperado despierta, mientras entraba a la cocina—. ¿Sabés lo peligroso que fue abrir el garaje para que entres el auto a esta hora? ¿Por qué mejor no salen a la tarde?

Para cuando Liliana terminó de formular todas sus preguntas, Natalia ya se encaminaba a su cuarto. Se detuvo ante el silencio, giró sobre los talones y pestañeó antes de hablar. Tenía el abrigo caído de hombros y la cartera colgando de una mano. Su cabello castaño estaba despeinado y no se había dado cuenta de que tenía el maquillaje corrido.

—Deja de hacer esto, por favor —pidió con voz serena—. Estoy harta de tus miedos, de tus inseguridades y de tus demandas. Dejame ser.

—¿Estás diciendo que yo no te dejo ser? —se ofendió Liliana llevándose una mano al pecho—. La próxima vez que salgas, que te abran el garaje tus amigas.

—¿No podés tan solo abrir el garaje y alegrarte porque lo haya pasado bien? —replicó Natalia—. Eso es lo que a mí me gustaría.

—A mí me gustaría tantas cosas y vos nunca me las das.

Natalia decidió no responder. Suspiró, se dio la vuelta y se internó en su habitación para encaminarse directamente a la notebook. La encendió, y mientras los programas se cargaban, se puso el pijama.

Se sentó sobre la cama con el teléfono celular en la mano, sin saber qué escribir. Sentía tantas cosas por Julián y no se atrevía a decir ni una ínfima parte de ellas.

«Llegué bien, ¿y vos?», acabó por escribir. Le hubiera gustado atreverse a transmitir todo lo que estaba sintiendo, pero apenas pudo enviar esas pocas palabras. Recibió respuesta casi al instante.

«Llegué muy bien, todavía pensando en vos. Te llamo en la semana».

Después de leer ese mensaje, no pudo dormir. Ella también pensaba en Julián, y lo demostró escribiendo dos capítulos de la historia de Nadia y Fabián. Todo, menos el prólogo, era una reproducción en primera persona de lo que le estaba ocurriendo en la realidad, y manifestaba en las líneas todo cuanto no se atrevía a confesar a Julián. Era muy pronto para hablar de amor, pero sentía adoración por el hombre de su fantasía, y su novela lo delataba en cada oración.

«Me siento tan protegida cuando él me toca. No dejo de pensar en lo que me dijo antes de entrar al hotel: ¿con quién iba a concretar esa situación? Hoy entiendo que una vez me equivoqué. Por suerte no lo hice dos, y lo elegí a él. Fabián me ama y me castiga, porque me genera el dolor del deseo y la lujuria. Lo veo y siento que me muero. Lo veo y siento que lo amo, pero es tan pronto para pensarlo siquiera, que me acobardo y no lo digo. Jamás podré decirlo, en realidad. Lo dije como un término vacío en el pasado, hasta que un día mi lengua se congeló, y la palabra murió en mis labios. A partir de entonces, supe que jamás volvería a decirlo. Y eso me condena a que Fabián no sea más que una ilusión sin tiempo».

El sábado, cerca de las tres de la tarde, el sol brillaba en el cielo celeste, libre de nubes. Los árboles unían sus ramas casi desnudas de hojas en medio de la calle y un silencio de siesta y de barrio daba la ligera impresión de un sueño. Parecía una escena del pasado, por eso allí Julián siempre recordaba su infancia y añoraba algunas de las cosas que se perdían con el tiempo: su padre, sus hermanos cuando eran pequeños, la persona que había sido su madre.

Bajó del auto y se encaminó a la reja del asilo. Tocó el timbre y esperó que le abrieran.

—¡Julián! —lo recibió una de las cuidadoras—. Su mamá lo está esperando.

—Hola, María —saludó él a la mujer, con una sonrisa y un apretón en el hombro. Sabía que su madre no estaba esperándolo, pero la metáfora de la cuidadora siempre conseguía que la realidad sonara menos dura.

Entró a la habitación donde Amelia se encontraba, sentada delante de una mesa, con ambas manos blandas sobre la madera. Julián se aproximó a ella, le tomó la cabeza con una mano y la acercó a sus labios para besarla en la coronilla.

—Hola, ma —le habló todavía cerca de ella. Después apartó una silla y se sentó a su lado. Sonrió y le tomó la mano—. ¿Cómo estás? —preguntó, aunque sabía que jamás obtendría respuesta. Le vio el cabello blanco, la piel arrugada y la mirada perdida, y un profundo dolor surcó su pecho. Sin embargo, siempre le sonreía—. Te ves más rellenita, me gusta que comas bien —hizo una pausa antes de continuar—. Tomás perdió su último diente de leche. ¡Gracias a Dios! Con el asunto del ratón Pérez me iba a fundir —rió—. Camila está quejosa, como siempre. ¿Te acordás quién empezó el colegio en marzo? Ya te lo había contado, pero te lo cuento de nuevo: Juampi, el hijo de Claudia. ¡Si vieras lo grande que está! Él sí que salió lector, como nosotros dos. A Camila le repelen los libros, pero creo que ya encontré la forma de que los ame, como vos me enseñaste a mí —bajó la mirada y apretó más la mano fría de Amelia—. Hablando de literatura, conocí a alguien —contó, otra vez sonriente—. Estoy seguro de que hubieran sido buenas amigas con vos, porque enseña Literatura y le gustan las novelas románticas. Podrían haber hablado de personajes de ficción y esas cosas que a vos siempre te gustaba comentar. Es una buena chica.

El sonido del celular lo interrumpió. De todos modos, no sabía cuánto tiempo más podría hablar; resultaba difícil hacerlo sin obtener respuesta, siendo que su madre y él solían tener conversaciones largas y profundas. Miró el mensaje de texto. Era de Sabrina.

«Tus hijos tienen un cumpleaños, pero yo tengo que salir y no los puedo llevar. Te están esperando».

Después de leer, suspiró y volvió a mirar a su madre. Por dentro se

preguntaba por qué Sabrina no tenía la deferencia de avisarle con anticipación cuando lo iba a necesitar, pero se mordió la lengua y reprimió esos pensamientos.

—Perdóname, mamá —volvió a hablar a Amelia—. No te enojés, pero me tengo que ir. Te prometo que la próxima vez vendré con más tiempo.

Se puso de pie, se acercó a ella y la besó del mismo modo en que lo había hecho al llegar. Después se fue del asilo rumbo a la casa de sus hijos, alimentando la ilusión de que su madre lo esperaría el sábado siguiente.

Hacía años que su madre no esperaba a nadie. El Alzheimer había acabado con quien ella era aun antes de que su padre falleciera, y quizás por eso Alberto había muerto. Se habían amado con locura hasta el último instante de cordura de Amelia, y haberla perdido fue tan duro que Alberto no resistió ese sufrimiento. Enfermó de cáncer, murió, y Amelia jamás lo supo. Pero Julián estaba seguro de que su padre la esperaba en alguna parte y que allí volverían a ser felices.

Él también lo había sido. Un niño que creció en un barrio tranquilo, comiendo alfajores y visitando la fábrica de su padre. Mientras conducía recordaba las tardes que había pasado correteando de la oficina a la sala de máquinas y las travesuras que había hecho, como esconder la agenda a su padre. Por ello se había ligado unos cuantos chirlos, ya que la secretaria se había puesto a llorar de la angustia que le había producido fallar en su trabajo. Pobre señora López, había muerto hacía mucho tiempo, pero los empleados de antaño todavía la recordaban.

Al llegar a la puerta de la casa de Sabrina, hizo sonar la bocina y esperó a que sus hijos salieran. Camila se ocupó de cerrar la puerta con llave mientras Tomás corría al auto y se sentaba adelante. Abrazó a su padre, que respondió al cariño que le brindaba su hijo abrazándolo también y besándolo en la cabeza. Camila subió a la parte trasera bufando.

—¿Por qué tengo que ir atrás? —se quejó.

—Hola —la saludó su padre y se estiró sonriente para tomarle la cabeza con una mano—. Dame un beso —ordenó y la atrajo hacia sí para cumplir con su objetivo. Camila lo besó, pero enseguida se retorció para librarse de él.

—¡Me estás despeinando! —se quejó. Su padre rió.

—¿A dónde van? —preguntó. Seguía sonriendo, y Camila lo notó.

—A lo de la tía Mara —respondió. Mara era la hermana de Sabrina—. ¿Estás contento? —preguntó a continuación.

—¿Por qué? —se sorprendió Julián.

—Porque se te ve así —contestó ella—. No sé qué le pasa a todo el mundo que está feliz esta semana.

—¿Quién es todo el mundo? —interrogó Julián sin ahondar más en su propia alegría. Quizás fuera verdad que, después de mucho tiempo, volvía a sentirse feliz. Camila se encogió de hombros.

—Mamá, un amigo, mi mejor amiga... estaba tan feliz como una princesita de cuento de hadas.

—Hablando de cuentos... —la interrumpió Julián mientras doblaba una esquina—. Tengo algo para vos.

—¿Me trajiste algo? —se entusiasmó Camila deslizándose hasta el borde del asiento—. ¿Qué es? —preguntó.

Julián abrió la guantera y extrajo de ella un libro que extendió hacia atrás. Camila lo recogió con expresión desilusionada.

—¿Un libro? —rezongó y miró el título—. ¿Qué es esto, Hush, hush? —recorrió algunas hojas con el pulgar—. ¡Y hasta parece que estuviera usado!

—Por supuesto que está usado —reconoció Julián—. Lo leí antes de regalártelo.

—¿Para qué?! —exclamó ella—. Si lo leíste vos, debe ser lo más aburrido del mundo.

—Para que después podamos comentarlo —explicó Julián haciendo caso omiso a las quejas de Camila. Ella rió sin reparos.

—¡Ni en sueños! —replicó—. Puedo mirar la película, que seguro sale en algún momento. ¡Todo va a parar al cine!

—¿Por qué no te hacés la película en tu cabeza?! —discutió él. Hubo silencio—. Prométeme que vas a hacer el intento.

Hubo más silencio.

No había terminado de estacionar en casa de Mara que sus hijos ya lo estaban saludando para correr al encuentro de sus primos. Detuvo a Camila.

—¿A qué hora los paso a buscar? —le preguntó.

—Te llamo al celular —respondió ella y salió corriendo.

La hermana de Sabrina lo saludó desde el jardín, y él devolvió la amabilidad con un ligero movimiento de la cabeza. Miró el asiento trasero en busca del libro para guardarlo, pero no lo encontró. Volvió a mirar por la ventanilla y entonces vio que Camila lo estaba guardando en su morral. Se sintió satisfecho solo con eso.

Camino a su departamento, recordó a Natalia, y una sonrisa volvió a iluminarle el rostro. No tenía idea de cómo aguantaría sin llamarla hasta el lunes, ya que hacerlo antes le parecía apresurado, pero se moría por oír su voz y sus monosílabos.

—Dame eso —ordenó Natalia tratando de divisar lo que su alumna miraba debajo del banco. Estaba segura de que se trataba de un teléfono celular.

Camila alzó la cabeza con expresión de sorpresa en la cara.

—No, por favor —suplicó.

—Dámelo —repitió Natalia, y Camila no tuvo más opción que sacar el libro.

—No se lo lleve, por favor —pidió. Era un regalo de su padre, y no quería perderlo.

Cuando Natalia descubrió que se había equivocado y que en lugar de estar perdiendo el tiempo de clase con el celular, su alumna estaba leyendo un libro, se sintió complacida. Jamás habría apostado a que Camila Aráoz Viera leía por placer.

—Está bien —dijo—. Pero no lo leas en clase.

Eso es difícil de cumplir, pensó Camila, pero guardó el libro y fingió que completaba las actividades que la profesora les había dado.

«Tenés que ir a buscar a los chicos vos, salen a la una menos diez», leyó Julián en su celular, y miró el reloj. Eran las doce y cinco.

«No puedo», respondió, «estoy en una reunión en Capital».

«Entonces van a tener que empezar a volver solos», replicó Sabrina, ante lo que Julián le contestó: «No me hagas esto, por favor», pero ya no obtuvo respuesta.

—Si cerramos el trato en ese precio, me gustaría que el resto del porcentaje me lo pagara en mercadería para reventa.

Julián alzó la mirada y supo en ese instante que se había perdido un fragmento importante de la conversación. Lo repuso en su mente.

—El precio me parece justo y lo de la mercadería, podemos conversarlo —asintió con prisa.

—Usted sabe que estoy vendiendo las máquinas porque ya no quiero fabricar, quiero dedicarme solo a la distribución, así que un empujón con mercadería de su fábrica en parte de pago sería un trato conveniente para los dos. Piénselo.

—Lo voy a conversar con mis socios —aseguró Julián—. Ahora, si me disculpa, surgió un imprevisto y me tengo que retirar.

Se puso de pie, arrojó unos billetes sobre la mesa del restaurante y extendió la mano al sujeto que lo acompañaba.

—No se preocupe, yo invito —dijo el hombre estrechándole la mano.

—Hoy invito yo, la próxima usted —replicó Julián, y se fue.

Natalia espío la hora en su celular, el que siempre dejaba escondido en la cartera porque en la escuela no se podía utilizar, y al ver que faltaba un minuto para la una menos diez, se apresuró a guardar sus cosas en el portafolio. No veía la hora de salir del colegio, llegar a su casa y disfrutar del silencio.

—¿Podemos guardar? —preguntó un alumno a los gritos.

—¿Está apurado, Gómez? —le respondió Natalia con una sonrisa—. No, no puede guardar hasta que no suene el...

Se tuvo que callar porque el timbre interrumpió sus palabras y los cuarenta alumnos se pusieron de pie a la vez. Comenzaron a guardar y a gritar y a reír al punto que Natalia intentó huir muy rápido, pero para cuando terminó de ponerse la campera, ya se había formado una fila delante de la puerta. Ni bien se abrió, los rostros buscaron el aire fresco del exterior, boqueando como si hubieran permanecido bajo el agua durante horas.

Julián miró el reloj del auto y, al ver la hora, aceleró. Había pasado largo rato atrapado en el caos de tránsito de Microcentro, por eso había ido a ciento cuarenta kilómetros por hora en la autopista, pero ahora volvía a atraparlo

una caravana de vehículos a pocas cuadras del colegio.

Para cuando él estacionó a cien metros del lugar, Natalia salía por la puerta principal. Para cuando llegó a la escuela, ella ya se hallaba cerca de su auto, el que dejaba a tres cuadras porque allí era más fácil hallar un estacionamiento cómodo.

—¡Papá! —lo saludó Tomás, y corrió hacia él.

—¡Campeón! —lo aclamó Julián y le besó la cabeza.

—¿Y mamá? —interrogó Camila aproximándosele.

—No sé —replicó su padre—. Hola —volvió a enseñarle modales.

—Hola —respondió ella, y comenzó a caminar hacia donde su padre solía dejar el auto.

Sentada en el asiento de atrás, se asomó por entre medio de su padre y de su hermano cuando Julián pretendía salir del embrollo de coches que se había formado en esa cuadra.

—Estoy completamente enamorada de Patch —contó. Julián frunció el ceño y la miró por el espejo retrovisor de forma fugaz.

—¿Patch? —repitió. De pronto, una luz se encendió en su mente y sonrió con incredulidad—. ¿El chico del libro? —preguntó.

—Sí —respondió su hija con la mirada brillante de excitación—. Lo amo, es como si en él viera reflejado mi lado oscuro.

—¡Qué bien! —exclamó Julián, sin poder creer que por fin había encontrado un modo de introducir a Camila en la magia de los libros. Casi al mismo tiempo, reaccionó respecto de lo del lado oscuro, entonces agregó—: Está bien... Creo...

—Estuve mirando en Internet, y es una saga, es decir que hay más libros sobre los mismos personajes —explicó Camila, llena de entusiasmo—. ¿Me vas a regalar el que sigue? —preguntó.

—Te los voy a comprar a todos —respondió su padre. Ella sonrió satisfecha.

—Hoy casi me lo quita la estúpida de Lengua —se quejó.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que no uses malas palabras, y menos para referirte a tus profesores? —la regañó Julián.

—¡Si es una loca! —gritó la hija—. ¿Sabes por qué no me lo quitó?

Porque hoy estaba feliz. La semana pasada parecía un policía, después una muerta, y hoy vino sonriente y haciendo chistes malos. ¿No es patético?

—No —se enojó Julián—. Los profesores son seres humanos también y tienen derecho a tener un buen o un mal día, igual que vos y yo.

—Sí, claro —replicó Camila. Luego se encogió de hombros y alzó los pies en el asiento. Sacó el libro de la mochila, lo abrió en las últimas páginas, y siguió leyendo.

—Sacale una foto, campeón, por favor —pidió Julián a Tomás. Se sentía tan feliz de ver a su hija leyendo que era capaz de comprarle toda una librería. Camila se mordió el labio en gesto de burla, pero sonrió.

Capítulo 11

«Pasé el fin de semana con insomnio, sus besos y caricias me mantuvieron despierta porque en mi imaginación eran casi tan vívidos como lo fueron en la realidad. Lo necesito tanto, que temo que todo haya sido mentira. Sus ojos no mienten, sus labios no mienten, pero tengo tanto miedo de perderlo que todo lo que puedo pensar es: «no va a volver, ¿quién podría querer volver con vos? Es obvio que el hombre de tus sueños no».

Ahora espero su llamado como una desquiciada, con el miedo de que no suceda y que así haya perdido para siempre mi ilusión».

Natalia pensaba cómo continuar el párrafo cuando el celular sonó. Lo recogió enseguida; le temblaban las manos. Leyó el número de Julián en el visor y se le estrujó el estómago. Por suerte su madre todavía no había regresado de hacer el reparto de comidas y al menos eso le permitiría hablar un poco más tranquila.

Tomó una profunda inspiración antes de decir «hola».

—Hola —respondió la voz del otro lado, serena y seductora—. Te extraño.

Natalia se derritió.

—Gracias —fue todo lo que pudo decir. Yo también te extraño, como jamás creí que podía extrañar a alguien, pensó. Gracias por no mentir, gracias por llamar, gracias por soportarme.

—¿Cómo estuvo tu día?

Natalia le contó que había tomado examen en segundo año, que estaba

preparando un concurso literario para quinto, y puso especial alegría en decir que había descubierto que una alumna que no estudiaba casi nada, leía por placer.

—Es una buena chica, me cae bien, pero percibo que esconde alguna herida que no sanó —contó—. Tiene esa mirada de las personas desconfiadas porque temen que les hagan daño.

—Me recuerda a mi hija —comentó Julián.

—¿Y qué tal tu día? —replicó Natalia, porque no quería siquiera recordar a los hijos de Julián. Sentía que podía dominar mejor los celos ocultándolos, y por suerte él no insistió en hablar de ellos.

Julián le explicó que se había reunido con un empresario que quería vender máquinas de su fábrica y que él pasaría esa semana verificándolas para decidir si cerraba el negocio o no.

—Espero que sea con éxito —lo alentó Natalia.

—Yo también —respondió él.

Quedaron en volver a hablar en esos días y, al cortar, Natalia escribió más de su novela, antes de que las emociones del momento cambiaran:

«Suenan el celular y veo en la pantalla que es él. Mi pulso se acelera, no puedo controlarlo, parece que el corazón quiere abandonar mi pecho y meterse dentro del teléfono para llegar a Fabián. Me hace tan feliz su llamado y que no haya mentido. Gracias por no mentir, Fabián; gracias por llamar, gracias por soportar mis innumerables defectos, como no poder decirte cuán especial sos para mí, tanto que siento que con vos de verdad estoy viva».

El jueves volvieron a hablar y acordaron encontrarse el sábado.

El viernes por la mañana, al salir del colegio, Natalia se encaminó al centro en busca de ropa. No podía andar por la vida con pantalones un talle más grande de los que necesitaba, y mucho menos salir con Julián siempre con las mismas prendas. Había pasado la noche del jueves imaginando cómo le gustaría vestirse y pensando dónde podía encontrar eso que buscaba.

Dando vueltas por el centro de Quilmes, se dio cuenta de que sus deseos serían difíciles de concretar. Tuvo que quedarse con lo que más se aproximaba a lo imaginado: un vestido negro, un pantalón rojo oscuro, una camisa a rayas, un pulóver escote en V celeste y otras prendas que le gustaron

en el momento. Pasó también por la zapatería y por una perfumería en la que compró algunos artículos de maquillaje y un perfume importado.

Regresaba a donde había dejado su auto cuando se dio cuenta de que se hallaba apenas a cincuenta metros del bar donde Julián se hallaría reunido con sus amigos. Se detuvo de inmediato porque el corazón comenzó a galopar en su pecho como si pretendiera abandonarla. Tragó con fuerza y, al tiempo que procuraba respirar con menos agitación, lo vio. Estaba sentado en la misma mesa en la que lo había visto por primera vez, leyendo el diario, casi en la posición que se encontraba aquel viernes maravilloso.

Suspiró y avanzó dos pasos más. Se moría por correr hacia él; verlo después de una semana le hizo sentir que el alma se le escapaba del cuerpo, pero no se atrevió a avanzar. No podía ponerlo en evidencia delante de sus amigos, ni quería que él sintiera que ella se entrometía en su vida o que invadía su privacidad. Entonces cruzó la calle y se contentó con observarlo a la distancia, como cuando lo había conocido.

Pasó al menos cinco minutos recobrando detalles: el traje negro, la camisa blanca, la sonrisa más seductora del mundo. No pudo resistirse y lo llamó por teléfono, tratando de maniobrar las bolsas que le colgaban de los antebrazos. Lo vio hurgar en el bolsillo del saco y extraer el celular. Vio su expresión cuando descubrió que era ella quien lo estaba llamando y lo percibió tan feliz que no lo podía creer.

—Mirá enfrente, a la derecha —le indicó ni bien la atendió.

Julián giró la cabeza de inmediato. No le costó distinguir la figura de Natalia, porque llevaba puesta la misma ropa de los dos viernes que la había encontrado en ese lugar. Ni bien la vio, su mirada se iluminó, y sus labios se curvaron en cuanto ella le sonrió. Se veía tan inocente y hermosa, cargada de bolsas y rodeada de gente que se la llevaba por delante, que ansió estar cerca de ella para respirarla. Sin embargo, la sonrisa se borró del rostro de Natalia ni bien se dio cuenta de que un amigo de Julián también se daba vuelta para saber qué miraba su compañero. Cortó el llamado como si el teléfono le quemara entre los dedos y comenzó a caminar, cabizbaja, huyendo.

No había querido que el amigo de Julián se percatara de que él estaba atento a otra cosa, y que esa cosa era ella. No quería que Julián pensara que

invadía su territorio. Se detuvo cuando el teléfono vibró en su mano. Acababa de recibir un mensaje de texto.

«¿Dónde dejaste el auto?» le preguntaba Julián. Contestó con la intersección de calles en la que había dejado su Celta, que estaba a seis cuadras de allí, y recibió como respuesta: «Espérame ahí».

Corrió al auto temiendo lo peor. Sin dudas Julián se había molestado y pensaba que ella lo estaba siguiendo, o que pretendía imponerle que él le presentara a sus amigos. Nada más lejos de la realidad, si ella no podía confesar ni a su propia almohada que estaba viéndose con él.

Se sentó en el lugar del conductor, dejó las bolsas en el asiento trasero, apoyó las manos sobre el volante y la frente sobre las manos. Estaba en problemas, y no tenía idea de qué explicación iba a dar al respecto, porque ni siquiera ella sabía por qué había hecho ese llamado.

Se sobresaltó cuando Julián golpeó el vidrio del lado del acompañante. Supo que era él porque divisó el traje negro y la camisa blanca. Destrabó la puerta, él abrió y se metió en el auto.

—Perdóname, de verdad —comenzó a disculparse temblorosa—. No pensé que...

No pudo hablar más. Julián le rodeó la cara con las manos, la atrajo hacia sí y la besó. Natalia no cabía en su asombro, pero poco le importó seguir disculpándose; se hacía evidente que él no estaba enojado. Por Dios, ¡había ansiado tanto ese beso! Alzó las manos y enredó los dedos en el cabello de Julián para abrir más la boca y seguir recibiendo las caricias de su lengua en la de ella.

Se separaron sin soltarse los rostros.

—Tengo que volver —le anunció él, agitado—. Les dije que ahí no tenía buena señal y necesitaba devolver un llamado. Te veo mañana.

Volvió a besarla de manera fugaz y entonces le soltó la cara. Antes de alejarse del todo, estiró el cinturón de seguridad y se lo colocó.

—Así está mejor —murmuró.

Abrió la puerta, bajó del coche, y Natalia todavía no se había movido. Era tal la sorpresa que acababa de llevarse, que estaba como en trance. Reaccionó de golpe.

—¡Julián! —gritó.

Intentó estirarse, pero el cinturón de seguridad la echó hacia atrás. Lo forzó a ceder jalándolo con una mano y para cuando pudo avanzar, él ya se asomaba de nuevo al interior del vehículo. Apoyó una mano en su cabeza y volvió a atraerlo hacia su boca para darle otro beso que duró unos cuantos segundos.

Tras separarse de nuevo, Julián le sonrió, se alejó y cerró la puerta, Natalia no quería irse, no quería apartarse de él. Comprendió, sin embargo, que no podía hacer otra cosa, entonces encendió el motor. Se alejó de la esquina donde Julián la observaba despacio, viéndolo por el espejo retrovisor, hasta que dobló en la esquina siguiente y lo perdió. Condujo hasta su casa como flotando.

El sábado lució el vestido negro que había comprado el viernes. Esperó, nerviosa y a la vez entusiasmada, a que se hicieran las ocho y cuarto, quince minutos antes de la hora en la que habían acordado encontrarse, y salió de su habitación. Liliana la observó como a un objeto desconocido.

—¿Vas a salir otra vez, y con esa ropa? —le preguntó—. ¿No saliste el fin de semana pasado?

—Me invitaron a una reunión de ex compañeras de la secundaria y queda mal que no vaya —respondió Natalia.

—¿Por qué va a quedar mal que no vayas? —interrogó su madre—. Hace frío, ¿no preferís quedarte en casa hoy?

¡Nooo, por dios, no!, pensó Natalia con desesperación, pero a su madre le dio una respuesta muy cuidadosa después de suspirar.

—La verdad, me encantaría quedarme. Vos sabés que no disfruto nada como estar en pijama en mi cuarto, pero tengo que ir —se acercó y le dio un beso como despedida—. Vengo cuanto antes.

Liliana le abrió la puerta del garaje sin rechistar. Solo le advirtió que tuviera cuidado por la inseguridad, ante lo cual Natalia asintió con la cabeza.

—Sí, es un peligro todo esto, pero no me queda otra —aseguró—. Nos vemos en cuanto pueda librarme de estas estúpidas.

Le pareció que incluyendo el insulto daba más fuerza a su argumento, y al parecer así fue, porque Liliana la despidió sonriente.

Trató de dejar el auto frente a la dirección que Julián le había dado, pero venían demasiados autos y el espacio entre los coches estacionados era muy reducido, entonces acabó a tres cuadras. Caminó torciéndose los pies por los tacos altos y las veredas rotas, muerta de frío y con las manos temblorosas, pero llegó al edificio, tocó el timbre del departamento que Julián le había indicado y esperó a que él le respondiera por el portero eléctrico.

Pasaron varios minutos. Estuvo a punto de hacer sonar el timbre de nuevo cuando sintió que el portón del garaje se abría y de allí vio salir el vehículo de Julián. Él se detuvo antes de bajar a la calle y le abrió la puerta. Natalia subió muy rápido.

—¡Estás al borde del congelamiento! —exclamó él ni bien la vio, y accionó la calefacción antes de terminar la frase. Después giró hacia ella y le sonrió—. Hola —dijo. Le atrapó la cabeza con una mano, la atrajo hacia él y la besó.

—Hola —susurró Natalia cabizbaja cuando el beso acabó.

—Decime que no dejaste tu auto en la otra punta de Quilmes —se burló él.

—Lo dejé a tres cuadras —respondió ella aguantándose la risa.

—Ahí tenías un lugar —señaló él—. Ahí otro, y otro allá. Mañana vamos a resolver eso sin falta —Natalia rió—. El cinturón de seguridad —le pidió él, y ella se lo colocó.

—Estás loco, en ese sitio no entra un auto —discutió ella cuando pasaron junto a uno de los espacios que Julián le había indicado.

—¿Qué apostamos? —devolvió él.

—¿Un libro? —propuso Natalia.

—Trato hecho.

Se detuvo de golpe sin colocar las balizas y por eso recibió bocinazos. Las puso un instante después y comenzó con la maniobra de estacionamiento. Natalia no esperaba que hiciera eso, Julián era una caja de sorpresas, y lo inesperado de la situación la hizo reír hasta que le dolió el estómago. Él acabó estacionando.

—Perdiste —dijo satisfecho—. ¿Qué libro me vas a regalar?

Natalia, que todavía no había dejado de reír, replicó:

—Que sea una sorpresa.

Julián asintió y volvió a interrumpir el tránsito para salir. Pasaron un rato hablando de automóviles, caos vehicular en la ciudad y peajes cada vez más caros.

—¿A dónde vamos? —preguntó Natalia una vez en la autopista.

—A bailar —respondió Julián cambiándose al carril más rápido. Natalia se asustó.

—Pero yo bailo muy mal —advirtió.

—No te preocupes, vamos a una clase primero —la tranquilizó él—. Hace mucho que yo no bailo este estilo de música, así que vamos a estar en la misma situación.

—¿Y qué vamos a bailar? —se entusiasmó Natalia con la perspectiva de aprender. Quizás si podía bailar, podía ser un poco más libre.

—Una especie de rock que fue muy popular cuando vos estabas naciendo. No te preocupes, si no te gusta nos vamos a otro lado.

—Estoy segura de que me va a gustar —aseguró Natalia, y después se relajó viendo por la ventanilla. Adoraba que otro tuviera la responsabilidad de conducir.

Pasaron un rato en silencio.

—Tengo algo para vos —anunció Julián de repente. Natalia sonrió—. Está en el bolsillo de mi saco, de tu lado.

Natalia hurgó en el sitio indicado y extrajo de allí un alfajor Tamailén de chocolate.

—¡Me encanta! —exclamó.

Julián sonrió y esperó a que Natalia terminara de abrir el paquete para volver a hablar.

—Decime la verdad, Nati —pidió esperando en el peaje. Natalia giró la cabeza hacia él de inmediato, alarmada por su tono de voz—. ¿Soy aburrido?

—¿Qué? —rió ella y dejó de comer.

—Si soy demasiado aburrido, quiero decir... demasiado anticuado o... viejo.

Natalia percibió que la pregunta iba muy en serio, porque Julián incluso sonaba preocupado. Estaba loco, ¿cómo iba a pensar que era viejo o

anticuado? Era perfecto.

—No —respondió ella—. No sos viejo ni anticuado, y mucho menos aburrido —agregó, pero en su corazón ardían más palabras: Con vos aprendí a reír. Sos perfecto, ¿sabés las veces que soñé con encontrar a alguien como vos? Sos el hombre de mis sueños. Y aunque entreabrió los labios para decir todo eso que le explotaba adentro, calló por pudor.

Lo dijo con actos. Se estiró en el asiento, le tomó una mejilla con una mano y le besó la otra. Le temblaban los dedos.

—Sos hermoso —se le escapó. Al darse cuenta de lo que acababa de decir, se puso roja como las luces traseras de los coches que tenían adelante.

—Gracias —respondió Julián, y le tomó la mano.

En contacto con él, Natalia sintió que el mundo desaparecía, como cada vez que se tocaban. Apoyó su otra mano sobre las que ya estaban unidas y lo acarició. Que nunca le faltara esa sensación porque era la más maravillosa que había experimentado en su vida, y deseaba conservarla siempre.

Después de andar otra media hora, finalmente llegaron al lugar de la clase, que resultó ser un lujoso salón de fiestas. Había sido ambientado con telas blancas y luces en tonalidad violeta. Se entraba al lugar bajando una ancha escalera de mármol que acababa uniéndose con baldosas blancas con dibujos rosados. Cuatro columnas romanas delimitaban la pista de baile y algunas mesas con sus respectivas sillas la rodeaban. Ya había algunas parejas practicando pasos mientras otras conversaban en unos sillones negros que se hallaban bastante lejos de la pista.

—Pensé que llegábamos tarde —le comentó Julián al oído. Natalia se puso en puntas de pie para hablarle a él.

—En eso sí estás un poco fuera de onda. Llegar tarde y que los eventos empiecen al menos media hora después de lo acordado, hoy en día está de moda —comentó.

Julián rió y, mientras todavía reía, la abrazó. Natalia respondió a la señal de afecto rodeándole la cadera y apoyando el oído en su pecho, como si deseara esconderse del mundo dentro de su saco. Te quiero, pensó. ¡Te quiero tanto! Pero calló.

Sintió que Julián la besaba en la cabeza y tembló. No de miedo ni de frío,

sino de excitación.

—¡Muy bien, vamos a comenzar con la clase! —escuchó, y se separaron a la fuerza.

Lo primero que enseñaron a Natalia fue el paso básico: izquierda adelante, unir la derecha, derecha a la derecha, unir la izquierda, izquierda atrás, unir la derecha. Al principio parecía un robot tratando de imitar los movimientos que le mostraba una alumna avanzada, por eso miraba a Julián y se reía. Lo habían separado para explicarle el paso de los hombres, aunque él ya lo sabía. Finalmente, cuando le encontró la gracia al paso, le salió muy bien. Además, el rock de los ochenta le gustaba y la inspiraba para bailar.

Un rato después, los unieron para explicarles algunas vueltas básicas, pero cuando habían comenzado a practicarlas, se les acabó el tiempo. Apagaron las luces, accionaron las que jugaban con el ritmo de la música, y comenzó una hora de baile libre, siempre dentro del ritmo que habían estado aprendiendo.

—¿Quieres que bailemos o nos vamos? —le preguntó Julián.

—Quiero aplicar lo que aprendí —respondió Natalia con entusiasmo. No podía dejar de sonreír.

Comenzó con pasos tímidos y dudas acerca de si lo estaba haciendo bien o no, pero conforme fueron transcurriendo las canciones, se sintió más libre y segura. Descubrió que le gustaba bailar y que podía sentir que lo hacía bien, aunque quizás eso no fuera tan cierto. La última canción que disfrutaron fue Blue Monday, un clásico de New Order que los dejó con fuerzas solo para sentarse en los sillones negros y descansar. Julián la abrazó, y ella se apoyó en su costado.

Pasaron un rato viendo hacia la pista de baile, admirando en silencio la experiencia de algunas parejas en el americano rock, y pensando en las ventajas que ellos mismos, aun siendo novatos, tenían sobre otras. Natalia apoyó una mano sobre la cadera de Julián y lo acarició. Él respondió tocándole el cabello. ¿Qué lo motiva a continuar viéndome?, se preguntaba Natalia, sin poder creer lo que vivía. Sintió miedo de perder alguna vez esa sensación.

Se irguió con expresión apenada.

—¿Por qué estás conmigo? —preguntó. Julián frunció el ceño sin saber bien hacia dónde se dirigía la pregunta.

—Por placer —contestó con naturalidad.

La respuesta no pareció satisfacer a Natalia, porque sus ojos se opacaron y suspiró.

—¿Y cuando ya no encuentres placer en mí? —continuó—. Es un sentimiento poco profundo para que sea duradero —explicó. Julián esbozó una sonrisa serena.

—No sé por qué pensás eso —replicó—. Tampoco entiendo por qué las personas se avergüenzan tanto del placer y lo esconden; después de todo, es el motor de la vida.

—¿El placer? —repitió Natalia con incredulidad.

—Por supuesto —asintió él—. Decime una cosa, ¿por qué enseñás? ¿Por qué escribís?

—P... porque me gusta —respondió Natalia, dudosa—. Porque cuando era chica jugaba a que era maestra y escribía con una fibra los vidrios de mi casa haciendo de cuenta que era un pizarrón.

Julián sonrió imaginando a esa niña delgada de cabello castaño que jugaba a enseñar, y agradeció en silencio que hubiera hecho realidad esa ilusión.

—Porque te gusta —repitió—, y hacer lo que te gusta te da placer; y el placer, felicidad —continuó, tratando de cerrar su teoría—. Por eso el placer es una forma de amor. Si amás a alguien, querés que esa persona sea feliz. El placer es la parte tangible entre la felicidad y el amor.

Con los ojos y el corazón completamente abiertos, Natalia sintió que el alma se le llenaba de algo que no podía explicar.

—¿Puedo usar esa frase en mi libro o me acusarías de plagio? —preguntó.

Julián rió con la broma y la atrajo hacia sí para besarla. Comenzó enredando los dedos en su cabello para después rozarle la nariz con los labios. Natalia cerró los ojos y respiró profundo el exquisito aroma que la rodeaba, una mezcla de perfume y piel masculina que le provocó cosquillas en la panza.

Alzó las manos y las llevó a las mejillas de Julián, cuya lengua le acarició los labios. Natalia entreabrió la boca, anhelando recibirlo, y se pegó más a él en cuanto la humedad de los dos se mezcló en un mismo sitio.

Pasaron alrededor de media hora entre besos, caricias y miradas silenciosas que decían más que las palabras. Después, el encuentro se dio por terminado, y comenzó una clase de salsa en la que no pensaban participar. Se fueron enseguida.

Capítulo 12

Al llegar a su edificio, en lugar de entrar el vehículo al garaje, Julián lo estacionó en un lugar milimétrico que estaba enfrente.

—Ya vuelvo —anunció a Natalia, y se bajó.

Una vez a solas, ella aprovechó a buscar su celular en la cartera. Se encontró con cinco llamadas perdidas y dos mensajes de texto, todos de su madre.

«Voy a tardar en volver, me invitaron a dormir a lo de alguien, y tengo que ir. No hay más batería en mi celular», escribió. Suspiró mientras el mensaje se enviaba, y antes de que pudiera recibir otro llamado, aun con culpa y miedo, apagó el teléfono. Cerró los ojos mientras lo hacía, no quería pensar que su madre pasaría horas intentando comunicarse con ella sin éxito, preocupándose por la inseguridad, los accidentes de tránsito y que nadie le robara a su hija, pero tenía que hacerlo. No quería siquiera recordarla.

Se apresuró a guardar el celular cuando escuchó que la puerta del conductor se abría. Julián se sentó a su lado y le colocó una bolsa sobre las piernas. Estaba muy caliente.

—Estas son las pastas más ricas del mundo —le explicó—. Y están frente a mi departamento. Soy un hombre con suerte.

Natalia sonrió y espió el contenido de la bolsa, deleitándose con el aroma del tuco escondido en dos bandejas de plástico. Mientras tanto, Julián puso en marcha el auto, abrió el portón del garaje con el control remoto e interrumpió el tránsito para entrar a su edificio.

Julián se hizo cargo de la cena en el ascensor y en el pasillo que conducía a su departamento. Cuando abrió la puerta, se oyó un sonido.

—Es la alarma —explicó, y se apresuró a desactivarla.

Mientras tanto, Natalia entró y observó a su alrededor. El piso era de parqué y todo lo que se podía apreciar desde la entrada eran el comedor y, más atrás, el living. En el segundo ambiente había dos sillones negros y una mesita en el medio. Se dio cuenta de que uno de los sofás miraba hacia un mueble en el que había un televisor LED de 42 pulgadas, un equipo de música y una PlayStation. Ese aspecto infantil de Julián la hizo reír.

—Te gustan los juegos —señaló.

—Juego con mi hijo —explicó él—. ¿A vos no te gustan?

Natalia se encogió de hombros. Había tenido un Family Game blanco con detalles rojos cuando era chica, pero después, los juegos electrónicos ya no le brindaban diversión. O eso creyó.

Capítulo 13

Tres horas después de cenar, los platos y las copas sucias todavía descansaban sobre la mesita del living. Casi se habían acabado la segunda botella de vino, y el ruido del televisor invadía el ambiente. Él se había quitado el saco y arremangado la camisa; Natalia se había quedado con el vestido y sin zapatos, estaba despeinada y no le importaba nada más que ganar al FIFA 2013.

—¡Nooool —gritó Julián moviéndose como si con su cuerpo pudiera manipular al jugador del monitor.

—¡Sííí! —replicó Natalia con otro grito, y mientras su equipo festejaba el gol que acababa de hacer, ella bebió otro sorbo de vino.

—Dejo mi sangre en el césped de canchas de fútbol reales para que una novata me arruine mi mundial cibernético con un gol de Rooney —se lamentó él.

—¿Quién hizo mi gol? —preguntó Natalia, sin dejar de reír.

—Rooney —repitió Julián, indignado—. ¿Te das cuenta? ¡Ni siquiera sabes con quiénes estás jugando y me ganas! Tiene que ser suerte de principiantes.

—O que estás muy distraído... —lo provocó ella moviendo una pierna.

Ni bien pronunció esas palabras, la mirada de Julián se encendió. Notó que el vestido de Natalia se había levantado dejándole buena parte de la piel al descubierto y que el cabello le caía salvaje sobre los hombros, sin restricción alguna. Resultaba evidente que el exceso de vino y el juego la

habían liberado de alguna manera, porque no pensaba con claridad. Todavía no terminaba de morir el eco de su voz, que ella se arrodilló en el sofá, pasó una pierna por sobre las de Julián y se movió para sentarse en sus muslos. Le rodeó el cuello con los brazos y apoyó su frente en la de él.

—¿Jugás al fútbol? —le preguntó besándole la mejilla.

—Algunos domingos en la quinta de un amigo —trató de responder Julián, pero se había quedado sin aire.

—Quisiera verte jugar y sangrar el césped, como decís que hacés —le susurró ella besándole la comisura de los labios—. Es una imagen salvaje y hasta medieval. Cuando juegan con pasión, son como guerreros posmodernos.

—¿Vos me vas a curar? —le preguntó él enredando los dedos en su cabello enmarañado.

—Todas y cada una de tus heridas —prometió ella, y se aproximó a su rostro. Las voces callaron con un beso largo y profundo.

Movida por las sensaciones que la proximidad de Julián le provocaba, Natalia enredó las piernas en su cadera y él se deslizó hacia adelante para brindarle mayor comodidad. De ese modo, la ropa interior de Natalia quedó en contacto con el cierre del pantalón de Julián, donde algo duro e inmenso luchaba por llegar a ella. La tela de la vedetina era demasiado delgada como para ignorar lo que se ocultaba debajo, y la mente de Julián lo sabía.

Deslizó una mano por el muslo de Natalia hasta alcanzar el encaje de la ropa interior. Sonrió sobre su boca al comprobar que sus deducciones acerca de las bolsas que ella cargaba el viernes habían sido ciertas.

—Me gusta tu nuevo estilo —susurró. Natalia, todavía aferrada a su cabello, le dio un beso fugaz en el costado de la boca.

—Me siento más linda —confesó.

—Eso es porque sabés cuánto te deseo yo —le explicó él, llevando un dedo dentro de la tela. Rozó sus pliegues vaginales, y ella gimió. Cerró los ojos y trató de respirar—. Entendiste que no hay otra para mí que no seas vos, y que me volviste loco.

Los dedos continuaron su juego mientras Natalia movía la cadera para facilitarles el recorrido. Los sentía vagar por todo su sexo con la habilidad de

provocarle las sensaciones más prometedoras. La hacían desear, y el deseo la hacía estremecer.

Preso de su inconsciente, rodeó el rostro de Julián con las manos y lo llevó hacia sus pechos, apretados dentro del vestido. La respiración de él infundió calidez a la piel de Natalia, efecto que aumentó cuando alzó una mano y levantó con ella el pecho por sobre la tela. Ella echó la cabeza atrás y entreabrió los labios en busca de recobrar el aire. Gimió cuando la lengua de Julián le acarició la línea que se formaba entre sus senos, y tembló al sentir que sus dedos comenzaban a introducirse en su húmeda cavidad.

Hasta ese momento, la satisfacción que experimentaba era tan intensa que se había olvidado de todo. No tenía idea de dónde se encontraba, pero de pronto comenzó a oír los ruidos del juego que habían abandonado a su suerte, y eso la ayudó a recobrar la conciencia. Abrió los ojos y se encontró abrazando la cabeza de Julián contra sus pechos, moviendo la cadera contra su erección con cara de puta, y tembló de impresión.

La caricia cálida y húmeda de Julián, que hasta ese momento le había parecido gloriosa, le despertó fastidio.

¡No, por favor, otra vez no!, pensó angustiada. No quería sentir vergüenza ni pensar en nada más que en el placer que Julián le brindaba, entonces ¿por qué su mente la obligaba a apartarse del momento?

—Para... —susurró—. Para —repitió más enérgica.

Julián alzó la cabeza, confundido por la reacción de Natalia. Detuvo los dedos que se adentraban en su cavidad femenina y esperó a que hablara.

—¿Podemos apagar la luz? —la oyó pedir.

Acababa de darse cuenta de que ella se había alejado mentalmente de la situación hacía mucho tiempo.

—¿Por qué? —preguntó con los dedos todavía quietos, pero sin apartarlos del sitio donde se encontraban.

Natalia tembló, pero no calló.

—Me da vergüenza que veas mi cara de tonta —confesó.

—¿Por qué? —insistió él sin inmutarse por lo descabellado de la revelación. Natalia volvió a temblar, no sabía qué decir.

—No me gusta... que me veas —trató de explicar, sin sentido alguno.

Todavía estaba agitada por el sexo, y también por la angustia.

—No vamos a apagar la luz —respondió Julián, tajante.

—No puedo hacerlo si no apagamos la luz —insistió ella, pensando que lo mismo hacía con Gabriel, solo que él siempre accedía a estar a oscuras.

—Ya te dije que no vamos a apagar la luz —la desafió Julián, y sin esperar una nueva intervención de ella, apagó el televisor y se puso de pie cargándola sobre su cadera.

La llevó así hasta la habitación. Se detuvo en la puerta para encender desde allí las lámparas que se hallaban junto a la cama, y luego siguió su camino hasta el somier, donde sentó a Natalia con suavidad.

—Dame tu teléfono celular —pidió. Natalia frunció el ceño.

—¿Mi celular? —interrogó—. ¿Por qué?

—Por confianza —replicó Julián—. Lo que voy a hacer tiene que quedar en tu poder, no en el mío, porque es peligroso. Pero yo confío en vos, y quiero que vos lo tengas. ¿Vos confiás en mí?

Natalia bajó la cabeza al tiempo que se mordía el labio. No tenía idea de qué pretendía Julián, pero claro que confiaba en él. Confiaba en él como en nadie más.

—Está en mi cartera —respondió.

No se atrevió a moverse. Esperó a que Julián regresara en la misma posición en que había quedado cuando él había salido, pensando solo en el papelón que estaba dando. ¿Qué mujer interrumpía el sexo para pedir a su amante que apagara la luz? ¿Qué amante resistía tanta frigidéz e ingenuidad? Estuvo a punto de largarse a llorar, pero lo evitó para no agregar más desastres a su lista de horrores.

Julián regresó manipulando el celular, que sonaba como una caja musical.

—¿Quién te escribe con tanta desesperación? —bromeó.

En ese momento, Natalia recordó a su madre y dedujo que estarían llegando todos los mensajes de texto que se habrían acumulado mientras ella había tenido el teléfono apagado.

—No sé ni me importa —respondió casi con desesperación—. No quiero pensar en nadie.

Julián detuvo los dedos sobre la pantalla táctil del aparato y alzó la

mirada hacia Natalia. Se había quitado la camisa y respiraba con agitación.

—No existe nadie más que nosotros dos —respondió con voz seductora, y después se ocupó de poner el celular en silencio.

Se aproximó a Natalia y la obligó a echarse atrás con su cuerpo. Una vez que ella recostó la cabeza en la almohada, él dejó el teléfono contra el pie de la lámpara que estaba sobre la mesa de luz. Natalia miró hacia el aparato con el ceño fruncido. Se dio cuenta de lo que sucedía al instante: la estaba filmando.

—No puedo—sollozó—. ¡Qué horrible! ¡Así no puedo!

—Quiero que veas lo que yo veo —contestó Julián con serenidad. La miró a los ojos para tranquilizarla. Un instante después, cuando logró su cometido, se inclinó hacia ella y le besó el cuello, donde dejó un rastro de calidez—. Quiero que veas tu cara y después me digas si seguís pensando que es la de una tonta, o es la cara que yo soy capaz de provocarte —volvió a besarla, en esa oportunidad, detrás de la oreja. Natalia entreabrió las piernas y la boca inconscientemente, cerró los ojos y apretó los brazos de Julián, presa de la sensación que sus labios producían en su piel—. Yo no hago tonterías para que pongas cara de tonta, Natalia —le explicó él rozándole el pómulo con la nariz, y se aproximó a su oído para susurrar—. Yo te hago el amor.

No la dejó pensar. Estaba convencido de que ese sería el secreto para que su plan funcionase, y no solía rendirse con facilidad. Pasó una mano por toda la pierna de Natalia, desde el pie hasta alcanzar su ropa interior. Volvió a rozarle su zona íntima con los dedos, pero sin traspasar la tela; era lo suficientemente delgada como para que la caricia surtiera el mismo efecto.

Después le rodeó la cintura y la alzó en el aire para desprenderle el cierre del vestido con una sola mano. Como le resultó difícil y, de seguir así, le demandaría mucho más tiempo del necesario, la sentó y la besó en la boca mientras podía usar las dos manos para su propósito.

Todo sucedía tan rápido que Natalia apenas podía reaccionar. Enredó los dedos en el cabello de Julián y le brindó su boca, enceguecida por el deseo que él le provocaba. Ni siquiera se dio cuenta cuando estiró los brazos hacia arriba para que pudiera quitarle el vestido, solo fue consciente de que su piel se hallaba desnuda en el momento en que sintió las manos calientes

apretándole la cintura. Se movieron presurosas sobre sus costillas hasta rozarle los pechos sobre la tela del soutien.

Pronto Julián la recostó de nuevo sin dejar de besarla y se aferró a su prenda íntima inferior, jalándola hacia abajo. Natalia agitó las piernas, sentía el deseo latir en su pelvis y volvió a entreabrir los labios, como si así pudiera hallar su cura. Pero la sanación estaba en el hombre que terminaba de quitarle la ropa interior por las piernas y que volvía a establecerse sobre ella para besarle un brazo, y después el hombro.

Le aprisionó las manos a los costados del cuerpo y continuó dejando rastros de su cálida respiración sobre su piel mientras la besaba. Primero en el pecho, luego en el cuello, después en la barbilla.

Natalia giró la cabeza y le brindó los labios. No resistía más las cosquillas de deseo que él le provocaba, al punto que se había olvidado de todo cuanto la rodeaba. Se dio cuenta de que Julián ya se había colocado un preservativo solo porque la rozó en la intimidad y sintió el látex pugnando por entrar en ella. De lo contrario, no tenía tiempo de pensar en nada. Todo lo que podía hacer era sentir la calidez de la boca de Julián acariciándole el cuerpo y la promesa de que pronto llenaría su vacío.

Cuando percibió que la respiración de Julián se inmiscuía por entre la tela del soutien rumbo a sus pechos, echó la cabeza atrás. Frunció el ceño, agitada, como si estuviera sufriendo, y en realidad lo estaba. Sufría porque no aguantaba más la ansiedad de recibirlo dentro de ella y explotar en ese arcoíris que se parecía al sueño y a la muerte.

Liberó una mano y con ella se aferró a la espalda de Julián. Bajó la cabeza y abrió los ojos para verlo: él continuaba hurgando en el soutien con los labios. Ella se aferró a su cabello negro y arqueó la cadera hacia él. Sintió su miembro y lo buscó con el clítoris hasta hallarlo. Entonces volvió a cerrar los ojos.

Julián acabó apartando la tela con la mano hasta dejar al descubierto un pezón que rozó con la lengua. Natalia volvió a agitarse debajo de su cuerpo, jadeando. Se quejaba como alguien que está al borde del abismo, y así era. Lo supo porque sus mejillas estaban rojas y calientes; su rostro reflejaba la oscuridad del deseo y la luz del placer. Entonces se internó en ella despacio,

midiendo sus movimientos porque él mismo estaba a punto de perder el control.

Entró y salió de ella dos veces muy despacio. Se quedó afuera mientras le besaba una mejilla y volvió a entrar cuando le rozó los labios. Natalia gimió y le tomó una mano. Julián enredó los dedos con los de ella y le apretó los nudillos mientras su miembro volvía a abandonarla. La besó en la boca, las lenguas se encontraron, y al tiempo que jugaban, él volvió a invadirla.

No resistió mucho más. Como Natalia comenzó a gemir y agitarse convulsivamente, él hizo lo mismo, llevado por el ritmo que ella señalaba. Sus cuerpos chocaron infinitas veces hasta que, muy dentro de ambos, el placer alcanzó su punto máximo y se manifestó a través de algunas exclamaciones. Natalia terminó abrazada al cuello de Julián, enredando los dedos en su cabello mientras él volvía a besarla como si en ese beso le traspasara parte de su alma.

Después de un momento, Julián recogió el teléfono y cortó la filmación, volvió a dejarlo sobre la mesa de luz y estrechó a Natalia contra su costado. Ella no se había percatado de lo que él acababa de hacer.

Pasaron largo rato abrazados y en silencio. Tras esos extensos minutos, Julián le besó la cabeza y le apretó el hombro. Lo sintió muy frío y se preocupó por resolverlo.

—Nati —la llamó, pero ella no respondió. La soltó, se sostuvo sobre un codo y la miró—. Nati —repitió. Ella se quejó; apenas abrió los ojos irritados y volvió a cerrarlos.

En vistas de que el vino y el sexo habían tenido sobre Natalia un efecto devastador, Julián salió de la cama, entró al vestidor y regresó con una remera negra con el logo de Los Ramones, una banda de rock. Levantó el torso de Natalia con suavidad y, aunque le resultó difícil, logró quitarle el soutien, colocarle la remera y acomodársela. Volvió a recostarla despacio, arrastró el acolchado y las sábanas por debajo de su cuerpo, y la cubrió con ellos procurándole calor. Al terminar, se acostó a su lado de nuevo y la abrazó. Después de hacer todo eso, por fin apagó la luz.

Lo despertó una vibración. Abrió los ojos y descubrió que se había hecho de día, pero el sol aún se veía anaranjado. Debían ser alrededor de las ocho de

la mañana, y eso que vibraba era el celular de Natalia. Se estiró hasta la mesa de luz y lo recogió. «Mamá», leyó en la pantalla.

—Nati —intentó despertarla con voz suave, pero ella solo se removió, indicándole que deseaba dormir—. Nati, tu mamá te llama por teléfono.

—No es nada —replicó ella entre dormida—. Apágalo —Julián no se movió. Dudaba—. Apágalo —repitió ella, entonces él obedeció.

Después de apagar el teléfono, lo dejó sobre la mesa de luz y regresó a su posición. Aunque la calefacción central estaba encendida, hacía frío, entonces se preocupó por volver a cubrir hasta el cuello a Natalia. Ella sonrió con satisfacción al sentir el calor del acolchado y estiró una mano hasta alcanzar a Julián. Le rozó el vientre desnudo y continuó bajando hasta hallar los bóxer.

—Yo no haría eso si quiero seguir durmiendo, señorita atrevida —se burló él, y ella rió.

Julián estaba hipnotizado. Observaba el bello rostro de Natalia relajado y su sonrisa, tan fresca y natural, que le provocó emoción. La luz del sol se filtraba por los cortinados blancos y le otorgaba una tonalidad particular a su piel. Era hermosa; la mujer con la que mejor se había sentido en toda su vida.

No pudo resistirse a sus sentimientos y se inclinó hacia ella para besarla en la sien. Cuando eso sucedió, dos dedos de Natalia tamborilearon sobre el bóxer, justo donde se escondía el miembro de Julián, que iba despertando poco a poco.

Él se pegó más a ella y le besó una mejilla mientras le acariciaba el otro lado de la cara. Natalia apoyó una mano en su cadera y de ese modo le indicó que lo quería todavía más cerca. Julián la cubrió con su cuerpo y le besó el cuello, respirando detrás de su oreja.

—¿Cómo pasó la noche mi bella durmiente? —le susurró al oído, y Natalia sonrió.

—Con el príncipe se duerme mucho y bien —replicó, ansiosa por recibir más besos que Julián no le negó.

Comenzó en su cuello, donde ya se encontraba, y siguió bajando hasta encontrarse con la remera. Hasta ese momento, Natalia no se había dado cuenta de que llevaba puesta ropa de Julián. Le encantó.

—¿Cuándo pasó esto? —preguntó refiriéndose a la prenda.

—Cuando te emborrachaste —se burló él besándole una mejilla mientras le acariciaba las sienes con los pulgares.

—¡Yo no me emborracho! —rugió Natalia entre risas, y para vengarse por una acusación tan infame, enredó las piernas en la cadera de Julián para pegar su cuerpo al de él.

Se movió buscando la roca que escondía su ropa interior. Como ella no llevaba la suya puesta, tragó con fuerza al sentir que el miembro oculto le rozaba los pliegues vaginales, superponiendo unos con otros en su juego de seducción. Del mismo modo, un pulgar se asentó sobre sus labios y comenzó a moverlos de modo de replicar la caricia que se sucedía más abajo.

Natalia jadeó, inconsciente, y giró la cara para besar a Julián en la mejilla. Le gustaba sentir su barba a medio afeitado en sus labios, le provocaba dolor y placer, y la ayudaba a recordar que no estaba soñando. Aunque a veces le costara creerlo, Julián estaba ahí, haciendo realidad sus fantasías y regalándole muchas nuevas, y eso la hacía tan feliz que estuvo a punto de lagrimear.

Enredó los dedos en su cabello y volvió a besarlo con ansiedad y satisfacción mientras una mano de él recorría su costado en busca de su interior. Al sentir que él luchaba para llegar a ella, arqueó la espalda y lo ayudó. Quería que Julián le hiciera el amor, y ella quería hacerle el amor a él, por eso le tomó el rostro entre las manos y lo besó otra vez en el pómulo, casi temblando.

Los dedos de Julián alcanzaron el lugar deseado y se introdujeron en Natalia, provocándole espasmos de placer. Víctima de las sensaciones, ella llevó una mano hacia abajo y consiguió bajar el bóxer hasta liberar el objeto de su búsqueda. Lo rodeó con los dedos de una mano y lo llevó hacia su cavidad. Julián se agitó. Natalia estaba usando su pene para acariciarse su zona íntima, y de solo pensarlo ya perdía el control. Bajó la cabeza, y entonces registró la imagen que sería su perdición.

Ella no pensaba en nada más que en cuánto estaba gozando. Gemía y se movía buscando más, quería todo lo que Julián tuviera para dar, así como él ansiaba todo de ella. Los dos sabían que lo estaban obteniendo, y eso los llevó a un ritmo más frenético y abrasador.

Julián se irguió de golpe, dejando las piernas de Natalia entre las de él. Buscó un preservativo en el cajón y abrió el envoltorio con los dientes, pero no se lo colocó rápido. Cuando miró a Natalia, halló que ella había alzado la cabeza para observar el miembro que manipulaba. Lo estaba masturbando, y todo lo que él pudo hacer fue cerrar los ojos y dejarse llevar por esa sensación.

—Nati —murmuró instantes después—. No aguanto más...

Ella soltó su miembro enseguida y entonces él abrió los ojos. Pensaba colocarse el preservativo para penetrarla, pero no pudo hacerlo porque ella se había erguido para sacarse la remera. La dejó caer a un costado de la cama, volvió a recostarse muy rápido y se apoderó del miembro otra vez.

—Ahora me toca verte a mí —dijo con voz sensual, y siguió jugando con la resistencia del hombre hasta que él no pudo más.

—No puedo... controlarlo —jadeó Julián, y Natalia sonrió.

—No quiero que te controles —replicó.

Poco antes de que terminara la oración, Julián se inclinó hacia ella, apoyó una mano en la pared, y el líquido blanco y caliente se derramó sobre el vientre de Natalia, provocándole una excitación que jamás creyó alcanzar mediante una acción que nunca se le había ocurrido hacer.

Julián abrió los ojos y se encontró con el rostro de Natalia, que lo miraba tan agitada como él. Tenía la boca entreabierta, las mejillas y los labios rojos, y se veía tan hermosa que deseó llevarla al paraíso.

Se alejó de la pared y antes de perder su erección, la cubrió con el preservativo. Estiró el brazo y rodeó con él la cintura de Natalia para atraerla hacia sí. Ella se sentó en la cama y después se movió para hacerlo sobre la cadera de Julián. Fue dejándose invadir por él despacio, aferrada a sus hombros y viendo cómo sus cuerpos se unían con la cabeza gacha.

Julián jaló de su cabello y le echó la cabeza atrás para besarle el cuello. Natalia se agitó y, en el movimiento, sus pechos rozaron el torso masculino. El contacto le erizó los pezones, que se pusieron todavía más rígidos cuando él bajó la cabeza y se dedicó a lamerlos. Natalia se quejó de gozo y comenzó a moverse con más rapidez.

Los labios de Julián se trasladaron hacia su cuello de nuevo, y después a

su barbilla. Del mismo modo fugaz y profundo, se apoderó de su boca tierna y cálida hasta hacerla aferrarse a él como a una tabla en medio del mar. Allí estaba el volcán que era Natalia, ese que Julián había percibido ni bien la había visto en el bar, y él había provocado la erupción.

Ella gritó presa del orgasmo y después trató de recuperar el aliento besándolo por toda la cara.

—No me faltes —suplicó jadeante.

Julián volvió a sujetarla del cabello para mirarla a los ojos. En las pupilas de ambos ardía la llama del deseo.

Iba a hablar, pero no lo hizo. Le bastó atraerla de nuevo hacia su boca y besarla profundamente para responder. Sos tan importante para mí, pensaron los dos al mismo tiempo, y lo dijeron con el beso.

13

Después de besarse durante largo rato, Julián abrazó a Natalia y ella apoyó la mejilla en su hombro. El sol la encegueció, y por eso cerró los ojos. Un instante más tarde, él giró la cabeza y apoyó los labios en su pelo mientras le acariciaba las puntas con los dedos.

—¿Nos bañamos? —le preguntó antes de besarla en la coronilla. Natalia lo abrazó con más fuerza y aceptó la oferta con un ligero asentimiento.

Acabaron en el toilette principal, dentro de la bañera, donde ella se adormeció entre sus brazos. La tibieza del agua y las caricias que Julián le brindaba al pasarle la esponja por todo el cuerpo favorecieron la sensación de que se hallaba en un sueño hecho realidad.

Alzó la cabeza y una mano para acariciarle con el dorso una mejilla. Él la miró y sonrió mientras le apartaba con suavidad algunos mechones de pelo mojados que le invadían la frente. Pasaron otro rato de ese modo.

Cuando el agua perdió temperatura, salieron de la bañera, se secaron y ella se cubrió con la salida de baño de Julián. Se encaminó a la habitación, y se vistió con la remera de rock, un pulóver y un pantalón de jogging que Julián le dio. Todo le quedaba muy grande, pero servía para estar cómoda y pasar un rato más con él.

Desayunaron en el comedor, hablando de la clase de americano y de los años en los que Julián iba a discotecas donde se bailaba esa música. Natalia le

contó lo que se escuchaba en el dos mil, cuando ella había comenzado a ir a bailar, y terminaron comentando la música que se escuchaba por esos días.

Después, mientras él lavaba los utensilios del desayuno, ella juntó los platos y copas de la noche anterior, se los alcanzó y se sentó en la mesa de la cocina, con los pies sobre la silla. Adoraba observar a Julián, todo de él le parecía soñado, y ansiaba que el mundo desapareciera para que solo existieran ellos dos.

Se puso nerviosa de solo pensar que en poco tiempo tendría que regresar a su casa, escuchar los largos reclamos de su madre y mentir. Tragó con fuerza mientras Julián se quejaba del detergente, bajó la cabeza y se mordió el labio. Acababa de perderse parte de la conversación.

—Nati —oyó que la llamaba él, entonces lo miró y se fingió atenta—. ¿Estás bien? —ella asintió—. ¿Vamos a practicar estacionamiento bajo presión?

Con tal de pasar más tiempo a su lado, Natalia era capaz de aprender a pilotear un avión.

Tuvo que ponerse su ropa para salir a la calle, por eso dedujo que después de pasar un rato estacionando, como ya estaba vestida y en la calle, tendría que irse. Trató de ignorar ese conocimiento mientras duró la práctica, pero no pudo.

—Ahí—le señaló Julián un lugar vacío en una calle que normalmente tenía mucho tránsito, pero como era domingo, no circulaba tanta gente. La dificultad radicaba en el espacio entre coches estacionados, que era muy reducido.

—No puedo estacionar ahí —se quejó Natalia—. Voy a tocar uno de los dos autos.

—¿Y qué? —devolvió él—. No pasa nada —ella lo miró, incrédula.

—Ya sé que por tocarle un poco el paragolpes no pasa nada, pero ¿y si al dueño le molesta, sale y me dice de todo? Hay gente muy loca.

—Yo me ocupo —aseguró Julián—. Vos estacionalo.

Natalia suspiró y le dio el gusto solo porque vio venir un coche por la calle y no quiso soportar, además de la presión de la distancia entre autos, bocinazos.

Insultó cuando tocó al vehículo que estaba atrás, volvió a insultar cuando tocó al de adelante y finalmente, entre una y otra acción, acabó estacionando. Entonces suspiró y dejó caer los brazos.

—Esto es horrible —se quejó. Julián rió.

—Y ahora está por empeorar. Vamos yendo.

—¿Qué? —lo miró ella, confundida.

Julián señaló por sobre su hombro con la mirada y, al darse la vuelta, Natalia vio que de un edificio salía un sujeto gordo y gigante que sin dudas se aproximaba a defender su auto.

Puso la marcha atrás, tocó de nuevo el vehículo, fue hacia adelante, y como todavía no tenía suficiente espacio para salir, tuvo que tocar de nuevo al de atrás. Para cuando el hombre golpeó su luneta al grito de «¡Eh!», ella salió tan rápido que el automóvil que venía circulando tuvo que frenar de golpe.

Cuando se detuvo frente al edificio de Julián, le temblaban las manos. Él estalló en risas.

—¡Lo hiciste muy bien! —aprobó—. No me vas a decir que no estacionaste bajo presión.

Natalia giró la cintura y le pegó en el brazo.

—¡Me dijiste que te ibas a ocupar si salía el dueño de otro auto a decirme de todo! —reclamó.

—Y me ocupé —defendió Julián—. Te dije cuándo escapar.

Natalia se mordió el labio tratando de aguantar la risa, pero se le escapó y acabó a las carcajadas. Julián disfrutó tanto viéndola reír, que no lo resistió; le tomó el rostro entre las manos y la calló con un beso. Instantes después, abrió los ojos y la miró.

—¿A qué hora salís mañana de tu trabajo? —le preguntó.

—A la una menos diez —respondió ella, todavía feliz por la risa y por el beso.

—¿Te parece bien si nos encontramos en el lugar donde dejaste el auto el viernes para la segunda lección ?

—No sé —se asustó Natalia—. Tus lecciones son un poco traumáticas.

Julián rió, volvió a besarla y abrió la puerta para bajarse.

—Te veo mañana a la una y cuarto —anunció—. ¿Llegás?

—Llego —acabó asintiendo ella.

Julián bajó del auto y alzó una mano en gesto de saludo.

—Nos vemos —dijo antes de cerrar la puerta.

Natalia se fue viéndolo por el espejo retrovisor; no quería separarse de él. Retrasó la llegada a su casa tanto cuanto pudo, y al llegar encontró que Liliana no estaba allí. Por un momento temió que hubiera cometido alguna locura porque ella no respondía sus llamados, y encendió el celular. Suspiró viendo su cuarto mientras el teléfono se encendía; se sentía tan sola sin Julián, tan aburrida y vacía, que estuvo a punto de llorar. Los mensajes llovieron y en uno de ellos, su madre le avisaba que se había ido a un cumpleaños. Natalia lo agradeció en silencio.

Aprovechando que su madre no estaba y como extrañaba tanto a Julián, se acordó del video. El único modo que halló para sentirlo cerca fue revisar lo que había filmado.

Pasó el archivo a la computadora y lo accionó con el dedo sobre el botón del mouse para pausarlo enseguida. Creyó que no resistiría verse teniendo sexo por mucho tiempo, pero ni bien apareció la primera imagen, todavía en movimiento porque Julián no había asentado la cámara sobre la mesa de luz, su teoría se desvaneció por completo.

Allí estaba ella, sobre la cama, y la voz de Julián le decía: «No existe nadie más que nosotros dos». El deseo la atacó de solo escucharlo y verse en una cama, esperándolo. Podía sentir la misma pasión que experimentaba viéndolo acercársele. Tembló cuando su voz sollozó que no podía hacer el amor mientras era filmada. Volvió a temblar cuando la voz de Julián le respondió «quiero que veas lo que yo veo» y acabó de extasiarse por completo cuando oyó «yo te hago el amor». En la filmación no sonaba del todo claro, porque él lo había dicho jadeante y susurrándoselo al oído, pero ella lo recordaba tan bien que le parecía estar escuchándolo en ese preciso instante.

Los rostros se ocultaron del monitor cuando él la alzó para desprenderle el vestido, pero se avistaron durante el resto de la situación. Aunque lo había vivido, para Natalia todo parecía nuevo: las imágenes, los sonidos, las

expresiones. Lo vio extraer el preservativo de un cajón de la mesa de luz, acción que había perdido de vista durante la filmación, y volver a ella después de un momento. Todo sucedía tan rápido que incluso viéndolo y ya no experimentándolo, le daba poco tiempo para pensar.

De pronto, comenzó a sentir calor. Sus mejillas se sonrojaron y el dedo que yacía sobre el mouse se movió sigiloso hacia su rodilla, que descansaba debajo del escritorio. Subió por el muslo y se asentó sobre su pelvis, por sobre el pantalón del pijama y la ropa interior. El dedo siguió avanzando, buscó el borde de la tela y entró. Bajó un poco, y otro poco más, hasta acariciar el clítoris. Jadeó con el atrevimiento, pero no apartó la mano de su propio centro de placer ni la vista del monitor.

Allí, Julián hurgaba en su pecho con la boca en busca de un pezón. Ella se llevó la mano a la zona que él ansiaba hallar en el video y en cuanto vio que la lengua de Julián se lo había acariciado, ella hizo lo mismo con su dedo. Abrió la boca y cerró los ojos, presa de la satisfacción que estaba experimentando, pero volvió a abrirlos enseguida porque no quería perder detalle de las imágenes que se proyectaban en su mente.

Lo sintió entrar en ella tal como hacía en la película, porque justo en ese momento se introdujo un dedo. Se deslizó hasta quedar con las piernas estiradas y las nalgas en el borde de la silla, y así continuó moviéndose en busca de su propio dedo.

Se pasó la lengua por los labios pensando que Julián se los besaba, y entre jadeos, mientras en el video gritaba y se agitaba presa del orgasmo, también se agitó así en la silla.

Liberó la entrada de su cuerpo, pero no apartó la mano. Continuó estimulándose la zona porque todavía le duraba la sensación del clímax adentro. Era como si Julián todavía la estuviera besando, tal como hacía en el video. Poco después, un brazo se interpuso entre ellos y la cámara, hasta que todo quedó negro.

Tal como sucedió en la filmación, en el tiempo real también fue recobrando la respiración poco a poco. Los latidos de su corazón se aplacaron y así también la sensibilidad de cada zona erógena de su cuerpo. Todo lo que quedaba entonces era el sentimiento de completitud y adoración que sentía

por Julián.

Acababa de masturbarse, y no se había distraído de su objetivo ni por un momento; no habría tenido tiempo de hacerlo. Por otra parte, se sorprendió de sus propias emociones al verse reflejada en el monitor. Se había excitado viéndose y viendo al hombre que, tal como él le había dicho, lograba provocarla. Ya no juzgaba que su cara durante el sexo fuera la de una tonta. Sonrió pensando que no veía la hora de volver a tener motivos para poner esas caras.

Ese mismo día retomó su novela, a la que añadió capítulos ardientes y románticos, llenos de los sentimientos que Julián le provocaba, puestos en manos de Nadia y Fabián.

Liliana llegó tarde. Natalia no la esperaba temprano porque leyó en uno de los tantos mensajes de texto que su madre le había enviado, que iba al cumpleaños de una amiga, aunque no tenía muchas. Ni bien llegó, abrió la puerta de la habitación de su hija sin golpear, pero esa vez, Natalia no cerró el programa en el que estaba escribiendo. Giró el cuerpo sobre la silla y se cruzó de brazos para escuchar la cantilena.

—¿Por qué no respondías? —gritó Liliana—. ¡Me cansé de llamarte y de mandarte mensajes de texto!

—Te lo dije, me quedé sin batería —respondió Natalia, inmutable.

—¡Pero me tenías preocupada! ¿A lo de quién fuiste?

—A lo de una ex compañera de la secundaria.

—Pero me dijiste que no veías la hora de volver a tu casa y al final te pasaste la noche del sábado y casi todo el domingo en la casa de alguien —recriminó Liliana.

—La próxima vez que me llames sin parar, apago el teléfono.

—¿No entendés que tengo miedo de que te pase algo?

—Vas a tener que ir perdiendo el miedo, porque voy a pasar fuera de esta casa todas las noches que pueda.

Intentó volver a su escrito, pero su madre se lo impidió dándole vuelta la silla. Su mirada se había tornado seria y especulativa.

—Vos estás saliendo con alguien —aventuró. Natalia dejó escapar una risa nerviosa, pero la disimuló como una burla.

—¡Por favor! —exclamó—. ¿Con quién voy a salir? ¿Dónde lo voy a conocer, si me paso la vida encerrada acá con vos?

Liliana ignoró sus argumentos porque estaba convencida de su sospecha.

—¿Cuándo me lo vas a presentar? —interrogó.

—No salgo con nadie —defendió Natalia separando las palabras. Le latía el corazón tan fuerte que parecía a punto de abandonarla—. Y si saliera, no tendría por qué traerlo corriendo para que vos lo conozcas.

—¿Cómo vas a tener novio y tu familia no lo conoce? —trató de inculparla Liliana, y aunque por un instante Natalia creyó que su teoría era cierta, estaba dispuesta, por una vez en la vida, a desafiarla. Si se equivocaba, quería equivocarse por ella misma.

—¿Para qué querías que te lo presentara? —replicó con bronca, recordando el pasado—. ¿Para sonreírle y esperar a que se vaya para decirme todo lo malo que tiene? ¿Para llenarme la cabeza de cosas que ese candidato no me da y que lo deje? Lo hiciste durante ocho años, mientras salía con Gabriel, y terminé dejándolo. Por eso no te presentaría a nadie.

—¿Cómo te atreves a echarme la culpa de los errores que vos cometiste? —lloriqueó Liliana—. Vos lo dejaste y ahora sufrís porque lo extrañas, lo seguís queriendo, y te das cuenta de que Gabriel te quería, pero ya no podés recuperarlo. Te equivocaste al dejarlo y yo siempre te lo dije.

Pegaba donde más dolía. Pero para sorpresa de Natalia, ya no la hería, por eso sonrió.

—Me equivoqué al escucharte, sí —contestó—. Al reclamarle a Gabriel todo lo que vos me decías que no me daba, pero ya no me interesa. Lo único que me importa es no volver a cometer los errores del pasado, haber aprendido de ellos. Dejame tranquila.

Liliana giró sobre los talones y se retiró de la habitación sin cerrar la puerta. Natalia lo hizo por ella.

El lunes se vistió con la camisa que había comprado el viernes, el pulóver escote V celeste y un pantalón de su talle. Se puso botas nuevas y se maquilló con colores sutiles, pero visibles.

—¿Se festeja algo? —le preguntó la directora con disimulada ironía. Ella se limitó a sonreír con falsedad.

En un recreo, se habló de alumnos que requerían un empujón extra y se anunció que por eso serían citados sus padres.

—Natalia, te toca hablar con la madre de Facundo Martínez de segundo A, Brenda Aguirre de tercero A y Camila Aráoz Viera de cuarto B.

Tomó nota en su agenda y pensó qué iba a decir a cada madre cuando concurrieran a verla.

A la una menos diez, la directora le impidió la salida.

—¿Me podrás esperar un minutito que tengo que hablar con vos? —le preguntó, pero Natalia no podía esperar.

—Perdoname, pero me tengo que ir —contestó, y sin dar tiempo a que le insistieran o le hablaran a la fuerza, se dio la vuelta y caminó rumbo a la salida.

¡Se sentía tan satisfecha! Atractiva, adulta y capaz de hacer valer sus decisiones.

Como llegó al encuentro con Julián antes de tiempo, dejó el auto estacionado en el sitio acordado y caminó hasta la farmacia, donde compró pastillas anticonceptivas. Al regresar vio su automóvil negro estacionado detrás del de ella y lo encontró a él esperándola, respaldado en una pared y con las manos en los bolsillos. Se veía tan atractivo que no midió el contexto público en el que se encontraba y corrió a sus brazos. Se besaron con una sonrisa.

—Me alegra verte —le dijo Julián viéndola a los ojos. Natalia pensó que él no tenía idea de cuánto se alegraba ella, de lo feliz que se sentía desde que él estaba en su vida—. Esto es para vos —siguió diciendo mientras le entregaba un alfajor que había sacado del bolsillo. Esa vez era de chocolate blanco. Natalia sonrió agradecida, y subieron al auto.

Julián la hizo conducir hasta una calle con tránsito constante. Ni bien divisó un lugar para estacionar, le ordenó poner las balizas y que comenzara la maniobra.

Natalia procuró respirar con serenidad mientras trataba de encajar el coche, pero jadeaba de los nervios.

—Tranquila, parece que fueras a dar a luz —se burló Julián, y ella se echó a reír. Calló ante el primer bocinazo—. Es verdad, estás tardando

mucho, pero no los escuches —indicó Julián—. Seguí con lo tuyo. La base fundamental de la conducción es: «el otro nunca tiene la razón».

Natalia volvió a reír.

Julián le hizo repetir la maniobra en distintos lugares varias veces, hasta que se hicieron las dos de la tarde. Para entonces, ella había adquirido algo de práctica.

—Tengo que volver a la fábrica —se lamentó él, ya estacionados en el punto en el que se habían encontrado—. Pero te llamo en la semana y nos vemos el viernes o el sábado. ¿Te parece bien?

Natalia asintió. Antes de despedirse, buscó su bolso en el asiento trasero y lo abrió.

—Tengo dos cosas para vos —anunció—. La primera, el libro que te debía por la apuesta que perdí —dijo extrayendo la última historia de amor que había leído. Le entregó el ejemplar de tapa naranja y Julián lo estudió con interés.

—¡Gracias! —exclamó—. Me viene muy bien porque anoche terminé el último que me compré —comentó. Luego la miró y esperó. La notaba nerviosa, entonces siguió—. ¿Qué es lo segundo?

Natalia abrió la mano dentro del bolso. Estrujaba una caja.

—¿Te parece bien que empecemos a cuidarnos con esto? —preguntó. Al comprender de qué se trataba el asunto y ver las mejillas sonrojadas de Natalia, Julián sonrió.

—Me parece perfecto —asintió, y la besó antes de despedirse.

El viernes, lo primero que Julián vio al despertar fue un mensaje de texto de Sabrina.

«Me citaron en la escuela a las 9,30 para hablar de Camila. No puedo ir, te van a estar esperando».

Miró la hora. Eran las siete y media, y el mensaje había llegado siete y veinte. Se sentó en la cama, tomó el teléfono inalámbrico y marcó el número de su ex mujer. Cuando ella respondió, él contuvo un estallido de furia.

—¿Por qué siempre esperas a último momento para informarme todo? —preguntó—. Lo único que te pido es que me avises con tiempo, ¿Desde cuándo sabías que hoy teníamos una reunión en el colegio?

—En este momento estoy dejando a tus hijos en la puerta de la escuela, están llegando tarde porque tu hija se levanta a una sesión de peluquería con ese flequillo maldito que tiene. Un día se lo voy a cortar mientras duerme, y problema resuelto —respondió ella. Se oyeron quejas de Camila, que habló por atrás—. La directora te espera a las nueve y media. Sé puntual.

Cortó. ¡Sabrina le había cortado! Julián arrojó el teléfono sobre la almohada y procuró no pensar en lo injusto de la situación. Después recogió su celular y envió un mensaje a Cristian para avisarle que esa mañana no iría al bar.

—Natalia —oyó Natalia con un pie en el salón de sexto año B, y en ese preciso instante supo que venía una mala noticia.

Se dio la vuelta y miró a la directora, quería saber qué tenía para decir. La mujer terminó de subir la escalera y se le aproximó revisando unos papeles.

—Como hoy terminas de dar clase a las nueve y veinticinco, te cité las tres mamás para las nueve y media.

El rostro de Natalia, pálido por costumbre, se puso rojo de ira.

—Pero a las nueve y veinticinco me voy, y no me puedo quedar —argumentó.

—Es un ratito, las despachas en cinco minutos. Las puse en ese horario para no quitarte tiempo de clases.

¡Claro! ¡Y las horas extra que se las pague Dios! Además, lo de los cinco minutos era una mentira, las madres jamás se iban en tan poco tiempo. Hasta que ella encontraba los eufemismos para explicarles que la educación empezaba por casa, se pasaban al menos diez minutos. Después restaba escuchar las excusas de los padres, algunas coherentes, otras absolutos sinsentidos, y volver a encauzarlos en la tarea de ayudar entre todos para que Fulanito o Menganita mejorara sus calificaciones. Por último, proseguían las excusas de los padres, porque siempre querían tener la última palabra, y para ese entonces se habían pasado quince preciados minutos en los que Natalia maldecía en silencio a Piaget, Apple y también un poco a Freire.

—Sé concisa —siguió sugiriendo la directora, como si así le resolviera la vida—, deciles en qué están fallando los chicos, dales un par de pautas para que los ayuden a mejorar y listo.

¡Como si fuera tan fácil! ¡Así se arreglaba la educación por esos días! Con teorías y facilismos que lo que menos hacían era resolver algo. Natalia frunció el ceño, molesta, y se internó en el aula antes de que le hirviera la conciencia. Se despachó criticando la educación dando su clase de «Maestras argentinas», el texto de Fontanarrosa, y habló tan rápido y con tanta pasión que los futuros universitarios de sexto año B no pudieron anotar ni la mitad de lo que decía.

A las ocho y veinticinco cambió de salón. Para entonces, ya se había olvidado de las madres que debería recibir en una hora; lo recordó cuando sonó el timbre que anunciaba el primer recreo y ella, en lugar de huir a comprar ropa y a la peluquería, como tenía pensado hacer, tuvo que internarse en la dirección.

—Vamos a las oficinas de adelante, porque ahí vas a estar más tranquila —le explicó la directora mientras se encaminaba fuera del recinto. Natalia la siguió, aferrando la carpeta de calificaciones contra el pecho porque era la prueba fundamental de su alegato—. Por ahora solo llegó el papá de Camila de cuarto B, dice que la mamá no pudo venir y por eso vino él.

¡Solo eso le faltaba! Que las madres de los otros alumnos se hubieran atrasado y tener que hablar con un papá. Odiaba lidiar con padres porque nunca se sabía con qué iban a salir, y por eso le producían temor. Se le anudó el estómago de solo pensar que tendría que enfrentarse a uno en apenas un instante.

Siguió a la directora, cabizbaja, hasta que alcanzaron la recepción y vio un par de zapatos conocidos. Alzó la mirada de repente, como sacudida por un rayo.

—Señor Aráoz, le presento a Natalia Escalante, la profesora de Literatura de Camila.

Natalia palideció tanto de golpe, que Julián temió que se desmayara allí mismo. Estuvo a punto de sujetarla del brazo por las dudas, pero se contuvo porque no podía poner en evidencia que se conocían. Además, él también acababa de llevarse la sorpresa de su vida.

—Pueden pasar a la oficina de allá —señaló la directora, pero Natalia no podía quitar los ojos de Julián. No se movió. Oía la voz de la mujer como el

zumbido de un mosquito.

Al notar que Natalia se había quedado congelada de miedo y de impresión, fue Julián quien se movió. Tenía que hacerlo si deseaba protegerla de alguna manera. Caminó hacia donde la directora señalaba y entonces también lo hizo la profesora, otra vez cabizbaja.

Julián esperó a que Natalia se sentara en el escritorio para hacerlo él del otro lado. La directora les sonrió y cerró la puerta antes de abandonar la habitación. Recién entonces, Natalia pareció volver a respirar, pero lo hizo con agitación. Se llevó una mano a la frente, le temblaban las extremidades y los labios. Si bien Julián tampoco sabía qué hacer en la engorrosa situación, procuró razonar y actuar con frialdad por ella.

—Nati —le habló con voz serena, inclinándose hacia adelante para que Natalia percibiera su falsa seguridad y entonces también se sintiera segura—. Nati, tranquila, hablemos. Decime para qué me citaron.

Pero Natalia no podía reaccionar, todo lo que hacía era pensar en el terrible error que había cometido. ¡Se acostaba con el padre de una alumna! Él conocía su cuerpo lleno de defectos; la había visto frígida, caliente y puta; le había besado todo el cuerpo y hasta se había derramado sobre su vientre desnudo.

—Por Dios... —murmuró recordando el sexo, y se llevó la temblorosa mano a la boca para cubrirse los labios. Parecía a punto de echarse a llorar.

—Nati, no pasa nada —procuró serenarla Julián.

No tenía idea de cómo resistía todavía el deseo de tranquilizarla mediante el contacto físico. Estiraba el brazo hacia ella como si fuera a tocarla, pero se detenía en medio del trayecto porque podía entrar alguien y descubrirlos. No sabía qué hacer.

—¿Vos sabías de esto? —preguntó ella, ahogada.

—No —respondió Julián. No entendía cómo no se le había ocurrido preguntarle en qué colegio trabajaba—. Pero no pienses en nada ahora. Nati, mirame, por favor —pidió—. Mirame, hablemos. Hagamos esto del modo más profesional posible. ¿Estás de acuerdo?

Natalia se descubrió la boca y tragó con fuerza, buscando aire. Procuraba serenarse, y comenzó tratando de controlar su agitada respiración. Después

alzó la mirada, pero apenas se encontró con el rostro de Julián, ese que tanto le gustaba y que le provocaba las fantasías más audaces, volvió a bajarla. No podía sostenerla.

Tenía que hacer algo para dominarse, entonces llevó los dedos a la carpeta de calificaciones y buscó la hoja de cuarto año B. Le temblaban tanto las manos que le resultó muy difícil hallarla, pero finalmente lo hizo.

—Muy bien —aprobó Julián en un susurro—. Decime por qué estoy acá.

Natalia volvió a tragar con fuerza y habló con un hilo de voz.

—Este es el primer año que yo tengo como alumna a... a Camila —musitó—. P... pero su profesora del año pasado me comentó que siempre fue una alumna de siete, una de las que aprueba con la nota límite, pero que aprueba al fin.

—Sí, ya lo sé —asintió Julián tratando de entender todo lo que Natalia decía. Hablaba en tono muy bajo y sin mirarlo a los ojos, lo cual le dificultaba la comprensión.

—Comenzó con siete este año, pero hace un tiempo que no está rindiendo como lo hacía antes —siguió explicando Natalia con temor. ¿Cómo hablarle al hombre con el que se acostaba de su hija sin que se sintiera ofendido? Temía que Julián acabase odiándola, si no lo hacía ya. Movié las manos que todavía temblaban para enseñarle una prueba de lo que aseguraba—. Por ejemplo —dijo—, esta es su última evaluación, donde se le interrogó acerca del Poema del Cid —Julián recogió la hoja y la observó—. Se le preguntaba la época en la que fue compuesto el poema, y ella respondió que eso sucedió durante las vanguardias de los años '20, en el siglo XIX.

Julián dejó escapar una sonrisa de incredulidad. Cabizbajo y sonriente, a Natalia le pareció tan seductor, que volvió a estremecerse.

—Se hace evidente que lo escribió a propósito —trató de seguir hablando—. Le puse un dos solo porque escribió algo, pero... —él alzó la mirada y la interrumpió.

—Pero es un menos diez —acotó. Natalia suspiró. Por fin podía mirarlo a los ojos, pero todavía le temblaba la voz.

—Es un uno —replicó en susurros. Se produjo un instante de silencio.

—¿Puedo quedármela? —preguntó Julián refiriéndose a la evaluación.

—Sí, claro —aceptó ella.

—Perdón por esto —se disculpó él, mostrándole el papel—. Voy a hablar seriamente con ella para saber qué está pasando y resolverlo.

—Eso sería lo ideal —asintió Natalia cerrando la carpeta. No podía creer que la reunión, en estrictos términos profesionales, hubiera sido tan rápida y productiva. Ojalá todos los padres fueran como Julián.

—Contá con ello, y lamento que hayas perdido el tiempo leyendo esta acumulación de pavadas —volvió a hablar él señalando la prueba, y después se quedó mirando a Natalia.

Ella se había puesto un pantalón de jean azul oscuro y un pulóver negro que le marcaba las curvas. Llevaba anteojos sin marco y el cabello sujeto en una cola, pero aun con esa apariencia de profesora tímida y recatada, le pareció hermosa. No quería perderla, y presentía que en el interior de la mujer se ocultaba la distancia.

—Nati —volvió a nombrarla inclinándose hacia ella.

Con solo oír su sobrenombre en labios de Julián, Natalia volvió a sentir temor. Su mundo de fantasía se derrumbaba y ella estaba ahí para recibir todos los escombros. Bajó la mirada húmeda y respiró, agitada.

—No, por favor —suplicó él sin saber cómo volver a tranquilizarla—. ¿A qué hora salís del colegio?

—No sé... —replicó ella con voz trémula—. En media hora, tal vez.

—Te espero en mi casa —determinó Julián. Natalia negó con la cabeza, y él sintió tanto miedo de perderla que no pudo controlar sus impulsos y le tomó la mano. Temió que ella apartara la suya, pero, por el contrario, le apretó los nudillos. Estaba seguro de que su razón le dictaba que lo dejase, pero su cuerpo actuaba independiente de su conciencia—. Por favor, tenemos que hablar de esto. Decime que vas a venir a mi departamento —insistió.

Natalia alzó la mirada, dispuesta a decir que no, pero los ojos de Julián expresaban tantos sentimientos, que sintió deseos de besarlo y hacerle saber que ella no podía dejarlo. Calló por un momento, pero al instante su razón pudo más que el alma y replicó:

—No sé.

Se oyó la puerta. Natalia se echó hacia atrás como si acabaran de hallarla

teniendo sexo. Julián suspiró mientras se enderezaba en el asiento y apartaba la mano de donde había quedado suspendida.

—Ya llegó la mamá de Brenda —anunció la directora, y se les aproximó con una sonrisa y las manos unidas delante del vientre—. ¿Está todo en orden? —preguntó al notar el ambiente extraño que reinaba en la habitación.

Julián sonrió como el hombre más seguro del mundo, y con eso Natalia comprendió en qué radicaba su atractivo ineludible, esa energía que se desprendía de él y él ni siquiera se daba cuenta.

—No tanto —respondió—. La profesora acaba de mostrarme el desastre que hizo mi hija en una prueba, y me siento avergonzado en lugar de ella —bromeó. A la directora le cayó en gracia el chiste, porque también sonrió.

—Estamos seguros de que con la colaboración de papás y profesores va a salir adelante —aseguró la mujer. Julián asintió y se puso de pie. Natalia miraba el piso.

—Muchas gracias, señorita Escalante —dijo él—. Señora —se despidió de la directora con una leve inclinación de la cabeza, y salió de la oficina.

Se retiró de la escuela fingiéndose seguro y firme, pero su interior no era más que un desastre turbulento.

Me acuesto con la profesora de mi hija de quince años, veinte años menor que yo, pensó. Y lo peor es sentir que moriría si la pierdo.

Capítulo 14

Natalia soportó fingirse serena y segura para la madre de Brenda Aguirre y también los gritos de la de Facundo Martínez. Además de enojarse porque su hijo era el mejor chico del mundo y en la escuela le decían que tenía solo unos, la mujer terminó reclamándole que le hubiera puesto una marca en la libreta por no llevar la carpeta en tres oportunidades.

Salió de la escuela a las diez y cuarto, triste y agotada, Lejos de Julián, pensaba que todo había acabado; no tenía futuro con él, y en cuanto alguien se enterase de que era el padre de una alumna, acabaría perdiendo, además de la honra, el trabajo. ¿Qué iba a pensar la gente de esa relación? ¿Qué iban a decir? ¿Cómo iba a soportar ver a la hija de Julián a diario, si para seguir adelante con él había tenido que ignorarla? No hallaba respuesta para tantos interrogantes, y la inseguridad de no saber lo que iba a suceder al instante siguiente la acobardó.

No le gustaba pisar terreno incierto. Quería medir los pasos, conocer el futuro para estar precavida y evitar salir lastimada. Pensó en regresar a su casa y dejar de fingir que podía seguir en una relación como la que había iniciado con Julián. ¿A quién quería engañar? Desde el comienzo el vínculo con él había sido una fantasía, y así debió permanecer por siempre.

No sabía qué hacer. No podía ir al departamento, no podía volver a ver a quien la iba a terminar hiriendo. No soportaba compartir al hombre de sus sueños con sus hijos, y mucho menos con su ex mujer, por eso era mejor despedirse de él.

Tal como cuando había dejado a Gabriel, se convenció de que ella era joven, tenía toda la vida por delante y merecía algo mejor. No le encontró sentido a mantener una relación con un hombre veinte años mayor, cuyo amor tendría que compartir siempre con hijos que no le pertenecían, y que quizás hasta conservaba sentimientos por su ex mujer. Un tipo que de héroe romántico solo tenía el nombre, porque no era más que un ejemplar mundano y singular de hombre al que, como a la mayoría, le gustaba el fútbol, perdía el tiempo con juegos electrónicos, se reunía en un bar con amigos y la llevaba a una clase de baile. Ella siempre había buscado otra cosa, y era merecedora de ella.

Rebajando lo que tenía, creyó encontrar sanación. Entonces encendió el motor, colocó el estéreo, y en cuanto comenzó a sonar la música de Julián porque la había grabado para pensar en él todo el tiempo, puso la radio. Ya no quería recordarlo.

Hasta que el camino fue único para cualquiera de los destinos que eligiera, su casa o la de Julián, se mantuvo tranquila. Sin embargo, a cincuenta metros del paso a nivel que la llevaba al incierto centro de Quilmes y a cien de la calle que la conducía a las alas protectoras de su madre, se le revolvió el estómago.

Tragó con fuerza y apretó el volante. Sin darse cuenta se detuvo en la fila de coches que esperaban para cruzar la barrera, que en ese momento estaba baja. Truco de su inconsciente o del destino, estaba a punto de tomar el camino que la llevaba a Julián, y no tenía fuerzas para evitarlo.

Estacionó el auto en la cuadra de su edificio, delante del restaurante de pastas. Casi corrió a tocar el timbre, antes de arrepentirse de lo que hacía. Si se detenía a pensar, estaba segura de que acabaría huyendo. Escuchó el sonido de apertura enseguida y se apresuró a abrir la reja, luego la puerta vidriada y finalmente a entrar en el ascensor.

No hizo tiempo a tocar el timbre en el departamento que Julián ya le había abierto la puerta. Pretendió abrazarla, pero ella se lo impidió alzando las manos y dando un paso atrás.

—No. ¡No! —exclamó. Sí permitía que él se le acercara, sin dudas se le haría todavía más difícil dejarlo. Se había puesto a llorar y no se daba cuenta.

Tampoco notó que los ojos de Julián se teñían de sufrimiento.

—Por favor, no me hagas esto —suplicó él con voz ahogada; estaba seguro de que Natalia no tenía idea de cuánto le dolía no poder tocarla. Tampoco de cuánto crecía su temor al notar que ella retrocedía y que todo lo que habían avanzado desaparecía.

Dio un paso adelante e intentó llegar a ella de nuevo. Antes de que él pudiera alcanzarla, Natalia se cubrió la cara con las manos y estalló en llanto.

—No llores —le pidió Julián y, sin que le importase nada más que consolarla, la estrechó contra su pecho antes de que ella pudiera rechazarlo.

Natalia se ablandó entre sus brazos, porque hasta el momento su cuerpo había sido una piedra inmóvil. Le arrugó la camisa encerrándola en los puños y poco a poco, conforme iba mermando su llanto, fue alzando la cabeza hasta encontrarse con la mirada del hombre que, procurando mantenerse sereno, le acariciaba el pelo y le suplicaba en silencio que no llorase.

No podía dejarlo, cuando lo miraba a los ojos sentía que su alma cobraba vida. Alzó los brazos y le acarició la cara. Después se puso en puntas de pie y le rozó los labios con los suyos. Entonces Julián le cubrió la cabeza con una mano y la apretó contra su boca para besarla, y el juego de caricias se extendió por eternos segundos.

—¿Podemos sentarnos y hablar? —le preguntó él secándole las lágrimas con los pulgares. Natalia asintió en silencio.

Estuvo sentada sola, tratando de recobrar la respiración, durante cinco minutos. Después de ese tiempo, Julián regresó al living y le dio una taza de té con limón.

—Tomalo —le pidió. Natalia bebió dos sorbos. A pesar de que sabía muy bien, lo dejó sobre la mesita. Necesitaba explicarse.

—Sé que debes pensar que estoy loca por reaccionar de esta manera —comenzó cabizbaja.

—No pienso eso —la interrumpió Julián. Quería dejar claro que jamás la juzgaría por su reacción.

—Pero tenés que saber que no se trata solo del problema que puede causarnos que seas padre de una de mis alumnas —siguió exponiendo ella. Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas; le costaba decir lo demás—. El

problema es que venía resistiendo esta relación, o lo que sea que tenemos, en base a ignorar que tenés un pasado y que ese pasado te seguirá por siempre —hizo una pausa para secarse una lágrima—. Ignoré a tus hijos —confesó finalmente.

—Lo sé —asintió Julián.

—Sé que es mi culpa y que es un problema mío, pero soy celosa y estoy acostumbrada a ser el centro de atención de los que me quieren. Soy hija única —contó un poco más calma.

—Lo imaginaba —acotó él. Natalia lo miró con los ojos todavía húmedos.

—Ahora me enfrento con que no solo debo aceptar que tenés un pasado y un presente paralelo al nuestro, sino que además tengo que ver ese otro presente a diario en el colegio, y no sé si pueda resistirlo.

—Me dolería mucho que no pudieras —mientras él decía eso, Natalia se escurrió otra lágrima.

—Es que siento odio y angustia de saber que siempre vas a ser un hombre compartido.

—Eso no es cierto —discutió Julián.

—¡Sí que lo es! Tenés dos hijos y una ex mujer con la que vas a estar ligado toda la vida —defendió ella—. Supongamos que se nos ocurriera irnos a vivir al Congo. Sería imposible, porque estás atado afectivamente a tus hijos; jamás los dejarías, y está perfecto. Yo no pido que actúes de otra manera porque jamás podría ser el tipo de segunda mujer que exige al hombre que abandone a sus hijos para estar con ella porque... —se interrumpió un momento para tragar el dolor antes de seguir hablando—. Porque mi padre hizo eso conmigo, y me sentiría fatal de hacérselo a otro —acabó confesando.

Julián apretó los ojos y volvió a abrirlos enseguida, conmovido por lo que Natalia le decía.

—Lo siento mucho —se atrevió a murmurar. Le dolió el pecho al pronunciar esas palabras porque, de haber podido, le habría gustado llevarse el dolor de Natalia a su propio corazón y así liberar el de ella, tan oprimido, pero no había manera de hacerlo.

—Por favor, necesito que comprendas que mientras por un lado siento el odio de saber que de seguir adelante tendré que compartirme siempre, por el otro me siento fatal de ser tan mala y egoísta —siguió explicando ella.

—Claro que te entiendo —asintió Julián.

—¡No puedo desear que tu pasado no exista y a la vez sentirme terrible porque tengo ese deseo!

Julián inspiró profundo y, tras comprender que Natalia no seguiría hablando, comenzó a hacerlo él.

—Yo nunca voy a enterrar la parte de mi pasado que corresponde a mis hijos —le hizo saber—. Lamento decirte esto porque sé que te está doliendo mucho, pero yo jamás quiero mentirte. Quisiera tener una mejor respuesta para darte, una que te haga feliz, porque yo quiero darte felicidad, pero no la tengo. Sin embargo, quiero darte todo.

Natalia bajó la cabeza, a la vez con un sentimiento de odio y de culpa adentro. Julián se aproximó a ella y con suavidad le alzó el rostro tomándola de la barbilla.

—No quiero perderte —confesó con la mirada más honesta que Natalia jamás había visto—. Pero a pesar de eso, no puedo pedirte que te quedes conmigo, porque lo que yo puedo darte, no se compara con lo que merecés y podrían darte otros. Solo quiero que sepas que lo que pudiera ofrecerte, sería todo de mí mismo. Aunque frente a lo que pudieran darte los demás sería muy poco, para mí sería todo lo que tengo.

Natalia lo sabía; cada palabra de Julián llenaba su alma de algo inexplicable, mucho más fuerte que la razón. Fue invadida por una sensación de sueño realizado que anuló su pensamiento y la llevó a inclinarse hacia adelante y recostar la frente sobre su hombro. Quizás así pudiera descansar y abandonar su temor al futuro. ¿Qué importancia tenía, si lo único real era el presente, y en su presente era feliz con Julián?

Él bajó la cabeza y le rozó la mejilla con los labios mientras le acariciaba el cabello. Natalia giró para facilitarle la llegada, dejando el pómulo contrario sobre su hombro y la nariz pegada a su cuello. Le gustaba respirarlo y que él le besara la cara, como estaba haciendo, de forma tan suave y tan lenta que le provocó cosquillas en su parte más íntima.

Cerró los ojos para disfrutar de lo que experimentaba. En lo profundo de su corazón, sentía lo mismo que él, solo que no se atrevía a decirlo. Con suerte se permitía ilusionarse y desproteger sus heridas pensando que quizás pudiera resistirlo todo con tal de estar a su lado.

Los dedos de una mano de Julián se apoyaron sobre su mejilla. Partieron rumbo al cabello y se enredaron en las hebras castañas hasta que ya no pudieron avanzar. Así la cabeza cedió ante el suave estímulo y se echó atrás. Entonces los labios se encontraron y se acariciaron lentamente.

—¿Esto es un «lo voy a intentar»? —le preguntó él, susurrando las palabras sin dejar de besarla. Natalia abrió los ojos solo para mirarlo.

—Es un «lo voy a intentar con todas mis fuerzas» —respondió desde un lugar tan profundo de sí misma que su voz sonó intensa y urgente.

Julián sonrió sobre sus labios. Llevó la mano a su mejilla y volvió a besarla despacio. Natalia se acomodó en el sillón, apoyó el costado sobre el pecho de él y estiró las piernas hacia el otro lado. De ese modo, la mano libre de Julián tuvo acceso a su espalda y comenzó a recorrerla por sobre el pulóver negro. Natalia se abrazó a sus hombros, llevó los dedos a su nuca y siguió besándolo. Quería sentirlo internarse en ella aunque por el momento fuera solo con su lengua.

Una mano se apoyó en su cintura y con su cuerpo, Julián la obligó a darse vuelta. Natalia asentó la cabeza en el apoyabrazos y abrió las piernas. Julián se colocó entre ellas y, sin dejar de besarla, le rodeó el rostro y le apartó el cabello de las mejillas. Natalia llevó los dedos a la camisa masculina y desprendió los primeros botones. Mientras tanto, Julián se apartó de su boca y abrió los ojos para observar los de ella. Estaban pendientes de los ojales que iba liberando.

Él bajó la mirada y disfrutó viendo cómo los largos y delicados dedos de Natalia desprendían otro botón. No pudo resistir la tentación los atrapó con una mano para besarlos. Cada acción de Julián llevaba a cabo, cada intención que Natalia leía en sus ojos y que formaba parte de sus fantasías, la hacían desearlo más. Por eso le rodeó la cadera con una pierna y lo apretó contra su pelvis.

Una mano le rodeó un pecho por sobre la ropa y comenzó a estimularlo.

El pezón se puso rígido enseguida, producto de los roces de la tela contra la carne. Los dos comenzaron a respirar con agitación, pero aunque iban muy rápido, pausaron de común acuerdo el final.

Julián se deslizó hacia atrás y se arrodilló, todavía entre sus piernas. Le desprendió el pantalón y se lo quitó junto con las botas. Al instante se ocupó también de la ropa interior, que se alejó de Natalia hasta transformarse en una pequeña mancha azul en la inmensa alfombra blanca. Entonces él la miró, y le prometió tanto con su silencio, que ella no se atrevió a hablar.

Comenzó besándole la pantorrilla. Subió muy despacio hacia la parte interna de la rodilla, pasó por el muslo y acabó en la ingle. La sensación de los besos era cálida y sensual, y hacía estremecer a Natalia, que apretaba los dedos de los pies en busca de soportar la intensidad de los estímulos.

Una mano se coló entre su piel y la ropa que todavía tenía puesta. Le acarició los pechos y volvió a bajar hacia el vientre mientras los labios seguían recorriéndole la pierna. Subieron un poco más y le besaron el bajo vientre. Ella tragó con fuerza y apretó los ojos, incluso cuando Julián halló el borde del pulóver negro y se lo quitó junto con la camiseta.

Natalia se quedó con una musculosa que él no le sacó. Tan solo se aproximó a sus labios para besarlos de nuevo mientras le llevaba un brazo detrás de la cabeza. Una vez que la tuvo en la posición deseada, recorrió la parte interna de su brazo con los dedos, haciéndola estremecer. Su mano siguió bajando hasta bordearle un pecho y detenerse en las costillas. En ese momento, sus labios también se deslizaron y le rozaron una mejilla para quedarse en la orilla de su boca.

Mientras tanto, la mano volvió a ascender, y se detuvo otra vez en un pecho. Ella entreabrió los labios tratando de respirar, giró la cabeza hacia un costado y con ello Julián perdió la comisura de sus labios, entonces se dedicó a besarle el cuello. Natalia gimió y bajó el brazo libre en busca del pantalón de él. Lo halló con su ayuda, y para desprendérselo miró hacia abajo. Primero se ocupó del cinturón, cuya hebilla abrió con facilidad, luego del botón y finalmente del cierre, elementos que le dieron más trabajo.

Al alzar la mirada de nuevo, encontró que Julián la observaba con tanto deseo, que todo lo que ansió fue envolverlo pronto entre sus piernas. Él leyó

su mente, porque hizo eco de su anhelo. Se inclinó hacia ella y, mientras volvía a besarla, le rozó la cavidad con su pene.

La respiración de Natalia se agitó. Apretó la cadera de Julián con las rodillas y se movió contra la promesa de obtener todavía más de él. Volvió a cerrar los ojos cuando Julián abandonó su boca y le besó la mejilla. Ella giró la cabeza, y él no lo desperdició. Sus labios se deslizaron hacia el lóbulo de la oreja de Natalia mientras su mano, que había vuelto a detenerse sobre un pecho, subía hacia el cuello y la mejilla. Después, mientras continuaba besándole el pómulo, volvió a bajar.

Natalia volvió la cabeza hacia Julián y le rodeó la cara con las manos. Le resultaba a la vez increíble y maravilloso que el hombre perfecto se sintiera atraído por ella. Esa sensación de poder le transmitió seguridad, y la seguridad sirvió como liberación. Lo llevó hacia su boca e introdujo su lengua hasta hallar la de él. Dejó los pulgares tan cerca de sus labios que participaron en el beso y acabaron siendo los únicos ocupantes de la boca masculina cuando él la penetró y ella echó la cabeza atrás para dejar escapar un gemido.

Se aferró a sus hombros durante algunas embestidas. Deslizó las manos hacia el cuello de Julián en otras, y luego las devolvió al lugar del que habían partido. Volvió la cabeza hacia adelante y los labios se encontraron. Muy pronto se abrieron y dieron paso a las lenguas, que se buscaron. El aroma de sus respiraciones convertidas en una los embriagó a tal punto que jadearon al unísono; luego abrieron los ojos y se miraron. Natalia volvió a rodearle el rostro con las manos; el beso se había detenido.

—No puedo más —susurró agitada.

—¿Querés que pare? —sonrió él contra su boca. Lo excitaban las mejillas rojas de Natalia, su boca entreabierta y sus ojos húmedos de deseo.

—No, por favor. Quiero que sigas —replicó ella entre jadeos.

Natalia acababa de insinuar que el final estaba cerca, y para apresurar su llegada, Julián llevó una mano al borde de su musculosa y la jaló hacia arriba. Un pecho se hizo visible y él alcanzó el pezón deslizando un pulgar debajo del soutien.

Natalia gritó. Su cadera comenzó a moverse contra Julián tan rápido que

él estrujó el apoyabrazos del sillón para no acabar antes que ella. Apretó los labios cuando sintió que la vagina de Natalia se contraía, apretando su miembro y torturando su autocontrol. No quería cerrar los ojos, quería verla alcanzar el punto culminante del placer, ese instante en el que los latidos de su corazón se suspendían presos del orgasmo.

Ella comenzó a estremecerse un instante antes que él. A Julián le bastó oír el primer gemido de Natalia para liberar su energía contenida y adentrarse en lo inevitable. Se derramó dentro de ella, hundiendo la cara entre sus pechos, besando su piel sensible mientras ella le apretaba la cabeza con las manos para hundirlo más y más en su cuerpo.

Un instante después, cuando ya el furor del clímax se iba aplacando, alzó la cabeza y se apoderó de los labios femeninos, todavía entreabiertos. Natalia respondió al beso, enredando los dedos en su cabello negro y brindándole su boca, tan húmeda y sensible como lo estaba ese lugar donde aún se hallaban unidos. Él se movió dos veces más muy despacio, como acariciándola del mismo modo en que lo hacían sus labios. Sus lenguas jugaron otro rato, hasta que la profundidad del beso se trasladó a sus ojos cuando se miraron.

No puedo decirte cuánto me gusta tu cuerpo, pensó Natalia con los ojos expresivos. Lo que escribo sobre vos, el efecto que causas en mí. Espero lo sepas, espero hacértelo sentir.

Se sorprendió cuando Julián le sonrió, como si hubiera leído algo de lo que ella pensaba. Posiblemente no fuese más que una coincidencia, pero se sintió feliz al pensar que quizás con él, no tenía obligación de hablar. Sus pulgares le acariciaron las sienes, y ella cerró los ojos cuando él sopló sobre su frente para removerle algunos cabellos rebeldes. Al mirarlo de nuevo, halló que todavía sonreía, y en sus ojos se ocultaban tantos sentimientos, que ansió internarlos en su propio ser. Lo abrazó, lo besó en la mejilla y permaneció quieta y en silencio durante largo rato, hasta que su respiración se serenó y los latidos de su corazón fueron más pausados.

Julián no supo cuánto tiempo pasó, pero sintió que, poco a poco, los brazos de Natalia iban resbalándose de su cuello. Cuando volvió a mirarla, la halló con los ojos cerrados y la expresión más pura del mundo. Estaba adormecida. Sonrió pensando en los efectos que el sexo parecía tener siempre

sobre ella y se retiró hacia un costado. Le dejó la cabeza sobre uno de sus brazos y con el otro recogió el saco de su traje, que descansaba en el respaldo del sofá. Con él le cubrió las piernas desde la cadera hasta la rodilla, y, para que no sintiera frío, la abrazó contra su torso.

Permaneció un rato observándola. No podía creer que una mujer tan joven, bella e inteligente se entregara a él de esa manera, que confiara en que a pesar de todos los impedimentos podía hacerla feliz. Temió por lo que pudiera suceder si la relación se hacía pública, pero a la vez se preguntó si acaso tenía sentido dilatar el asunto y ocultarlo de los ojos de los otros. ¿Hasta cuándo? ¿Por qué motivo? Eran felices juntos y no dañaban a los demás siéndolo, ¿entonces por qué debían vivirlo como un pecado?

La besó en la cabeza y, para alejar el miedo a perderla, recogió el control remoto y encendió el televisor. Buscó un canal de deportes y se puso a mirar un partido de fútbol repetido mientras la estrechaba otra vez contra su torso y protegía sus brazos desnudos con el suyo. Enmudeció el canal para no despertarla y, durante el tiempo que permanecieron de ese modo, procuró no quejarse por las faltas de los jugadores ni opinar sobre las decisiones técnicas de los equipos que se disputaban el partido.

Sentía tanta paz, que volvió a perder conciencia del tiempo. Por momentos miraba a la mujer que dormía a su lado y pensaba que su paraíso no podía ser a la vez tan simple y tan complejo. Se sorprendió de hallarlo en algo tan cotidiano como mirar un partido de fútbol mientras cuidaba de esa persona con la que se sentía vivo. Cuando estaba con Natalia, todo parecía especial.

Recobró noción del contexto cuando sintió una vibración. Natalia se removió dormida, porque también percibió que algo interrumpía su sueño, pero Julián se apresuró a terminar con la molestia. Hurgó en el bolsillo del saco que le había colocado sobre las piernas y recuperó su teléfono celular.

—Melisa —dijo a modo de recibimiento.

—¿Estás bien? —le preguntó su secretaria al percibir que él susurraba—. Es mediodía, me preocupé porque no volvías.

Julián suspiró. No podía creer que el tiempo hubiera transcurrido tan rápido. No quería ir a la fábrica, y mucho menos para resolver los

interminables problemas que allí surgían.

—Hoy no voy a ir a la fábrica —anunció un instante después de haberlo pensado.

—¿Estás enfermo? —se preocupó Melisa.

—Estoy bien, Meli —se apresuró a serenarla él—, pero hoy no voy a ir. ¿Fue Fabrizio?

—Llegó a las diez y media, pero vino y ya se fue con sus órdenes de reparto —contestó Melisa, obediente.

—¿Está Claudia ahí todavía? —siguió preguntando Julián. Melisa asintió—. Decile que se ocupe de los trámites urgentes y que se vaya a casa. Suspende mis reuniones de hoy para el lunes.

—Solo tenías que ver a un proveedor a las tres de la tarde —le anunció—. Era importante por el tema de los aumentos.

Julián sabía cuán importante era ver al proveedor, y si bien agradecía a Melisa que cumpliera con su trabajo recordándole, decidió que esa tarde no iba a ir a la fábrica, y haría valer su derecho sobre esa decisión.

—No es una urgencia que no pueda esperar al lunes —dijo—. Por favor, llámalo y suspende nuestra cita.

—Tus deseos son órdenes —canturreó Melisa en broma, con su buen humor, fresco y joven de siempre.

—Gracias —replicó Julián, y se despidieron.

Capítulo 15

—Nati —llamó Julián a Natalia, susurrando sobre su sien. La hubiera dejado dormir, pero había pasado mediodía y quería que almorzara.

Ella se movió entre sus brazos, giró y dejó de darle la espalda para esconder el rostro contra su cuello. Todavía dormida, alzó una mano y la dejó sobre su mentón. Él sonrió viéndola; era tan hermosa, que le parecía mentira que fuera suya. Le dio un beso en la mejilla, y siguió dándole algunos más hasta que Natalia lo abrazó y le brindó los labios. Supo entonces que ya estaba despierta.

—¿Qué querés comer? —le preguntó en voz muy baja después de unos instantes.

—Julián a las caricias con salsa de besos —replicó Natalia con los ojos cerrados, pero un segundo después de pronunciar la última palabra, los abrió. Se había sonrojado—. Estaba dormida, dije una estupidez —trató de excusarse, pero para ese momento, Julián ya se estaba riendo y la apretaba más contra su pecho para abrazarla.

—Ese es el postre —le contestó él—. ¿Querés pastas del restaurante de enfrente, o pedimos una pizza? Otro día puedo hacerte una de las mías, que me salen riquísimas, pero ahora no tengo nada en la heladera. No pensaba estar acá a esta hora.

—¿Qué hora es? —se preocupó ella.

—La una y media —replicó Julián. Natalia se relajó al oír el horario, ya que no lo consideró fuente alguna de problemas, aunque estaba segura de que

su madre habría llamado varias veces al celular que, como había salido del colegio, estaba en modo vibrar.

Los dos se sentaron al mismo tiempo. Él se puso de pie en busca del teléfono, y ella, de su ropa. Se vistió muy rápido, mientras Julián hablaba con el local de comidas rápidas, y luego volvió al sofá para revisar su cartera en busca del celular. Halló un mensaje de su madre y dos llamadas perdidas. Solo le respondió el mensaje en el que ella le preguntaba si se había quedado en el colegio a cubrir horas de compañeros, diciéndole que no la esperase en toda la tarde, y que estaba bien. Poco después, el teléfono comenzó a vibrar. Liliana la estaba llamando, pero Natalia no quiso atender. Puso el dedo sobre el botón de apagado, cerró los ojos y lo presionó hasta que cumplió con su objetivo. Ya no se enteraría si volvían a llamarla.

—Al final pedí empanadas —le contó Julián sentándose a su lado—. ¿Estás bien? —le preguntó rozándole el antebrazo con un dedo. Natalia suspiró y lo miró con una sonrisa.

—¿Qué vamos a hacer? —interrogó. Había vuelto a pensar en la realidad a partir del llamado de su madre. No sabía por cuánto tiempo más podría ocultarle que se estaba viendo con un hombre.

Julián entendió su preocupación, porque también era la de él. Había pensado en ello desde que Natalia se había quedado dormida, y creía haber alcanzado una conclusión que dependía de la decisión que ella quisiera tomar.

—Lo estuve pensando y de verdad busqué el error en lo que estamos haciendo, pero no lo encuentro —dijo—. Nos conocimos, sentimos atracción el uno por el otro, y cuando estamos juntos, no sé lo que sentís vos, pero yo siento que no hay edad. No hay nada más que el bien que me hace que estés conmigo, y espero para vos tampoco haya nada más que el bien que puedo hacerte yo —Natalia lo escuchaba en silencio, solo se oía la profundidad de su respiración—. Entiendo que puede ser difícil de aceptar para mucha gente, y que el hecho de que seas la profesora de Camila empeora las cosas, pero no considero que pudiéramos hacerles algún mal real con nuestra relación.

Que Julián se refiriera a lo que tenían como una relación, provocó reacciones variadas en Natalia. Por un lado, la felicidad de sentirse querida;

por el otro, el miedo al futuro. Tragó con fuerza y bajó la mirada, pero siguió escuchando.

—Yo veo tres caminos posibles —explicó Julián ante el silencio de Natalia—. El primero es, si vos pensás que no resistirías todo lo que puede pasar, dejar de vernos —ante la insinuación, ella alzó los ojos de inmediato y se encontró con los de él. No quería perderlo, y Julián lo entendió sin que ella tuviera que hablar—. El segundo es mantener todo en secreto —continuó explicando—. El problema con esta opción es que no sé si tendría algún sentido ocultarnos. Tampoco me parece justo perdernos todo lo que podríamos hacer solo porque a los demás no les guste que nos llevemos veinte años —sonrió pensando en todas las personas a las que debería enfrentar—. ¿Hasta cuándo podríamos callarlo? ¿Por qué tendríamos que vivir como un pecado algo que no es más que felicidad? —hizo una pausa antes de continuar—. Por último, tenemos la opción más difícil, pero creo que a largo plazo sería la más adecuada: salir al mundo con naturalidad y con la certeza de que estamos haciendo lo correcto. ¿Qué importa lo que piensen o lo que digan a espaldas de nosotros? Si nosotros estamos seguros de lo que sentimos, nada de lo que hagan puede afectarnos. Eso sí, requiere que primero de verdad estemos seguros, y en segunda instancia, que estemos dispuestos a resistirlo todo. No sé cómo viene la situación de tu lado, pero del mío... —volvió a sonreír—. No esperan esto de mí, y sé que eso traerá consecuencias.

Natalia no quería pensar en cómo venía la situación de su lado, era terrible, quizás más que por parte de Julián. Su madre se la pasaba diciéndole que tenía que conseguir novio mientras le generaba culpas y temores para que jamás se fuera de su lado. Por eso estaba segura de que no solo iba a hacer lo imposible para que dejara de verse con Julián, sino que, además, iba a tratar de convencerla por todos los medios de que era viejo y poco merecedor de ella. Que fuera divorciado y que tuviera dos hijos serviría como arma para Liliana, y al utilizarlas le estaría pegando donde a ella más le dolía, como hacía siempre.

La lista seguía con las personas del colegio, sus ex compañeras de la secundaria y sus alumnos, sobre todo Camila, entre muchas otras personas

que en ese momento no recordaba.

—No tenés que responder ahora —agregó Julián, comprensivo—. Prefiero que esto siga siendo secreto antes que perderte, y sé que las opciones uno y tres pueden acabar en una despedida.

Natalia pestañeó largamente. ¡Le costaba tanto expresarse! Ansiaba decirle que ella tampoco quería perderlo, que se había comprometido a luchar con todas sus fuerzas por seguir a su lado, pero tenía tanto miedo... Se mordió el labio, cabizbaja.

—Podemos seguir así hasta la muerte, Nati —continuó él—, pero aunque la pasión del principio nos hace ignorar que existe el mundo, a la larga ansiamos tener amigos, salir a cenar con otras personas, compartir cumpleaños de nuestros familiares juntos... No sé, esas cosas simples que tiene la vida y que me parecería injusto no poder compartir con vos, como si no merecieras que te dé esa importancia en mi entorno. Quiero que sepan que sos la compañera que elijo para compartir mi vida.

Natalia alzó la mirada, cargada de un sentimiento peculiar que le inundaba el interior y se le escapaba por los ojos. Se parecía al que había manifestado las primeras veces que escribía párrafos inconexos admirando a Julián, pero ahora poseía algo más profundo.

—Quiero que lo intentemos —replicó con tanta seguridad, que ella misma se sorprendió. Sin dudas era su inconsciente el que dictaba las palabras a su boca—. No va a ser fácil, tenés que saber que mi madre hará lo imposible por separarnos y que tiene un poder sobre mí que hasta yo me horrorizo de solo pensarlo —soltó sin medir nada, solo por la ansiedad de liberarse.

Con esa confesión, Julián comprendió por qué Natalia le había pedido que apagara el teléfono cuando su madre la había llamado, y sintió miedo. No había modo de ayudarla a superar eso.

—Mi padre tampoco se va a callar la boca —comentó ella con una sonrisa irónica—. Él hizo lo que quiso, como engañar a mi madre con su segunda esposa, pero soy yo la que le debe explicaciones.

—¿Ves a tu padre? —interrogó él con el ceño fruncido. Según lo que Natalia le había dicho, el hombre la había ignorado durante mucho tiempo, y

no imaginó que se hubieran reencontrado.

—Nunca dejé de verlo —explicó ella—, solo que nunca fui una prioridad en su vida, ni siquiera estuve jamás a la altura de sus verdaderos intereses — se interrumpió para hacer una aclaración—. Son buenas personas, no pienses que no lo son.

—Sé que lo son, porque vos lo sos —asintió Julián—. Creo que la mayoría de los padres influyen en la personalidad de los niños para cuando sean adultos; de modo que, conociendo a sus hijos, los conoces un poco a ellos.

En ese instante, Natalia pensó que, al menos en el caso de Camila, la teoría se había cumplido. Ahora que sabía que era la hija de Julián, no podía creer no haberlos relacionado antes.

—No va a ser fácil, Julián —murmuró enseguida para dejar de pensar en Camila—. Sumado a mis propias limitaciones, agregaremos las que me impongan los demás, y aunque estoy segura de lo que siento, me resulta difícil diferenciar mis deseos de los ajenos. A veces me siento perdida, no sé si lo que quiero es lo que estoy haciendo, o si lo hago solo porque no tengo lo que en realidad quiero, que justamente coincide con lo que mi madre, mi padre y la gente del colegio me dice que quiero.

Estaba tan angustiada, que se agitó amontonando las palabras; sentía que los ojos le escocían y que podía echarse a llorar en cualquier momento. Julián se dio cuenta enseguida y, para calmarla, se acercó a ella y le tomó una mano, enredando los dedos con los de ella. Natalia no tardó en mirarlo de nuevo a los ojos, ahora tan cerca que podía respirarlo.

—¿Creés que es fácil saber lo que queremos, que sos la única que sufre de inseguridad ? —le sonrió él mientras le hablaba con calma—. No pienses que es fácil para los demás ser felices con sus elecciones, todos sacrificamos cosas para ganar otras, y después extrañamos lo que no tenemos —agregó.

Natalia había dejado de respirar con agitación para hacerlo con profundidad. Pestañeó varias veces mientras su mente procesaba las palabras y decidió casi al instante que Julián era lo mejor que le había pasado en la vida y que valía la pena luchar por él hasta las últimas consecuencias.

—Puedo contra los deseos ajenos —susurró. Julián le rodeó la cara con

las manos y le rozó los labios con los de él muy despacio—. Puedo contra todos —siguió ella antes de que él repitiera el silencioso beso.

—¿Entonces blanqueamos? —interrogó mirándola, sin soltarle la cara.

—Blanqueamos —aceptó Natalia, cada vez más segura. Pero la mirada de Julián había cambiado, en sus ojos se leía miedo y preocupación.

—Es importante que entiendas que a partir de este momento, lo más probable es que seamos dos contra el mundo —le avisó él—. Pero también es importante que recuerdes que jamás dejaremos de ser dos.

Natalia se sintió tan comprendida y acompañada, que manifestó sus sensaciones con otro beso. Duró poco, porque el timbre los interrumpió y él salió a recibir el almuerzo.

Cuando regresó, encontró que Natalia había puesto platos y servilletas de papel en la mesa del comedor. La halló en la cocina, buscando los vasos, y de ese modo le pareció que la confianza entre ellos crecía a pasos agigantados. Se quedó prendado de su estrecha cintura y de sus piernas largas hasta que ella se puso en puntas de pie para alcanzar los vasos que quería. Entonces él se aproximó, le rodeó la cintura con los brazos y la alzó en el aire. Sorprendida por la altura repentina, Natalia se echó a reír mientras se apoderaba de los vasos. Julián volvió a dejarla sobre el piso con suavidad una vez que ella ya los había recogido. Después la abrazó desde la espalda y le besó el cuello por entre su cabello.

—Esos hay que lavarlos —le avisó—, nunca los usamos.

Natalia abrió la canilla y enjuagó los cristales, aunque se le dificultó porque Julián seguía besándola a través del pelo. Después se lo apartó y siguió con las caricias de sus labios directamente sobre la piel. Natalia cerró los ojos, sentía que su respiración se agitaba a medida que aumentaba su deseo. Inclino la cabeza hacia un hombro para facilitarle la llegada a su cuello y se mordió el labio. Llevó una mano a la cabeza de Julián y lo apretó contra ella al tiempo que él la aprisionaba contra la mesada. Había pegado la entrepierna a sus nalgas y al moverse las acariciaba con su miembro, duro debajo del pantalón.

Le rodeó la cintura con ambas manos. Después se deslizaron y le tocaron las costillas. Subieron un poco más hasta atrapar los pechos y los apretaron

por encima del pulóver. Los pezones se irguieron con el roce de la tela y los dos comenzaron a jadear. Natalia se movió contra la entrepierna de Julián y le soltó la cabeza para llevar las manos a su trasero. Quería pegarlo más a ella.

Entonces él le levantó el pulóver hasta quitárselo junto con todo lo demás. Le desprendió el soutien y lo arrojó junto al horno. Natalia llevó las manos atrás y enredó los dedos en el cabello de Julián, que le lamía el lóbulo de la oreja. Gimió de excitación al sentir que él bajaba por su espalda, pasándole la lengua por la columna hasta el borde del pantalón. En ese momento llevó las manos adelante y le desprendió el botón y el cierre; luego deslizó la prenda por las piernas de Natalia hasta dejarla arrugada en el piso, junto con su ropa interior.

Se quitó su propia vestimenta muy rápido para volver a abrazarla por la cintura. Entonces Natalia sintió la piel de Julián contra su piel y gimió de deseo. Completamente desnuda, arqueó la columna y echó la cabeza atrás. Él le besó la frente y luego volvió a su cuello al tiempo que su miembro se ocultaba en medio de las nalgas femeninas buscando saciarse entre ellas.

Julián le atrapó los pezones con los dedos, produciendo en Natalia la necesidad de moverse más contra su pene. Un antebrazo de él cubrió un pecho y los dedos de esa mano siguieron estimulando un pezón mientras su otra mano descendía hasta aquel sitio recóndito que se escondía debajo de la orilla de la mesada. Finalmente alcanzó el clítoris y lo acarició. Natalia volvió a gemir, agitándose cada vez con más prisa, buscando satisfacer una necesidad que solo se llenaba con sexo.

—No aguanto más —se quejó ella y giró la cabeza enredando los dedos de nuevo en el cabello de Julián. Buscaba sus labios, y él se los brindó satisfecho.

Las bocas se unieron y las lenguas salieron al encuentro. Entonces él quitó la mano del clítoris y con ella ayudó a que su miembro pudiera entrar en Natalia, el lugar donde más deseaba estar.

Movida por el instinto, ella se inclinó sobre la mesada para que él pudiera profundizar la penetración. El pene terminó de invadirla, arrancándole una exclamación, y las manos continuaron estimulando una sus pezones; la otra, cada centímetro de su sexo.

—Más —pidió en un susurro—. Más... —repitió, y las embestidas se aceleraron al punto que el estómago se le enterraba en el borde de la mesada, pero ella no se daba cuenta. Era tanto el placer que sentía que nada más le importaba.

Acabó ella primero, apretando una nalga de Julián con una mano y, con la otra, una servilleta. Después terminó él de manera salvaje y casi temeraria; con tanta fuerza que ella volvió a gemir y tuvo otro orgasmo. Le pareció increíble; cuando se olvidaba por completo de los defectos que creía tener, las caras de tonta que creía poner y las culpas que debía sentir por lo que estaba haciendo, el sexo era inagotable y maravilloso, como una vida eterna.

Acabó con la cabeza entre los brazos, inclinada sobre la mesada y cubierta por los besos que Julián le daba en la espalda. Respiraba con agitación y sonreía como la mujer más feliz del universo.

—Sos hermosa, Nati —le susurró él contra la columna, también agitado, todavía dentro de ella—. Te quiero.

—Yo también te quiero —respondió Natalia sin pensarlo siquiera. Las palabras brotaron de su boca como de sus pulmones brotaba el aliento—. Te quiero mucho —dijo mientras en su mente gritaba un sonoro «te amo» que llenó su ser hasta inundarle los ojos de lágrimas. Él le besó un hombro.

—¿Te asusta si te digo que te amo? —le preguntó adueñándose de una lágrima que rodaba por la mejilla de Natalia sin que ella se diera cuenta. Él se la llevó a sus labios y disfrutó del sabor salado de la emoción y el afecto.

Natalia dejó escapar el aire de adentro. Le temblaban las piernas.

—Te amo —susurró con miedo y con regocijo—. Te amo... —repitió, llorando y riendo. Jamás se había sentido tan libre y a la vez tan esclava de un sentimiento.

Julián sonrió mientras volvía a besarle el hombro y la espalda. Después salió de su interior muy despacio y la rodeó con sus brazos. Ella todavía no se había enderezado, seguía inclinada sobre la mesada, sin saber cómo recuperar la energía que el sexo y la confesión le habían arrebatado.

—Te amo, Nati —le repitió él junto a la mejilla—. Pase lo que pase, nunca olvides que yo te amo —dijo, y se alejó para recoger la ropa.

Cuando terminó de ponerse los bóxer y giró hacia Natalia para devolverle

su ropa interior, encontró que ella lo observaba desnuda. Había apoyado las manos y la cadera en la orilla de mármol y permanecía muy quieta. Julián bajó la mirada de su rostro a su vientre, donde descubrió una marca hundida y roja que le había dejado el borde de la mesada.

—Te lastimé —murmuró. Natalia bajó la cabeza buscando lo que Julián veía, porque no le dolía nada, pero apenas divisó la línea, él la cubrió con un beso.

Sorprendida por el acto, Natalia se dejó llevar por sus sentimientos. Apoyó una mano en la cabeza de Julián y lo pegó más contra su vientre, convencida de que todo lo que le importaba era la caricia de sus labios. Si alguna vez se había preocupado pensando que jamás albergaría allí un hijo, ahora le importaba muy poco. Quizás nunca le había interesado del todo, en realidad. No le hacía falta la vida que su círculo social le exigía para sentirse plena y realizada.

Cerró los ojos para disfrutar de las ideas propias que aquel beso despertaba en ella, hasta que Julián se irguió y le dio un abrazo.

—Si no vamos a comer ahora, no lo haremos más —sugirió. Natalia estuvo de acuerdo; un instante más con sus besos, y habrían acabado haciendo el amor de nuevo.

Se vistieron y calentaron las empanadas, que ya se habían enfriado. Después se sentaron en el comedor y almorzaron mientras hablaban del trabajo y de sus familias. Rieron cuando Natalia le contó las ridículas exigencias de las autoridades de la escuela y se conmovieron cuando Julián le contó sobre su madre. Terminaban de almorzar cuando el timbre volvió a interrumpirlos.

—¿Pediste helado de postre? —preguntó Natalia en broma.

—La mejor heladería del mundo está en la esquina —respondió Julián.

—Y la mejor pasta enfrente —se burló ella recordando lo que él le había dicho.

—Yo elijo muy bien dónde vivir. Te dije que era un hombre privilegiado —le recordó Julián, y así la hizo reír—. No pedí helado —acabó respondiendo mientras se ponía de pie y se dirigía al portero eléctrico.

Un instante después, Natalia lo vio apretar el botón que abría la puerta de

calle. Presintió que algo sucedía, por eso se colocó la máscara de seriedad que siempre la recubría, como si a toda hora del día debiera ser una profesora de imagen intachable, y se enderezó en el asiento. Fue el signo más visible de que acababa de retroceder unos cuantos pasos en su naturalidad. Julián no quería que esos cambios sucedieran, pero comprendió que era inevitable.

—Es mi hermana y está subiendo —anunció—. ¿Creés que estás preparada para conocerla? —le preguntó a continuación.

Aunque lo primero que Natalia ansió hacer fue decir que no, pensó enseguida en la decisión que habían tomado hacía un momento y supo que no tenía sentido dilatar la presentación.

—Sí —soltó, pero se le anudó el estómago de solo pensar que en un momento más debería enfrentar la mirada reprobatoria de alguien. Julián le leyó la mente, por eso pretendió tranquilizarla.

—No te preocupes, es una buena persona con la que entrenarnos en esto —le aseguró—. Puede que se sorprenda, pero jamás diría algo fuera de lugar ni haría acotaciones innecesarias.

—Está bien —asintió Natalia, aunque no se hallara segura de nada.

Apenas Julián le sonrió, sonó el timbre del departamento. Mientras él se daba la vuelta y caminaba hasta la puerta, Natalia se acomodó el cabello con las manos, suspiró y se cruzó de piernas. Tragó con fuerza ni bien oyó una voz femenina que se adentraba en el cuarto.

—Melisa me avisó que no ibas a ir a trabajar hoy, y yo dije: «¿Qué le puede pasar al autoexigente y responsable de mi hermanito mayor para que no vaya a la fábrica? ¡Debe estar muerto y es tan responsable que su fantasma avisa la ausencia, o está muy enfermo!» —bromeó Claudia ya en la casa, sin mirar el comedor, que era visible desde la entrada—. Así que te traje el almuerzo y vine a cuidarte un rato mientras vos...

Calló de repente. Primero pensó que lo que veía era un engaño de sus sentidos, pero después se dio cuenta de que pensar eso era muy estúpido. Sobre la mesa del comedor había una caja vacía, migas, platos sucios, servilletas y vasos semivacíos. En una silla, halló a una joven castaña de piel blanca y atractivo indiscutible.

—P... pero... —balbuceó Claudia—. Ya comiste —lanzó para no

preguntar sobre la chica. ¡Por Dios! ¿Qué hacía su hermano con una mujer tan joven?

—Claudia, ella es Natalia—decidió hablar Julián—. Natalia, te presento a mi hermana Claudia, la cara detrás de las redes sociales de Tamailén —agregó con tono simpático, y aunque a Natalia le hizo gracia la broma, estaba tan nerviosa que no pudo reír.

—Mucho gusto —sonrió con timidez. Percibía que la hermana de Julián se había quedado helada ante su presencia, y todo lo que podía pensar era que la mujer estaba maquinando atrocidades respecto de ella.

—Qué tal —replicó Claudia, atónita y no molesta. Entregó la bolsa que cargaba a su hermano e inspiró profundo antes de volver a hablar—. Te dejo los ravioles que te traía. Me voy a casa, dejé a Juampi con la empleada —explicó antes de volver a mirar a Natalia—. Que tengan un buen día —dijo, y pretendió irse, pero Julián la retuvo tomándola del brazo.

—¿Querés quedarte un rato con nosotros? —ofreció—. Estábamos a punto de pedir un poco de helado.

—¿Helado? —frunció el ceño Claudia—. ¿Con este frío? —Julián sonrió, y ella volvió a suspirar antes de decidir—. No, mejor no —dijo—. ¿El lunes nos vemos en la fábrica? —preguntó.

—Por supuesto —asintió Julián, y la dejó ir.

Apenas Claudia cerró la puerta tras de sí, Natalia dejó escapar todo el aire que había contenido hasta ese momento. Se encorvó y se humedeció los labios como si acabara de alejarse del mismo diablo. Julián, en cambio, se echó a reír.

—¡Le quité veinte años de vida! —bromeó.

—No entiendo —acotó Natalia. Estaba demasiado acobardada como para comprender el chiste.

—¿No viste el susto que se llevó? —siguió riendo él mientras se aproximaba a ella. Percibiendo su estado de ánimo represivo, la rodeó con los brazos y la apretó contra su cadera. Ella respondió abrazándolo—. Quédate tranquila, ya la tenemos de nuestro lado —aseguró—. Solo está sorprendida, no esperaba verme con una mujer después de dos años de mi divorcio, y menos con una tan joven.

Natalia se despegó de él y alzó la cabeza para mirarlo.

—¿Hace dos años que estás divorciado? —preguntó. Julián asintió—. ¿Y no tuviste otra mujer después de tu esposa? —siguió interrogando ella. No podía creerlo: un hombre tan atractivo e inteligente no duraba tanto tiempo solo, excepto que amara a su ex todavía—. ¿Seguís enamorado de ella? —lanzó, llena de miedo, pero se arrepintió al instante—. Perdón —dijo escondiendo el rostro contra su vientre—. No tengo que preguntar esas cosas, yo...

Iba a seguir hablando, pero Julián la obligó a mirarlo tomándola de la barbilla. Quería que sus ojos se encontraran para que ella supiera que no le mentía.

—Quítate ya mismo la imagen que acabás de hacerte de mí, esa en la que me ves dos años tirado en una cama, llorando y pensando en Sabrina —pidió, enérgico—. Estuve ocupadísimo y lleno de problemas —contó al instante—, así que anda sustituyendo al amante herido y lloroso por un intento de empresario luchando por mantener a flote una fábrica donde la mitad de los empleados están al borde de la jubilación y donde las máquinas no sirven, pero su padre no quería cambiarlas. También podés imaginarte un padre tratando de evitar que su hija adolescente se dañe con cualquier peligro de los tantos a los que se expone, o educando a su hijo al mismo tiempo que tiene que lidiar con un hermano de treinta años al que mi nene de ocho le gana en responsabilidad y criterio. ¿Ya te hiciste la imagen que me corresponde, mi escritora favorita? Si querés puedo seguir contándote muchas cosas para que sigas imaginándome en estos dos años desde que me divorcié de Sabrina, pero me parece que con eso ya es suficiente; tu mente de escritora puede reponer el resto.

Sin buscarlo, Natalia acabó riendo.

Capítulo 16

Claudia no dejó de pensar en Julián durante todo el fin de semana. Evitó contarle a su marido lo que había visto porque, si la relación entre su hermano y la muchacha no perduraba, no quería que él quedara expuesto en vano, pero ya no sabía cómo soportar el miedo y la ansiedad sola. Algo no estaba bien con Julián, estaba segura, y tenía que averiguarlo.

El lunes por la mañana, se encontró con él en la fábrica, pero era tanto el trabajo que tenían por delante que apenas cruzaron unas pocas palabras referidas a mercadería en depósito y, como era costumbre, Fabrizio. Melisa tampoco dio lugar a que pudieran siquiera mirarse, porque estuvo casi todo el tiempo en la oficina, ayudando a su jefe con cuentas y llamados, y al mediodía, cuando salió a comer, Julián también recogió su saco del respaldo de la silla y se encaminó a la puerta.

—¿Vamos a almorzar juntos? —propuso Claudia apresurada, buscando tiempo a solas con su hermano.

—¿Hoy no tenés que ir a buscar a Juampi al colegio? —le preguntó Julián. Desconocía que Claudia había arreglado todo para estar con él.

—Lo retira la mamá de un amiguito porque va a su casa después de la escuela —explicó.

—¡Qué lástima! —se lamentó Julián—. Yo tengo que ir a buscar a Camila. Pienso llevarla a almorzar a casa. Tenemos mucho de qué hablar —explicó.

—¿Volvés a la tarde? —interrogó Claudia, tratando de no perder la

esperanza de hablar con él.

—Sí, claro —replicó Julián antes de saludarla y retirarse.

Una vez en la cuadra del colegio, buscó a Natalia con la mirada, pero no la vio desde la distancia. Ya en la puerta, Sabrina robó su atención. Ni bien percibió que era él quien se le acercaba, giró la cabeza de rizos castaños y entreabrió los labios, confundida.

—¡Julián! —exclamó—. No creo haberte pedido que vinieras a buscar a los chicos hoy.

—No me lo pediste —respondió él—. Te llamé todo el fin de semana para comentarte lo que me dijeron en la reunión del viernes, pero no respondías el teléfono fijo ni el celular.

Sabrina no dio explicaciones. Julián tampoco las esperaba, pero le hubiera gustado conversar con ella antes de tomar una decisión sobre Camila.

—A Camila le está yendo muy mal en el colegio —contó. Sabrina suspiró—. ¿Lo habías notado?

—Ya es grande, no puedo andar atrás de todas sus cosas, tiene que aprender a arreglarse sola —se excusó la mujer mirando hacia la reja. Habían comenzado a salir algunos niños.

Julián no estaba de acuerdo con la respuesta de su ex, pero procuró llegar a un acuerdo con ella.

—Quiero llevarla a almorzar conmigo y conversar con ella —anunció—. Vos podés irte con Tomi y yo me quedo con Camila. ¿Estás de acuerdo?

Sabrina se encogió de hombros. Le hubiera gustado contradecir a su ex marido, pero le convenía que él se quedara con su hija.

—¿Querés llevarte a los dos? —propuso. Julián entrecerró los ojos. No quería rechazar la oferta por Tomás, pero no podía hablar con Camila frente al niño.

—No, tengo que estar a solas con ella.

En ese momento, los gritos de su hijo interrumpieron la conversación. Abrazó a su padre ni bien lo vio. Camila, en cambio, venía detrás, y sus ojos se iluminaron cuando vio que sus padres estaban juntos. Pensó que quizás se habían reconciliado, como siempre había sabido que sucedería, y por primera vez en mucho tiempo, les sonrió.

—Tu padre vino para llevarte a comer con él —le anunció Sabrina enseguida.

—¿Vamos a ir a comer?! —se entusiasmó Tomás.

—No, vos venís a casa conmigo, tu papá quiere estar solo con tu hermana —siguió diciendo la madre, y Julián deseó asesinarla por dentro. ¿Cómo podía elegir tan mal las palabras para explicarle al niño por qué no iban a comer juntos? Además, iba a aterrorizar a Camila.

—Vamos los cuatro —propuso la hija. Tanto Sabrina como Julián la miraron.

—Eso es imposible—replicó la madre—. Vamos, Tomás —dijo tomando al niño de la mano.

Hasta que Camila accedió a irse con su padre, sin su madre y sin su hermano, pasaron unos cuantos minutos. En ese tiempo, Natalia salió de la escuela y los vio. Entonces, un nudo de celos y de tristeza le contrajo el estómago. Ahí estaba la madre de los hijos de Julián, a quien había visto al pasar en alguna oportunidad anterior, y el niño, idéntico a él. Parecían una familia perfecta, y allí ella no era más que una entrometida, por eso escondió la cara bajando la cabeza, cruzó la calle casi sin mirar y huyó por la vereda de enfrente, rogando que no la vieran.

En la hora de clase de cuarto año, no había hecho más que observar a Camila pensando en Julián. No tenía idea de cómo iba a resistir todo lo que su alumna representaba para su relación. Ni siquiera sabía cómo vencería la incomodidad de llamarla a dar lección o ponerle una nota en el cuaderno de comunicaciones si no hacía la tarea. Ver a la familia entera a la salida, empeoró la inseguridad que había experimentado a lo largo de la mañana.

Julián nunca se enteró de que Natalia había salido. Caminó con Camila hasta el auto, que había quedado a dos cuadras, subieron y la llevó a su departamento, donde pidió pastas al restaurante de enfrente.

—¿Me vas a decir por qué me trajiste acá? —interrogó Camila. Ya le había preguntado varias veces lo mismo, pero su padre le respondía que comiera.

Julián no sabía qué hacer primero, si hablar de lo del colegio o de la noticia que sin dudas sería escandalosa para su hija. Decidió comenzar por el

terreno en el que se sentía más seguro, que era el tema de la escuela. Se puso de pie, buscó una carpeta en un cajón y regresó a la mesa.

—El viernes asistí a una reunión en el colegio y me llevé una decepción muy grande —comenzó. Camila lo miraba con expresión fría; se había puesto a la defensiva, y Julián entendió por qué: sin dudas no quería admitir que había actuado mal. Abrió la carpeta y le mostró la evaluación—. Decime cuándo se compuso el Poema del Cid —pidió. Camila soltó una risita y se encogió de hombros.

—No tengo idea —respondió fingiendo que no le importaba.

—Yo no tengo la paciencia de tu profesora, no voy a perder el tiempo con burlas —determinó muy serio. Supo que Camila se había sorprendido por su postura inflexible, y que por eso su mirada cambió—. Vos sabés muy bien que escribiste pavadas, lo que quiero saber es por qué.

—No estudié.

—De eso ya me di cuenta —replicó Julián ante la concisa respuesta—. Te damos todo: no tenés problemas económicos, no tenés que cuidar hermanos, no tenés que hacer nada más que estudiar, así que no voy a admitir otro «no estudié» nunca más.

—No me gusta la materia —intentó excusarse Camila.

—Dame tu cuaderno de comunicaciones —ordenó Julián en respuesta.

Camila entrecerró los ojos, tratando de demostrar su rencor. Se moría por decirle que él no tenía derecho a darle órdenes porque no vivía con ella, como hacía siempre, pero presintiendo que en esa oportunidad saldría perdiendo, abrió la mochila y entregó el cuaderno.

Julián revisó las notas. Además de muchos comunicados que Sabrina no había firmado, no había más que bajas calificaciones en todas las materias a partir del mes de mayo.

—Es evidente que ninguna materia te gusta—ironizó—. ¿Sabes la cantidad de cosas que yo hago y no me gustan? Tener que hablar de esto con vos, por ejemplo, y tener que decirte que, de no haber un cambio en tu actitud, comenzaré a quitarte beneficios que tu madre y yo te estuvimos dando.

—¡¿Qué?! —gritó Camila, irguiéndose en la silla de golpe.

—Voy a dar de baja el plan de tu celular, reducir tus horas de Internet, las salidas los fines de semana... —pretendió hablar Julián, pero su hija lo interrumpió.

—¡Qué injusto! —exclamó—. Otras compañeras están embarazadas y sus padres no les dicen nada, y yo por una nota baja tengo que aguantar...

—Si no te callás, suspendo tu plan del celular ahora mismo —la interrumpió Julián en voz baja.

—¡Suspendelo! —gritó su hija, desafiante—. ¡No me importa, suspendelo! —al ver que su padre se ponía de pie y buscaba el teléfono inalámbrico, los ojos se le humedecieron—. ¡Vos no pensás en mí! —gritó.

Julián recogió el teléfono y volvió a la mesa. Presionó un botón y comenzó a marcar números, hasta que Camila volvió a hablar.

—¡Está bien! —acabó por decir—. Me callo —agregó—. ¡Me callo, como vos querés!

Julián entrecerró los ojos, pensando si cedería aunque su hija no admitiera que se callaba por ella misma y no porque él se lo ordenara, o seguir adelante con el llamado hasta que se callara con obediencia y no con rebeldía. Finalmente, le dio un voto de confianza y cortó, porque era mejor que se callase por cualquier razón antes que nada.

—Tenés un mes para mejorar tus calificaciones, no solo en Literatura, sino en todas las materias —determinó. Camila permaneció callada—. No te pido la nota más alta, te pido que apruebes y que aprendas. Yo mismo me voy a ocupar de verificar tus notas.

—¡Como a una nenita! —se le escapó reclamar a Camila.

—Mientras sigas actuando como una nena, serás tratada como tal —replicó su padre, y a ella la mirada volvió a llenársele de resentimiento—. ¡Odíame! —exclamó Julián al notarlo—. Cuanto más me odies ahora, más me vas a amar en el futuro —determinó, haciéndole notar que no le importaban sus expresiones de descontento—. Ahora quiero que me respondas la pregunta inicial: por qué dejaste de estudiar. Sin excusas, quiero la verdad; veo que tus notas bajaron drásticamente a partir de mayo, así que puedo averiguar con mucha facilidad qué lo provocó. Espero no tener que hacer eso, y que me lo cuentes vos, como corresponde.

Julián deducía una de las razones por las cuales su hija había dejado de estudiar, pero era la que Camila no sabría notar: los descuidos de Sabrina. Algo había sucedido y su ex mujer había cambiado, porque jamás había sido tan desaprensiva respecto de sus hijos. Aun así, estaba seguro de que tenía que haber algo más. Camila se lo confirmó bajando la cabeza.

—No tengo ganas de estudiar —argumentó—. Hay un chico...

Dejó la frase en suspenso. No hacía falta que la completara, a Julián se le cayó el mundo sobre los hombros solo con la mención de «un chico». ¡Por Dios, su hija tenía quince años! ¿Cuándo había pasado el tiempo? Suspiró tratando de relegar subjetividades y temores, y procuró ser objetivo.

—Un chico —repitió—. ¿Qué chico?

Camila alzó la mirada sin levantar la cabeza. Lucía horrorizada.

—No voy a hablar de mi chico con vos—determinó.

—¡Oh, sí! —replicó Julián—. Vamos a hablar del chico. ¿Cómo se llama?

—Lucas —respondió Camila, considerando que un nombre no la perjudicaba en nada. Por el contrario, amaba pronunciar esa combinación de letras que la hacía soñar.

—¿Cuántos años tiene? —siguió preguntando su padre.

—Diecisiete, es de un curso superior del colegio.

Julián entrecerró los ojos y enseguida recordó al chico lleno de piercings que le había mirado el trasero a su hija cuando salía de la escuela hacía unas semanas. Ese agujereado no podía ser el novio de su Camila, pero evitó vociferarlo como deseaba. Que tuviera diecisiete años no lo tranquilizaba, y aunque su instinto lo llevara a prohibir, no podía impedir a su hija que dejara de ser una niña. Suspiró para no reclamar al tiempo que hubiera huido tan rápido, y optó por hacer aquello que, de no haberse tratado de su hija, le hubiera parecido mejor: aconsejarla.

—Cami, yo sé que hay cosas que son...

—¡Ah, papá! —se quejó ella, creyendo que él le haría reclamos—. ¡No empieces!

—No sabés lo que voy a decir —defendió Julián, y continuó—. Sé que hay cosas que son inevitables, pero yo también tuve diecisiete años, y por

favor te pido que me creas cuando te digo que a esa edad, todos los hombres nos guiamos por un solo objetivo: el sexo.

—¡Ay, no! —gritó Camila. Sus mejillas se iban tiñendo de rojo—. ¡No voy a hablar de esto con vos!

—No te pido que hables, te pido que escuches —siguió él, más avergonzado que ella, aunque no lo demostrara—. Quiero que recuerdes algo: no importa lo que los chicos digan, si vos no te sentís segura y él no te espera, no te quiere de verdad, y no te merece.

—Papá, por favor... —suplicó Camila, todavía más sonrojada.

—Y si te sentís segura, si de verdad querés hacerlo, hay dos palabras que tenés que tener tan presentes como tu nombre: anticonceptivos y preservativo.

—¡No hagas esto! —rió Camila, avergonzada.

—¿Lo vas a recordar? —insistió Julián, tratando de ocultar una súplica—. Decime que lo vas a recordar.

Camila se puso seria de repente.

—¿No me vas a retar? —preguntó—. ¿No me vas a pedir que no siga viendo a Lucas?

—Lucas... —rumeó él—. Contame algo más de Lucas. ¿Es buen alumno? Camila se encogió de hombros.

—Es lindo y tiene una banda de rock —contó para desgracia de Julián. Él frunció el ceño pero enseguida borró esa expresión para que ella le siguiera contando cosas.

—¿Y es bueno en lo que hace? —preguntó, ya que la escuela no parecía ser importante para su hija, sino la música.

—¡Es buenísimo! —contó Camila—. Su banda hace covers, pero están pensando en crear sus propias canciones y en grabar un disco y dar recitales... ¡Va a dedicarse a la música!

Cada palabra de Camila aumentaba los latidos del corazón de Julián, que moría por saltar de la silla y ordenarle a los gritos que no viera a ese vago agujereado nunca más. No supo cómo, pero se contuvo de hacerlo. Últimamente estaba poniendo a prueba su autocontrol de manera impensada. Volvió a suspirar.

—Cami, yo sé que quizás este chico no sea el definitivo, pero también entiendo que ahora vos sí lo sientas así —explicó—. Comprenderás que para vivir de la música, tenés que sobresalir, y que tener talento no garantiza que sobresalgas; también tenés que tener habilidad. ¿Crees que él tiene la habilidad y que, si consiguiera sus objetivos, te seguiría respetando? Ese ambiente es complicado con las drogas y las relaciones sexuales. Con una mano en el corazón, decime si pensás que sabría meterse en los círculos de la música y destacar al punto de vivir de eso que le gusta, o si acabará como repositor en un supermercado chino. Es un trabajo noble, pero de verdad me gustaría que tu novio tuviera otras aspiraciones: una carrera universitaria, un negocio familiar llevado con ganas, un trabajo de oficina... Verás que no te pido un médico o un abogado, solo alguien responsable y con objetivos, algo difícil de encontrar por estos días.

Tras el largo discurso, Julián no esperó que la mirada de su hija delatara confianza y hasta agradecimiento, pero así fue. Eso le brindó la tranquilidad que tanto necesitaba.

—Es solamente un chico —se encogió de hombros Camila.

—Entonces, si es solo un chico para vos, con más razón debés negarte a tener relaciones con él si no te sentís segura —aprovechó a recordarle Julián—. Y si las tenés, cuidate. A los diecisiete años, es probable que un chico no esté pensando en cuidarte, entonces tenés que hacerlo vos. Siempre tenés que hacerlo vos.

—Lo voy a hacer —prometió ella, pero enseguida se retractó—. Quiero decir... que me voy a cuidar si lo hago alguna vez —aclaró con temor. Julián rió por el acto fallido de su hija.

—Está bien —asintió, todavía sonriente.

Supo entonces que ese no era el momento de contarle a Camila que salía con su profesora de Literatura. Estaba seguro de que su hija no tomaría a bien que saliera con alguien, y mucho menos con una persona tan cercana a ella, de modo que se vio obligado a callar. Hablar habría significado perder su confianza, y al ser adolescente, podía perjudicarse solo para rebelarse en su contra. Tendría que esperar.

Regresó a la fábrica después de dejar a Camila en su casa y, como se

había atrasado con ella, se le hicieron las ocho y media de la noche trabajando. Ya estaba oscuro y todos se habían ido, menos Claudia, que había esperado el momento oportuno para hablar con él.

—Anda tranquila, Clau —le dijo Julián—. Yo puedo terminar con esto.

—Vos siempre podés con todo, ¿no? —devolvió ella, con una sonrisa tierna.

Julián percibió el tono de voz de Claudia y alzó la mirada hacia ella, preguntándose qué estaría pensando. La observó tomar una silla por el respaldo y acomodarla junto al escritorio. Del mismo modo, se sentó a su lado y suspiró.

—Ya sé de qué me vas a hablar —soltó Julián ni bien descubrió todo lo que se escondía en la mirada de su hermana. Llevaba interpretándola desde que era una niña y pretendía esconder una travesura.

—Estoy muy preocupada, Juli —respondió ella con sinceridad. Él sonrió.

—¿Por qué? —interrogó, divertido. Su hermana hizo un gesto de desconfianza que Julián notó aunque solo los iluminara la lámpara del escritorio.

—Porque tengo miedo —replicó ella—. En estos dos años desde que te divorciaste, no supimos que tuvieras una pareja. De repente, no solo estás saliendo con alguien, sino que además... —se interrumpió. Tenía miedo de sonar hiriente o entrometida, y lo que menos deseaba era lastimar a su hermano.

—¿Además se la nota inteligente y hermosa? —completó él, sabiendo que su hermana se atragantaba con un «joven». Se produjo un instante de silencio antes de que Claudia se atreviera a contestar.

—Quizás buscaste a alguien como ella porque querés demostrar algo —arriesgó con cuidado. Julián frunció el ceño—. Tal vez todavía estás enamorado de Sabrina y pensás que saliendo con una chica como esa...

Claudia volvió a interrumpir su discurso cuando su hermano rió.

—Eso no es así —se apresuró a intervenir Julián, todavía sonriente—. Te lo juro, nada más lejos de eso.

—En ese caso, todavía tengo miedo —siguió expresando Claudia y se inclinó hacia adelante para continuar—. Es mucho más joven que vos, Juli, y

podría tener intereses que...

—¿Así de ingenuo luzco? —la interrumpió Julián, presintiendo lo que su hermana iba a decir—. Además, todavía no puedo creer que a una mujer como Natalia le interese estar conmigo.

—Me parece que no tenés conciencia de todo lo que una mujer puede apreciar en vos —replicó Claudia negando con la cabeza. No podía creer la baja autoestima que acababa de descubrir en su seguro y autosuficiente hermano.

—Me gusta Natalia —decidió aclarar él antes de que Claudia enlistara todas las cualidades que, según ella, poseía y que él jamás se iba a creer—. Me siento bien con ella, creo que nos entendemos, y cuando estamos juntos, créeme: no existe la edad. Y sé que ella siente lo mismo, estoy seguro —agregó recordando el modo en que Natalia se liberaba cuando estaba a su lado.

Claudia sonrió. Jamás había escuchado a Julián hablar de esa manera, ni siquiera cuando había conocido a Sabrina. Le tomó la mano y él se la apretó en respuesta.

—En ese caso, estoy muy contenta por vos —le dijo—. Te merecés ser feliz.

—Gracias —asintió Julián.

—Me gustaría invitarte a vos y a... Natalia, a cenar a casa —continuó ella. Julián la observaba con la misma serenidad de siempre.

—Es un hecho —aceptó.

Capítulo 17

El domingo, cuando Natalia había regresado a casa después de haber pasado el viernes y el sábado con Julián, Liliana ya no tuvo dudas de que su hija tenía novio. Y Natalia no se lo negó, por eso su madre había pasado el día entero preguntándole lo mismo, y ahora insistía.

—¿Es un compañero de trabajo? —preguntó en la puerta de su habitación.

—Ya te dije que no —respondió la hija.

Todavía estaba molesta por la escena familiar de Julián que había visto en la puerta del colegio, y no tenía ganas de soportar un interrogatorio. Buscaba en sus recuerdos indicios de que él seguía enamorado de su esposa, y le parecía encontrar miradas y sonrisas que se habían dedicado mutuamente. Eso le anudó el estómago.

—¿Por qué me tratas mal? —se enojó Liliana.

Natalia reconoció que acababa de contestar de mal modo a su madre, pero no se debía al interrogatorio, sino a los celos que no sabía controlar. Suspiró e intentó serenarse.

—No es un compañero de trabajo, ¿está bien? —replicó.

—¿Es un chico que conociste en tus salidas con Analía? —siguió preguntando Liliana—. ¿Cuándo me lo vas a presentar?

—No te lo voy a presentar —le hizo saber Natalia—. Por el momento, no.

—Pero Natalia, soy tu mamá, lo tengo que conocer. Todas las chicas le presentan el novio a su madre.

Natalia no quería escuchar más. Su válvula de escape fue recordar sus planes frustrados del viernes, y entonces decidió recuperarlos. Buscó ropa limpia mientras Liliana seguía haciendo preguntas que ella ya no escuchaba, y se internó en el baño. Se duchó, se vistió y salió de su casa antes de que los celos le ganaran la partida. Sus temores le indicaban que tenía que dejar a Julián, en cambio su pasión la impulsaba a luchar por él.

—Quiero un cambio —dijo frente al espejo de la peluquería. Ya no iría a la señora del barrio que le cortaba las puntas y la hacía sentir menos tonta porque tanto ella como la mujer estaban fuera de moda. Soportaría ser la que no sabía nada de peinados solo por atreverse a más—. ¿Pensás que un flequillo que pueda peinar hacia un costado me quedaría bien? —interrogó, insegura.

—Te quedaría fabuloso —replicó el coiffeur agitando una mano. Entonces se atrevió al cambio.

Cuando acabó con la sesión de peluquería, pasó por la depiladora.

—Pensá en algo lindo —le sugirió la mujer. Seguro se había dado cuenta de que ella estaba temblando y por eso le daba consejos.

Natalia cerró los ojos pensando en que pronto llegaría el primer tirón. ¿Cuánto iba a doler? ¿Por qué tenía que depilarse como una nena solo porque era «la onda»? ¡Machistas!, gritó su corazón, ¡Machista que me vas a hacer el mejor sexo oral de mi vida!, se le ocurrió después. Entonces sonrió.

Le dolió al punto de que los ojos se le humedecieron, pero era un dolor soportable que luego le traería el beneficio del placer. Había un libro que aseguraba que «lo mejor, solo se compra a precio de gran dolor». Era El pájaro canta hasta morir, una historia de amor prohibido entre una muchacha y un cura varios años mayor que de pronto deseó releer.

Pensó que gracias a su apariencia renovada había superado el recuerdo de Julián con su familia, pero ni bien se halló camino al auto, volvió a buscar indicios. Estaba segura de que la madre de Camila no dejaba de mirar a Julián mientras él le sonreía, porque tenía que haberle sonreído. Suspiró, desolada. Odiaba sentir que la carcomían los celos mientras su conciencia le dictaba que debía superarlos. No podía actuar como cuando tenía diecisiete años y se había enterado de que Gabriel era amigo de una ex novia.

Regresó a casa cerca de las nueve de la noche. Liliana la esperaba, dispuesta a cuestionarle por qué no le había dicho a dónde se dirigía ni a qué hora pensaba volver, pero ni bien Natalia entró el auto al garaje, el teléfono de la casa comenzó a sonar, cancelando su plan. Liliana atendió y enseguida se puso a conversar.

Entre tanto, Natalia se miró al espejo, espió la nueva fisonomía de su intimidad y se puso el pijama. La perspectiva de que a Julián le gustara el cambio la llevó a sonreír, y por un instante la hizo sentir reconfortada, como si nada más que ellos dos importara. Encendió la computadora pensando en escribir parte de su novela, y justo cuando tecleaba la contraseña de apertura del archivo, sonó su celular.

Era Julián; pero en cuanto vio su número en la pantalla, sus celos, en lugar de desaparecer por completo, resurgieron con más fuerza que nunca. Observó el número, inmóvil. Tragó con fuerza, pero el nudo se trasladó de su garganta a su estómago. Y lo dejó sonar.

Resultaba increíble la claridad con la que podía leer su propia conciencia: esperaba que Julián le demostrase cuánto le importaba ella con algo tan tonto como volver a llamar. ¿Qué haría entonces, atender o volver a ignorarlo y repetir la acción hasta el cansancio? Lo peor era saber que haría todo eso para sentirse defraudada cuando él dejara de insistir. Inconscientemente, era lo que esperaba: convencerse de que Julián no era bueno para ella y boicotear la relación.

Esperó dos, tres minutos, con el teléfono sobre la palma de la mano, pero no volvió a sonar. ¡Qué poco insistía Julián cuando se trataba de ella! Estaba segura de que había insistido a su esposa una y otra vez para que fuera su novia cuando eran dos niños o que le había suplicado seguir adelante con el matrimonio cuando estaban al borde del divorcio. Pero claro, a ella ni siquiera la volvía a llamar.

Con los ojos empañados, dejó el aparato sobre el escritorio y se sentó a escribir una escena en la que Nadia no podía controlar los celos por la ex de Fabián.

«Sé que es solo mi imaginación, pero lo veo sonreír a su ex mujer. Lo veo tantas veces en mi fantasía que, como él, se va transformando en realidad, y

todo se confunde. ¿Lo vi o lo inventé? ¿Es mentira o es verdad?

Entonces me pregunto cómo le haría el amor. ¿Acaso la trataba con tanta ternura como a mí? ¿La besaba, la acariciaba, le decía que la amaba mientras la penetraba, como a mí? ¿Acaso la miraba con la misma admiración y sus dedos se escurrían por su cabello como lo hacen por el mío?

¿Acaso todavía la ama?

Sé que es solo mi imaginación, pero lo veo llorar. Lloro por ella mientras me besa a mí. O peor, mientras piensa en ella, ríe de mí.

No lo puedo controlar. Lo amo tanto que saber que fue de otra —o que su corazón, quizás, siempre será de otra—, me impulsa a dejarlo. Quizás lo haga, porque no puedo soportarlo. Quizás elija volver a mi fantasía donde él me ama, y ríe conmigo, o llora conmigo, pero jamás lloraría por mí».

Se detuvo. Releyó la última oración y le pareció contradictoria, porque en realidad deseaba que Julián llorase por ella y por nadie más, pero no la retocó. Si era un acto fallido, que viviera en la ficción; de todos modos, no iba a mostrar ese texto vergonzoso a nadie.

La escritura le sirvió como liberación, porque se sintió mejor. Su alma ya no se estremecía de impotencia, y su conciencia estaba más tranquila. En ese momento, el celular volvió a sonar, y como escuchaba que su madre seguía hablando a los gritos por el teléfono de la cocina, se atrevió a responder desde su cuarto.

—¡Hola! —exclamó Julián, y a ella se le paralizó el corazón—. No sabés cuánto te extraño. ¿Cómo estás?

¿Acaso la trataba con tanto cariño en su voz, como a mí?, pensó Natalia en un microsegundo. «¿La besaba, la acariciaba, le decía que la amaba mientras la penetraba, como a mí?», recordó haber escrito.

—Bien —mintió de mal talante. Julián permaneció un momento en silencio antes de continuar.

—¿Está todo en orden? —preguntó, pero en realidad ya conocía la respuesta—. ¿Querés que hablemos de algo? —continuó, tratando de fingir que nada había ocurrido, aunque por dentro supiera que pasaba todo.

—Te vi —soltó Natalia entre dientes—. Te vi con Camila y con tu...

Julián apretó los ojos, pero Natalia jamás lo sabría.

—Cuánto lo lamento —intervino él—. De verdad no te vi, pero aunque lo hubiera hecho, no habría podido saludarte. Todavía no le conté a Camila lo nuestro y no quiero que sea un shock para ella. Perdoname, Nati, te prometo que esto no seguirá así por mucho tiempo —esperó, pero a cambio solo recibió silencio—. ¿Estás ahí?

Natalia trataba de escucharlo, pero su madre acababa de cortar el teléfono y estaba segura de que se aproximaría a su habitación en cualquier momento.

—Me tengo que ir —dijo apresurada.

—No, por favor —pidió él—. Trabajé hasta hace media hora, pero te extraño tanto que no aguanto las ganas de verte. ¿Te puedo pasar a buscar?

—¡No! —exclamó Natalia, pensando en su madre. Acababa de hablar en un tono demasiado alto, por eso se ocupó de susurrar después—. Es tarde, mañana me levanto a las seis y media.

—¿Entonces por qué no venís a dormir conmigo? —insistió él. Necesitaba verla en persona porque de ese modo se sentía más seguro. Dominaba mucho mejor el contacto cara a cara que los medios virtuales de comunicación—. Te prometo que te voy a preparar el desayuno.

—¿Te vas a levantar a las seis de la mañana por mí? —ironizó Natalia, pensando en que él habría hecho todo por su ex, en cambio por ella no había mucho que estuviera dispuesto a hacer.

—Pasaría la noche en vela por vos —aseguró él, sin percatarse de la ironía de ella—. Ya habrá tiempo de demostrártelo.

Julián no pensó que Natalia podía estar celosa. Solo lamentaba haber sido descortés al ignorarla involuntariamente, al tiempo que lo perturbaba la culpa de saber que, aun de haberla visto, habría tenido que evitarla. Según sus conclusiones, ella tenía todo el derecho del mundo a sentirse defraudada por su actitud, y quería remediarlo.

Por favor, pensó, no te quedes en el teléfono que eso me limita para recompensarte. Vení a verme... vení a verme.

Por su silenciosa súplica o por casualidad, Natalia acabó aceptando la invitación a toda prisa cuando su madre intentó abrir la puerta de su cuarto. Por suerte la había trabado con la silla.

—Abrime —ordenó Liliana, y Natalia se apresuró a cortar el llamado.

Se puso de pie, recogió sus cosas tan rápido como pudo y salió al encuentro de su madre recién cuando estuvo vestida y ya llevaba entre los brazos sus libros para el colegio al otro día.

—¿Qué hacés? —le preguntó Liliana.

—Me voy a dormir a lo de Julián —respondió Natalia con naturalidad.

—¿Julián? —interrogó su madre—. ¿Así se llama el chico? —no obtuvo respuesta, entonces arremetió—. ¡Natalia! ¿Hace cuánto que están saliendo? No hace tres meses y ya te quedás a dormir en su casa. ¿Qué van a decir sus padres?

—¿Y vos cómo sabés que no hace tres meses que salimos? —devolvió Natalia encaminándose al garaje.

—Porque hace tres meses no actuabas de esta manera, por eso. ¡Ahora hasta te cambiaste el corte de pelo! No me gusta, ese flequillo largo te tapa medio ojo —replicó Liliana, siguiéndola—. Estoy en completo desacuerdo con esto, no quiero que esa familia piense que mi hija es una cualquiera que se queda a dormir en la casa del novio un lunes. ¡Hoy es lunes, Natalia! ¡Mañana tenés que ir a trabajar!

Natalia dejó sus cosas en el asiento del acompañante y giró sobre los talones en dirección a su madre. Apoyó el codo en la puerta del auto y de pronto, estalló en risas.

—«Sus padres» —se burló mientras reía, recordando una de las primeras objeciones que Liliana había hecho sobre su partida—. ¡«Sus padres»! —siguió riendo. Su madre la estudiaba como si se tratara de una loca.

—Yo no te voy a abrir el portón —se vengó con voz lastimosa. Natalia se encogió de hombros.

—Lo abro yo —anunció, y cumplió con lo que prometía.

—Claro, si llega un ladrón y me apunta con un revólver, vos te vas, total no te importa de tu madre, que me maten —se quejó Liliana mientras su hija seguía con su tarea.

Por cualquier razón que se cruzara por su conciencia en ese momento, Liliana acabó cerrando el portón en lugar de su hija cuando sacó el auto, para que no tuviera que bajarse a hacerlo ella.

Natalia condujo hasta estacionar frente al edificio de Julián; luego bajó

del auto y caminó hasta la puerta. No vio que él la esperaba detrás de la reja abierta hasta que alzó la cabeza en la vereda. Entró y cerró la verja a su espalda. En ese momento, una maratón de sensaciones contradictorias la abrumó: por un lado, la felicidad de volver a verlo; por el otro, los celos que resucitaban con cada respiración. Lo vio abrir los brazos en gesto de que la esperaba para recibirla, y se acordó de su novela.

¿Será que también era tan demostrativo con su ex?, pensó.

Al notar que la mirada de Natalia se volvía impenetrable, Julián no esperó a que ella se le acercara. Avanzó los pasos que los separaban, la estrechó contra su pecho y le besó el pelo mientras la mecía entre sus brazos.

¿La acariciaría y la besaría de esta manera?

—Te extrañé mucho —escuchó que él le decía—. Casi empiezo a pensar que no puedo vivir sin vos.

¿La amaré todavía?

Julián temió por el silencio de Natalia. Pensaba que se había comportado mal con ella, y aunque lo que más lo atormentaba era perderla, a eso debía sumarle la culpa que experimentaba por anteponer sus sentimientos a los que debió haber transitado ella. La había lastimado, y era tan egoísta de solo pensar en su necesidad de retenerla.

Como Natalia todavía no hablaba, apoyó ambas manos en sus mejillas y la obligó a mirarlo. Dejó su frente contra la de ella y la observó atentamente.

—¿No te olvidaste de lo que te dije, cierto? —le preguntó—. Sé que voy a cometer miles de errores, porque soy un tonto, pero te amo.

La mente de Natalia se quedó en blanco. Ya no pensó en los hijos de Julián, o en su ex mujer, solo en que, cuando él le hablaba, ella se sentía especial. Bastaba una mirada para que volviera a entrar en una fantasía, y jamás quería salir de ahí.

No respondió con palabras, sino colgándose de su cuello y besándolo con ansiedad, Julián volvió a acariciarle el cabello mientras se besaban y después sonrió contra sus labios. Su corazón estallaba de alivio tras percibir que Natalia lo había perdonado.

—Estás tan linda —le dijo—. Me gusta tu nuevo peinado.

Aunque Natalia respondió con una sonrisa, igual se sonrojó. Pensaba en

la reacción de Julián cuando viera que no solo su cabello tenía un nuevo look.

No volvieron a hablar de lo sucedido ese mediodía. Cenaron una de las tartas que la señora que hacía la limpieza había dejado en el freezer, y mientras lo hacían, la conversación giró en torno al trabajo de Natalia y al de Julián. Él le contó que estaba cerrando la compra de nueva maquinaria y que, si la inversión no salía bien, podía llevarlos a la quiebra.

—¿Por qué no va a salir bien? —le respondió Natalia con una sonrisa serena.

Julián se encogió de hombros. Temía explicarle por qué sentía tanto miedo del fracaso.

—Porque toda inversión es un riesgo —contestó.

—¿Por eso tu padre no invertía?

—No, no invertía porque quería conservar un negocio familiar pequeño —contó Julián.

—Yo creo que no invertía, en parte, por temor —enfaticó Natalia—. Y el que no arriesga, no gana.

—Pero también puede perder todo.

—Es peor la incertidumbre de nunca haberlo intentado, si tu corazón te llama a que lo hagas —volvió a enfatizar—. Es más, hasta hace un rato no lo pensaba así, pero ahora creo que cuando termine mi nueva novela, la voy a mandar a algunos editores —contó con orgullo—. Después de todo, el «no, es una porquería» ya lo tengo.

—¡Me gusta eso! —sonrió Julián—. El tuyo se convirtió en mi libro más esperado, incluso más que *Inferno* de Dan Brown, y eso es mucho decir —contó. Natalia respondió riendo—. Por cierto —la interrumpió él—, terminé el libro que me diste.

—¿Tan rápido? —se sorprendió ella. Él asintió—. ¿Y...?

—Me gustó, pero no puede terminar así —se quejó—. ¡Decime que tiene una segunda parte!

—Sí, la estoy leyendo —asintió ella, entusiasmada por el libro.

—¿Me la pasas cuando la termines? —pidió él. Natalia sonrió.

—¡Seguro! —volvió a asentir, ahora entusiasmada por el interés que Julián manifestaba por la literatura.

Pasaron un instante en silencio. Después, Julián se decidió a preguntar lo que lo había perturbado desde el mediodía.

—Nati, tengo que hacerte una pregunta —por su tono de voz, ella supo que se trataba de algo muy serio, al menos para él—. ¿Por casualidad tenés un alumno que se llame Lucas? —Natalia enarcó las cejas; tenía al menos tres Lucas. Julián se dio cuenta de eso, entonces corrigió—. Perdón, quiero decir, un Lucas que vaya al último año.

—Oh, sí —se apresuró a contestar ella. Tenía un Lucas en sexto B, Julián lució entre nervioso y aliviado.

—¿Podrías decirme algo de él? —pidió—. Lo que sea, no quiero ponerte en un aprieto, pero me preocupa. Está... está saliendo con Camila.

—¡Uff! —fue todo lo que Natalia dejó escapar.

—¡¿«Uff»?! —la regañó Julián—. ¿No te enseñaron a no decir «uff» a un padre desesperado?

Natalia rió, pero la pena que Julián le despertó la obligó a borrar la sonrisa de los labios.

—¿Es buen alumno? —siguió preguntando él, aunque se hacía evidente que no guardaba muchas esperanzas de obtener una respuesta afirmativa—. ¿Se porta bien, al menos?

—Es un desastre —replicó Natalia con sinceridad abrumadora—. Si tiene un dos como calificación, es mucho. Contesta mal, se la pasa conversando en clase y tiene la postura de los chicos que se creen que se las saben todas —con cada palabra, el ceño de Julián se iba frunciendo más—. La directora ya no sabe cómo hacer para que no vaya a la escuela con los piercings, pero cita a los padres y nadie se acerca al colegio. Creo que tiene una banda de rock, o algo por el estilo.

Julián suspiró, contrito. Ese último dato le confirmaba lo que más temía.

—No hay dudas de que es él —asumió cabizbajo—. ¿Por qué mi hija se buscó un chico así para salir? —reflexionó, negando con la cabeza—. No entiendo por qué no le gustan los nerds con anteojos y una camisa cuadrillé, eso me permitiría dormir en paz.

Natalia volvió a reír.

—Yo sí sé por qué —replicó. Julián al fin la miró.

—¿Por qué? —preguntó, como si creyera que con la respuesta obtendría una solución mágica.

—¡Vamos! —lo reprendió ella—. Escondes remeras de rock en tu placard. ¿Te pensás que tu hija no se da cuenta?

—Ahora resulta que es mi culpa —se lamentó él, incapaz de negar que escondía las remeras de rock. Natalia se encogió de hombros y le acarició el antebrazo.

—Te olvidas de que Camila, como sabe de las remeras, sabe también de tus otras cualidades —lo consoló—, y yo estoy segura de que va a hacer las cosas bien. No podés evitar sus errores en la vida, vos seguro cometiste los tuyos, y si intervenís en los de ella, eso la ahogaría. Dejala ser y confiá en todo lo que le enseñaste, Confiá en vos mismo.

—Creeme, estoy haciendo un gran esfuerzo por comportarme así —le hizo saber él—. Gracias —agregó, tomándole la mano.

Natalia respondió con una sonrisa que se borró de sus labios a medida que los dedos de Julián se fueron enredando con los de ella. Las miradas se intensificaron, hablaban junto con sus actos. Julián apoyó los codos sobre las rodillas y ladeó la cabeza. Sus ojos contemplaron la boca de Natalia con deseo, pero él no se movió para capturarla con la suya.

Ella también se inclinó hacia adelante, solo para observarlo. Alzó la mano que no tenía ocupada por la de él y le acarició una mejilla. Entonces la mirada de Julián se trasladó a sus ojos: eran reflejo de su interior atormentado por el miedo. No se equivocaba: Natalia pensaba que, si en algún momento Sabrina quería volver con Julián, podía perderlo para siempre. Se preguntaba cuán fuerte era el amor que él sentía por ella, y si sería capaz de resistir del modo en que ella esperaba que su amor también soportara todo lo que se agitaba en las sombras.

—¿Por qué no dejamos de pensar? —murmuró Julián acercándose más a su boca—. Dejemos que otro sostenga el mundo por nosotros, aunque sea por un rato.

Natalia se dio cuenta de que se había tensionado cuando sus hombros descendieron como si sobre ellos, en efecto, hubiera cargado el mundo. Alzó la otra mano y con ambos pulgares recorrió las mejillas de Julián, quien había

vuelto a mirar su boca. No iba a besarla, esperaba que lo hiciera ella, aunque el deseo encendiera su entrepierna. Hasta él se sorprendía de todo lo que podía sentir tan solo con mirar los labios de Natalia.

—«Toco tu boca» —susurró Natalia mientras con los pulgares recorría los bordes de los labios de Julián—. «Con un dedo toco el borde de tu boca» —siguió recitando, del capítulo siete de Rayuela, pero él decidió adelantar la acción y se hundieron en un beso profundo que los dejó en silencio.

Poco después, todo lo que se oyó fue la aceleración de su respiración. También se colaron algunos jadeos, sonidos guturales que invadieron el beso, hasta transformarlo en una verdadera lucha.

Una mano de Julián descendió hasta la pantorrilla de Natalia y le arrebató un gemido cuando se coló entre la piel y el jean. Le quitó las botas negras sin mirar, acción que imitó para desprenderle el cierre y el botón del pantalón. Ella se puso de pie para dejarlo caer. Lejos de lo tímida e insegura que se había mostrado las primeras veces que había tenido sexo con él, ahora resplandecía en el poder que le confería el deseo.

Julián deslizó la mirada desde los pies hasta la cadera de Natalia, que se meció cuando ella dio un paso adelante y estiró un brazo para apoyar la mano sobre su frente y echarle la cabeza atrás. Lo miró a los ojos con el brillo peculiar de la excitación y esbozó una sonrisa perezosa.

—¿Soy linda? —preguntó con voz sensual.

No dio tiempo a que Julián le respondiera porque buscó el borde de su camiseta y se la quitó junto con el pulóver negro que llevaba puesto.

—Sos preciosa —replicó Julián, con los ojos presos del soutien de encaje color uva que acababa de quedar a la vista. Todavía cubría los pechos de Natalia, haciendo juego con el culotte de encaje.

—¿Y pensás que las panteras rosas se llevan bien con los leopardos?

Un poco perdido en la conversación, Julián sonrió.

—Espero ser el leopardo —bromeó. Sabía que era así porque recordaba el apodo que a Natalia le habían puesto sus compañeros de colegio. Sin embargo, presentía que las palabras escondían más, y que no develaría su extraño contenido en mucho tiempo.

Ella volvió a estirar los brazos y comenzó a desabrochar los botones de su

camisa. Julián observó los largos y delicados dedos femeninos, le gustaba vaticinar el momento en el que dejarían su pecho al descubierto y se deslizarían por su piel, provocándolo.

El instante llegó cuando Natalia abrió la tela en dos y se sentó a horcajadas sobre sus piernas para terminar de quitarle la prenda por los brazos. Él no lo resistió y le atrapó la cabeza con las manos para acercarla a su boca y hundir allí su lengua en busca de la de ella, que salió a su encuentro, presurosa.

Los dedos de Julián bajaron y se cerraron en torno de la cintura de Natalia, que se movía contra su erección y la presionaba con su pelvis. Agitado de placer, él la apretó más contra su cuerpo, y ella se estremeció. Después, sin darle tiempo a pensar, deslizó las manos hacia su espalda y le desabrochó el soutien. Se lo quitó por los brazos, y ni bien lo arrojó al piso, ambas manos se cerraron en torno de los pechos y los abultaron hacia arriba para facilitarle la llegada a los pezones. Besó uno y luego lo lamió. Natalia echó la cabeza atrás y gimió. Volvió a agitarse sobre sus piernas y a presionar su erección.

—Espera —reclamó un instante después. Julián alzó la cabeza, pensando que hablaría acerca del sitio en el que se encontraban o de la luz, pero se equivocó. Ella lo deseaba más que nunca, no se había apartado mental y mucho menos físicamente de la situación—. Tengo algo para vos —anunció.

Se deslizó hacia atrás hasta abandonar las piernas de Julián y quedar de pie delante de él. Entonces tomó el borde de la tela de la ropa interior que todavía llevaba puesta y comenzó a bajarla. Antes de que se avistara rastro alguno de su pelvis, se detuvo. Se sentía insegura; temía que a él no le gustara el cambio, o que se riera de ella. ¿Qué iba a pensar? Le temblaron los labios, pero Julián no lo notó. Pensó que Natalia se hacía desear, y eso aumentó su sed de conocer el secreto.

—¿Me querés matar? —le preguntó con agitación.

Ella alzó la mirada hacia él apenas lo oyó, y se dejó llevar por la fantasía que la envolvía cada vez que lo tenía delante de los ojos. Cuando escuchaba su voz seductora o respiraba su aire, la imaginación confluía con la realidad.

La prenda cayó a sus pies y de ese modo se avistó su pelvis desnuda. Se

mordió el labio esperando alguna reacción por parte Julián, pero él no hacía más que mirarla como si estuviera hipnotizado.

—¿Qué pensás? —le preguntó, temerosa.

Él alzó la mirada de inmediato, pero tardó en hablar.

—Pienso que es tentador —respondió con voz profunda. Se hacía evidente que trataba de controlar sus impulsos.

Cuando lo vio ponerse de pie, Natalia pensó que se acercaría a ella para arrebatarse un beso, pero no fue así. Él le dio la espalda y se encaminó a un mueble. Natalia frunció el ceño y se contentó con admirar su torso desnudo, ya que todo lo que llevaba puesto era el pantalón de vestir negro, hasta que lo vio extraer un caramelo de una fuente de vidrio decorativa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó entre risas.

—Comiendo un caramelo de menta —respondió él con la simplicidad más honesta del mundo mientras se deshacía del envoltorio. Natalia siguió riendo.

—Me gusta tu sabor —le hizo saber; no quería que la boca se le invadiera con otro gusto que no fuera el de él. Julián volvió a mirarla con los ojos iluminados.

—Ya lo sé —aclaró acercándosele—. Pero te prometo que esto te va a gustar todavía más.

La tomó de la cintura y la estrechó contra su cuerpo. Los pechos de Natalia se abultaron al quedar pegados al torso de Julián y los pezones se irguieron muy rápido con el contacto. Él se aproximó a su boca y le acarició los labios con los suyos, sin abrirse paso hacia su lengua porque tenía el caramelo. A Natalia le repelió el olor a menta, ansiaba el aroma de Julián, pero era tan fuerte el deseo que siguió besándolo.

Él avanzó y la obligó a dar pasos lentos hacia atrás. La condujo así hasta la habitación, y continuó impulsándola a avanzar hasta que las piernas de Natalia rozaron el borde del somier. Entonces se inclinó sobre ella y la hizo recostarse, de modo que su cabeza se estableciera, cómoda, entre las almohadas. Julián permaneció arrodillado entre sus piernas, desde donde estiró un brazo y deslizó una mano por entre los pechos de Natalia y fue bajando hasta alcanzar el ombligo.

Ella cerró los ojos por instinto, y se quedó así hasta que sintió que Julián se alejaba. Entonces abrió los párpados y alcanzó a ver que él escupía el caramelo en la palma de su mano. Frunció el ceño, sin tener idea de la estrategia, hasta que Julián se inclinó sobre su pelvis y su boca le atrapó el clítoris. La lengua se entrometió entre sus pliegues vaginales y después se hundió dentro de su cuerpo mientras los labios masculinos seguían acariciándola con el beso íntimo.

Gritó ante la invasión entre fría y caliente. Echó la cabeza y los brazos atrás; luego los movió, alcanzó el borde de la sábana y lo estrujó hasta quedarse sin fuerzas. Elevó la cadera sin conciencia exacta de lo que hacía, impulsada por la caricia húmeda y envolvente que le hacía temblar las piernas, y entreabrió los labios porque no le alcanzaba el aire. Solo el placer le hizo comprender la razón de la menta, y agradeció que hubiera existido. ¡Todo un truco!

Cuando dos dedos le atraparon un pezón y la mano se cerró en torno de su pecho, se le anuló el pensamiento. Continuaba arqueándose y temblando, mientras la lengua de Julián se aventuraba en cada rincón de su intimidad, provocándole sensaciones que se extendían por todo su cuerpo.

De pronto ya no pudo aguantar, y un río de éxtasis se derramó por sus venas. La recorrió desde la pelvis hasta el corazón, donde se alojó repicando en fuertes latidos que parecían tener eco en su clítoris.

—Te amo —murmuró sonriente, acariciándole el cabello mientras él se alejaba de su zona íntima besándole la pelvis y luego el bajo vientre—. Te amo mucho... —susurró.

Las palabras despertaron tanto placer en Julián, que le hizo cosquillas el corazón. Cuando ella abrió los ojos, lo vio sonreír; estaba esperando que lo mirase para hablar.

—Yo también te amo —replicó.

El caramelo volvió a resonar entre sus dientes, porque lo había devuelto a su boca, y el sonido despertó una idea en Natalia. Ella se sentó y le tomó la mano.

—Dámelo a mí —pidió, y se aproximó a sus labios.

Aunque Julián frunció el ceño, confundido, no tuvo demasiado tiempo

para reflexionar. Entre el deseo que latía en su entrepierna y el beso que le dio Natalia, acabó traspasándole el caramelo y dejándose seducir por ella. Bajó la cabeza para ver que las manos femeninas le desprendían el cinturón y luego el cierre y el botón de los pantalones. Sabía lo que venía, y eso lo hizo jadear.

Natalia se llevó el miembro a la boca, y lo rozó con la lengua y con el caramelo. Lo introdujo tanto como pudo muy despacio, para luego dejarlo salir del mismo modo, como si estuviera torturándolo. Repitió el movimiento tres veces hasta que los dedos de una mano de Julián se enredaron en su cabello, pidiéndole más. Natalia alzó la mirada y se percató de que él la observaba con tanto deseo que parecía a punto de estallar en su boca. Entonces se sintió todavía más poderosa y bella, y le dio más ánimos y ganas de ser deseada. Su mirada se llenó de lujuria, despegó la boca del pene para rozarlo con la lengua y rodearlo varias veces con esa caricia que seguía rayando entre el frío de la menta y el calor de la saliva.

Lo hizo delirar. Percibió que Julián se estremecía de gozo, entonces aceleró las intromisiones del miembro en su boca. Una y otra vez lo llevó hasta la garganta y lo dejó salir hasta que él la apartó bruscamente echándole la cabeza atrás.

—Dámelo —le exigió ella—. Es para mí —indicó apartándole la mano de su cabello en busca de volver a colocarlo en su boca.

—No —se negó Julián, casi sin aire.

Natalia se inclinó hacia adelante y le mordió suavemente la punta del pene.

—Por favor... —suplicó con voz sensual, dejando su aliento sobre la piel sensible del glande.

El estímulo auditivo y la visión de aquel trasero elevado al aire acabaron con el autocontrol de Julián. Pasó las manos por la espalda de Natalia hasta alcanzar su cadera y luego las deslizó hasta sus pechos, que colgaban rozándole las rodillas. Entonces su conciencia se esfumó, y sin ser capaz de medir sus acciones, acabó empujándola hacia atrás para recostarla y la penetró sin contemplaciones. Se derramó dentro de su cuerpo casi en el mismo momento.

Pasó un instante detenido en el tiempo, tratando de volver a respirar. Después miró a Natalia a los ojos. Ella tenía la expresión de una aventurera feliz de haber logrado una osadía.

—Sabes a menta —bromeó con una sonrisa que lo hizo sonreír a él.

—Vos también —replicó. La miraba con la expresión más seductora que Natalia jamás le había conocido mientras le acariciaba una mejilla.

Después de ducharse juntos y de tomar entre los dos una botella entera de agua, se durmieron muy tarde; tanto que les costó despertar en la mañana. Julián lo hizo primero y se ocupó de apagar el despertador para llamar a Natalia con caricias; no quería que despertara con el sobresalto de una alarma. Comenzó besándole la sien y luego apartándole el cabello de la frente con suavidad. Sonrió solo por verla amanecer a su lado.

—Nati —le habló al oído—. Es una pena, pero tenemos que ir a trabajar.

Tal como había prometido, mientras ella se peinaba, cumplió con prepararle el desayuno, que consistió en té con tostadas. Natalia salió del baño quejándose porque no podía volver a colocar el flequillo como se lo habían dejado en la peluquería.

—Siempre pasa lo mismo —reclamó mientras ponía azúcar en la taza—. Salís de la peluquería hecha una reina y amanecés siendo una bruja. Lo peor es que jamás podés volver a ser reina si no vas a la peluquería para que te conviertan en una.

Julián la observaba con una mano sobre la boca, tratando de disimular la risa y la ternura.

—¿Vas a querer ir a la clase de americano el sábado? —le preguntó para hacerle olvidar el asunto del cabello. Lo consiguió, porque Natalia asintió con entusiasmo—. ¿Puedo pasarte a buscar con mi auto? —preguntó después.

Aunque le demandó un instante responder, ella acabó aceptando. Era hora de que Julián conociera, aunque sea, la puerta de su casa.

Capítulo 18

Parecía hipnotizada. Seguía el avance del segundero en el reloj de pared mientras por dentro trataba de desanudar la soga que le oprimía la garganta. Entre los nervios y su período, que le había arruinado el día, todo lo que deseaba hacer era arrojarse y arrollarse en una cama. ¿Por qué no había esperado hasta el domingo? No, tenía que llegar el sábado a mediodía, para que desperdiciara la noche.

—¿Lo vas a hacer pasar? —le preguntó Liliana. Se había vestido con un pantalón de jean negro y una camisa, como si de verdad creyera que su hija iba a presentarle a su novio.

—No —respondió Natalia, tratando de aplacar un cosquilleo que le revolvió el estómago.

En lugar de aquietarse, la sensación aumentó en cuanto oyó la bocina del auto de Julián. Eran las ocho en punto. Se puso de pie de un salto, recogió su bolso, que descansaba sobre la mesa, y caminó rumbo a la puerta. Liliana la siguió.

—No salgas —ordenó Natalia antes de abrir.

—¡Pero quiero conocer a tu novio! —exclamó Liliana.

—No —replicó la hija—. ¿No podés respetarme, aunque sea por un segundo?

Natalia esperaba que su madre se ofendiera, pero Liliana rió.

—¡Ay, Nati, Nati! —se burló—. ¿Por qué te gustan tanto los secretos? ¡Por lo menos, el chico tiene auto y nos puede llevar a pasear!

Natalia entrecerró los ojos. Ya conocía a su madre; trataba de congraciarse solo para conseguir lo que quería, y luego llegaba el maremoto. «El chico», repitió en su mente. Buena decepción se iba a llevar su madre si esperaba otro Gabriel.

Dejó de pensar, porque si lo hacía, acabaría con un ataque cardíaco. Tomó aire, giró sobre los talones y abrió la puerta.

Los vidrios polarizados del Vento impedían ver el interior del auto, pero sabía que Liliana no se iba a quedar de brazos cruzados y que el maldito don de la amabilidad de Julián le impediría irse sin haber saludado a la mujer. Lo comprobó cuando, a dos pasos del cordón de la vereda, escuchó primero que se destrababa la puerta del coche, y luego la vio abrirse.

Liliana sonrió como esperando al presidente de la Nación, pero esperaba un Gabriel, por eso se quedó de piedra cuando apareció Julián.

—Hola —la saludó él esbozando una sonrisa, seductora involuntariamente, y le extendió la mano.

Con las mejillas rojas y el cuerpo tembloroso, Natalia miró el agua que se escurría por la orilla de la calle. No podía mirar a Julián, y mucho menos a su madre. Ella no lo sabía porque estaba de espaldas, pero la mujer se esforzaba por disimular la expresión de un muerto. Liliana rogaba en su interior que se tratase del padre o el hermano mayor del novio de su hija, pero por alguna razón se dio cuenta de que eso no era así. Lo comprobó un instante después, cuando el hombre que le extendía la mano se presentó.

—Soy Julián.

—Liliana —respondió ella, accediendo a darle la mano. Duraron unidas un par de segundos. Pasada la primera impresión, Liliana forzó una sonrisa. Si Natalia no la hubiera conocido tan bien, nadie habría apostado a que no sonreía de verdad—. ¿Por qué no entra y tomamos un café? —ofreció. Necesitaba obtener más información acerca de ese hombre cuanto antes.

Forzada por la situación, Natalia giró sobre los talones de inmediato y le clavó la mirada a su madre.

—No podemos entrar porque estamos llegando tarde a una clase —respondió.

—Tenemos media hora de ventaja —le recordó Julián, por no ser

descortés con Liliana, a quien enseguida miró—. Si no le molesta que la visita sea corta... —sugirió.

—Tengo que pasar por la farmacia —intentó huir Natalia, pero su madre le frustró la intención apelando a la lástima de quien no la conocía aún.

—¿No tienen media hora para mí? —preguntó con un tono lastimero que Julián no resistió.

—Tenemos media hora, Nati —le habló él en voz baja—. Te prometo que paro en la farmacia igual.

Maldito, ¡maldito don de la amabilidad!, pensó Natalia por centésima vez. Estaba segura de que Julián no insistía con entrar a su casa por husmear en su vida privada, y mucho menos por forzarla a presentarle a su madre, sino por no ser descortés con ella. Acabó suspirando en gesto de asentimiento y encaminándose de nuevo adentro. Julián presionó el botón que cerraba las puertas del auto y la siguió.

Resultaba extraño verlo en un espacio que normalmente solo compartía con su madre. La cocina era tan pequeña, que lo hacía parecer inmenso, y además irradiaba un poder que raras veces había percibido, como si su presencia se impusiera por sobre ese lugar al que no pertenecía. Era tal el magnetismo que producía, que Natalia no podía dejar de mirarlo mientras su madre batía el café.

—¿A dónde van? —interrogó Liliana sin perder detalle del hombre.

—A una clase, ya te lo conté —le recordó Natalia. Liliana rió.

—¡Eso ya lo sé! —bromeó—. ¿A una clase de qué? —interrogó después.

—Vamos a una clase de baile —le contó Julián con gentileza. Percibía que, frente a su madre, Natalia parecía otra persona, pero ella ya le había advertido del poder que Liliana ejercía sobre su temperamento.

—¿Usted baila? —siguió preguntando la mujer. Julián rió. La última vez que había bailado fuera de la clase, había sido en el cumpleaños de quince de su hija.

—No, solo en casamientos y cumpleaños —replicó. Liliana le dejó la tacita de café sobre la mesa y él asintió en gesto de agradecimiento.

—No lo tome a mal, pero... ¿es soltero? —preguntó Liliana con una sonrisa y la cabeza ladeada.

—Es casado —intervino Natalia, viendo el televisor apagado. Julián le dirigió una mirada asesina, y luego volvió a reír.

—Soy divorciado —aclaró ante la mirada atónita de la madre de su novia.

—Ah... —canturreó Liliana mientras tomaba asiento—. ¿Y tiene hijos?

—Sí, dos —contestó él—. Camila, de quince años, y Tomás, de ocho.

—Ah... —repitió Liliana—. Ocho años... la edad que tenía Natalia cuando su papá nos abandonó.

Natalia se mordió el labio para no estallar en imparable verborragia. Julián no se dio cuenta porque no entendía las intenciones de Liliana, pero había sido una indirecta.

—Lamento mucho eso —contestó él con sinceridad.

El rostro de Liliana dejó de lucir compungido muy rápido, para pasar a mostrarse amable y complaciente de nuevo. Se hacía evidente que requería más información.

—¿Y trabaja? —interrogó con una sonrisa.

—Sí —contestó Julián. La pregunta le recordó que llevaba un alfajor de fruta que pensaba regalar a Natalia en el bolsillo del saco, y decidió dárselo a su madre. Lo tomó y lo dejó sobre la mesa—. Para que acompañe el café —sonrió.

—Ay, no, gracias —lo rechazó Liliana haciendo una negativa con la mano—. Esos alfajores me dan acidez.

Natalia lo arrebató de la mesa mientras Julián reía con la queja inocente de Liliana, y se lo quedó.

—Dámelo —ordenó—. A mí me encantan.

—Sí, los pide desde que aprendió a hablar —contó Liliana—. Cuando tenía tres años, uno de esos alfajores le provocó una erupción en toda la piel, se llenó de ronchas y el médico le prohibió el chocolate hasta los once años. Pero siguió comiendo.

Julián miraba a Natalia con la sonrisa y la mirada más tiernas del mundo.

—¿Te provoqué alergia? —se burló buscando sus ojos.

—¿Y de qué trabaja? —intervino Liliana, que no había entendido la frase y jamás hubiera imaginado su significado. Julián le devolvió su atención enseguida.

—En este momento me gustaría poder decir que planto arroz en China —bromeó—, pero en realidad fabrico esos ácidos y alérgicos alfajores —contó. Liliana lució seria, no le creía. Natalia se dio cuenta, por eso decidió certificar la información.

—Es verdad —masculló con la boca llena de Tamailén.

—Ah —dejó escapar Liliana en un sonido muy corto—. Bueno, quizás ahora mejoraron.

—Renovamos la maquinaria, no la fórmula, así que si nuestros alfajores le caían mal hace veinte años, es posible que también le caigan mal ahora —contestó Julián, todavía divertido con la honesta reacción de la mujer y su preocupación por congraciarse de nuevo con él, como si en algún momento lo hubiera ofendido—. Está bien —trató de serenarla—, los alfajores son como los libros: a muchos les gustan, otros los pasan de largo y otros los matan con la crítica, pero eso no impide que se sigan vendiendo.

No tenía pensado variar la fórmula de los alfajores, se basaba en una receta creada por su abuelo en Europa y que su padre había podido concretar como fábrica recién en América.

—Yo me dedico a la cocina —explicó Liliana—, y conozco muchos secretos para que el dulce no sea ácido.

—¿El dulce es su especialidad? —le preguntó Julián.

—No, en realidad me especializo en comida vegetariana o para dietas especiales. Pero Natalia y yo comemos de todo —aclaró, pensando que quizás tenía alguna importancia.

—¿Vamos a la farmacia? —interrumpió Natalia, tratando de disimular el dolor, pero Julián se dio cuenta de que algo no estaba bien por la expresión de su rostro, entonces accedió a irse sin objeciones.

Liliana se despidió de ellos en la puerta.

—Tu mamá es muy agradable —juzgó él camino a la farmacia. Natalia le dedicó una mirada cargada de sentimientos encontrados.

—No voy a decir que no es agradable —señaló—, pero es complicada.

Julián asintió.

—Creo que lo entiendo —asumió.

—Con la mitad de las cosas que te preguntó, pretendía encontrarte

defectos —siguió explicando ella.

—Lo sé —asumió él—, pero está bien que lo haga —determinó—. Quizás vos no termines de entenderlo porque no tenés una hija, pero si Camila tuviera veintiocho años y me presentara un novio de cuarenta y siete... la verdad es que le preguntaría el cuádruple de lo que tu madre me preguntó a mí.

—Vos sos el que no entiende —replicó Natalia, de mal humor. No le gustaba que Julián sintiera que tenía más en común con su madre que con ella, solo por el hecho de que ambos tenían hijos—. No pasa solo por lo que te preguntó, o porque tengas cuarenta y siete años, pasa porque no quiere que yo salga con nadie. Eso lo sé, pero vos no, entonces no terminás de entender sus intenciones.

Julián percibió la tirantez de aquel asunto, y para no convertirlo en una bola de nieve, prefirió dejarlo pasar. Se ofreció a bajar en la farmacia y comprar el medicamento por Natalia, pero ella se negó. No permitiría que pidiera la marca de ibuprofeno que necesitaba en su situación. De todos modos, él bajó con ella y, entendiendo el problema, le compró una botella de agua en un negocio vecino a la farmacia antes de volver al auto. También le compró un alfajor de su marca.

—Compraste tu propia mercadería —rió Natalia.

—Cada tanto me gusta hacer esa estupidez, ya lo vas a entender cuando compres tus propios libros —replicó él. Ella siguió riendo—. Si no te sentís bien, podemos dejar la clase para otro momento —propuso a continuación mientras Natalia se tragaba dos píldoras y un largo sorbo de agua.

—¿De verdad? —respondió ella con los labios húmedos—. Me da lástima, pero sería ideal que fuéramos a cenar por acá cerca, y que después pudiera acurrucarme en una cama muchas horas.

Julián la miró, sonrió y le acarició una mejilla.

—Entonces voy a tener muchas horas para abrazarte —le anunció. Ella respondió estirándose hacia él y besándolo en la comisura de los labios.

—Ese te queda horrible —gritó Luna para que su voz se oyera por sobre Boulevard of broken dreams, que sonaba a todo volumen desde la computadora.

Camila se miró en el espejo mientras se acomodaba el jean negro, moviéndose de un lado a otro para reflejarse en la zona libre de autoadhesivos. La rodeaban los posters de Green Day, Linkin Park y una marca de ropa de skaters.

—Me queda bien —defendió, y se apartó para colocarse algunas pulseras.

Mientras tanto, su amiga recogió dos libros que Camila tenía en la mesa de luz: uno era Finale y el otro Romeo y Julieta. Estalló en risas.

—¡No me digas que estás leyendo esa basura que mandó la de Literatura! —se burló. Camila le arrebató los libros de entre las manos y los arrojó sobre la cama.

—Mi papá me obligó —se excusó. No iba a confesar que el libro le estaba gustando mucho, casi tanto como el que leía por placer—. Tengo que mejorar las notas o me deja sin celular, sin Internet y sin salidas.

Luna volvió a reír.

—¿Y vos le creés? —se burló. Camila terminó de ponerse unos aros blancos que le cubrían todo el lóbulo de la oreja y miró a su compañera de curso con seriedad.

—Vos no sabes cómo es mi papá —explicó—. Si te dice que te va a regalar el auto más grande del mundo, te lo regala; pero si te dice que te va a sacar todo, también te lo saca. ¿A qué hora tocan? —se apresuró a interrogar para acabar con los cuestionamientos de su amiga.

—A las nueve y media —respondió Luna mirando su celular.

—Entonces nos conviene ir yendo, no quiero quedar atrás de todo.

Apagó la música y la computadora, y salió junto con Luna. Su madre le había dicho que salía con una amiga y su hermano dormía en la casa de su tía.

—¡Chicas! —gritó Luna ni bien llegaron a la esquina en la que habían quedado en encontrarse con otras dos amigas.

Las cuatro se saludaron y comenzaron a caminar las cuerdas que las separaban del bar en el que tocaba Babel, la banda de Lucas.

—Es un tarado —se quejó una de un chico que había conocido hacía unas semanas.

—¿Pero cuánto saliste con él? —le preguntó otra.

—No salíamos, fueron un par de besos nada más.

De pronto Luna, que venía atrás, dejó de caminar. Camila avanzó dos pasos, hasta que notó la ausencia de su amiga, entonces regresó a buscarla.

—¡Ese es tu papá! —señaló Luna, sin darle tiempo a reaccionar.

Camila miró en dirección a donde su amiga indicaba. Se trataba de un restaurante por cuyas ventanas se apreciaba el interior iluminado. Cuando logró focalizar en el objetivo, sintió que el mundo se derrumbaba sobre su espalda.

—¡Y la de Literatura! —exclamó entre risas una de las chicas, que se había vuelto al notar la falta de las otras.

El corazón de Camila se transformó en un puño.

—No, ese no es mi papá —intentó salvarse de la vergüenza, porque la ira ya la consumía por dentro.

—¡Dale! Si yo bailé con él en tu fiesta de quince, lo conozco, lo vi de cerca —defendió Luna a los gritos, tomándola del brazo.

—¡Te dije que no es mi papá! —gritó Camila, y se soltó bruscamente.

—Sí que es tu papá, Camila —intervino la cuarta amiga.

—Entonces deben estar hablando de algo del colegio —sostuvo, pero ni ella se creía una mentira tan estúpida. Para peor, justo en ese momento, su padre y la maldita de su profesora se tomaron de la mano.

—Sí, seguro que están hablando del colegio —se burló Luna, y las otras dos rieron. Entonces Camila las miró con ojos suplicantes.

—Por favor, no digan nada —murmuró, acongojada.

Todas prometieron silencio, pero a Camila eso no le bastaba. Se alejó del sitio más decepcionante de su vida a paso tan rápido que a sus amigas les costó seguirla. Casi corrió las dos cuadras que la separaban del bar donde tocaba Babel.

—Ahí viene —anunció un amigo al oído de Lucas. Entonces él se apartó de la chica que tenía abrazada del hombro y que hasta el momento había besado, y le prometió que más tarde la buscaría. Ella sonrió satisfecha.

Se encontró con Camila cerca de la puerta de entrada, entre el tumulto de jóvenes que esperaban el espectáculo. Ella, que no veía la hora de refugiarse en alguien que pudiera comprenderla sin entender nada del asunto, se abrazó al cuello de Lucas y escondió el rostro en su pecho. A cambio él le rodeó la

cintura con los brazos y buscó su boca. En ese momento, Camila no tenía ganas de besos, sino de ocultarse, porque con eso escondía también su dolor y su vergüenza, pero acabó accediendo a los deseos de Lucas y se entregó a sus labios.

No le sirvió el consuelo; cuando un compañero de su novio se acercó y le anunció que los reclamaban detrás de escena, él la soltó y salió corriendo hacia donde le habían indicado que debía dirigirse. Camila se quedó entre sus amigas y la gran cantidad de gente que esperaba por la banda, consciente de los gritos y la música que sonaba en el ambiente, pero sumida en sus propios pensamientos.

Su profesora había engañado a su padre para que saliera con ella, estaba segura, lo que no sabía era por qué. No podía permitir que una tonta aburrida de humor cambiante le robara su familia, porque por culpa de la de Literatura, su padre se alejaría de su madre y jamás volverían a estar juntos. Siempre había sabido que Sabrina y Julián tenían que ser matrimonio, e iba a conseguirlo, ahora más que nunca. No permitiría que una idiota le arrebatara su vida.

Casi no prestó atención al recital por pensar en su padre y en su profesora. Se preguntaba cómo se habrían conocido, si Natalia Escalante lo habría provocado en el colegio o en la calle, y planeaba cómo convencer a su padre de que ella tenía que haberlo conquistado mediante mentiras y estrategias. La imaginaba tratando de caer en gracia a su padre con esa expresión desabrida que la caracterizaba, y se le fruncía el ceño de la impotencia. Estuvo tan concentrada en lo suyo que el recital pasó muy rápido.

—¡Lucas! —llamó una de las amigas de Camila al chico ni bien él bajó del escenario—. Estuvo buenísimo —le dijo. Él sonrió; sabía que a ella siempre le había gustado su sonrisa—. ¡No sabés lo que pasó! Veníamos para acá y vimos al padre de Camila en un restaurante —rió. Lucas hizo un gesto de indiferencia con los hombros, sin entender lo interesante del chisme, hasta que la chica continuó entre risas—. ¡Pará que falta lo mejor! ¿Sabés con quien estaba? ¡Con la de Literatura!

—¡Me estás jodiendo! —exclamó Lucas, excitado y más interesado que nunca en el asunto. Pero la chica se esforzó por contrastar con la expresión

del chico que le gustaba.

—No pienses que te lo cuento por mala, eh —se excusó—. Te lo digo porque sí la ves mal a Camila, ya sabes la razón —volvió a reír con desenfado—. ¡Imagínate ver que tu papá anda con esa pelotuda!

Lucas soltó una carcajada que duró hasta que uno de sus amigos se lo llevó por delante y lo obligó a correr hacia el tumulto de gente que los esperaba a unos pasos del escenario. Allí volvió a ver a su compañera de más temprano, pero la esquivó para no ponerse en evidencia. Temía que Camila los viera juntos.

Quince minutos después, él apareció y la asustó desde atrás. Camila, que no acababa de caer en la cuenta de que no estaba sola con sus pensamientos, saltó de impresión. Lucas no le dio tiempo a nada más, giró hasta quedar frente a ella, le atrapó la cara entre las manos y le asestó un beso húmedo y caliente. Pero mientras su lengua se hundía en la boca de Camila, sus ojos permanecían abiertos, custodiando que no lo descubriera su otra amiga.

Un rato después, cuando los Labios de Camila ardían de tanto que Lucas la había besado, él la tomó de la mano y la llevó al cuarto que la banda había usado para alistarse. Allí no quedaban más que los instrumentos y algunos objetos tirados.

Cerró la puerta y se pegó a ella para continuar besándola. La bragueta de su pantalón rozó el de Camila mientras sus manos le recorrían los brazos, apartándole la campera que llevaba puesta. Camila suspiró, cabizbaja.

—Estoy mal —se atrevió a confesar. Sentía que podía echarse a llorar en cualquier momento, era todo lo que deseaba hacer.

Lucas no respondió al estado de ánimo de Camila. Le besó una mejilla al tiempo que, con una mano, le apartaba el cabello para recorrer su cuello y volvía a pegarse a su pantalón. Le refregó su erección por la pierna.

—Lucas —se quejó ella.

Una mano se coló por uno de sus pechos, entonces Camila tembló. Negó con la cabeza e intentó apartarse, pero Lucas no se lo permitió.

—No quiero —susurró—. Hoy no.

—Me prometiste que hoy me ibas a dejar —le recordó él, buscando su cuello para besárselo y sin quitar los dedos de su soutien. Camila apoyó

ambas manos sobre su pecho e intentó echarlo hacia atrás, pero no pudo con su peso.

—Ya sé, pero hoy no quiero —repitió—. Estoy triste, no puedo.

Lucas dio dos pasos atrás, meciéndose como si estuviera ebrio. Un poco cabizbajo, esbozó una sonrisa ladina que pronto se transformó en una carcajada.

—La hijastra de la de Literatura es otra pelotuda como ella —se burló. En ese momento, Camila sintió que le enterraban una espada en el cuerpo, como Romeo a Teobaldo en la obra de teatro.

—¿Qué decís, tarado? —se ofendió y lo golpeó en el hombro. Lucas volvió a reír.

—Que cortamos acá —sentenció él, y pretendió ir hacia la puerta. Quizás todavía podía encontrar a su otra amiga para no desperdiciar la noche. Camila se lo impidió.

—¡Esperá! —le dijo tomándolo del brazo. Lucas se soltó bruscamente—. ¡Escuchame! —reclamó ella, pero él no le prestó atención. Abrió la puerta, tal como quería, y se dirigió al tumulto.

Cuando Camila logró encontrar a sus amigas, ya estaba bañada en llanto. Gruesas lágrimas negras se derramaban desde sus ojos hasta su boca, enrojecida por los besos y la tristeza.

—¿Qué te pasa? —se preocupó Luna, tomándola de los brazos.

—¡Son todas unas estúpidas! —se quejó Camila, soltándose del apretón de su compañera. Ya no podía considerarla su amiga—. ¿Quién le dijo a Lucas lo de mi papá y la de Literatura? —bramó, enojada.

—¡Nadie! —defendió Luna.

—Se debe haber enterado solo —acotó la que había ido con el chisme.

—Váyanse a la mierda —replicó Camila, y salió del bar atropellando gente.

Pensó en caminar sola hasta su casa en medio de la madrugada, tentando la suerte, pero se acordó de los consejos de su padre. Temió que algo serio le ocurriera y acabó tomándose un remis.

Al llegar a su cuarto, todo lo que hizo fue echarse sobre la cama y llorar.

Capítulo 19

Los despertó el teléfono celular de Julián, que comenzó a sonar con una canción de A-ha. Tal como había prometido, él había cumplido con abrazar a Natalia largas horas, y solo la soltó porque tenía que responder el llamado, ya que era de su hija. Según marcaba el despertador, eran las diez de la mañana.

Natalia despertó al notar que Julián abandonaba la cama. Apareció por el comedor envuelta en una salida de baño, y cuando llegó, solo alcanzó a escuchar un «Prométeme que no vas a llegar llorando» que él susurraba al teléfono. «Te espero, te amo».

Se cruzó de brazos porque de pronto le pareció que en la habitación la temperatura había descendido. Era su cuerpo, que reaccionaba ante lo que había escuchado. Julián la miró desde donde se hallaba sentado y arrojó el celular al sillón. Suspiró sin saber cómo empezar.

—Perdóname, Nati, pero Camila está viniendo —contó sin atreverse a pedirle con claridad que se fuera. Esperaba que Natalia lo comprendiese, y supo al ver la desilusión en su rostro, que así era—. Esto no se supone que tenga que pasar, estuvimos viéndonos algunos días de la semana, pero estaba llorando muy angustiada y me pidió hablar personalmente. No puedo dejarla sola si me necesita. De verdad te pido que me perdones, pero ella todavía no sabe nada de lo nuestro y no quisiera añadirle más angustia a la que ya tiene.

Pero Natalia no sabía cómo hacer para comprender. Aunque se esforzaba y en su conciencia sabía que Julián estaba haciendo lo correcto, sus labios dejaron escapar palabras amargas.

—De haber sabido esto, hubiera traído mi auto. Pedime un remis —giró sobre los pies para volver a la habitación, pero se detuvo cuando Julián le habló.

—Te llevo hasta tu casa —anunció. Ella sonrió con ironía.

—¿Y si Camila llega mientras no estás? No vas a dejarla esperando por llevarme a mí.

Se hizo un profundo silencio que acabó rompiendo él.

—Nati... —susurró como una súplica.

Natalia no respondió. Caminó hasta la habitación, reunió su ropa y se encerró en el baño en suite. Al salir, encontró que Julián también se había vestido y la esperaba sentado en la orilla de la cama.

—Esto no va a ser por siempre así —sintió la necesidad de prometer él, pero Natalia tampoco contestó esa insinuación. Salió del cuarto, atravesó el living y lo esperó junto a la puerta del departamento.

El trayecto hasta su casa transcurrió en silencio. Durante ese tiempo, Natalia trató de poner en orden sus sentimientos y se esforzó porque su primera reacción de mujer celosa diera paso a una más comprensiva, ¿Qué podía hacer Julián? ¿Qué hubiera hecho ella en su lugar? Lucía triste y avergonzado por haberle pedido que se fuera, como si se hallara con una amante oculta siendo casado. Hasta estaba segura de que la preocupación de él se acrecentaba porque ella ya le había presentado a su madre, en cambio por su parte, no la conocía nadie más que su hermana.

Por esa razón, cuando Julián se detuvo frente a la puerta de su casa y volvió a mirarla con expresión culpable, ella ya no se mostró fría e irónica.

—Me siento muy mal —comenzó a explicar él, pero Natalia lo interrumpió para acariciarle una mejilla.

—Está bien —susurró. Luego se estiró y le dio un sentido beso en la comisura de los labios.

Julián suspiró aliviado y respondió enredando los dedos en el cabello de Natalia. Al mismo tiempo giró la cabeza y la besó en la boca con suavidad.

—Te amo —le dijo mirándola a los ojos.

—Yo también —respondió ella.

—Te llamo más tarde —prometió. Natalia asintió con una sonrisa tímida

y se bajó del auto. Antes de alejarse hacia su casa, se asomó por la ventanilla de Julián y le habló.

—Espero que lo de Camila no sea nada serio —deseó. Julián asintió.

—Gracias —dijo, y esperó a que entrara antes de irse.

Una vez que se había encaminado a la cocina, Natalia se dio cuenta de que en su casa le esperaba otra batalla. Ya no contra sus celos y su costumbre de exclusividad, sino contra su madre. Respiró profundo antes de avanzar, se dio ánimo mentalmente e intentó fortalecer su espíritu para que Liliana no pudiera internarse en su inconsciente y obligarla a hacer su voluntad, como hacía siempre.

Ni bien puso un pie en la cocina, la mujer sonrió y lanzó la primera pregunta.

—¿Cómo te fue? ¿Cómo estuvo la clase de baile?

Hablaba con un tono inofensivo, pero Natalia sabía que no se trataba más que de una máscara con la que pretendía ocultar sus verdaderos sentimientos: el miedo al abandono, la soledad y el olvido.

—No fuimos a la clase —respondió un poco más serena. Haberse alejado de su madre le permitía comprender mejor sus acciones y sus pensamientos. El problema sería hacerle comprender que ahora ella tenía los propios.

—¿No? ¿Y a dónde fueron? —quiso saber Liliana.

—Fuimos a cenar por acá cerca y después dormí en su departamento —explicó Natalia, y así fue como la mirada de Liliana cambió por completo. Ahora venía lo más duro.

—Sentate, Nati, por favor —pidió la mujer.

En cualquier otra oportunidad, Natalia habría dado la espalda a su madre y se habría internado en su cuarto para ignorarla, pero comprendió de una vez que ya no tenía sentido hacerlo. Si de verdad había logrado pensar por sí misma, entonces los argumentos de su madre no debían tener asidero en ella. Podía escucharlos y contradecirlos sin cambiar por eso su manera de pensar, de modo que se sentó y se dispuso a oírla.

—No te voy a negar que es un hombre atractivo —comenzó Liliana, que también se había sentado—, pero ¿realmente te parece que es el hombre para vos?

Vaya pregunta, pensó Natalia. No era fácil responderla; a esa altura de la vida ya debía saber que su madre siempre pegaba donde más dolía, pero no era fácil recordarlo. Se encogió de hombros.

—Evito preguntarme si es el hombre para mí o no —confesó—. Me siento bien con él, y eso me basta.

—Ese es el problema, Nati, que no estás pensando —defendió entonces la madre—. Si te detuvieras por un instante a reflexionarlo, te darías cuenta de que esa relación no tiene ningún sentido.

A Natalia se le escapó una risita desconfiada.

—¿Por qué podrías saber vos mejor que yo sí tiene sentido o no? —argumentó.

—Porque vos sos chica, pero yo ya viví mucho más y me doy cuenta de que ese no es el hombre para vos —replicó Liliana—. ¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta y siete.

—¡¿Cuarenta y siete?! —bramó Liliana como si acabaran de decirle ciento ocho—. Pensé que tenía un poco menos, aparenta menos —se quejó—. Con más razón, vos te mereces algo mejor.

Natalia volvió a sonreír.

—¿Otro Gabriel?—preguntó.

—¿Ves? Gabriel sí era un chico para vos.

—¿Que era un chico para mí? —gritó, molesta—. Cuando salía con él me decías que era un conformista que nunca llegaría a tener nada, que era indeciso, poco caballero, y un montón de cosas más que ahora, de pronto, ya no existen, y resulta que es el hombre perfecto.

—Por lo menos era soltero y con él no eras la segunda.

—Yo no soy la segunda.

Liliana sonrió, irónica.

—Pero tiene ex mujer y dos hijos, eso te convierte en la tercera, peor que ser la segunda. Natalia acusó la primera puñalada directo en el pecho, porque acababa de enfrentar una situación que involucraba ese concepto que su madre interpolaba—. Es divorciado —siguió diciendo Liliana—. Abandonó a su mujer y a sus hijos.

—Él no los abandonó —defendió Natalia. Su madre sonrió con pena.

—¿Y vos sabes por qué se separó? —ante el silencio de la hija, la madre arremetió—. No lo sabés. Me juego a que los abandonó, y ahora vos vas a ser la mujer que le dé el premio por eso.

—Eso no es verdad —discutió.

—¿Querés convertirte en una mujer como la que se llevó a tu padre de casa?

—Esto es diferente.

Se sucedió un momento de silencio, hasta que Liliana volvió a acometer.

—Decime, Natalia, ¿no querés entrar a una iglesia vestida de blanco, cumplir tu sueño de casarte y tener hijos?

—No sé si ese sea mi sueño —replicó Natalia con voz dura, sin mirarla a los ojos.

—¿Cómo que no? —contestó Liliana, sonriente—. ¿Te olvidás de que cuando eras chica armaste una lista en la que habías anotado lo que querías hacer en tu vida y me la mostraste? Siempre me acuerdo de que querías casarte a los veintidós años, tener tu primer hijo a los veinticuatro...

—¡Por favor! —la interrumpió Natalia—. Eso lo escribí cuando tenía doce años. En ese entonces, una mujer de veinte me parecía una vieja.

—¡Pero ese hombre quizás ni siquiera desee darte hijos!

—¡No me importa! —exclamó Natalia en respuesta—. Me siento bien con él, me siento cuidada, siento que me ama, que me desea y que siempre voy a poder contar con él, no importa lo que pase. Siento que nunca me fallaría, ¿entendés lo que significa eso? ¿Lo sentiste alguna vez con alguien?

—Pensalo, por favor —reclamó Liliana, cambiando de rumbo—, te vas a quedar sola. Cuando vos tengas mi edad, él ya va a estar muerto.

—¿¿Cómo podés decirme eso?! —se enfureció Natalia, incapaz de soportar semejante argumento. Contrario de lo que siempre había sucedido, con cada objeción de su madre, sentía que su deseo por conservar su relación con Julián se hacía más fuerte, hasta convertirla en alguien capaz de luchar por él en contra del mundo—. ¿Sabes qué? —continuó, mucho más tranquila—. No me importa. Prefiero pasar veinte años al lado de la persona correcta, antes que cincuenta junto al ser equivocado. Estoy segura de que los veinte o treinta años que voy a pasar con Julián van a valer más que toda mi vida.

Se puso de pie y se dirigió a su habitación, donde se encerró enseguida. Oyó pasos que se detuvieron delante de la puerta, pero no se movió para abrirla. Su madre tampoco se lo pidió.

—Voy a tener que hablar con tu padre —masculló Liliana del otro lado. Natalia sonrió mientras se quitaba las botas.

—Hacé lo que quieras —contestó—. No tengo diez años, vos y él pueden ordenarme lo que quieran, pero no esperen que les haga caso.

—Parecés una adolescente caprichosa —retrucó la madre.

—Gracias.

Luego de eso, se hizo silencio.

Natalia terminó de quitarse los zapatos y se respaldó en la silla, viendo hacia la nada. Se había mostrado fuerte y decidida delante de su madre, pero en su corazón no podía negar que el sentimiento se batía a duelo con la razón. Amaba a Julián, pero también era cierto que sabía muy poco de su pasado, y que sus propias experiencias de vida le impedían ciertas cosas. Por ejemplo, ser lo último en la lista de prioridades de su pareja, o arruinarles la infancia y la adolescencia a dos chicos, como se la habían arruinado a ella.

Se sintió tan confundida, que se tomó la cabeza entre las manos y se dobló en dos. Luchaba por diferenciar sus pensamientos de los que, aunque se hubiera esforzado, su madre había logrado insertar en su mente. Por eso pasó el domingo escribiendo su novela y resolviendo en ella lo que no era tan fácil de resolver en la realidad. Escribir la ayudaba a comprender y evaluar posibilidades.

El timbre sonó poco después de que Julián hubiera entrado a su casa. Abrió por el portero eléctrico y esperó a Camila en el pasillo que conducía a su departamento. Ella llegó con los ojos secos, pero ni bien vio a su padre, se echó a llorar.

—¡Cami! —exclamó él ante la reacción de su hija, y se acercó para abrazarla. Llegó a rodearla por los hombros, pero Camila se apartó y entró al departamento.

Como cada vez que se veían, Julián le ofreció leche chocolatada y galletitas, pero Camila se negó a recibir sus atenciones. Sin hacerle caso, Julián le dejó las galletitas y un vaso de jugo antes de sentarse frente a ella,

por si después se arrepentía.

—¿Me vas a contar qué te pasa? —le pidió.

No soportaba verla llorar, solo deseaba hacerla sonreír. La hubiera protegido de todo y de todos si eso le aseguraba que jamás derramaría una sola lágrima. Sin embargo, tal como Natalia le había dicho, no podía evitar que cometiera errores, y tampoco podía impedir sus sufrimientos. Después de todo, el dolor ayudaba a madurar y formaba parte de crecer.

Camila alzó la mirada húmeda buscando sus ojos.

—Papá... ella te está mintiendo —dejó escapar.

Julián frunció el ceño, no entendía de qué le hablaba su hija, pero algo en su corazón se lo gritaba.

—No entiendo —dejó escapar.

—¡Anoche estabas en un restaurante con... mi profesora! —exclamó Camila, tratando de controlarse.

Tal como Julián había imaginado, la vida se volvía en su contra y le impedía llevar a cabo sus planes. Después de haber tratado de evitar el shock a Camila, ella acababa enterándose de la noticia del peor modo posible. No solo tendría que asimilar que él tenía una nueva pareja, sino además que era su profesora, y ni siquiera había podido preparar el ambiente para que fuera propicio para eso.

—Seguro no te diste cuenta, pero estabas con ella en el restaurante ese que está en la esquina de... —quiso continuar ella.

—Claro que me di cuenta, Cami, no estaba ebrio —la interrumpió él. Trataría de evitarle futuras desilusiones, no quería que continuara albergando ideas que lo vincularan con Sabrina, y los dos sabían muy bien que Camila estaba tratando de ocultar el sol con un dedo.

Los bellos ojos de Camila se abrieron tanto que le ardieron.

—Entonces vos sabías que estabas con ella —susurró decepcionada—. No entiendo... —siguió murmurando, cabizbaja—. No entiendo qué le ves a una...

—A una persona que a vos no te corresponde juzgar —la interrumpió su padre—. No voy a permitir que hables mal de ella.

—¡Pero es una estúpida! —bramó Camila, cada vez más enojada.

—Cerraré la boca a tiempo —la regañó Julián en voz muy baja—. Vos la conocés como profesora y la juzgás porque tus compañeros se burlan de cualquier adulto que quiera imponerles un límite o porque te pone una mala nota cuando no sabés nada y respondés pavadas en una prueba. Eso no hace estúpido a alguien, lo hace un adulto cumpliendo con su trabajo.

—¡La defendés! —gritó Camila—. ¡La preferís antes que a mí, que soy tu hija!

—No se puede hablar en estos términos —negó Julián, respaldándose en la silla.

—No quiero que salgas con ella, es mi profesora —determinó Camila en respuesta.

—Parte de ser adulto es poder hacer lo que uno quiera, así que no me importa lo que quieras vos. No la voy a dejar por un capricho tuyo —replicó él.

—¡No te importa arruinarme la vida! —gritó entonces su hija. Se sentía cada vez más decepcionada por su padre—. No te importa herirme a mí, a Tomás y a mamá.

—Yo no estoy hiriendo a nadie —continuó Julián, siempre con voz serena y segura.

—¡Mamá te ama y vos le pagás de esta manera! —defendió Camila, llorando.

—Tu madre no me ama, Camila.

—¿Y vos cómo sabés? ¡Mamá te está esperando! —insistió.

—No, tu mamá no me está esperando. Sos vos la que espera que nosotros volvamos a estar juntos, y por tu bien tenés que aceptar que eso jamás va a suceder. No va a pasar, Camila.

—¿Por qué?! —gritó ella, desesperada—. ¿Por qué nos abandonaste?

—Yo no los abandoné.

—¿Entonces por qué te fuiste de casa?

—Ya hablamos de eso y no habrá otra respuesta que no sea la que ya te di: no te corresponde saber los pormenores de mi relación con tu mamá porque somos adultos, y esas cosas no incumben a los chicos. Es nuestra intimidad, y deberías respetarla como yo intento respetar la tuya. Se me

ocurre que quizás podrías volver a la psicóloga, eso te hizo bien cuando tu mamá y yo nos divorciamos.

—¡No quiero ir a ninguna parte! —expresó ella con un nuevo ataque de llanto—. No podés ser tan malo, nadie me quiere por culpa tuya. ¡Lucas me dejó porque vos salís con esa! ¡Me peleé con todas mis amigas y ahora estoy sola!

—¿Te dejó? —preguntó Julián. Su hija se mantuvo en silencio—. ¿Lucas te dejó? —repitió. Camila asintió, cabizbaja.

—Sí, porque salís con la de Literatura —defendió.

—¡Vamos! —rió Julián en respuesta—. ¡No te dejó por eso! Y vos lo sabés.

De pronto, Camila dejó de llorar. Se mostró fuerte y segura.

—Quiero que la dejes —determinó.

—Eso no va a pasar —replicó Julián.

—¡Pero necesito que la dejes! —gritó ella, al borde de las lágrimas de nuevo. Su padre, en cambio, se mostró más templado que nunca.

—Camila, podés pasar la vida fundando tu felicidad sobre la infelicidad ajena, pero eso solo te va a hacer infeliz. ¿Sabés por qué? Porque los demás nunca van a hacer lo que nosotros queremos. Entonces, si nos pasamos la vida esperando que los otros hagan cosas que nunca vamos a obtener, siempre vamos a quedar decepcionados. Tu felicidad solo depende de vos.

Como por obra de un milagro, Camila dejó de llorar y de discutir. Con sus palabras, Julián se refería a que debía aceptar la realidad y fundar su felicidad fuera de la fantasía, pero su hija no lo entendió así. Camila rescató como enseñanza lo que ya tenía planeado: luchar para que las cosas fueran como ella deseaba y no como su padre dispusiera. Porque estaba segura de que había una felicidad que los abarcaba a todos como familia: que sus padres volvieran a estar juntos.

Capítulo 20

El lunes, la escuela se convirtió en un torbellino.

—¡Kari! —gritó una chica. Corría hacia su compañera de curso mientras reía haciendo escándalo—. ¡No sabes lo que pasó! Descubrieron que la de Literatura sale con el padre de Camila Aráoz Viera.

No pasaron diez minutos, que Karina también hablaba con alguien.

—¡Pablo, no sabés! ¿Viste Camila de cuarto B? —Pablo asintió con la cabeza. Sus amigos, formados en círculo alrededor de él, también se pusieron a escuchar—. ¡El padre sale con Natalia Escalante!

—¡Pero si es un viejo!

—Tiene cuarenta —aportó uno de los chicos.

—No, boludo, tiene como sesenta —lo corrigió otro.

—¿Natalia Escalante? —preguntó Pablo.

—El padre de Camila Aráoz Viera —aclaró el que había corregido al primero en acotar.

Cuando Natalia entró a sexto B, despertó risas y conversaciones susurradas. Julián ya le había avisado por teléfono que Camila los había visto en el restaurante, por lo tanto esperaba que también lo supieran otros alumnos. Si algo no había supuesto, era que despertaría burlas. No entendía por qué los chicos se sentían con derecho a juzgar su vida privada solo porque era su profesora.

—Vamos a hablar de La Malasangre —indicó.

Un alumno estornudó, y los demás rieron. Se hacía evidente que había

murmurado algo mientras fingía el estornudo. El chico volvió a hacer lo mismo, y Natalia podía jurar que entre dientes había dicho «loca».

—¿Necesita pañuelo, Ledesma? —le preguntó en voz muy alta. No obtuvo respuesta, pero acabó con las bromas, y eso era todo lo que le interesaba.

En cuarto B, el ambiente fue peor. Los chicos la miraban, se susurraban cosas al oído, aguantaban risitas. Solo Camila la observaba cruzada de brazos, con los ojos entrecerrados y la expresión de una asesina.

—Vamos a hablar de Romeo y Julieta —indicó Natalia sin prestar atención a nada, y comenzó con su clase.

Media hora después, había dado una actividad y recorría los bancos para controlar que los alumnos la estuvieran haciendo.

—¿Qué le vio tu papá? —susurró una compañera al oído de Camila mientras observaba a Natalia, que estaba inclinada sobre un banco para ayudar a alguien a resolver un punto.

—Debe ser medio tonto para no darse cuenta de que es una tonta —agregó otra chica en broma. Camila giró el cuello hacia ella y la miró, iracunda.

—Mi papá es el hombre más inteligente del mundo —defendió. Que ella pensara miles de cosas horribles acerca de su padre no daba derecho a las demás a hacer lo mismo. Defendería a su padre con uñas y dientes.

Luna, que se sentaba con ella, también se dio la vuelta.

—Basta, Estefi —dijo a la de atrás. Pero la que acababa de hablar, siguió:

—Será muy inteligente, pero no sabe Matemática. De veintiocho a cuarenta y siete hay... —fingió que calculaba.

Natalia se enteró de que en la otra punta del salón ocurría un problema cuando oyó que una silla se arrastraba hasta caer al piso. Se dio la vuelta de inmediato, y alcanzó a ver a Camila Aráoz Viera empujando a Estefanía González al tiempo que le gritaba un insulto. La otra cayó y se quejó de que su compañera la había agredido.

Natalia corrió hacia ellas. Cuando llegó, Estefanía González ya se había puesto de pie y Camila temblaba de ira.

—¡Me pegó! —reclamó la afectada acusando a Camila. Ella, en cambio,

se dirigió a Natalia.

—¡Es tu culpa! —gritó—. ¡Todo es tu culpa!

Natalia inspiró profundo, pensaba que quizás así podría resolver la situación para bien de todos, aunque solo se hallara confundida y apenada. No podía permitir semejante conducta en Camila, pero a la vez sabía que Estefanía tenía que haberla provocado.

—A dirección —ordenó a Camila, sin pensar en nada más que en que era su alumna y había maltratado a una compañera.

No podía evitar llamarle la atención solo porque era la hija de Julián o porque estaba segura de que se había peleado con su compañera por la situación personal que estaba viviendo.

Estefanía hizo un gesto de triunfo, pero su profesora se lo arrebató de la cara al seguir hablando.

—Y vos también —decretó.

—¿Yo? —se ofendió Estefanía—. ¿Por qué?

—A dirección —repitió Natalia, y esperó a que ambas chicas se encaminaran a la puerta para seguirlas. Desde la entrada del salón las observó bajar la escalera a prudente distancia la una de la otra.

El lunes pasó sin otros sobresaltos. Ambas adolescentes regresaron al aula quince minutos después de su pelea y las dos se sumieron en sus actividades.

El martes, Natalia dio clases como cualquier otro día. Sin embargo, todavía se preguntaba si debía contar a Julián lo ocurrido con su hija. Habían acordado no mezclar vida laboral y vida privada, pero lo ocurrido de alguna manera los obligaba a rever esa decisión.

A la hora de irse, pasó por la sala de profesores para dejar su carpeta de calificaciones, y allí la detuvo la directora.

—Natalia, la representante legal necesita hablar con vos —le anunció—. ¿Podes pasar por su oficina?

Natalia no pensó en lo que ocurriría. Abrazó la carpeta que llevaba desde que había abandonado el viejo portafolio, y se encaminó por el largo pasillo de administración. Era una zona tranquila del colegio donde no había alumnos, solo algunas mesas con plantas y varias puertas que correspondían a oficinas de las monjas. La representante legal era laica, pero llevaba tantos

años allí que podía confundírsela con parte de la escuela.

Golpeó a la puerta y recibió como respuesta un «adelante» un tanto rudo. Entró pidiendo permiso y desde que se sentó, notó la mirada acusatoria de la mujer.

—Natalia —comenzó la señora—. Nos llegó una información que no podemos pasar por alto. Sin embargo, ni bien lo escuché, me pareció que no podían estar hablando de vos, es decir, ni bien lo supe, pensé: ¿cómo se me escapó esto de Natalia, una profesora intachable? No lo podía creer.

En ese momento, Natalia supo lo que seguía, pero se mantuvo en silencio. No quería responder, no entendía por qué tenía que dar explicaciones a todo el mundo, y hasta se estaba hartando de hacerlo.

—Me dijeron que tenés una relación con el padre de una alumna —continuó la mujer ante la falta de reacción de su profesora—, un hombre mucho mayor que vos, y te imaginarás que bajo ningún aspecto podemos aprobar semejante situación.

Las cejas de Natalia se alzaron en gesto de sorpresa. ¿«Semejante situación»? ¡Ni que estuviera saliendo con un alumno!

—Siento que estás perdiendo el rumbo, que te estás apartando del camino que Dios te tiene preparado —siguió explicando la mujer, ya que Natalia continuaba enmudecida—. Y no solo lo digo por el tema de este padre —continuó—. Desde hace un tiempo, además, notamos que tu forma de ser cambió por completo.

En ese punto, Natalia ya no calló. La sorpresa del principio dio paso a una furia incontenible que le brotó desde lo más profundo.

—¿Porque ya no trabajo de más ni me ocupo de cosas que no me corresponden? —lanzó acompañando sus palabras con una sonrisa irónica.

—Es suficiente ver cómo te estás vistiendo, el corte de pelo o el color con el que te pintas las uñas —replicó la mujer con voz condenatoria.

Natalia bajó la mirada al instante. Observó sus uñas en tono lila y el jumper gris que llevaba puesto. Debajo tenía una camisa violeta, y en las piernas, medias gruesas al tono. Reconoció que se trataba de un atuendo peculiar, pero jamás fuera de lugar para un colegio. Resultaba evidente que el problema allí no eran la ropa, el cabello, ni las uñas, sino la belleza y lo

segura de sí misma que se sintiera. Entonces sonrió.

—No veo cuál es el problema con mi apariencia —dijo.

—¿En serio no ves el problema? —replicó la mujer con tono de incredulidad—. Esto es una escuela, no un desfile de modas. No queremos que los profesores se preocupen por cosas superficiales, eso hace que desatiendan su espíritu.

Natalia volvió a sonreír con infinito placer. Cuanto más viento en contra le imponían, mayor era su rebeldía y el deseo de oponerse a todo.

—No se preocupe, mi espíritu está mejor atendido que nunca, porque este es un cambio que parte de adentro hacia afuera —replicó muy segura—. Me siento bien conmigo misma. Cuando una se siente linda, es más feliz, y la felicidad nos hace ser mejores en todo, incluso en el trabajo.

La mujer la miró con expresión de burla. Se hacía evidente que se sentía superior a Natalia, como si ella portara una verdad absoluta y su profesora no fuera más que una pobre ingenua en espera de que le abrieran los ojos.

—¿Escuchás lo que estás diciendo? —interrogó—. Esas son mentiras que venden los libros de autoayuda, la única felicidad está en el Señor.

—¿Será entonces que la religión quiere personas que se sientan feas e inseguras para dominarlas mejor? —dejó escapar Natalia, y la boca de la representante legal se abrió como una enorme O.

—Voy a tomar esa blasfemia como si no supieras lo que decís. ¿Lo conociste en la escuela? —interrogó, casi con desesperación—. ¿Saben otros padres que ustedes están juntos?

Natalia volvió a reír, pero de incredulidad.

—Yo no tengo por qué confesarme con usted como si fuera un cura —replicó—. No tengo por qué contarle dónde lo conocí ni cómo me hace el amor, porque a mí no me importa cómo le hace el amor su marido a usted, si es que tiene uno. Así que, por favor, no me interrogue acerca de mi vida privada.

—Tu vida privada afecta a esta institución, y si hay problemas a raíz de lo que se vivió ayer con Camila Aráoz Viera, o cualquier otro inconveniente, tendremos con vos otro tipo de conversación.

—Conversemos todas las veces que quiera —contestó Natalia, sin temor

a represalias—. Si quiere, también puede despedirme y pagarme una indemnización. Con esa plata, correría a comprarme más ropa, porque estoy segura de que conseguiré trabajo muy rápido; los que no encontrarán a otra como yo tan fácilmente, van a ser ustedes. Soy buena en lo que hago, soy buena profesora, y eso es lo único que debería importarle a un colegio.

La mujer negó con la cabeza.

—De verdad no puedo creer todo esto de vos —se lamentó—. Sin dudas esto que estás haciendo no es lo que Dios quiere que hagas.

Natalia se puso de pie y apoyó los puños sobre el escritorio.

—Si esto no es lo que Dios quiere para mí, entonces deje que Él me juzgue sin intermediarios —replicó—. Ahora, si me disculpa, no tengo más tiempo que perder. Buenas tardes.

Sin atender más reclamos, giró sobre los talones y salió de la habitación con una sola necesidad: ver a Julián. No podía hablar con su madre acerca de los planteos que le habían hecho en el colegio porque se pondría de parte de ellos y acabaría presionándola también. En ese momento, necesitaba estar con alguien que la apoyara en sus decisiones y que le diera fuerzas para seguir actuando por sí misma.

Él no respondió el primer llamado. El segundo, en cambio, lo atendió muy rápido, pero con una voz que no parecía suya. Aunque Natalia se dio cuenta de que algo no estaba bien, le preguntó si estaba libre para almorzar. Tal como esperaba, Julián le dijo que no con pesar.

—Estoy en medio de un problema de la fábrica que me va a llevar horas —le explicó—. Perdoname.

—Está bien —aceptó Natalia sin demasiadas vueltas—. Mi más sentido pésame.

Aunque no tenía ánimos de hacerlo, Julián rió.

Natalia acabó en casa, comiendo un sándwich y pensando en todo lo que había sucedido desde que la gente sabía de su vínculo con Julián. Parecía increíble, pero cada vez que alguien se oponía a su relación, ella cobraba más fuerzas para seguir adelante. Las negativas de la gente funcionaban como un motor que aceleraba sus impulsos; sin embargo, sola con su inconsciente, no podía negar que todavía sentía miedo, sobre todo de sí misma.

Su madre llegó antes de que acabara su rápido almuerzo. Se puso a acomodar cosas sobre la mesada y se fingió atenta a ello, pero Natalia sabía que Liliana la estaba observando con la colilla del ojo.

—¿Ya decidiste qué vas a hacer con ese hombre? —soltó la mujer de pronto. Natalia la miró con el ceño fruncido, pensando en responder una buena cantidad de barbaridades. Sí, claro que ya decidí lo que voy a hacer con él: chupársela hasta dejarlo inconsciente, imaginó. Pero, por supuesto, no lo dijo. A cambio se encogió de hombros.

—No tengo nada que decidir —respondió.

—Ajá. No tenés nada que decidir —repitió Liliana—. No te importa ser la mujer que rompa una familia como rompieron la tuya.

Natalia suspiró, se puso de pie sin acabar el vaso de gaseosa y se encerró en su cuarto. Corrigió exámenes y tareas de sus alumnos hasta las ocho de la noche, hora en la que se dio una ducha. Al regresar a su cuarto, encontró en su teléfono celular una llamada perdida de Julián que devolvió enseguida. Cuando él respondió, otra vez no parecía su voz.

—¿Estás enfermo? —le preguntó Natalia, preocupada. Lo oyó suspirar.

—Supongo que sería mejor una enfermedad —replicó él—. Una curable —agregó. Natalia rió involuntariamente—. Necesito verte. ¿Nos vemos?

Media hora después, cenaban en el comedor del departamento de Julián, pero él no parecía el mismo. Lucía agotado y triste.

—¿Me vas a contar qué te pasa? —le preguntó Natalia. Se sentía incapaz de soltar una palabra acerca de su conversación con la representante legal de la escuela o de lo que había pasado entre Camila y su compañera sin saber antes qué tenía a Julián tan decaído.

—Estoy cansado —contestó él con honestidad. Ella pestañeó ante el silencio que siguió a la confesión; se hacía evidente que esperaba una explicación—. Estoy cansado de todo.

Algo se sacudió dentro de Natalia. Jamás había visto a Julián de mal humor, o a punto de bajar los brazos, y no sabía cómo actuar frente a eso. Se humedeció los labios y tomó aire antes de contestar. Esperaba dar con alguna palabra alentadora, pero era difícil de encontrar.

—¿Y qué disparó ese sentimiento? —acabó preguntando. Nada que

ayudara, pensó, y se maldijo por ser tan inútil cuando se trataba de contener a alguien. A Julián no pareció afectarle la pregunta, porque no esperaba otra contención que no fuera esa: interés genuino en lo que le pasaba.

—Hace un tiempo te conté parte de mis expectativas para Tamailén — explicó. Natalia asintió en silencio—. Invertí en máquinas de mayor envergadura para aumentar y mejorar la producción. Eran usadas, no podía darme el lujo de comprar maquinaria nueva. Las probé durante una semana antes de comprarlas, y funcionaban de maravillas —se hizo un nuevo silencio. Luego continuó—. Hoy pasé la tarde debajo de una, tratando de hacerla funcionar —Natalia suspiró, presintiendo la gravedad del problema. De todos modos, Julián se la hizo saber con todas las letras—. Fue una inversión muy grande, si esas máquinas no funcionan, podría decirse que llevé la fábrica a la quiebra.

—Eso no va a pasar —se apresuró a reponer ella.

—Llevé un negocio a la ruina una vez, puedo hacerlo dos, tres y hasta cien veces hasta que aprenda que no sirvo para esto.

Natalia no necesitó entender a qué se refería Julián para conmoverse. Le bastó con percibir la mezcla de emociones con las que él pronunciaba esas palabras. Allí se ocultaban resentimiento y enojo, pero por sobre todas las cosas, había un profundo dolor.

—No tiene por qué pasar otra vez —defendió—. Lo que te hace decaer es el miedo al fracaso.

—No puedo no sentirlo —se lamentó Julián, mirándola a los ojos. Los de él se habían oscurecido—. Cuando un hombre fracasa en un negocio, todo su mundo se derrumba.

Natalia dejó escapar una risa tan oscura como los ojos del hombre.

—Parece que estuviera escuchando a mi madre —lanzó—. No puedo creer que vos estés diciendo algo tan... machista.

—No es machismo, es experiencia —la contradijo él con serenidad—. Empecé a trabajar con mi padre a los quince años. Iba a la escuela por la mañana, y pasaba las tardes en la fábrica. A los dieciocho, cuando terminé la secundaria, empecé a hacer el reparto. Como te conté, mi padre quería que la empresa fuera familiar, por eso todos teníamos algo que hacer ahí: yo repartía

y mamá era su secretaria; luego Claudia se ocupó de tareas administrativas y por último se sumó mi hermano, Fabrizio, a hacer un poco de todo. Hasta los empleados eran como parientes, recibíamos el Año Nuevo juntos, todos en la fábrica, ellos con sus familias, y nosotros. No nos faltaba nada; éramos felices, tuve la mejor infancia y adolescencia del mundo. Después conocí a Sabrina, me casé, tuvimos hijos... Hasta que cumplí cuarenta años. Entonces, la vida perfecta me pareció que no era nada: sentía que había pasado la mitad de mi existencia trabajando para mi padre en una fábrica estancada en el tiempo, y que no había conseguido nada por mí mismo. Hablé con mi padre para que me permitiera hacer crecer la fábrica, pero no me dejó. Era el hombre más bueno del mundo, pero también el más terco, como muchos europeos inmigrantes. Finalmente, decidí seguir mi propio camino, e invertí los ahorros familiares en una distribuidora —sonrió cabizbajo—. Sabrina quería que con ese dinero hiciéramos un viaje al Caribe los cuatro, y yo le prometí que con la distribuidora nos iba a ir tan bien que la iba a llevar más lejos. Tenía mucha confianza en mí mismo, y mi padre me apoyó en lo que yo quería, pero ella no confiaba en mí, o eso sentí yo, porque todo el tiempo trató de disuadirme de la idea de dejar de trabajar para Tamailén. Tuvo razón. Pude mantener mi negocio unos dos años, hasta que acabé en la ruina. No habría Caribe, ni mucho menos ese sitio más lejos que le había prometido. Casi no hubo siquiera escuela privada para mis hijos, ni casa tan grande, ni auto tan lindo. Entonces vinieron los problemas: Sabrina había perdido su admiración por mí, yo me convertí en un perdedor, en un fracasado que a los cuarenta y cuatro años tenía que volver a repartir alfajores para la fábrica de su padre —volvió a sonreír con melancolía—. ¿Sabes lo que significa para un hombre que está en la mitad de su vida volver a los quince años? Que su mujer le diga que es un inútil, ¡sentir que no puede darle nada! Poco después, estábamos divorciados. Es verdad que la relación había ido en picada desde hacía varios años, pero mi fracaso aceleró el proceso.

—No lo llares así —intervino Natalia. Julián por fin la miró, alertado por su tono de voz.

—¿Por qué estás llorando?! —exclamó al notar las lágrimas que rodaban por las mejillas femeninas.

—No lo lames tu fracaso, no lo fue; fue algo que tenía que pasar, porque le pasa a mucha gente.

—¿Te das cuenta? —se molestó él—. Lloras porque ahora te doy lástima.

—Lloro porque si tu negocio fracasara de nuevo, pensarías que decaíste ante mis ojos —replicó ella—. Sentirías que te miro pensando que no sos más que un inútil y un fracasado, y entonces me dejarías. Lo peor es que jamás te darías cuenta de que estabas equivocado. Si supieras lo que yo pienso de vos, el modo en que te miro... Mis ojos no saben transmitirlo, porque soy fría y vergonzosa, pero mi alma te mira de una manera en la que vos jamás te mirarías, porque cuando te ves, solo ves un inútil y un fracasado.

Julián pestañeó varias veces, tratando de controlar sus emociones.

—Veo a alguien tapado de problemas y lleno de miedo al fracaso —confesó.

—Lo sos —replicó ella, inclinándose hacia él para acariciarle una mejilla. Sus ojos quedaron atrapados en su mirada—. Pero aun así, y todavía no sé cómo ni por qué, para mí sos como una fantasía. ¿Qué valor tiene cuando se ama lo perfecto? Eso es fácil, lo verdaderamente valioso es amar lo imperfecto. Quererte a vos, con tus miles de problemas, y tu miedo al fracaso, y tu pasado. Que vos me quieras a mí, con mi incapacidad para demostrar mis sentimientos, con mis complejos y mis estados de ánimo ciclotímicos. Eso es la perfección.

Julián alzó las manos y rodeó el rostro de Natalia con ellas. Se llevó sus lágrimas con los pulgares y la humedad con sus labios al darle un beso cerca de la boca.

—No hay manera de que no esté enamorado de vos —pronunció con la mirada intensa y la voz transformada por el cariño.

Cuando estaba con Natalia, se sentía tan completo y feliz, que los muros parecían desaparecer. Quizás por primera vez en la vida se sentía aceptado y comprendido por una mujer que estaba a su lado por lo que él podía dar y no por lo que esperaba recibir, o tal vez él daba por naturaleza lo que ella necesitaba obtener.

Natalia se aproximó a sus labios y los rozó con los de ella. Su respiración se suspendía cada vez que lo tenía cerca, y acababa cuando él comenzaba a

besarla, siempre de esa manera suave e intensa que le despertaba cosquillas en la parte más íntima de su cuerpo. Se entregó a la lengua que dibujó garabatos lentos en su boca y dibujó también ella.

«Esa relación no tiene ningún sentido», «ese no es el hombre para vos», «cuando vos tengas mi edad, él ya va a estar muerto», le había dicho su madre. Ese último recuerdo la hizo llorar otra vez.

—Nati —le habló Julián sin dejar de acariciarle las mejillas, presintiendo que ella se había apartado del momento.

—Mi madre y la representante legal del colegio me volvieron loca —se quejó—. Te juro que todo lo que conseguían era hacerme un poco más rebelde contra sus exigencias, pero hay algo que mi madre dijo, y creo que es en lo único que tiene razón —volvió a llorar—. ¡Y es que no quiero perderte!

Julián frunció el ceño y sonrió, perdido en la conversación.

—No entiendo por qué podrías... «perderme» —no le agradaba el término, pero tuvo que repetir lo que había dicho ella.

—Tenemos veinte años de desventaja —aclaró Natalia, haciendo de la muerte un eufemismo. En lugar de entristecerse, Julián rió como jamás pensó que podría hacerlo en un día tan difícil.

—¿Por qué te preocupas por algo que puede pasar de acá a treinta años? —preguntó en respuesta—. Además, te prometo que para el día en que me muera, te voy a tener tan harta que todo lo que desearás es verme muerto.

Todavía con lágrimas en los ojos y los labios temblorosos, Natalia también rio.

—¡No seas tonto! —exclamó golpeándole el brazo.

Julián siguió riendo mientras la abrazaba por la cintura y se llevaba con un beso las lágrimas que habían alcanzado su boca.

—Yo te voy a mostrar lo que es la muerte —le prometió alzándola en el aire. Y con el mismo movimiento rápido y suave, la sentó sobre una zona libre de la mesa.

Natalia abrió las piernas y atrajo con el pie a Julián para que se acercara a ella. Él chocó contra su pelvis cubierta por la ropa interior, y casi al mismo tiempo se inclinó hacia adelante en busca de los labios que lo esperaban entreabiertos. Natalia aceptó el nuevo beso rodeándole el cuello con los

brazos y apretando su cabeza para que se hundiera dentro de su boca, donde podría hallar la paz que tanto había estado buscando.

No iba a renunciar a Julián por nada. Cuanto más se oponían a su relación, más se nutría su ánimo de continuarla y más crecía su admiración por el hombre que amaba. Manifestó esa sed de permanecer a su lado acariciándole los brazos por sobre la camisa, una y otra vez, de arriba hacia abajo y viceversa, hasta que el roce con la tela le hizo arder las manos. Entonces los dedos se escurrieron hacia los botones y comenzaron a desabrocharlos, mientras los ojos esperaban ver lo que allí se escondía.

Detuvo sus movimientos cuando sus pezones respondieron ante un estímulo brusco. Julián le removía los pechos por sobre la tela del jumper, y la imagen le resultó tan tentadora, que alzó los brazos para que le quitara la ropa. Pero él quería dejársela puesta para admirar el modo en que se ceñía a sus curvas y lo bien que le sentaba en el cuerpo.

—Me encanta tu ropa —confesó admirándola, y Natalia volvió a sentirse hermosa. Segura de sí misma, deseosa de dar y recibir placer.

Julián la rodeó con un brazo y le aflojó el cierre del jumper. Luego introdujo la mano dentro de la blusa y extrajo un pecho que se quedó mirando. Natalia bajó la cabeza y se observó semidesnuda. La contemplación de su pecho al descubierto le reseco los labios, y el deseo se acrecentó cuando Julián se inclinó hacia adelante y le atrapó el pezón con los labios.

Ella elevó la cadera, víctima de una sensación que le hacía temblar el cuerpo. Apoyó los pies en las sillas y continuó alzándose hasta chocar con el vientre del hombre, y luego dejándose caer. Apretó la cara de Julián contra su piel mientras la lengua y los labios continuaban estremeciéndola. Lo besó en la frente y bajó las manos con prisa hacia su camisa; necesitaba deshacerse de ella de una vez. La arrancó de dentro del pantalón y solo lamentó haber decidido quitársela porque él tuvo que abandonar el beso que daba a su pezón para que pudiera salir.

Tan rápido como la primera prenda se apartó de su cuerpo, él se abrió el pantalón, que cayó y se acumuló en sus rodillas. Lo mismo hizo con su bóxer, y pretendió hacerlo con la ropa interior de Natalia, pero en ese momento, ella se acordó de algo que había olvidado por completo.

—¡No puedo! —exclamó—. Todavía estoy... estoy un poco...

—Estás un poco excitada —la interrumpió Julián con la mirada perspicaz. Mientras tanto, sin dejar de mirarla, iba bajando su ropa despacio—. Muy excitada —repuso al oírla jadear. Sabía que Natalia imaginaba lo que seguía, y que la proximidad de una fantasía hecha realidad consumía su conciencia.

Evitó mirar hacia abajo mientras desnudaba su intimidad para no ponerla incómoda, y una vez que logró dejar la ropa interior colgando de uno de sus pies, la tomó de las nalgas para acercarla al borde de la mesa. El pecho libre se agitó con el movimiento y atrajo la atención de Julián por un instante, pero él pronto volvió a los ojos de Natalia. Era hermoso mirarla mientras lo deseaba y se debatía entre la realidad y el sueño.

Llevó una mano a su cabello y lo jaló hacia atrás, inclinándole la cabeza hacia la espalda. Le besó el mentón y luego el cuello, donde su respiración dejó estelas de calor y sensibilizó la piel. Natalia se aferró más a sus hombros, buscaba tomar contacto con su miembro, lo cual no consiguió hasta que él dio un paso adelante y se lo ofreció por completo. Sin embargo, no entró en ella, solo la rozó, y Natalia siguió buscando sus íntimas caricias moviéndose contra él. Julián le besó el cuello y después subió hasta la mejilla. Natalia giró la cabeza bruscamente e introdujo la lengua en su boca. Los labios se encontraron, las respiraciones se agitaron, y del mismo modo en que la lengua de Julián entraba en la boca de Natalia para jugar con su conciencia, su pene invadió la cavidad femenina a un ritmo lento y tortuoso que contrastaba con la intensidad del beso.

Comenzó entrando y saliendo despacio, dejándola en el vacío cuando se alejaba y llena de sueños cuando volvía a unirse a ella.

—¿Entendés por qué esto se parece a la muerte? —le preguntó agitado, introduciendo el dedo índice en su boca mientras le rozaba los labios con el pulgar. La lengua de Natalia le rozó el dedo mientras sus ojos se consumían en deseo. Liberó su boca para oír la respuesta.

—Porque es el paraíso —replicó Natalia, moviéndose contra él.

«Tenés una relación con el padre de una alumna», «bajo ningún aspecto podemos aprobar semejante situación», «no te importa ser la mujer que rompa una familia como rompieron la tuya», recordó. Y eso la hizo agitarse

convulsivamente, mucho más rápido, presa de las sensaciones más fuertes que jamás había atravesado.

—¡Te amo! —gritó, jadeando. Cuanto la gente más se oponía a su relación, más amaba a Julián. Ellos eran su alimento.

—Te amo —susurró él contra su mentón antes de besarlo.

La voz de Natalia, su respiración y sus gemidos lo excitaban. Tocarla lo enloquecía; besarla lo llenaba por dentro. Deslizó los labios por sus mejillas, embistiéndola con tanta energía que la mesa se movía al mismo ritmo que ellos.

Cógeme, pensó Natalia con lujuria. Cógeme...

—Cógeme —dejó escapar. Y descubrió que le gustaba, que con la palabra a él lo excitaba todavía más, pero también se encendía ella misma.

Tomó el rostro de Julián entre las manos y pegó su frente a la de él. Julián abrió los ojos y el marrón de su mirada se prendó del marrón de ella, conjugándose ambos en una extraña combinación de amor y placer.

Sus cuerpos se convulsionaron con el orgasmo, pero jamás dejaron de observarse. El éxtasis duró un momento, y luego, poco a poco, los fue invadiendo una grata sensación de plenitud. Los párpados de Julián se entrecerraron, y Natalia naufragó en sus pupilas inundadas de satisfacción. Todavía con él adentro, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó en la boca. Parecía que todo volvía a empezar, y todavía ni siquiera había acabado. Unos instantes después, volvieron a abrir los ojos, pero sin despegar los labios, y se miraron mientras se respiraban. Julián sonrió y le apartó el cabello que le cubría un ojo.

—Sos hermosa —le recordó, y aunque ella se mordió el labio avergonzada, no discutió la teoría.

La voz del hombre era tan intensa que le llenó el estómago de cosquillas. Jamás había experimentado algo tan profundo como el sentimiento que la aquejaba en ese momento: una especie de miedo a no saber continuar sin Julián. Sentía que su alma se elevaba con él y que no podría vivir sin esa sensación.

—No te dejé cenar —murmuró Julián cabizbajo.

—Solo tengo hambre de vos —respondió Natalia buscando su mirada, la

que él le entregó junto con un nuevo beso. Pretendía que ambos se distrajeran mientras sus cuerpos se separaban, para sentir menos la falta.

Media hora después, estaban en la cama, mirándose a los ojos gracias a la luz de la lámpara. Julián estiró un brazo y volvió a apartar el cabello del ojo de Natalia. Después se quedó acariciándole una mejilla mientras ella hacía lo mismo con la suya.

—Gracias —le dijo él, dejando entrever una sonrisa.

Su humor había cambiado por completo: Natalia había conseguido que, de hallarse temeroso y frustrado, se sintiera seguro de sí mismo y con energías renovadas para superar cualquier adversidad. Por ese motivo, Natalia no se atrevió a contarle lo que había ocurrido con Camila. Esperaba que el suceso no trajera consecuencias, que pasara inadvertido para todos. Sin embargo, no fue así.

El miércoles, la directora la apartó de los demás profesores en el recreo.

—Natalia, acabo de atender a la mamá de Estefanía González —le comentó—. Estaba muy enojada por lo que pasó con Camila Aráoz Viera, así que no vamos a poder dejar el tema en la nada. Estoy a punto de poner una nota en el cuaderno de Camila para que el viernes se presenten sus padres —sonrió, y Natalia leyó falsedad y triunfo en esa sonrisa—. Los dos —aclaró—. Y quiero que vos estés presente, ya que el problema ocurrió en tu hora.

El pecho de Natalia ardió. Hija de puta, vieja hija de puta, pensó.

—No hay problema —replicó, también sonriente—. Voy a tomar algo antes de que se termine el recreo —agregó para escapar. Y lo consiguió.

Las horas restantes, se debatió entre avisar a Julián lo que sucedería o no. Concluyó en que debía advertirle que tendrían que enfrentarse cara a cara con su ex mujer, y quizás también con Camila.

Lo llamó por teléfono después del mediodía. Él la atendió debajo de la máquina que todavía no había podido reparar, ni siquiera con ayuda del técnico.

—Tenía que llamarte —le dijo él—, pero todavía no había podido hacerlo. Hace media hora me avisó Sabrina que el viernes tenemos que presentarnos los dos en el colegio. No quería que nos vieses y pensaras que...

—Ya lo sabía —lo interrumpió Natalia, temerosa del modo en que él

podiera reaccionar cuando se enterase de que ella no le había contado el problema antes—. Es porque el lunes en mi hora de clase, Camila se peleó con una compañera. Quieren que yo también esté en la reunión del viernes, y sé que lo están haciendo a propósito.

Los dos se quedaron callados. Natalia pensó que Julián se había enojado, por eso los segundos de silencio se le hicieron eternos.

—¿Y vos cómo te sentís respecto de eso? —oyó en lugar de un reclamo, y eso la estremeció. Julián se preocupaba por ella y no porque debía haberle advertido del problema antes.

—Me siento muy mal —confesó Natalia, apenada—. Camila se peleó con esa compañera por nosotros. No quiero enfrentarme a tu ex mujer, no quiero que se arme un escándalo donde yo parezca la puta que le robó a su marido y que...

—¡Eh! —intervino Julián de pronto—. Nadie va a pensar eso. Primero, porque no sos eso que acabás de decir. Segundo, porque yo no soy su marido. Por último, Sabrina no sabe que estamos juntos.

—¿Pensás que Camila no se lo dijo? —interrogó Natalia. No creía en la posibilidad de que la ex de Julián no estuviera al tanto de la situación.

—Estoy seguro de que no se lo dijo —replicó él—. Camila piensa que su madre y yo tenemos que recomponer nuestro matrimonio, por eso sé que no le diría nada que pudiera separarnos todavía más de lo que estamos.

Natalia enarcó las cejas. Era peor el remedio que la enfermedad: si Camila pensaba que sus padres tenían que estar juntos, estaba bastante arruinada.

—Voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para que atravesemos la situación del modo más profesional posible —siguió hablando él, preocupado por ella—. Tal como hicimos la otra vez, ¿te acordás? —Natalia se mantuvo en silencio—. Vamos, Nati, tenemos que poder con esto, en algún momento iba a pasar, pero para eso necesito que estés conmigo. ¿Estás conmigo?

Después de suspirar y meditar, Natalia acabó asintiendo.

Capítulo 21

Descargó sus temores escribiendo. Había escrito toda la semana, hojas y hojas de procesador de textos en los que plasmaba su interior lleno de amor, confusión y miedo. Por alguna razón se acordó de su pasado, y también lo redactó, como un flashback que justificaba el temor que Nadia sentía por el futuro y las relaciones estables. El origen de su ser reprimido, el boicot a todos sus vínculos con hombres y la dificultad para marcar diferencias entre sus deseos y los ajenos. Así consiguió llegar al viernes con algo de paz.

A las nueve y media acompañó a la directora al recibidor del colegio. Desde lejos divisó a Julián sentado junto a su mujer. Ella manipulaba su celular y lucía radiante, era bella y juvenil, muy parecida a su hija.

—Familia Aráoz —los nombró la directora para que notaran su llegada.

«Familia», resonó en la mente de Natalia, pero sabiendo que la mujer los llamaba así a propósito, su inconsciente erigió una barrera contra el término.

Julián fue el primero en ponerse de pie. A Sabrina le demandó un instante guardar el teléfono y dejar de sonreír al aparato para poner expresión severa ante las autoridades de la escuela. Natalia tembló por dentro; en su mente se agolpaban imágenes de esa mujer con Julián, cosas que jamás había visto, pero que suponía. Besos, palabras, caricias.

—Le presento a Natalia Escalante, la profesora de Literatura —indicó la directora dirigiéndose a Sabrina.

La mujer solo hizo un gesto con la cabeza como indicio de saludo, respetuoso, pero cortante. Se hacía evidente que no tenía idea de lo que

sucedía entre la profesora y su ex marido, pero eso no aportó serenidad a Natalia, sino más celos. Para su pesar, mientras se ubicaban en distintos asientos en la oficina, llegó la preceptora con Camila.

—Sentate, Camila —pidió la directora. Después agradeció a la celadora por haber conducido a la alumna hasta allí, y la chica se retiró.

Camila no entendía lo que pasaba, pero lo imaginó. Se sentó donde le indicaron y permaneció cabizbaja y en silencio mientras los adultos daban inicio a la conversación.

—Los citamos porque Camila tuvo el lunes una actitud sumamente inapropiada —comenzó la directora—. Ustedes saben que una de las metas de nuestra escuela es la convivencia armoniosa entre todos los miembros de la comunidad educativa, por ese motivo no podemos dejar pasar que una alumna, en este caso Camila, golpee e insulte a una compañera en medio de un salón de clases.

Sabrina rio.

—¿Está segura de que fue mi hija? —interrogó. Natalia alzó la cabeza de repente, alertada por el tono de voz de la mujer. Así que la ex de Julián era una de esas madres que defendían a sus hijos de lo indefendible y ponían en duda la autoridad escolar.

—Para eso quisimos que Camila presenciara esta reunión —respondió la directora—. Seguramente ella pueda explicarnos lo que pasó. ¿Es cierto lo que estamos diciendo, Camila? —interrogó a la alumna.

Camila alzó la mirada, pero solo hacia su padre, que hasta el momento se había mantenido en silencio.

—Sí —respondió.

—¿Y por qué hiciste eso? —siguió preguntando la directora.

Natalia tembló otra vez. Sabía para qué lo preguntaba, y no podía creer que estuviera utilizando la situación para influir psicológicamente en todo el mundo.

Camila bajó la mirada. Suspiró, confundida. No iba a decir la verdad, no la había dicho cuando le habían preguntado los motivos de la pelea el lunes, ni lo había hecho Estefanía, porque no le convenía, de modo que tampoco lo haría ella. Si la directora sabía de lo que Natalia Escalante estaba tratando de

hacer con su padre era por chismes de otros alumnos. Juzgó mejor que su madre no supiera lo que ocurría entre su padre y su profesora, porque estaba dispuesta a que pronto dejara de ocurrir. Miró a la directora y se mostró infantil, como creía que eran muchas de sus compañeras.

—Me dijo que Green Day no era una buena banda y que Justin Bieber era mejor —contestó—. ¿Qué sabe ella de música?

La directora fingió una sonrisa, pero todo lo que sentía era cólera porque su plan estaba fracasando.

—Me parece que el objetivo de esta reunión ya está cumplido —aprovechó a intervenir Julián—. Camila reconoció lo que hizo, vamos a conversar con ella para que jamás vuelva a hacer algo así, y estaré de acuerdo con la sanción que consideren necesario imponerle, según su acuerdo de convivencia.

—¡Claro que no! —se opuso Sabrina—. Mi hija tuvo razones para hacer lo que hizo y no aceptaré ninguna sanción para ella.

—No importa la razón, no puede insultar y golpear a una compañera; tiene que afrontar los resultados de sus acciones. Eso le va a enseñar que todo lo que hacemos en la vida tiene consecuencias —replicó Julián, y luego miró a la directora—. Por favor, sanciónela.

Sabrina negaba con la cabeza, y así la habilidad de la directora encontró un hueco para renacer.

—¿Por qué no dejamos la decisión en manos de Natalia, ya que el hecho ocurrió en su hora de clase? —propuso.

Natalia alzó la cabeza cuando percibió que todas las miradas se concentraban en ella. Maldita forma de ponerla en el aprieto más grande de la reunión: si no sancionaba a Camila, se opondría a Julián, y si la sancionaba, se enfrentaría a la madre y a la hija. De todos modos, aunque la sancionara para quedar bien con él, la directora le haría notar que acababa de actuar en contra de la hija de su novio, y buscaría el modo de hacerla quedar mal también por eso.

Tenía que apartarse de todo y regirse solo por sus ideas. Suspiró en el intento; ella jamás había creído en la pedagogía de premios y castigos, de modo que se obligó a ser ella misma, a descubrir sus deseos y relegar los de

otros.

—¿La sancionás, Natalia? —insistió la mujer, ante lo que Natalia respondió:

—No.

También quedaría mal por haber dado esa respuesta, lo sabía: la directora le diría que no había sancionado a la alumna porque sentía preferencia por ella, pero no le importó. Se sentía bien con lo que había respondido porque era su idea, y nada ni nadie había intervenido en su decisión. Si algo la atemorizaba era que Julián tomara a mal que no le diera la razón, pero eso no sucedió. Él no se entrometió en sus decisiones profesionales, y eso la tranquilizó.

—¿Ya terminamos? —preguntó Sabrina con gesto triunfal.

Muy a su pesar, la directora tuvo que asentir. Todos se pusieron de pie y salieron de la habitación.

—Mintió —susurró Natalia cuando Julián pasó a su lado. Se refería a Camila.

—Lo sé —replicó él sin detenerse.

Una vez fuera de la escuela, siguió a Sabrina hasta la esquina. Ella había vuelto a su teléfono celular.

—Si por lo menos pudiéramos hablar, evitaríamos contradecirnos delante de los chicos, pero últimamente perdimos toda capacidad de comunicación —le dijo por atrás, ya que se dio cuenta de que ella aceleraba el paso para evitarlo.

Sabrina se volvió y lo miró con la cabeza ladeada.

—Es que no me interesa hablar con vos —contestó.

—A mí tampoco me interesa hablar con vos —replicó Julián—. Lo único que me importa es que nuestros hijos no reciban dobles mensajes todo el tiempo y que vean que sus padres se pueden llevar bien, aunque no sean un matrimonio. ¿Podemos intentar eso?

—Mis hijos están muy bien —replicó Sabrina concentrando su atención otra vez en el celular, pero sin volverse de espaldas a su ex.

—No es verdad —contestó Julián.

Sabrina alzó la mirada hacia él. Esbozaba una sonrisa soberbia.

—Vos vivís en otra parte, ni siquiera los conocés, estás muy apartado de lo que piensan o sienten —atacó.

—Yo no lo siento así —contestó Julián. No podía creer que los mismos ojos que alguna vez lo habían observado con admiración y cariño, ahora solo le transmitieran desprecio. Para colmo, la mirada se completó con un suspiro que reflejaba agotamiento.

—¿Me pensás seguir hasta el auto? —devolvió Sabrina con sorna. Julián negó con la cabeza.

—¿Por qué me odiás? —preguntó. Ella rio.

—¡Por favor! —replicó—. ¿Cómo podés pensar que sos tan importante para mí como para que te odie?

—Nos divorciamos para llevarnos bien y lo conseguimos, no entiendo por qué desde hace un tiempo eso tuvo que cambiar —insistió él.

En ese momento, el teléfono de Sabrina sonó y ella respondió rápidamente.

—Perdoname, amor, estoy tratando de sacarme un pesado de encima —dijo al micrófono—. No, no hace falta que vengas, quédate tranquilo. ¿Estás en la audiencia? Ya voy.

En un primer momento, Julián solo pestañeó. Ni bien ella cortó la comunicación, se echó a reír. Comprendió todo tan rápido que no pudo creer que alguna vez se había casado con una mujer que porque tenía una nueva pareja pensaba que era una reina y que debía llevarse mal con su ex. Nada quedaba de la Sabrina que alguna vez lo había enamorado con su sonrisa honesta y sus palabras inteligentes. Parecía otra persona, la adolescente que tal vez no había sido y pretendía ser.

—Sabés que estoy trabajando para un estudio de abogados, ¿no? —interrogó ella sin tener en cuenta que él reía—. En este momento debería estar en una audiencia asistiendo al doctor, así que no puedo seguir perdiendo el tiempo con vos. Que te vaya bien.

Sabrina le dio la espalda y comenzó a caminar con seguridad arrolladora. Los tacos altos le hacían menear la cadera, que se avistaba estrecha por unos pantalones ajustados color uva. Era una mujer atractiva y bella, con una imagen social delicada y moderna, pero para él solo era la madre de sus hijos.

No estaba enamorado de ella ni añoraba el pasado que habían compartido; solo al principio, cuando apenas se habían separado, se había lamentado por lo que eso significaba: un nuevo fracaso.

No hizo esfuerzo alguno por detenerla. Ahora comprendía que ya no contaría con ella para aliviar la pena de sus hijos, de modo que debería idear otro plan.

Llegó tarde a la reunión con sus amigos, que lo esperaban bebiendo café en el bar. Esa semana había sido agotadora, y lo comentó: les explicó cómo había reparado la máquina que fallaba y les transmitió su necesidad de que no volviera a romperse. Como siempre, después de hablar de problemas y anécdotas laborales, discutieron sobre fútbol, y con eso volvieron a reír y a evadirse de su cotidianidad, como si desde la mesa de un bar pudieran cambiar el destino de clubes y futbolistas.

—¿Armamos un partido nosotros el domingo? —propuso Cristian—. Vamos a la quinta, jugamos y le robamos el contrato a Riquelme —bromeó.

Tenían por costumbre reunirse algunos domingos en la quinta que Cristian tenía en El Pato. Cada uno iba con su esposa e hijos; a veces hasta concurrían suegros y hermanos. Jugaban toda la mañana, hacían un asado, y otra vez pasaban la tarde dejando el alma en la cancha mientras las mujeres conversaban y los viejos jugaban al truco.

Planearon invitar a otros amigos para armar los equipos, y hablaron acerca de cuántas personas llevaría cada uno para saber cuánta carne comprar.

—Podemos ser dos o cuatro —replicó Julián cuando le tocó responder a él.

—¿Cuatro? —alzó la mirada Jorge, que hasta ese momento enviaba los mensajes de texto a los demás invitados para que confirmaran su asistencia y cantidad de acompañantes.

—Voy con los chicos y con otra persona... se llama Natalia.

—¡Wow, Natalia! —exclamó Jorge tras un instante de silencio—. Eso no lo sabíamos. ¿Empezó hace mucho?

—Algunos meses.

—¡Felicitaciones! —intervino Cristian—. Ya queremos conocerla.

¿Dónde la conociste vos?

—Acá.

—¿Acá? —se sorprendió Jorge.

—En aquella mesa de allá —señaló Julián.

Sus amigos rieron, todavía sorprendidos por la noticia y más intrigados que nunca por conocer a la tal Natalia, después de saber que había salido del mismo bar al que concurrían todos los santos viernes y que jamás la habían notado. Contarían las horas para el domingo.

Después de sacar el auto del estacionamiento y recorrer algunas cuadras, Julián se detuvo en una zona casi sin tránsito y llamó a Natalia. Ya era mediodía y aún no había podido preguntarle cómo se encontraba después de la reunión con Camila y Sabrina.

Natalia se alegró de escuchar su voz, y le aseguró que estaba bien. A pesar de que en su interior se sentía celosa y molesta, no permitiría que su inseguridad generara peleas, como le había sucedido con Gabriel, mucho menos que arruinara la relación, de modo que se hallaba siempre dispuesta a ocultar y a vencer. Había aprendido de los errores, o lo haría a la fuerza.

—El domingo vamos a la quinta de uno de mis amigos —le contó Julián, después de haber terminado con el tema de su hija y su ex mujer—. ¿Te parece bien?

Natalia respiró profundo. De pronto, se puso nerviosa.

—¿Van a estar todos tus amigos ahí? —preguntó.

—La mayoría de ellos, sí —respondió Julián—. Además, hay algo que debo respetar. Siempre que fui, llevé a Tomás y a Camila conmigo. No puedo dejarlos ahora, así que, si estás de acuerdo, vamos a compartir el domingo.

¡No, no, no!, gritó el corazón de Natalia. No quiero compartirte con nadie que no haya salido de vos y de mí, quiero que seas mío. Pero no lo verbalizó.

—Si a vos te parece conveniente enfrentarnos a Camila y a mí... —dejó escapar.

—No es un enfrentamiento, Nati —repuso él—. Vos me acompañás, pero no puedo dejar a mi hija afuera. Si no quiere venir, es su problema, pero yo tengo que invitarla. Siempre fue así. Perdón.

Natalia temblaba. Julián pretendía arreglar todo con una disculpa, pero no

dejaba de dañarla. A la vez entendía que era ella la que estaba de más, la nueva, la que tenía que ganarse un lugar.

—Andá con tus hijos —contestó.

—Por favor, no me hagas esto —replicó él—. Ellos son chicos, pero nosotros somos adultos, y tenemos que manejar la situación. ¿Cuento con vos?

—No insinúes que no soy adulta porque... —comenzó a decir ella, enojada.

—Por favor, no discutamos a raíz de esto, y menos por teléfono —la interrumpió Julián.

Se produjo un instante de silencio.

—¿Arreglaste la máquina? —soltó Natalia de pronto. No quería pelear, pero todavía le temblaba el cuerpo de indignación. No lo podía controlar.

—Sí —contestó Julián—. ¿Vamos el domingo?

Se produjo otro instante de silencio.

—Sí.

—¡Si va ella, yo no voy! —gritó Camila al teléfono.

—No vengas —respondió Julián del otro lado de la línea, con la voz imperturbable.

—¡La preferís a ella antes que a mí! —reclamó la hija ante la indiferencia del padre, pero tampoco así obtuvo lo que quería.

—Pensá lo que quieras, en tu corazón sabes que eso no es así.

Los dos permanecieron en silencio hasta que Camila dejó de respirar como si la persiguiera alguien y habló más serena.

—Está bien —acabó aceptando. Era mejor ir que dejar el camino libre a su profesora—. Podés pasarme a buscar a la hora de siempre por lo de la tía Mara.

Julián accedió sin preguntar por qué pasaba los fines de semana en una casa que no era la de ella. Resultaba evidente que Sabrina vivía más tiempo con el abogado que con sus hijos, y no podía culparla por eso, pero no justificaba el descuido. También dedujo que Camila no debía saber que su madre había formado pareja, ni se sintió con derecho a decírselo. Solo esperaba que su ex, como él, fuera precavida y pensara en Tomás y en

Camila antes que en ella misma.

De hecho Camila no estaba al tanto de lo que su madre hacía de su vida. Se había convencido de que, como había empezado a trabajar, tenía muchos compromisos con el estudio de abogados y que por eso viajaba muchos fines de semana a atender casos en las provincias. Sabrina era abogada, pero había dejado de ejercer cuando había nacido su hija, y había regresado al rubro después del divorcio. Nadie le había pedido que dejara el trabajo, pero deseó probar la vida de ama de casa, y así lo hizo. Le resultó aburrida, y en parte esa había sido una de las causas de su separación, pero jamás lo reconocería mientras hubiera otros depositarios de culpa.

Capítulo 22

El domingo a las nueve en punto, Julián estuvo en lo de Mara. Camila se abalanzó sobre la puerta del acompañante, pero la halló cerrada, por eso no tuvo más opción que sentarse atrás.

—Yo quiero ir adelante, como siempre —reclamó.

—Hola —la saludó su padre, mientras terminaba de besar a Tomás—. Estoy cansado de que te quejes y de que jamás saludes cuando nos encontramos. Yo no te eduqué de esa manera, así que no actúes así con nadie, por favor. Es desagradable. Hola —repitió.

—Hola —contestó Camila de mala gana, pero al menos no discutió.

Prestó atención a las calles que recorrían hasta que llegaron a un barrio que jamás había frecuentado, entonces se perdió. Acabaron deteniéndose en una esquina, desde donde su padre envió un mensaje de texto. Poco después, vio aparecer a su profesora con un jean ajustado, una campera de cuero con corderito negro y botas del mismo estilo. Su forma de vestir había cambiado desde hacía cierto tiempo, y ella lo había notado, pero jamás hubiera pensado que podía deberse a su padre. ¿Él le compraría la ropa? ¿Él le habría hecho sacarse los pantalones grandes y los pulóveres de vieja que usaba? Entrecerró los ojos con fastidio.

Natalia suspiró delante de la puerta del auto; temblaba de nervios. Iba a abrir, pero Julián lo hizo por ella. Se metió en el vehículo con las manos bañadas de un sudor frío que acompañó el nudo que se le había formado en la boca del estómago.

—Hola —dijo con timidez.

—¡Hola! —exclamó una vocecita desde el asiento de atrás.

Giró para ver a quien hablaba, y descubrió que, de cerca, Tomás Aráoz Viera era el calco de su padre: igual de lindo, e igual de encantador.

—No te escuché —oyó Natalia, y se dio la vuelta para ver a quien había hablado esa vez. Era Julián. Miraba por el espejo retrovisor, y el objetivo de su reclamo era Camila.

—Hola —soltó la chica, otra vez de mala gana. Natalia respondió con la misma palabra, curvó los labios en gesto amable y se colocó el cinturón de seguridad.

Volvió a mirar hacia adelante sin atreverse a saludar a Julián. Se moría de vergüenza si tenía que besarlos delante de su alumna y del niño, ya que no sabía si él lo había preparado para recibir la noticia de que su padre ya no estaba solo. Julián había hablado con la psicóloga de Tomás para que lo ayudara con eso, pero Natalia no lo sabía.

—¿Vos sos la novia de papá? —preguntó el niño.

Natalia se puso roja. Camila lo fulminó con la mirada.

—Es mi profesora de Literatura —se apresuró a intervenir.

—Sí, es la persona de la que tu psicóloga y yo te hablamos —repuso Julián—. Ella es Natalia.

—Sos muy linda —soltó el chico, y la que se puso roja esa vez fue su hermana, pero de ira.

Natalia dejó escapar una risita, se sentía incómoda, pero agradecida. Si hubiera existido alguna duda de que el niño era idéntico a su padre, habría quedado saldada solo con ese comentario.

—¿Por qué no te ocupás de contar que te fue mal en Matemática? —rugió Camila.

—¡No me fue mal! —exclamó Tomás, ofendido—. Me saqué un Satisfactorio.

—Para el mejor alumno de la clase, esa es una mala nota, tenés que sacar Muy Satisfactorio —replicó su hermana.

—¿Aprendiste? —interrumpió Julián, viéndolo por el espejo retrovisor—. ¿Entendiste el tema?

Tomás permaneció un momento en silencio.

—Muy poquito —respondió haciendo un gesto con el índice y el pulgar.

—Eso es lo que me preocupa —le contestó su padre.

Natalia lo miró al instante, llena de admiración.

—¡Poné la canción del cuiqui! —gritó el niño de pronto. Natalia frunció el ceño. Julián rió.

—Es una canción de The Smiths, pero jugamos a cambiar letras —explicó—. Esa es una de nuestras favoritas. Dice así... —indicó, y cantó con su hijo—. «Oooh, cuiqui. Cuiqui te da cuando toman prueba en la escuela».

Natalia estalló en risas y, como conocía el ritmo de Bigmouth strikes again, siguió:

—«Pero es fácil y te va bien».

—«Ahora quiero los jueguitos» —continuó Tomás—. «Quiero, quiero los jueguitos».

—«Pero la Play está rota, vas a tener que salir a jugar» —completó Julián, ante lo que su hijo gritó entre risas, cubriéndose la cara:

—¡Nooo!

Todos rieron, excepto Camila, que resopló y se apretó los auriculares en los oídos. Como con ello no consiguió apagar las voces que la rodeaban, subió el volumen de la música en su celular. Los demás siguieron entonando canciones con letras inventadas y riendo hasta El Pato.

Pocos kilómetros después de haber abandonado la autopista, se adentraron en un corto camino de tierra que conducía a un cerco blanco. Como se encontraba abierto, Julián ingresó con el auto hasta un sector donde había otros vehículos estacionados y se detuvo allí.

Camila fue la primera en bajar. Mientras lo hacía el resto, apagó el teléfono y se quitó los auriculares.

Al pisar el césped, Natalia respiró el aire limpio de las afueras de la ciudad. La maleza crecía en los alrededores sin intervención alguna del hombre, pero la zona que rodeaba la casa estaba prolija y bien mantenida. Se notaba que era una quinta familiar que solo se utilizaba los fines de semana porque no parecía habitada. La casa se hallaba ubicada cerca del camino de entrada, era de paredes blancas y techo a dos aguas. Las ventanas no tenían

rejas ni cortinas, por eso se avistaba, a través de algunas de ellas, un inmenso salón donde habían armado una mesa con maderas y caballetes.

Había algo especial en la gente que apareció por una de las puertas. Al aproximarse a ellos con tanta confianza, Natalia dedujo que eran los dueños de la quinta. Reconoció al hombre inmenso que llevaba una mano sobre el hombro de una bella mujer de cabello castaño y mejillas sonrosadas: era uno de los sujetos del bar que siempre acompañaban a Julián, junto a ellos venían dos jóvenes, un varón y una mujer que no pasarían los diecisiete años, y tenían tanto del hombre gigante como de su mujer.

—Hola —los saludó Julián.

Natalia se puso rígida cuando él, a imitación de su amigo, también apoyó una mano sobre su hombro.

—Natalia, él es Cristian, y ella es su esposa Rosana —indicó a continuación.

La mujer sonrió, y a Natalia le pareció que lo hacía de una manera luminosa. Supo enseguida que era amable y simpática, aunque en su marido se reflejó un gesto de sorpresa que no pasó inadvertido para nadie. Ofreció una mano a Natalia, y ella la estrechó, todavía un poco intimidada por las miradas que se habían posado sobre su figura. Nunca le había resultado fácil establecer relaciones con gente desconocida, le costaba tomar confianza y sentirse a gusto con el ambiente.

—Encantada de conocerte, Natalia —dijo la mujer de voz melodiosa. Tenía un tono tan fresco y claro al hablar que Natalia hubiera jurado que era cantante. En el transcurso del día se enteraría de que era psicóloga, y su esposo, contador.

Natalia sonrió con timidez.

—Gracias, igualmente —respondió.

Camila quiso escapar, pero no tuvo más remedio que saludar. Incluso a Octavio, el hijo de Cristian y Rosana al que nunca había soportado. Tenía dieciséis años y participaba en las Olimpíadas de Economía de la UADE, razón suficiente para que, en comparación con los chicos que tenían bandas de rock, le resultara aburrido y pesado. Luisina, la hija del matrimonio, también la saludó. Tenía catorce años y la misma expresión inteligente de su

hermano.

—Ya llegaron Jorge, Mauro, Patricio, Guillermo y Gustavo —comentó Cristian, que no podía apartar los ojos de Natalia, sin dudas sorprendido por su juventud. Ella se daba cuenta, por eso miraba hacia otro lado.

Hizo cálculos en su mente. Si esa familia ya contaba con cuatro integrantes, no quería imaginar la cantidad de gente nueva que le faltaba conocer ni las miradas de sorpresa que debería enfrentar. Nadie esperaba una mujer tan joven.

Dentro de la casa, las demás miradas no se hicieron esperar. Reconoció a otro de los amigos de Julián que iba con él al bar, Jorge, un atractivo hombre de cabello negro y ojos penetrantes que combinaba su cabello entrecano con un rastro de barba. Su esposa se llamaba Pamela, y fue la única de las mujeres, además de Rosana, que no la miró con el ceño fruncido.

Pamela era una mujer de cabello negro y lacio, y tenía los ojos más alegres que Natalia había visto nunca. Sonreía mucho y se hacía evidente que le gustaban los accesorios, porque llevaba aros de colores, un colgante en el cuello y algunos anillos plateados que completaban su imagen casual y divertida. Natalia supo casi al instante quién podía ser su hijo: de entre todos los niños y adolescentes que poblaban el parque y la casa, uno era el más terrible, el tipo de niño que ponía la traba a sus compañeros en el recreo o regresaba caminando a casa mientras hacía «ring raje». Se llamaba Ignacio, tenía diez años, y en ese momento intentaba volcar un vaso de Coca-Cola dentro de una maceta con un cactus.

—¡Nacho! —gritó su madre, y se lanzó a correr hacia él.

Nada más típico que un asado entre amigos, pensó Natalia. Solo que ella se sentía como «sapo de otro pozo». Para empezar, siempre había sido una persona solitaria, y como en su casa solo vivían su madre y ella, no estaba acostumbrada a las reuniones populosas. Además, de no haber sido por los niños y adolescentes, habría sido la más joven del encuentro. Y, por supuesto, en su situación, generaba miradas de reojo y comentarios por lo bajo.

—¿Y si vamos precalentando? —propuso Jorge frotándose las manos. Ya llevaba puesto el pantalón corto deportivo y la camiseta de Independiente.

—¿Tan rápido? ¡Todavía no forman ni un equipo! —se ofuscó Pamela,

pero después de sacudir un poco a su hijo para que dejara de hacer travesuras, se aproximó a su marido y lo abrazó por la cadera. Él respondió colocando una mano sobre su hombro.

—Los mejores nos entrenamos desde temprano —contestó, y rieron. Jorge quería pasar la vida jugando al fútbol.

Todos los hombres salieron de la casa rumbo a la tienda precaria que utilizaban como vestuario. Julián apartó a Natalia del resto de la gente y le habló sin que los demás escucharan.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Me cuesta adaptarme a los ambientes —le explicó ella—. Pero aunque me veas callada o perdida, no me siento mal. Te lo juro. Solo estoy tratando de entrar en confianza.

Él sonrió y, por primera vez desde que se habían visto ese día, le rodeó la cara con las manos y le dio un tierno beso en la boca.

Camila, que los vio desde el otro lado de una ventana, tembló de impotencia. Odió tanto ese beso, que corrió lo más lejos posible de la casa y se sentó junto a un árbol con el celular en la mano.

Mientras los hombres se fingían Maradona, Pelé y Messi, Natalia se internó en la sala, donde las mujeres no dejaban de hablar. Se sentó en un sector apartado de la mesa y estudió el ambiente. Ya habían puesto manteles y Rosana iba y venía trayendo frutas, verduras y recipientes, seguro para ir preparando las ensaladas.

—¿Así que sos escritora? —le preguntó Pamela de repente, y Natalia casi se murió de un infarto ante semejante título.

—¿Yo? —interrogó—. ¿Quién te dijo eso?

—Mi marido —respondió Pamela—. Yo soy productora de radio, algún día podemos hacer algo para promocionarte, ¿querés que te invitemos a algún programa?

—¡Jamás! —replicó Natalia, como si le hubieran ofrecido dinero por asesinar a una abuelita. Pamela rió por la reacción incomprensible de la invitada, pero, veloz como era ella, pronto dedicó su atención a otra cosa, y Natalia pudo respirar en paz. Rogaba en silencio que nadie más le hablase.

—¿Querés tomar algo? —le ofreció Rosana un momento después. Se la

notaba serena y segura, y Natalia deseó sentirse así también, pero no lo consiguió.

—No, gracias —replicó con una sonrisa tímida. Las demás mujeres se habían callado y la observaban, recelosas.

Una de ellas se le acercó y le entregó zanahorias, un bol y un rayador. Se hacía evidente que todas debían colaborar con el almuerzo, entonces se entretuvo un rato con eso. Era tan inútil para la cocina que se raspó los dedos varias veces, pero evitó hacer cualquier mueca de desencanto. Allí todas parecían excelsas cocineras, y no quería dar una imagen contraria a lo que las demás eran.

Almorzaron cerca de las dos de la tarde. En total habían superado las cincuenta personas, y eran tantas las conversaciones que se desarrollaban a la vez, que Natalia no sabía hacia qué lado mirar para no poner en evidencia que ella no participaba de ninguna. Para colmo, las únicas mujeres que le despertaban algo de familiaridad, Rosana y Pamela, habían quedado muy lejos, y percibía que todavía algunos hombres la observaban de a ratos.

Tras comer y hacer sobremesa, se hicieron las cuatro y media de la tarde. Entonces se dio inicio al verdadero partido de fútbol, mientras los niños corrían de un lado a otro inventando juegos entre ellos y los adolescentes armaban una rueda de conversación.

Natalia ayudó a secar la vajilla recién lavada y después huyó a sentarse sobre una mesa que estaba junto a la cancha de fútbol, antes de que alguna de las mujeres volviera a lanzar alguna pregunta para el infarto.

Sonrió a Julián cuando él la miró y después apoyó los codos sobre las rodillas y el mentón en las manos para disfrutar del fútbol. Nunca le había gustado el deporte; odiaba las voces de los relatores, la imagen que la televisión proyectaba de las canchas y la manera en que los hombres se embobaban, gritaban o insultaban por el simple hecho de que once tontos corrían detrás de una pelota. Sin embargo, en esa oportunidad se dejó seducir por la fuerza de los cuerpos que competían por ganar el partido, por el sentimiento que emanaba de esas camisetas, cada una de un equipo distinto, y por la pasión que desbordaba esa cancha de césped oscuro y líneas sin demarcar.

Se dejó envolver por las piernas de Julián, que se veían firmes y robustas mientras corrían detrás de la pelota. Por la demarcación de sus músculos que en plena acción lucían todavía más fuertes; por el sudor que bañaba su camiseta y la pasión con que defendía la idea de que él y los de su equipo eran los mejores. Le pareció seductor y fascinante, como si en lugar de leer acerca de guerreros medievales los estuviera viendo. Hasta que de pronto, Julián cayó en batalla. Por quitarle la pelota de los pies a un contrincante, se arrojó de tal manera al césped que se deslizó al menos un metro por el piso hasta quedar tendido de espaldas. Se había raspado el costado del muslo y le salía sangre. Se llevó las manos a la cabeza y gritó, no de dolor, sino porque rebosaba de energía. Y eso a Natalia le pareció glorioso.

Lo miró levantarse del piso con la respiración agitada. Cristian le había ofrecido la mano para que se impulsara hacia arriba, y él la había aceptado. Después se encaminó a la mesa donde ella se encontraba cojeando. Estaba bañado en sudor y tan agitado que le costaba hablar, pero sonreía. Se notaba que era feliz, y eso hizo que Natalia sonriera también.

—¿Lo estás pasando bien? —le preguntó él secándose la cara con el dorso de la mano.

—Mejor que nunca —respondió Natalia con voz profunda.

Julián intentó dar un paso adelante, pero acabó haciendo una ligera mueca de dolor.

—¿Puedo pedirte un favor? —continuó—. ¿Me traerías un poco de hielo de la cocina?

Natalia asintió y se encaminó a la casa enseguida. Mientras tanto, él se apoyó en la mesa y estudió el raspón de la pierna. También se había golpeado la rodilla, y si no se ponía hielo, pronto se le hincharía.

—Sos un maestro —oyó que le decía Cristian al tiempo que le palmeaba la espalda.

Julián se irguió y entonces se dio cuenta de que lo rodeaban, además de Cristian, Jorge y otros dos amigos.

—Te tomaste dos años para elegir, pero no te agarraste a cualquiera —intervino Jorge señalando en dirección a Natalia, que ya se hallaba bastante lejos del círculo que formaban ellos—. ¿Viste lo linda que es?

—Es divina —comentó otro amigo—. ¿Cómo hiciste para enganchar una mina tan joven? Debe ser una bomba en la cama, no me digas que no —rio.

—Míralo vos a Juliancito, eh —bromeó Cristian, otra vez palmeándole la espalda—. ¡Qué capo! ¡Qué maestro!

Julián se limitó a sonreír por compromiso.

Cerca de la puerta de entrada a la cocina, Natalia se detuvo. Oyó las voces de las mujeres, y por intuición supo que hablaban de ella.

—Tiene lo suyo... —decía una—. Es atractivo.

—Muy atractivo —destacó otra.

—Y sobre todo —completó la anterior—, no vamos a negar que tiene un buen pasar.

—¡Uff! —intervino una tercera—. ¡Si habré conocido mujeres que se casan con hombres mayores por la herencia!

—Sin dudas lo económico pesa mucho —acotó alguna más, pensando que el hecho de que Julián saliera con una mujer más joven podía contagiar a su marido de la misma enfermedad.

—Yo no creo que sea necesariamente así —agregó la inconfundible voz de Rosana—. Las razones por las que la gente se une en pareja pueden ser tantas como la gente misma.

—Yo pienso lo mismo —coincidió Pamela.

—¿Se acuerdan de Rocío Aranda? —intervino otra.

—¡Sí! —exclamó una más—. Era bellísima, ¡pero cómo lo usó al pobre Horacio!

Divertida y a la vez sorprendida con lo que escuchaba, Natalia avanzó y golpeó a la puerta de la habitación, aunque estaba abierta. Todas callaron y la observaron con atención.

—Perdón —se excusó ella, bastante más segura que en las horas anteriores. Comprobaba una vez más que los caprichos de la gente alimentaban su rebeldía—. Necesito un poco de hielo.

—¿Qué pasó? —se preocupó Rosana dirigiéndose al freezer. Natalia se encogió de hombros con indiferencia; buscaba tranquilizarla.

—Nada grave —respondió—. Mi guerrero posmoderno se cayó de su caballo imaginario —explicó, pero nadie entendió una palabra. Tampoco le

importó.

Se llevó el hielo y regresó junto a Julián. Los hombres que hasta ese momento lo rodeaban se alejaron unos pasos para darle lugar.

—¿Quién ganó? —preguntó ella mientras Julián se sentaba en el banco para tratarse la rodilla.

—Nosotros, por supuesto —replicó Jorge con gesto orgulloso.

—¿Hay más heridos en batalla? —siguió preguntando ella. A diferencia de las mujeres, los hombres sí comprendieron la broma y rieron.

—Hay dos o tres caídos, sí —replicó Cristian entre risas.

Los cuatro se alejaron cuando un quinto los llamó desde la distancia. Entonces Natalia se sentó junto a Julián y observó los raspones de su pierna.

—Se ve mal —concluyó. Él sonrió.

—Esto no es nada, estuve en peores condiciones, créeme —replicó.

—¿Cómo cuáles?

—Cuando era chico, alguna fractura. Siendo grande, hemorragia nasal, golpes en la cabeza...

Natalia sofocó una risa.

—¿Tanto vale el fútbol? —preguntó. Él lo meditó un momento.

—Creo que lo que vale la pena es el placer que brinda jugar fútbol —contestó. Natalia asintió en silencio, comprensiva. Un instante después, bajó la cabeza y volvió a sonreír.

—¿Te molesta si saco una foto de nosotros y la uso en mi perfil de Facebook? —preguntó—. ¿Vos no usás redes sociales?

—No me gustan, por eso no tengo usuario en ninguna parte —confesó él —, pero me encantaría que pongas nuestra foto —miró su camiseta y el pantalón sucios de tierra, y luego continuó—. Una que saquemos cuando esté más presentable, claro —sugirió—. Yo no voy a ponerla en mis redes sociales porque no tengo ninguna, pero la quiero sobre mi escritorio.

Con esa promesa nacida del corazón de Julián, Natalia sonrió.

Perdida entre unos arbustos, Camila intentaba ignorar que su padre y su profesora se hallaban a unos metros, sentados junto a la cancha de fútbol. Para empeorar su enojo y su mala suerte, la señal de Internet se había esfumado, y había agotado hasta el crédito de emergencia enviando mensajes

de texto a Luna contándole lo que sucedía minuto a minuto. Solo le quedaban la música y los vanos intentos por obtener crédito de donde no había más que sequía.

Pensó que las cosas no podían ir peor hasta que algo la hizo cambiar de opinión. Octavio se acercaba por el sendero de tierra, y como lucía dispuesto a hablarle, ella no tuvo más opción que quitarse los auriculares y escucharlo.

—Vamos a merendar —le anunció él—. ¿Querés venir?

—No, gracias —replicó Camila, apresurada.

Octavio iba a retirarse, pero en ese momento ella hizo una mueca de disgusto y entonces él permaneció inmóvil.

—¿Necesitás algo? —interrogó.

Camila volvió a mirarlo. Aunque se preguntó qué le importaba a Octavio si ella necesitaba algo, decidió explicarse.

—Estoy incomunicada —se quejó—. No funciona Internet y me quedé sin crédito.

—¿Querés que te pase un poco del mío? —ofreció él enarcando las cejas oscuras—. No uso mucho el celular, siempre me sobra crédito —siguió diciendo mientras buscaba su teléfono en el bolsillo.

Camila entreabrió los labios y pestañeó varias veces, incapaz de creer lo que oía. Jamás un chico había sido tan amable con ella, y eso llamó su atención. Por primera vez notó que los ojos oscuros de Octavio eran profundos y expresivos, y que su cabello negro tomaba reflejos azulados con el brillo del sol. Entonces la expresión inteligente del chico dejó de parecerle tonta y le resultó pacífica y segura. Lo sintió más maduro que el resto de los jóvenes que conocía, y se dio cuenta de que, tal vez, ella también lo era en algún punto, o había comenzado a serlo.

—Gracias —susurró cuando su teléfono vibró en señal de que acababa de llegarle el crédito. Octavio sonrió.

—De nada —contestó, y giró sobre los talones para volver a la casa.

Camila suspiró en busca de recuperar el aliento. Se había puesto nerviosa como si fuera a dar lección, parecía que estaba frente a toda la clase o... frente al chico que le gustaba.

—Octavio —se oyó decir, y cuando él se dio la vuelta para responder al

llamado, ella tembló—. ¿Te querés sentar a escuchar música conmigo? —se atrevió a ofrecer. Él sonrió.

—¿Qué estás escuchando? —preguntó.

—En este momento, Linkin Park —respondió ella, y con la noticia, la sonrisa de Octavio se amplió.

Pasaron mucho tiempo callados, acompañados solo por la música que compartían. De a ratos, Camila miraba a Octavio con la colilla del ojo, y luego apartaba la vista de él enseguida, temiendo haber demostrado con algún gesto que su energía la desbordaba. Se sentía tan extraña, que hasta había olvidado responder el mensaje a Luna. Se dio cuenta de ello cuando recibió un «¡Contéstame!» en su teléfono.

—Hoy no estás como siempre —aprovechó a insinuar Octavio—. ¿Es porque vino la novia de tu papá?

—Esa no es la novia de mi papá —contestó Camila, olvidándose del mensaje de nuevo—. Es mi profesora de Literatura —contó cabizbaja.

En su interior se debatían sentimientos contradictorios: por un lado, la tristeza de que todos relacionaran a Natalia Escalante con su padre. Por el otro, la dicha de pensar que jamás ningún chico se había preocupado por lo que ella sentía. Al parecer Octavio la conocía mejor que otros, y ella no se había dado cuenta.

—Auch —masculló él, pero enseguida recobró su postura objetiva—. Eso no debe ser fácil, pero siempre tenemos que tratar de sacar lo positivo de todo.

—No me va a aprobar porque soy la hija de Julián Aráoz —replicó Camila encogiéndose de hombros. Octavio rio.

—No estoy hablando de que te beneficie en la escuela —aclaró.

—Entonces no le veo nada bueno a que esa estúpida pretenda levantarse a mi papá —contestó Camila, enojada. Octavio asintió muy serio.

—Poné Numb —pidió, refiriéndose a las canciones. Camila obedeció. Unos segundos después, él continuó—. ¿Sabés lo que dice la letra? —Camila asintió—. Pienso que nuestros padres a veces tampoco saben qué estamos esperando de ellos, y que se cansan de caminar en los zapatos de alguien más, como nosotros nos cansamos de ellos. ¿Vos no lo pensaste nunca? —Camila

negó con la cabeza—. Capaz que a él le hace bien salir con tu profesora. Yo no me preocuparía.

—Vos no entendés —defendió Camila—. Mi papá todavía ama a mi mamá, y ella a él —se hizo silencio—. Por eso yo voy a conseguir que vuelvan a estar juntos. Ya vas a ver.

Capítulo 23

Llegaron al departamento de Julián cerca de las nueve. Mientras él se duchaba, Camila se encerró en la que era su habitación en casa de su padre y Natalia quedó sentada con Tomás en el living. El silencio era incómodo para ella, sobre todo porque percibía la mirada del niño clavada en su rostro. Giró hacia él y le sonrió.

—¿A qué grado vas? —le preguntó.

—A tercero —contestó Tomás con una sonrisa.

—¿Cuál es tu materia preferida?

—Me gusta Naturales —contó él—. ¿Y a vos?

—Literatura —respondió Natalia—. ¿Te gusta leer?

—¡Sí! —exclamó el niño con alegría—. Mis libros preferidos son los de Narnia; mi papá y yo los leemos juntos. ¿Y los tuyos?

Pasaron un rato conversando de lecturas, la escuela y los amigos, hasta que Julián salió del baño con aire renovado. Su perfume invadió el living, y su presencia iluminó la mirada de Natalia. Tomás se puso de pie para que él lo abrazara, y así sucedió.

—¿Estás lista para probar mis pizzas? —preguntó Julián a Natalia.

Ella se limitó a sonreír en gesto de asentimiento. No podía apartar la mirada del abrazo que Tomás y Julián se daban, mientras una infinidad de pensamientos surcaba su conciencia.

Recordó que ella jamás había tenido ese tipo de relación con su padre y descubrió que admiraba a Julián y a Tomás por tenerla, pero además se

preguntó si acaso ella no deseaba compartir con él un lazo tan fuerte como lo era un hijo. Julián lo compartía con otra, y eso la llevó a preguntarse si, en caso de que tuviera un hijo con ella, actuaría de la forma en que lo hacía con Tomás, o si podría ser feliz sin hacerle sentir a él lo mismo que ella sentía, compartiendo ese lazo con otro hombre. Era un pensamiento injusto que no pudo evitar y que cambió la expresión de su rostro durante mucho tiempo.

Podía buscar a alguien que no tuviera un pasado. Enamorarse de una persona que, como ella, viviera todas esas experiencias por primera vez: convivir en pareja, construir proyectos en conjunto, tener un hijo. ¿Qué podían tener esos momentos de especiales para él con ella, si ya los había vivido con otra? Se sintió en desventaja, y eso le produjo una sensación de impotencia que se manifestó en su rostro. Parecía molesta.

—¿Jugás? —le preguntó Tomás ofreciéndole un joystick. Había encendido el televisor y la PlayStation, aunque ya les llegaba el aroma a pizza casera desde la cocina. Natalia negó con la cabeza.

Julián se acercó al living de nuevo.

—En quince minutos, más o menos, me vas a decir si puedo poner una pizzería, en caso de que me vaya mal con los alfajores —bromeó, pero Natalia solo sonrió, procurando ocultar lo que sentía.

Fue inútil, no servía para fingir. Julián se dio cuenta de que algo no estaba bien, entonces, aprovechando que Tomás estaba entretenido con el juego, la abrazó por la espalda y le habló al oído.

—Después de cenar, los voy a llevar a su casa. Podemos hablar de lo que necesites cuando estemos solos.

Todo lo que necesito es que este sentimiento horrible desaparezca de mí, pensó Natalia, y casi se echó a llorar al descubrir que no podía controlar sus emociones.

—Tomás —continuó él, dirigiéndose a su hijo—. ¿Nos sacás una foto? —pidió.

El niño pausó el juego y accedió contento a lo que su padre le había pedido. Natalia no estaba segura de sacarse una foto cuando en su mente solo se agolpaban pensamientos tristes, pero en la imagen no se notó. Julián se sentó con ella en el living, la abrazó por la espalda, y los dos sonrieron,

aunque en su interior no todo fuera sonrisas.

De no haber sido porque la pizza era, en efecto, deliciosa, y porque Tomás y Julián amenizaban el ambiente con sus risas y conversaciones, la cena habría resultado mucho más incómoda. Camila pasaba todo el tiempo cabizbaja, y cuando levantaba los ojos, era solo para fulminar a Natalia. Por eso ella no se atrevió a decir nada, temía que cualquier frase alterara la falsa armonía que creaban los varones.

Julián les ofreció ir a tomar un helado a la esquina, pero Natalia decidió no acompañarlos. Aunque Julián no quería ir sin ella, acabó accediendo porque ya había instalado el deseo en sus hijos, de modo que los llevó a ambos allí antes de alcanzarlos a su casa.

Nadie obligó a Camila a despedirse de Natalia con un beso, pero sí tuvo que saludarla con una palabra desde la puerta. Acabado el incómodo momento, Natalia se internó a lavar los platos en la cocina, sola con sus pensamientos.

No podía culpar a Julián por las actitudes de su hija, ni enojarse con él porque había vivido. Dependía de ella seguir en la relación o abandonarla, si no podía resistir. Ese maldito deseo de exclusividad que había tenido desde pequeña y la idea de que siempre merecía algo mejor la fastidiaban, pero no sabía luchar contra ellos. Gracias que podía contra el juicio de la gente, porque en el fondo debía reconocer que le gustaba llevarles la contra.

Después de terminar con la cocina, se dirigió a la habitación donde se había encerrado Camila y espió el interior, aprovechando que la puerta se hallaba abierta. Las paredes estaban pintadas de violeta, color que combinaba con las cortinas y los cobertores de las camas. De un lado había un placard y, del otro, una inmensa biblioteca. Con que ahí atesoraba Julián sus libros. No se atrevió a entrar porque se hubiera sentido invadiendo la privacidad de quienes solían ocupar ese cuarto, pero reconoció algunos títulos desde la puerta y sonrió.

Julián regresó cuarenta y cinco minutos después. La halló leyendo un fragmento del libro que había dejado sobre la mesita del living, con las piernas estiradas sobre el sofá y la espalda recostada en el apoyabrazos. Disfrutó con su imagen, habían pasado el día tan lejos el uno del otro que la

deseaba con solo saber que compartían el mismo ambiente.

—¿Ya terminaste con el segundo libro que te presté? —le preguntó ella.

—Por supuesto, y estoy esperando el tercero —respondió él—. ¿Hay un tercero, no?

—Casi lo termino —contó ella—. Es el último y viene muy bueno.

—No me digas eso, que no aguanto la ansiedad por leerlo —contestó Julián quitándose los zapatos.

Natalia dejó el libro a un lado y se puso de pie. De pronto se olvidó de todo lo que había pensado en esas horas porque solo podía concentrarse en él. El deseo se apoderó hasta del aire; estando solos, no existía nada más que el presente. Ella entreabrió los labios y luego se mordió el inferior; respiraba con agitación y su entrepierna palpitaba como si allí escondiera su corazón latiente.

Julián no distaba de aquellas condiciones. Después de quitarse las medias y arrojarlas a un lado, alzó la cabeza y observó la figura alta y delgada que se robaba su concentración. Esbozó una sonrisa astuta.

—Mis amigos piensan que salgo con vos porque sos joven y porque tenés una piel preciosa —contó, con la voz tomada por el deseo. Natalia sofocó una risa ansiosa.

—¿Y es cierto? —preguntó, quitándose las botas. Julián llevó las manos a su camisa y comenzó a desprenderse los botones.

—Por supuesto que es cierto —bromeó—. En cuanto te arrugues, te dejo en la primera esquina, como a un perro viejo.

Natalia sonrió, llevó las manos al borde de su blusa y la jaló hacia arriba. Se quedó solo con el pantalón de jean y el soutien.

—Siempre dije que las mujeres somos más inteligentes que los hombres —replicó mientras él se quitaba el pantalón.

—¿Ah, sí? —interrogó Julián—. ¿Y por qué piensan que estás conmigo?

—Por algo que corre menos riesgo de esfumarse que la belleza, ya que lo lindo seguro se quita con los años, en cambio lo otro, puede que dure para siempre —contestó Natalia deshaciéndose también de su pantalón y de las medias. Una vez que se halló solo con la lencería, se irguió y continuó—. Piensan que me interesa tu dinero.

Julián, que también se hallaba semidesnudo, volvió a sonreír.

—¿Y es eso cierto? —preguntó.

—Claro que es cierto, Bill Gates, ¿qué te pensabas? —lo increpó Natalia —. No salgo con tipos que tengan menos que un Bora, y vos tenés un Vento.

En lugar de reír, como deseaba hacer, Julián se dejó llevar por un deseo todavía más profundo, uno que había contenido durante mucho tiempo.

Se aproximó a Natalia muy rápido, pero cuando la tomó por la cintura, lo hizo con una suavidad que contrastó con la velocidad anterior. La llevó con él hasta la pared más cercana, donde le apoyó la espalda y la elevó hasta que la cabeza de ella sobrepasó la de él. Natalia aprovechó el empujón para enredar las piernas alrededor de su cadera. Al levantarlas, un pie rozó el raspón que él tenía en el muslo, y aunque le ardió, Julián no permitió que se evidenciara. Después de todo, la rodilla golpeada le dolía todavía más por el peso que cargaba, pero el deseo le hacía olvidar cualquier molestia.

Natalia lo abrazó cruzando los antebrazos detrás de su cabeza y se aproximó a sus labios. Una electricidad le recorrió el cuerpo, ansioso y sediento, al igual que fluyó por las venas de Julián. Él se apoderó de su lengua internando la propia en aquella boca roja, y la recorrió con lentitud mientras respiraba el perfume de su piel. Olía a flores y a frutas, como a sexo y a placer.

Se despegó de la boca femenina para recorrerle el mentón. Ella frotó una mejilla contra el rostro de Julián, mientras su cadera se movía pegada a su entrepierna. Él apoyó una mano en la pared, y con la otra acomodó a Natalia tomándola del trasero. Luego bajó la mano que estaba en el muro y con ella le rodeó un pecho sobre el soutien, luego el otro, y finalmente, con el antebrazo amontonó y cubrió los dos. Ella elevó la cabeza con los ojos cerrados, disfrutando de la caricia. De pronto sintió que un pezón quedaba al descubierto por un instante, y luego que volvía a resguardarse, pero ya no detrás de la tela, sino gracias a la lengua de Julián y a su boca, que lo succionó con avidez.

Natalia gimió mientras se estremecía. Al bajar la cabeza y abrir los ojos, se encontró con sus pechos y con la lengua de Julián, que recorría sus pezones erguidos. Se dedicó breves instantes a cada uno hasta que ella le

tomó el rostro entre las manos y lo obligó a mirarla.

Natalia tenía los labios rojos y entreabiertos, y su mirada expresaba lujuria. Le temblaban las piernas de rodear a Julián con ellas para permanecer sobre su cadera y sentía que la respiración se le agitaba un poco más con cada caricia. Enceguecido por las reacciones que era capaz de provocar en ella, él se bajó un poco el bóxer y buscó a tientas la ropa interior femenina con una sola mano. La apartó hacia un costado, pensando en penetrarla sin tener que quitársela.

Cuando halló el hueco que buscaba, introdujo un dedo. Se deslizó lentamente, haciéndole cosquillas, y la humedad lo estimuló. Natalia se quejó y se movió contra él con exigencia. Sus párpados bajaron unos milímetros, pero se esforzaba por seguir mirando. El dedo se deslizaba dentro y fuera de ella, provocándole sed y falta de oxígeno. Comenzó a jadear y a apretarse contra el vientre de Julián. Después llevó la cabeza hacia adelante y volvió a besarlo en los labios mientras le revolvía el cabello con las manos.

Entonces Julián apartó el dedo y a cambio la penetró con fuerza, haciendo uso de su miembro, tan hinchado que ya no aguantaba más sin ella. Natalia gritó. Apretó las piernas alrededor de él para deslizarse hacia abajo y hacia arriba, y Julián la ayudó con sus movimientos. La sostuvo por las nalgas y se las apretó, incapaz de serenar su respiración turbulenta. Tampoco podía controlar los impulsos bruscos que dominaban sus embestidas; una y otra vez hacía saltar a Natalia sobre su cadera mientras ella se aferraba a sus hombros y echaba la cabeza atrás con los labios entreabiertos.

Natalia adoraba aquella violencia dulce que tenía el sexo con Julián. Poblaba su fantasía y las páginas de su libro como fiel reflejo de la realidad que jamás había pensado vivir.

—Quiero tu boca —le dijo él, agitado—. Quiero tu descontrol.

Y Natalia se lo dio.

Inclinó el rostro hacia adelante y lo besó con apetito de un orgasmo devastador. Pero él no solo quería sus labios, sino también su autocontrol, de modo que se lo entregó. Comenzó a frotar sus senos por el pecho del hombre, piel contra piel, pasión contra pasión, y se agitó convulsivamente, olvidándose de todo lo que no fueran ellos dos. Jamás se había sentido tan

atraída por alguien, y solo deseaba que ese sentimiento de fantasía y de amor fuera capaz de perdurar por siempre.

Cuando un sonido áspero y profundo escapó de la garganta de Julián, Natalia supo que se acercaba el final. En ese breve instante, sus sentidos se concentraron en su vagina, desde donde partía un fuego que iba inundando su cuerpo frágil y tembloroso. Se veía tan hermosa, tan llena de luz, que Julián también se estremeció y gritó dentro de su boca al derramarse en su interior. Natalia salió al encuentro de su lengua con la propia y los labios se acariciaron mientras ella también gritaba y se retorció, presa de aquel orgasmo que tanto había deseado y tan poco trabajo le había costado encontrar.

Un momento después, él la miró con una leve sonrisa dibujada en los labios, y ella respondió con otro beso. Como todavía no se había bajado de su cadera, le apretó las mejillas y lo miró a los ojos desde unos centímetros más arriba.

—Me gusta cuando sos libre —le hizo saber él.

—Me siento libre cuando estoy con vos —respondió ella. Julián sonrió.

—¿Querés que te liberemos un poco más? —ofreció. Natalia respondió con otra sonrisa.

Julián la llevó hasta la habitación y la dejó sobre la cama. Desapareció mientras ella se acomodaba la ropa interior, y regresó un momento después, con el bóxer puesto y el celular de Natalia en la mano.

—Tuve que abrir tu bolso —anunció encendiendo el aparato. Natalia rió.

—¿Nos vamos a filmar de nuevo? —preguntó—. Se nos va a hacer costumbre —bromeó sentada sobre el acolchado con las piernas abiertas en gesto provocativo.

Se oyeron varios mensajes de texto, dos que anunciaban llamadas perdidas y tres de Liliana haciendo alguna pregunta. Julián no los leyó ni ofreció a Natalia el teléfono para que lo hiciera. Ella tampoco se lo pidió. Esperó hasta que él alzó el celular.

—Sé libre —pidió. Natalia bajó la cabeza y rio, creyendo que la filmaba, pero en ese momento la iluminó el flash y escuchó el clic que indicaba que acababa de tomar una foto.

Alzó la mirada, sensual.

—Ya entiendo —admitió.

Para su sorpresa, la idea la entusiasmó.

Comenzó abriendo más las piernas y colocando las manos sobre las rodillas al tiempo que inclinaba la cabeza hacia abajo, mirando la cámara. Se pasó la lengua por los dientes.

—¿Así? —preguntó. En ese momento, él tomó la segunda foto.

—Al natural es mejor —replicó—. Sos sensual y erótica aunque no te lo propongas. Sos atractiva siempre.

Natalia intentó ocultar la expresión de sorpresa que le provocaron las palabras, pero se manifestó en sus ojos, y entonces Julián tomó la tercera foto.

—Hermosa —la juzgó.

Ella dudó por un momento, y esa expresión también fue retratada.

—Falsamente tímida —la reprendió Julián con una sonrisa, y eso la hizo sonreír a ella también.

Se humedeció los labios, un poco más cómoda. Se pasó un dedo por el inferior, y lo dejó caer. Quedó viendo de frente a la cámara, con el cabello cubriéndole la mitad de la frente y escabulléndose hacia un costado. El lápiz delineador se había extendido por debajo de la línea de sus ojos y su boca todavía evidenciaba la irritación de los besos, por eso se veía húmeda y muy roja. Sus ojos marrones destacaban por la luz de la lámpara, y así quedaron retratados en la siguiente foto.

Se puso de pie sobre la cama y caminó hacia atrás hasta tocar las almohadas con las plantas de los pies. Entonces se dio la vuelta y apoyó ambas manos en la pared. Abrió las piernas y comprimió los glúteos. La puntilla del borde del culotte negro contrastaba con su piel blanca aterciopelada. Julián se excitó con la imagen, pero no tomó la foto hasta que ella giró la cabeza y lo miró con expresión seductora.

—Casi tan sexy como cuando te hago el amor —juzgó Julián viendo la imagen que acababa de tomar, y esperó.

Natalia volvió a girar hacia él y se arrodilló en la cama. Las tiras del soutien le demarcaron los hombros y su mirada se tornó posesiva. Entonces,

Julián tomó la siguiente foto. Se había excitado aún más al percibir que a ella también la sesión le estaba haciendo efecto.

Una mano se coló por debajo de la cámara y le atrapó el miembro por sobre el bóxer. Miró hacia allí en un acto reflejo y se olvidó por completo del celular. Natalia lo apretó y después introdujo dos dedos. Él jadeó, y ella dejó el pene al descubierto.

—¿Por qué no le sacás una foto a esto? —propuso, y se inclinó sobre el miembro y lo metió en su boca hasta la garganta.

Julián arrojó el teléfono a un costado de la cama y la alejó tomándola del cabello. La recostó sobre las almohadas y le arrancó la ropa interior en un movimiento violento.

—¿Te gusta mi boca? —le preguntó Natalia con voz y cara llenas de lascivia, las que más había disfrutado poner en su vida—. A mí me gusta la tuya —aseguró elevando la cadera hacia él, ofreciéndole su vagina. Y Julián se la robó—. Penetrame con tu lengua —le pidió ella, gozando de las caricias de sus labios sobre el clítoris, y él obedeció—. Hacelo hasta que pierda la conciencia —reclamó, y Julián así lo hizo.

Se estableció sobre su cuerpo y la besó en los labios, compartiendo el sabor de su intimidad con ella. Después la miró a los ojos y le prometió algo más significativo.

—Te voy amar hasta que mueras —le dijo, y el susurro de su boca murió en la de ella.

La penetró con tanta fuerza que se desplazaron unos centímetros por sobre el acolchado, que comenzó a arrugarse alrededor de ellos con cada embestida. Natalia estiró los brazos hacia atrás y enredó las piernas en la cadera de Julián mientras él entraba y salía de ella.

Le desprendió el soutien con desesperación, lo apartó de su cuerpo tan rápido que ella casi no se dio cuenta y le lamió los pezones de manera hambrienta y desahogada. Los dos gemían y respiraban tan fuerte que el cuarto se invadió con sus sonidos, acompañados de los quejidos de la cama, que no soportaba más presión.

Natalia bajó los brazos y le rasguñó los muslos, la cadera y la espalda. Lo mismo hizo con los brazos fuertes y seguros que la aprisionaban, y le mordió

los labios. Las lenguas volvieron a encontrarse, los gemidos se hicieron uno, y entonces estallaron los dos en el mismo grito de lujuria y placer.

Les demandó mucho tiempo tomar conciencia del lugar donde se encontraban; el cuarto había desaparecido. Julián recuperó algo de energía y se ocupó de besar las mejillas de Natalia, una y otra vez mientras ella se reponía. No le extrañó que se adormeciera aunque él no hubiera salido de ella todavía. Le acarició las sienes con los pulgares y la observó, bella y relajada, con una sonrisa. Después se deslizó hacia un costado y la abrazó, apretándola contra su pecho en busca de brindarle calor. Elevó la pierna para cubrir las de ella y permaneció así un tiempo indeterminado hasta que el cansancio lo venció, y, sin saber cuándo ni cómo, se quedó dormido.

Despertó al oír una música a la que no estaba habituado. Descubrió que se trataba del celular de Natalia, que había quedado en el borde de la cama, entonces se estiró y se apoderó de él. Allí vio que eran las tres de la madrugada; la luz había quedado encendida y quien llamaba era Liliana.

—Nati —la nombró con voz suave. Se inclinó sobre ella y le besó la cadera. Estaba muy fría, se había dormido sin tajarla con el cubrecama—. Nati, teléfono.

Natalia se removió, molesta. Aun así, abrió los ojos y consiguió focalizar en Julián. Estaba tan cansada que podía dormir tres días seguidos.

—Teléfono —repitió él mostrándole el celular.

Entonces ella también descubrió que eran las tres de la madrugada, y se puso de pie de un salto.

—¡Me quedé dormida! —exclamó—. Mañana tengo que trabajar y no traje nada para ir desde acá. Tengo que ir a mi casa.

—Tranquila —intentó serenarla Julián, pero ella no le prestó atención.

Recogió la ropa que había quedado en el cuarto y en el living, y se vistió a la velocidad de la luz. Regresó a la habitación para llevarse su teléfono y encontró que Julián también se había vestido.

—¿Podemos sentarnos un momento? —pidió. Natalia suspiró con impaciencia, pero se dejó caer en el borde de la cama. Él hizo lo mismo a su lado y le tomó una mano—. Te prometí que íbamos a hablar —le dijo—. No es necesario que lo hagamos ahora, pero quiero que sepas que no me olvido

de eso, y que podés preguntarme o decirme lo que necesites. Me gustaría que tengamos una relación abierta, de confianza mutua.

Natalia no quería recordar los sentimientos que la habían aquejado ese día. Prefería quedarse con el alimento que la gente le brindaba con sus críticas y tratar de superar lo demás sola.

—Gracias —se limitó a responder.

Aunque Julián no insistió con más propuestas, percibió todo lo que Natalia pretendía ocultarle. Temía que, en algún momento, esos sentimientos no resueltos acabaran con ellos, pero no podía obligarla a contarle nada.

La llevó a su casa y se despidió de ella en la puerta. Aguardó a que ingresara y se fue.

Dentro, Liliana la esperaba hecha una tromba.

—¿Es tan egoísta que no sabe que mañana trabajás y que tenés que dormir en tu casa? —demandó a su hija—. ¿Cómo te vas a levantar?

Natalia se encerró en su cuarto, preparó la carpeta y su ropa para la escuela y encendió la computadora. Se le había ido el sueño y sabía que ya no podría dormir con facilidad.

Bajó las fotos de su cámara y cumplió con lo que había prometido: puso la imagen de ella con Julián en su perfil de Facebook. Como le gustó tanto, también se la mandó a él por mail para que pudiera ponerla sobre su escritorio, como había prometido. La observó un rato, la acarició en silencio, y cuando sintió que los ojos se le cerraban, se fue a la cama. Eran las cinco.

Capítulo 24

Sentía que se caía. Entró a cuarto año con tanto sueño que casi olvidó que había pedido un trabajo práctico con exposición oral para ese día.

—Profe, ¿va a pedir el trabajo? —le preguntó un alumno ejemplar, y al menos el setenta por ciento del curso lo miró con ganas de asesinarlo.

—S... sí —titubeó ella. Le demandó un momento recordar que había pedido una intertextualidad con Romeo y Julieta.

Abrió la carpeta de calificaciones y llamó a uno de los que necesitaba obtener buenas notas para aprobar el trimestre. El alumno respondió que no había hecho la tarea. Así llamó a dos más que tampoco habían hecho nada hasta que dio con una que sí había confeccionado el trabajo. La joven pasó al frente y comentó las relaciones que había establecido entre la obra de Shakespeare y la película Titanic.

—Está bien —contestó Natalia una vez que la alumna había terminado—. Me gustó que buscaste detalles del libro y de la película, no hiciste una relación general solamente, y eso te da algunos puntos extra.

Puso un nueve como nota al trabajo escrito y lo guardó en su carpeta. No devolvería las hojas con las calificaciones hasta que todos hubieran dado lección.

Ni bien la chica tomó asiento, Camila levantó la mano.

—¿Puedo pasar yo? —preguntó—. Quiero recuperar nota —aclaró.

Natalia consultó su carpeta, aunque sabía que era cierto: Camila Aráoz Viera también necesitaba una buena calificación. Y aunque percibió que algo

más se escondía tras la oferta de su alumna, no pudo decirle que no.

Camila se aproximó al frente con tanta seguridad que parecía llevarse el mundo por delante. Se paró delante del pizarrón y entregó su trabajo escrito a Natalia. Ella se quedó con una copia como guía.

—Yo sé que mis compañeros relacionaron el libro con películas y telenovelas, pero como usted pidió que hiciéramos una relación con una historia que conozcamos nosotros sin aclarar a qué tipo de historia se refería, yo me basé en una historia real —advirtió. Gozosa, agregó—. Relacioné Romeo y Julieta con la historia de amor de mi papá y mi mamá.

Algunos compañeros se miraron entre sí. Otros, cómplices de la idea, sonrieron junto con Camila. Natalia tragó con fuerza y comprimió los puños debajo del escritorio. Sentía que la respiración le faltaba y que le ardían los ojos. Se humedeció los labios reseco y asintió con la cabeza. No podía negarse a escucharla; en el terreno profesional, lo que la alumna había hecho era bueno e interesante.

Camila no esperó a que su profesora le indicara que debía comenzar a hablar. Temía que se negara, y no le convenía. Revolvió algunas hojas que tenía en la mano y comenzó a leerlas:

—Mi mamá siempre fue una mujer hermosa. Cuando tenía veinte años, estudiaba Derecho en la Universidad de Buenos Aires, y siempre se reunía con sus amigas en una plaza antes de clases para estudiar. Un día, ellas le fallaron, pero ella se quedó sola en un banco leyendo unos apuntes. De repente, alguien se le sentó al lado y la desconcentró de lo que hacía. «Tenés una mirada hermosa», le dijo el desconocido, y ella se rió. Era mi papá, que por aquel entonces hacía el reparto de la fábrica de alfajores de su papá. Esto se relaciona con Romeo y Julieta porque los padres de mi mamá no querían que ella, que iba a ser abogada, como ellos, saliera con el chico del reparto. Pero, igual que Romeo y Julieta, el amor de mis padres siempre fue tan fuerte que luchó contra todo y seguro, como Romeo y Julieta, después de la muerte, van a seguir juntos, sin importar todos los que traten de separarlos.

»Cuando conocemos a alguien, todos usamos máscaras, como Romeo en la fiesta de los Capuleto. Según se dijo en clase, las máscaras representan un ocultamiento, y caen cuando somos nosotros mismos, cuando nos

encontramos con el otro que puede hacer que esas máscaras caigan. Mis padres se encontraron. La luz que se ve en la fiesta cuando aparece Julieta, como si ella fuera a sacar a Romeo de su oscuridad, es la misma que mi mamá significó para mi papá, porque él solo vive por ella; todo lo que hace, en realidad, es por ella.

Y así prosiguió leyendo su trabajo práctico hasta la última carilla. En total eran dos hojas. Al finalizar, sonrió y miró a su profesora.

—¿Está bien? —preguntó—. ¿Me puedo sentar?

Estaba muy bien, pero a Natalia le había partido el alma.

—Sí, está muy bien —se obligó a decir como profesora—, aunque me hubiera gustado que lo contaras sin depender todo el tiempo de tus apuntes —completó la devolución—. Igual se nota que lo hiciste vos, y las relaciones que estableciste con el libro son correctas. Podés tomar asiento.

Le puso un ocho y llamó a otro alumno.

No volvió a sentirse bien en toda la mañana, estaba mareada y triste. Lo atribuyó a lo mal que había dormido, pero no podía negar que, además, había una cuota de celos extremos, miedo y desilusión, que le anudó la garganta.

«Necesito que hablemos», escribió a Julián en un mensaje de texto ni bien subió al auto.

«¡Hola! ¿Querés pasar por la fábrica y vamos a almorzar a algún lado?», le ofreció él.

«Voy a tu casa», contestó ella, y puso en marcha el auto.

Esperó en la puerta del edificio un rato hasta que Julián apareció. El estacionó el auto y llegó junto a Natalia muy rápido. Aunque la notó seria y escurridiza, igual la abrazó y le dio un beso en los labios.

—¿Querés que compre pastas enfrente?—ofreció.

—No tengo hambre —contestó ella—. Comprate para vos, si querés.

Julián le pidió que lo esperara adentro. Le dio las llaves de su departamento y cruzó la calle en busca del almuerzo. Regresó con un plato para él y otro para ella, pero Natalia, que se había ubicado en el sillón, se negó a ir a la mesa.

—Te dije que no tenía hambre —se excusó.

Él se sentó a su lado sin prestar atención a los papeles que ella tenía entre

las manos, aunque sabía que estaban allí. Le acarició el antebrazo cubierto por una blusa ajustada violeta y la miró con expresión serena.

—Esto presentó hoy Camila como trabajo práctico —le contó ella, y le cedió los papeles.

Julián los quitó del folio que los contenía y leyó muy rápido los dos primeros párrafos.

—¿Le pusiste un ocho? —se quejó—. Escribió «papá» sin tilde dos veces, ponele un seis —pidió. Natalia lo miró, molesta.

—Hay otras formas de que tu hija aprenda ortografía que no son una mala nota, si la idea del trabajo está bien —defendió.

—Perdón —se excusó Julián, reconociendo que acababa de adentrarse en un terreno que no le concernía—. Perdoname, vos de eso sabés mucho más que yo —repitió con honestidad. Después de un momento de silencio, agregó—. En cuanto a esto —indicó los papeles—, no voy a permitir que se repita, te lo prometo.

Natalia esbozó una sonrisa irónica.

—¿Vos hablando de repetición? —lanzó.

Julián frunció el ceño. Entendía que Natalia se hallase molesta por la actitud de Camila, pero no el tono que utilizaba con él.

—Lo lamento mucho —pensó que debía continuar con la explicación—. Voy a hablar con Camila porque lo que hizo es injusto, y no tenés por qué soportarlo —como Natalia seguía mirándolo con expresión desconcertante, Julián avanzó—. Ella no está dentro de mí, Nati, supone la mitad de las cosas que escribí.

—¿Ah, sí? —se ofendió ella—. ¿También supone que conociste a Sabrina de la manera que cuenta?

—Eso se lo debe haber contado su madre —contestó él—, pero los sentimientos actuales de los que habla, corren por cuenta de Camila.

Natalia dejó escapar otra sonrisa irónica. Con cada palabra de Julián, el pecho se le iba invadiendo de más y más nudos.

—Entonces seguro inventó también esa parte en la que vos le dijiste a Sabrina que tenía una mirada hermosa —acababa de soltar el primer nudo—. «Tenés una mirada hermosa» —repitió la frase de Camila, soltando así el

segundo nudo para dar paso al tercero—, «tenés una hermosa sonrisa» —era la frase que él había utilizado cuando la había conocido a ella—. ¿Te suena parecido? —finalizó. Y Julián comprendió todo tan rápido que también se sintió ofendido.

Respiró hondo para controlarse, pero como no fue suficiente, se puso de pie y se acercó a la ventana. Miró el exterior con los puños apretados, y al contemplarlo de espaldas, los ojos de Natalia se llenaron de lágrimas. Estaba siendo injusta con Julián, y lo sabía, pero no podía controlarlo.

—Perdoname —gimió poniéndose de pie. Dio dos pasos adelante y se detuvo, presa de una dura confesión—. Sé que soy celosa, que tengo una relación simbiótica con mi madre y un trauma terrible con mi padre, y créeme que estoy tratando de superarlo, pero las cosas como ese trabajo práctico... — se detuvo para tomar aire, sentía que se ahogaba—. Las cosas como esa no me ayudan para nada —completó entre el llanto.

Julián se dio la vuelta y la observó, todavía enojado.

—Mi hija tiene quince años y es esperable que haga cosas como esta — replicó—. Pero vos sos adulta, no actúes como ella.

Para Natalia, las palabras fueron como un golpe que le dio de lleno en el alma. No esperaba que Julián reaccionase de ese modo, y lo manifestó temblando. Giró sobre los talones, recogió los papeles de Camila, su carpeta y su cartera, y avanzó hacia la puerta de salida.

Julián negó con la cabeza, sorprendido por su propia sinceridad. Sabía que había herido a Natalia y eso lo hizo sentir despiadado. En dos pasos estuvo detrás de ella y la abrazó por la espalda, atrapándole los brazos con los de él.

—¡No! —gritó ella, retorciéndose. Lloraba—. ¡Déjame!

—Perdoname —le susurró él al oído sin hacer caso a su reclamo—. Por favor, perdoname. Te amo.

—¡No quiero, déjame! —gritó Natalia retorciéndose de nuevo, pero Julián no la soltó ni varió su tono de voz, sereno pero triste.

—Por favor, escuchame un segundo —pidió. Natalia temblaba y respiraba con tanta agitación que le provocó un nudo en el pecho—. ¿De verdad quisiste decir que soy un estúpido que anda conquistando mujeres

siempre con el mismo verso? —preguntó. Tras un instante de silencio, y ya que había aceptado la tregua, ella negó con la cabeza. Julián suspiró con cierto alivio, sintiéndose un poco menos cruel—. Entonces podés entender que yo no quise decir que tenés quince años —completó—. ¿Podemos empezar de nuevo? —propuso entonces—. Como si vos no hubieras dicho eso de la repetición de frases, y como si yo no me hubiera comportado como un insensible con vos —ella seguía en silencio, por eso él le apartó el cabello de la cara y le besó la mejilla húmeda—. Por favor —le pidió y volvió a acariciarla—. Por favor... —repitió contra el costado de su boca.

Natalia giró hacia él, pero no lo miró.

—Me voy —determinó, mucho más serena, pero incapaz todavía de ceder del todo. Julián apretó los ojos y luego los abrió, aunque le ardieran.

—¿Por qué no almorzamos, fingimos que nada de esto pasó y lo conversamos cuando los dos estemos más tranquilos? —propuso.

—Me tengo que ir —repitió Natalia, y movió los hombros en gesto de reclamo.

Julián no tuvo más opción que liberarle los hombros, sobre los que había apoyado las manos hasta el momento, y seguirla hasta el ascensor. Bajaron en silencio; del mismo modo le abrió la puerta y la acompañó al exterior. Antes de que atravesara la reja, la obligó a girar hacia él y le rodeó el rostro con ambas manos. La besó en los labios muy despacio.

—Te amo —le recordó—. Ya te advertí que soy un tonto y que por eso voy a hacer mal muchas cosas, pero creeme que trato de hacerlas bien. Te lo juro.

—Ya lo sé —respondió Natalia—. Necesito estar sola —aclaró. Por las palabras de Julián, entendió que él se sentía culpable, pero ella sabía que en realidad no tenía la culpa de las acciones de su hija.

Julián suspiró. Se hacía difícil comprender a Natalia si ella no expresaba sus sentimientos, sin embargo, acabó aceptando su partida, confiado en que le decía la verdad. Volvió a besarla despacio y la dejó ir a pesar del miedo atroz que sentía de perderla. Vio el automóvil alejarse hasta que dobló la esquina, y entonces regresó a su casa.

Natalia condujo pensando en lo que acababa de suceder. Si la reacción de

Julián la había afectado tanto, era porque en el fondo sabía que él decía la verdad. Una verdad tan profunda, que la hería. Siguió dando vueltas al asunto hasta que sonó su teléfono. No quería atenderlo, estaba segura de que su madre la llamaba al notar que ella no estaba en casa, y lo que menos necesitaba en ese momento era que alguien le agotara la paciencia. El llamado acabó, pero unos segundos después, el celular volvió a sonar.

Se detuvo al costado de una calle, solo para apagarlo. Abrió la cartera y buscó el aparato, pero una vez que lo tuvo en la mano, no se atrevió a desconectarlo. En la pantalla no se reflejaba el número de su madre, sino uno desconocido, y le intrigó saber quién era.

—Hola —respondió al llamado.

—Hola —contestó un hombre del otro lado—. ¿Natalia?

Ella frunció el ceño. Si quien le hablaba la conocía, seguro pensaba que no se trataba de ella porque el llanto le había cambiado la voz. Y aunque a ella la voz del extraño le sonó demasiado conocida, le pareció imposible que se tratase de él.

—S... sí —balbuceó—. ¿Quién habla?

—¿Ya no me reconocés? —replicó el sujeto, entre risas—. Soy yo, Gabriel.

Las manos de Natalia temblaron, todo su cuerpo se sacudió tras la revelación. Entreabrió los labios en busca de su respiración, que se había detenido, y recibió con intriga los latidos desbocados de su corazón.

¿Qué era ese cosquilleo que sentía en la boca del estómago? ¿Por qué, si en ese último tiempo había olvidado por completo a Gabriel, de pronto los años que había pasado a su lado, su tierna juventud y su adorada inocencia, resurgían en su memoria con más fuerza que nunca? Le pareció verlo en la disco donde lo había conocido, acercándose a ella y pidiéndole que por favor bailara con él. Le pareció verlo en su primera cita, en la esquina donde se habían dado su primer beso, en la cama la primera vez que habían hecho el amor. Él había sido su primer hombre, y la reaparición de aquel pasado la tomó por sorpresa.

—¿Estás ahí? —oyó que su ex novio le preguntaba, y volvió a temblar de incertidumbre. Pestañeó varias veces antes de dar una respuesta.

—Sí, estoy acá —dijo con un tono entre tierno y juvenil.

—Me alegra eso —respondió Gabriel—. Yo sé que pasó mucho tiempo, pero me gustaría que pudiéramos vernos. ¿Aceptás que te invite a tomar algo?

Aunque la sangre borboteaba en sus venas, todo en lo que Natalia pudo pensar fue en Julián. Apretó el teléfono con los dedos y se mordió el labio, incapaz de decidir. ¿Acaso lo traicionaba con solo aceptar una salida con Gabriel? Quizás la intención de su ex era convertirse en su amigo, como lo había propuesto ella cuando lo había dejado, y no volver a estar juntos. En ese caso, ¿por qué debía negarse, si Julián por siempre estaría ligado a su ex mujer? Tendría que comprender que ella fuera amiga de Gabriel, y si no lo hacía, sería egoísta e injusto. ¿Por qué tenía que ser ella la única que soportara hijos y una ex?

—Podemos encontrarnos —aceptó.

—¿Te parece bien esta tarde? —propuso Gabriel. Se lo notaba aliviado—. Podemos vernos en el drugstore al que íbamos siempre.

Combinaron el horario y se despidieron.

Natalia guardó el teléfono, todavía sin creer del todo lo que acababa de suceder. Pensaba que un encuentro con su ex novio no significaba engañar a Julián, pero en el fondo se sentía culpable. Había suplicado que Gabriel volviera a ella durante tanto tiempo, que rechazarlo ahora le pareció un desperdicio. Lo había añorado, había padecido su lejanía, y aunque desde que salía con Julián se había olvidado por completo de él, de pronto el pasado cobraba nueva vida, y no podía ignorarlo. No quería dudas, y tenía que reencontrarse con Gabriel para extirparlas, o pasaría la vida pensando qué habría sido de ella si hubiera aceptado reencontrarse con él.

Llegó a casa y almorzó algunas galletitas de agua. Estaba tan tensionada, que tenía el estómago cerrado. Además, todavía perduraban los malestares que la habían aquejado desde la mañana, y no quería agravarlos si le caía mal la comida por los nervios.

A las cuatro se duchó y se vistió con un jean, botas altas y la campera de cuero.

—¿Vas a salir de nuevo? —interrogó Liliana—. ¿Pasan tanto tiempo

juntos? —se refería a ella y a Julián—. ¿Sabías que pasar tanto tiempo con alguien antes de casarte desgasta la relación?

Natalia no le contó que iba a encontrarse con Gabriel, ni la sacó de su error de pensar que estaría con Julián. Subió al auto y condujo hasta el drugstore con el corazón a punto de abandonar su pecho. Tenía las manos húmedas y la respiración agitada.

Estacionó a varias cuadras de distancia, y aunque pensó en caminar despacio para no agitarse más de lo que ya se encontraba, lo hizo muy rápido. Si bien llegó diez minutos antes a la cita, a cincuenta metros divisó a Gabriel esperándola.

El tiempo no parecía haber transcurrido para él, se veía como la última vez que lo había abrazado, en la despedida. Vestía zapatos deportivos, un pantalón de jean y una campera negra con detalles de aviación. Era alto, tenía el cabello negro y los ojos oscuros. Su piel trigueña, junto con un rastro de barba afeitada, le otorgaba un matiz atractivo.

Gabriel se llevó una sorpresa aún más grande. Natalia no solo se veía joven y linda como la recordaba, sino además renovada. Su ropa no era la misma, ni su peinado, ni siquiera su piel.

Se saludaron con un beso en la mejilla típico de amigos, que removi6 en Natalia un torrente de emociones. Mientras la besaba, 6l le apoy6 una mano en la cintura, y al apartarse de ella aprovech6 para acariciarla. Natalia se sinti6 inc6moda, pero las mariposas que todav6a revoloteaban en su pecho le impidieron rechazar por completo a Gabriel.

Eligieron lo que iban a tomar y se sentaron a la mesa de siempre, esa que hab6a sido testigo de sus risas y de sus discusiones juveniles.

—¿Segu6is en el colegio religioso? —le pregunt6 Gabriel.

—S6 —respondi6 Natalia—. ¿Vos segu6is en la oficina de Capital?

—S6 —contest6 6l.

—¿Terminaste tus estudios universitarios?

—Estoy en eso.

No se atrev6a preguntarle sobre su novia y su hijo. Tampoco sabr6a hacerlo sin poner en evidencia que hab6a pasado dos a6os viendo su perfil de Facebook.

—Yo intenté estudiar la Licenciatura en Educación, pero no me gustó y la dejé —contó Natalia—. Quizás algún día haga el profesorado de Inglés, por ahora solo sigo siendo profesora de Literatura.

—Los chicos están complicados, ¿no? —intervino Gabriel.

—¡Uff! Ni te imaginás.

—Te veo muy bien —sonrió él de repente—. Estás muy linda con ese corte de pelo, y tu piel se ve como... nueva.

Natalia sonrió con timidez. No se había hecho nada en la piel, se hacía evidente que lo que había mejorado su aspecto era la pasión que experimentaba con Julián. Julián... se acordó de él y dejó de sonreír.

—No sé si sabés, pero yo estuve viviendo un año y medio con una chica —siguió contando Gabriel. Natalia esperó sentir el aguijón de los celos que la atormentaba cada vez que siquiera pensaba en que Julián tenía una ex mujer, pero para su sorpresa y beneficio, no sintió nada.

—Sí, lo sabía —admitió—. También lo de tu... bebé.

—¿Mi qué?! —exclamó Gabriel, casi con horror, aunque reía.

—Tu bebé —repitió Natalia—. Tu hijo.

—¿Qué hijo?

Los labios de Natalia se entreabrieron. Si el bebé que había visto no era el hijo de Gabriel, ¿entonces quién era?

—El bebé de tu portada de Facebook —explicó, ya sin importarle si él se daba cuenta de que ella lo había estado espiando.

—¡Ah! —exclamó Gabriel, echándose hacia atrás en el asiento—. Es mi sobrino. No sabés, mi hermano dejó embarazada a una chica.

Oh, Dios. Dios, Dios, Dios, pensó Natalia en un instante.

—Tu... sobrino —repitió mientras por dentro maldecía las noches que había pasado llorando por aquella foto que había disparado conclusiones erróneas. El hijo de Gabriel y lo perfecto que encajaban él y su novia, no habían sido más que fantasías que había tejido su mente de escritora.

—Al principio me costó un poco aceptarlo, pero mi mamá se puso bastante contenta —siguió contando Gabriel—. Es decir, lo acepté, claro, pero me parecía que mi hermano se había arruinado la vida. ¡Iba a ser padre y ni había terminado el secundario! Pero bueno, ya terminó y ahora está

buscando trabajo para irse a vivir con la chica.

Natalia asentía, incapaz de hilar sus pensamientos, que corrían en todas direcciones. Sin querer, Gabriel había vuelto a ser el hombre perfecto: libre por completo, sin pasado y con un futuro que podía escribir junto con ella. Era el hombre que consideraría todas las experiencias memorables, porque nunca se había casado ni había tenido hijos, de modo que el matrimonio con ella y los niños que tuvieran, iban a ser la primera vez de ambos, como alguna vez también habían vivido su primer relación sexual juntos.

Sin embargo, por mucho que le pesara, teniendo enfrente a Gabriel, no sentía un ápice de lo que experimentaba con solo pensar en Julián. Descubrió que no podía desear sexualmente a su ex, aunque para las mujeres de su edad quizás fuera más lindo que su novio, ni siquiera porque tuviera todas las hojas de su vida futura en blanco, libres para ser escritas con ella. Podía ser más joven, pero no era ni la mitad de seductor y atractivo de lo que era su pareja actual. Descubrió que amaba a Julián como a nadie en el mundo, y que sin él se sentía muerta.

—Igual sabrás que no te cité para hablar de mi hermano —continuó expresando Gabriel—. Como te decía, conviví con una chica un tiempo, pero no dio resultado. Me parece que no luché por vos en su momento, y eso siempre me dejó pensando, por eso me gustaría saber si a vos te interesa que volvamos a intentarlo. Me gustaría que volviéramos a empezar, los dos tal como somos ahora, porque en el pasado no funcionamos, pero presiento que con las experiencias que vivimos, y por el hecho de que seguro hemos cambiado, podemos enamorarnos. No sé, te percibo distinta.

¡Y vaya que había cambiado! De volver con Gabriel, ya no le exigiría nada, no le reclamaría tras escuchar las opiniones de su madre, ni lo presionaría por ser un hombre sin iniciativas. No esperaría que él sepa desenvolverse en situaciones difíciles, ni que sea quien resuelva los problemas, porque Gabriel nunca había servido para eso. En cambio Julián tenía tanta experiencia de vida que ella misma se sentía una principiante; Julián podía sostener el mundo sobre sus hombros, y nunca se rendía. Con Julián se sentía segura y protegida, y aunque se arrepintió de compararlos, no pudo evitar que él triunfara por sobre Gabriel en todos los aspectos

imaginables.

Miró el submarino que no había tocado y sonrió con melancolía. No era fácil dejar ir el pasado a cambio de un presente que estaba lejos de ser perfecto.

—En este momento estoy saliendo con alguien —respondió. Gabriel enarcó las cejas, sin embargo, no estaba sorprendido. Lo había sospechado.

—¿Con el hombre de la foto de tu perfil de Facebook? —interrogó.

—Sí, con él —contestó Natalia sin rodeos.

—Ah —rió el chico y se rascó una ceja—. Pensé que era un tío de parte de tu papá, o algo por el estilo.

Natalia entrecerró los ojos como única muestra de que el comentario le había molestado. Podría haberse vengado del tono burlón de Gabriel haciéndole una lista de las cualidades que hacían de Julián un hombre mil veces mejor que él, pero no le encontró sentido a hacerlo. No valía la pena porque no necesitaba vanagloriarse de Julián para reafirmar sus sentimientos hacia él, ya lo había hecho sin querer con la propuesta de Gabriel.

—No es un tío, es mi pareja —ratificó, pero supo al mismo tiempo que Gabriel seguía sin creer que aquel hombre pudiera ser mejor que él.

Se sorprendió al percibir que su ex sentía que era superior a Julián y que podría conseguir que ella lo dejase para volver con él. Gabriel no sentía que Julián fuese una competencia, y eso también le molestó. Sin dudas no tenía idea de quién era Julián.

—Como te ofrecí cuando nos separamos, estoy dispuesta a brindarte mi amistad —le recordó. Gabriel sonrió, y Natalia no supo si lo hacía para agradecer su oferta o porque creía que acababa de encontrar una veta para reconquistarla.

—Por supuesto —aceptó él—. Me encantaría que pudiéramos ser amigos —agregó, y después bebió un sorbo de café.

Conversaron un rato más acerca de sus trabajos, la sociedad, e incluso del pasado. Quizás Gabriel esperaba que con los recuerdos de la juventud vivida a su lado, Natalia volviera a él, pero para nueva sorpresa de ella, no sintió más que ternura. Ya no recordaba la «época de oro» con nostalgia, porque si aquello había sido de oro, su vida con Julián rebosaba de diamantes.

Se despidió de Gabriel a las ocho, y ni siquiera registró que él volvió a rozarle la cintura mientras le daba un beso en la mejilla. Para entonces, el malestar de la mañana se había acrecentado y, además de mareada y débil, se sentía afiebrada.

Condujo a casa pensando que debía acostarse con urgencia para recuperar la energía perdida, ya que la noche anterior no había dormido y el día había sido agotador. Se forzó a cenar solo porque casi no había comido en todo el día, pero apenas toleró dos bocados de tarta de jamón y queso que había preparado Liliana. Se acostó y se durmió tan rápido que no tuvo tiempo de pensar en nada.

Capítulo 25

Despertó con dolor de garganta y sin dudas con fiebre, pero no quiso tomarse la temperatura. Se compraría algún medicamento al salir de la escuela, porque faltar al trabajo era imposible. Prefería soportar las cinco horas de clase al borde de un desmayo que las respuestas de la directora en cuanto avisaba una ausencia. «Hoy faltan dos profesores más, ¿no podés venir igual?», «¿no tomabas ninguna evaluación?», y la peor, la que había recibido por una infección urinaria hacía un año y medio: «deberías reconsiderar cómo cumplís con tus responsabilidades».

Pasó la mañana muerta de frío, con el saco puesto y la sensación de que la realidad daba vueltas a su alrededor. Por momentos las voces le parecían lejanas, y cada vez que tenía que hablar era como si le enterraran agujones en la garganta. Sumados a los que se le clavaban en los huesos, soportó las horas dando trabajos escritos y tratando de responder las dudas de sus alumnos con gestos. Salió del colegio a la una, con el único objetivo de huir a la farmacia y comprarse un antibiótico.

Después de caminar algunos pasos con la mano y la mirada atentas al bolsillo donde guardaba la llave del auto, la extrajo y alzó los ojos para esquivar a la gente que se agolpaba en la vereda. Entonces, a escasos metros, divisó a Tomás y a Julián. Él ya la había notado, porque la estaba mirando, y ella no supo qué hacer. Por un lado sintió el mismo entusiasmo que experimentaba cada vez que lo veía, esa mezcla de nervios y de amor que se manifestaba en cada centímetro de su cuerpo. Por el otro, la tensión de saber

que estaban peleados. El día anterior habían discutido, y no sabía cómo iba a actuar él a causa de ello.

No podía evitarlo como había hecho cuando lo había visto con su ex mujer. Sabrina no estaba allí, y tampoco Camila, al menos por el momento. Además, si él la miraba, como esperándola, supuso que pretendía que ella se le acercase. Lo hizo con temor y desconfianza, pensando en cómo iba a reaccionar él y en lo que iban a decir los alumnos y las autoridades de la escuela si los veían juntos en un contexto que, para todos, resultaba inapropiado.

Unos centímetros antes de llegar a su lado, el primero de sus temores quedó superado. Julián le sonrió con la misma calidez de siempre, como si la discusión del día anterior no hubiera existido, y eso la tomó por sorpresa. Aun así, nada podría igualar el desconcierto que la abrumó en cuanto Julián la tuvo al alcance de la mano, porque la tomó por el cuello y la besó en los labios sin pudor ni medir consecuencias. Fue un beso breve y superficial, pero intenso y tan natural que la dejó dura.

Cuando abrió los ojos, descubrió que él tenía el ceño fruncido. No le dio tiempo a nada, enseguida estiró una mano y la apoyó sobre su frente. Natalia se echó atrás.

—Por favor... —susurró, pensando en lo que tendría que soportar si la directora los estaba viendo.

Julián le tomó la mano.

—Quedate conmigo —pidió.

—No puedo —intentó excusarse Natalia, pero él no permitió que se soltara de su agarre.

Camila se les acercó con expresión molesta.

—¿Dónde está mamá? —preguntó.

—Buenas tardes —le respondió su padre—. Mamá me pidió que viniera en su lugar y que los lleve a casa. Ella no está, pero me dijo que vos tenés un juego de llaves. ¿Lo tenés?

—Sí —contestó Camila—. ¿Y vamos a ir los cuatro?—preguntó.

—Sí —respondió Julián.

—No —intervino Natalia.

—Entonces yo me voy sola —respondió la joven sin tener en cuenta a su profesora.

—Camina al auto si no querés que te trate como a una criatura enfrente de tus compañeros —le sugirió Julián—. Sabés que no repito las órdenes dos veces.

Camila entrecerró los ojos en su clásico gesto de odio, pero aunque deseó gritar y hasta golpear a su padre, solo hizo una mueca con los labios y obedeció.

—Yo tengo mi propio auto —le recordó Natalia mientras caminaban. Julián no le había soltado la mano—. Está estacionado a unas cuadras.

—No estás en condiciones de manejar —respondió él sin mirarla. Natalia se sacudió con la verdad, pero no quería molestar a Camila. No quería sentirse otra vez una intrusa en una familia a la que no pertenecía.

—Iba a ir a la farmacia —se excusó.

—¿A la farmacia? —replicó Julián deteniéndose para mirarla. Como ya habían llegado a su vehículo, apretó el botón de la alarma para que las puertas se abrieran y sus hijos pudieran entrar—. No vamos a ir a la farmacia, vamos a ir al médico. ¿Tenés tu carnet de la obra social?

Natalia sofocó una risa.

—¿Acaso vos no te automedicás? —preguntó con el ceño fruncido.

—Siempre que lo necesito —respondió él—. Pero yo soy yo.

—Se educa con el ejemplo —defendió ella. Julián sonrió.

—La única profesora que veo acá sos vos —contestó y abrió la puerta. Natalia no se movió—. Entrá —le pidió.

Después de suspirar y prepararse para la mala cara y las posibles indirectas de Camila, acabó subiendo al auto en silencio sepulcral. Tomás y Julián fueron los únicos que conversaron y rieron durante el trayecto.

Al llegar, Camila descendió del vehículo sin saludar. Tomás se despidió de Natalia y su padre lo acompañó hasta la puerta de la casa. Detuvo a Camila antes de que pudiera cerrar.

—«No existe nada bueno ni malo; es el pensamiento humano el que lo hace aparecer así» —expresó—. ¿Sabés quién lo dijo?

Camila entendió que su padre trataba de reprenderla por hallarse enojada

y bajarse sin saludar, pero no terminó de comprender la frase. Tampoco sabía a quién le pertenecía, por eso negó con la cabeza.

—Si leyeras a Shakespeare buscando aprender y no aleccionar a los demás, lo sabrías —respondió Julián, después la tomó de la cabeza y la besó en la frente. Camila se quedó quieta—. Me voy cuando hayas cerrado con llave —anunció él, y ella obedeció.

Mientras preparaba el almuerzo para ella y para su hermano, pensó en lo que le había dicho su padre y llegó a la conclusión de que Natalia Escalante ya le había contado acerca del trabajo práctico sobre Romeo y Julieta, Sonrió pensando en que le pondría una mala nota y eso generaría problemas. Ya tenía un plan: subir las calificaciones de todas las materias menos de Literatura. Eso daría la pauta a su padre de que Natalia la estaba perjudicando. ¿Acaso no era cierto?

Después de insistir a Natalia, Julián obtuvo la dirección de la clínica que le correspondía por su obra social y se dirigió allí. Les anunciaron que había al menos una hora de demora, y aunque Natalia trató de convencerlo para que se fueran, él no le hizo caso. Se sentó con ella en la sala de espera, la abrazó y Natalia acabó recostando la mejilla sobre su pecho. De a ratos Julián le tomaba la temperatura besándola en la frente y acariciándole la cara. Habló tres veces por celular para resolver asuntos de la fábrica, y en la última oportunidad, ella volvió pedirle ir a la farmacia, pero él se negó.

El médico le diagnosticó anginas bacterianas y, como tenía más de treinta y ocho grados de fiebre, además del antibiótico, le recetó ibuprofeno. Julián compró todo en la farmacia mientras ella esperaba en el auto, y después la llevó a su departamento.

—Dejé mi auto cerca del colegio —insistió Natalia, sentada en el borde de la cama.

—¿Y eso qué?—interrogó Julián mientras buscaba un pantalón de jogging y alguna de sus remeras de rock.

—No puedo dejarlo tantas horas ahí, ¿y si me lo roban?

—¿Tiene alarma?

—Sí —respondió Natalia.

—¿Tenés seguro?

—¡Claro que tengo seguro! Pero...

Julián le arrojó el pantalón y una remera de The Doors con una sonrisa.

—Entonces no te preocupes por él —pidió.

Natalia atrapó las prendas en el aire y devolvió la sonrisa con mirada suplicante. Le ardían los ojos y le costaba pensar con claridad, solo sabía que Julián todavía no había hecho referencia a la discusión del día anterior, y que tampoco sabía si ella deseaba hacerla. Quizás era mejor dejarla pasar.

Se vistió con la ropa que él le había dado y se metió en la cama. Le pareció reconfortante; se acurrucó sobre sí misma y apretó el borde del acolchado con el placer de descansar al fin. Su soledad se vio interrumpida media hora después, cuando Julián le alcanzó algo para comer. No toleró más de unos bocados, pero él se quedó conforme.

Volvió a ofrecerle comida junto con la medicación a las nueve de la noche. Después se acostó con ella y la mantuvo abrazada contra su pecho un largo rato.

—Mi autito... —se lamentó Natalia—. Solo en medio de la noche y de la calle —completó. Julián rió y la besó en la cabeza mientras le acariciaba el cabello.

—No te preocupes, estoy seguro de que está bien —respondió. Natalia suspiró y se acurrucó más contra su costado.

Pasaron un rato en silencio.

—Gracias —murmuró ella de repente. Julián comprendió muy rápido que se refería a todo lo que habían hecho ese día.

—No te estoy haciendo un favor —le contestó. No se trataba de generosidad, sino de que le gustaba cuidar lo que le pertenecía.

—Pero no tenés que hacer esto.

—Vos lo dijiste, no tengo que hacerlo. Lo hago porque quiero, porque te amo. ¿Vos no lo harías por mí?

Se sucedió un instante de silencio en el que Natalia no tuvo la lucidez suficiente para pensar otra respuesta que no fuera la verdad.

—Yo te amo —confesó—, pero no sé si podría cuidarte. No sirvo para ver débiles a las personas que considero fuertes. Cuando están enfermas me enojo porque no son las mismas de siempre, y porque tengo terror de que no

vuelvan a serlo nunca.

Aunque comprendió la fuerza psicológica de aquella confesión, Julián rió y la besó en la cabeza de nuevo.

—¿Nunca te dijeron que no siempre tenés que ser tan honesta? —preguntó entre risas. Natalia negó con la cabeza—. Bueno, a veces queda bien que mientas un poco. Pero un poco, nada más.

—Perdoname —intentó excusarse ella. No estaba del todo consciente de lo que decía. Él volvió a reír y le dio otro beso en la cabeza.

—No te preocupes, creo que puedo vivir con tus respuestas excesivamente sinceras —bromeó.

Fue lo último que conversaron antes de que Julián apagara la luz y se quedaran dormidos.

Despertó a las tres de la madrugada porque había programado su celular para que Natalia tomara el antibiótico. Tuvo que llamarla tres veces para despertarla y otra más para que se irguiera sobre los codos, aunque todavía se hallaba boca abajo. Su rostro estaba rojo y tenía los ojos vidriosos.

—Nati... —la nombró con preocupación. Llevó una mano a su frente y descubrió que estaba hirviendo. Le había subido la fiebre.

Lo comprobó midiéndole la temperatura con un termómetro. Cuarenta grados exactos.

Salió de la habitación y regresó con un vaso con líquido y una bolsa de hielo.

—Tomá esto —le ofreció el vaso—. No es muy rico, pero lo toman mis hijos cuando tienen fiebre, y les hace bien.

Aunque temblaba, Natalia aceptó el remedio y bebió. Julián la ayudó quitándoselo de las manos cuando terminó y dejándolo sobre la mesa de luz. Después se recostó con la espalda sobre los almohadones y la acomodó para abrazarla. Teniéndola sobre su pecho, pudo colocarle el hielo en la frente y besarla de ratos para saber si la medicación y el frío estaban surtiendo efecto.

Natalia se sentía tan mal físicamente, y a la vez tan culpable, que estuvo a punto de llorar. ¿Acaso Julián no recordaba que el lunes habían estado discutiendo? Tampoco sabía que ella se había encontrado con Gabriel o que por un instante había pensado que quizás alguien podía superarlo en algo.

—Perdón... —susurró con una voz que no parecía la suya.

—¿Estás loca? —le contestó Julián, riendo. Pensó que le pedía perdón por estar enferma—. No, estás delirando —se respondió a sí mismo—. No te preocupes, te prometo que te vas a sentir mejor.

—Perdoname... —repitió Natalia, y luego ninguno habló.

Natalia nunca supo que Julián pasó al menos dos horas despierto, custodiando su sueño. Se quedó más tranquilo cuando la fiebre bajó y ella volvió a respirar con normalidad. Recién entonces se permitió dormir.

Ella despertó cuando el sol le daba de lleno en la cara. Abrió los ojos con el agrado de que ya no le ardieran y percibió que las sábanas se sentían húmedas; sin dudas era señal de que la fiebre había bajado. Lo notó, además, en que los sentidos se adueñaban mejor del entorno y en que su cuerpo respondía bien a los impulsos.

Estiró un brazo hacia la mesa de luz y halló su teléfono celular apagado. Le costó trabajo recordar que se lo había pedido a Julián mientras almorzaba y que había aprovechado ese momento para desactivarlo. Ni bien lo encendió, esperó los clásicos mensajes de su madre, pero ninguno llegó. No tuvo tiempo de reflexionar acerca de ello porque en ese mismo momento vio que el reloj del aparato indicaba que eran las nueve en punto.

Se puso de pie de un salto. Miró alrededor en busca de su ropa, pero no encontró nada. En ese momento, Julián entró por la puerta que comunicaba la habitación con el living y rio de lo que encontró.

—¡Hey! —la llamó—. ¿Qué pasa?

—¡Son las nueve de la mañana! —contestó Natalia, alarmada—. No fui a la escuela, voy a llegar tardísimo.

—Es que no vas a ir a la escuela —intervino Julián.

—¿Dónde dejaste mi ropa? —insistió ella mirando hacia todas partes.

—No vas a ir a trabajar, estás enferma.

—No lo entendés —replicó Natalia, impaciente—. No se puede faltar a ese colegio, hacerlo significaría comunicarme con la directora para avisarle y tener que soportar sus reclamos, y, la verdad, no quiero escucharla.

—Pero estás enferma, ¿qué te puede decir? Además, ya llamé yo.

Por primera vez en toda la conversación, ella se quedó quieta.

—¿Cómo que ya llamaste vos? —murmuró. Julián lo contaba como algo tan natural que la asustó.

—Llamé por teléfono, pedí hablar con alguien de dirección, les dije quién era y les avisé que estabas enferma y que no ibas a ir hoy.

Natalia se quedó un momento en silencio, después arremetió:

—¿Y te creyeron?

—¿Cómo no me van a creer? —rio Julián—. Primero pensaron que les hablaba de Camila, pero después de que les repetí que me refería a vos, aceptaron el aviso y no hubo más que decir.

Se sucedió otro instante de silencio.

—¿Estás seguro de que entendieron que hablabas de mí?

—Te estoy diciendo que les repetí: «Natalia Escalante, la profesora de Literatura». ¡Claro que entendieron que les hablaba de vos!

Natalia casi se echó a sus brazos para besarlo y agradecerle que hubiera resuelto algo que para ella significaba un tormento. Entre todas las cosas que amaba de él, adoraba que supiera resolver todos los problemas. Eso la hacía sentir protegida y segura.

—Gracias —murmuró. Julián volvió a reír.

—¡No lo puedo creer! —exclamó—. Lo que hice fue una estupidez. ¿De verdad significa tanto para vos?

—Muchísimo.

—¡Qué bueno! —acabó asintiendo él—. Porque no tengo problema de hacerlo en tu lugar todas las veces que sea necesario.

—¡Oh, sí! —festejó Natalia con una sonrisa que casi llegaba a sus dos orejas. Él siguió riendo.

—Ahora volvé a la cama antes de que estar desabrigada te haga mal —le pidió. Natalia obedeció, feliz.

—Julián —lo llamó antes de que dejara el cuarto. Él se volvió y la miró—. Te amo mucho.

Lo vio sonreír y se sintió plena de felicidad.

Una vez en soledad, cumplió con una tarea que nadie podía hacer por ella: llamar a su madre. Para su sorpresa, Liliana la atendió con voz armoniosa.

—Quería avisarte que estoy bien —dijo de todos modos.

—Ya lo sé —contestó su madre—. Julián por lo menos tiene la deferencia de avisarme que estás en su casa, no como vos.

Natalia abrió la boca como si esperase recibir dentro de ella una gran cucharada de algo. Primero, porque su madre había llamado a su novio «Julián». Segundo, porque no lo había nombrado con ironía ni con rasgos de enojo, sino con respeto.

—¿Él te llamó? —balbuceó. Todavía no lo podía creer. Temía que su madre le hubiera dicho algo fuera de lugar o que la hubiera hecho quedar mal con Julián de alguna manera.

—Ayer a la tarde. Me explicó que saliste de la escuela con fiebre, que fueron al sanatorio y que te recetaron una medicación. Yo le pedí que te trajera a casa, pero me dijo que era mejor que te quedaras en cama y que me quedara tranquila porque él te iba a cuidar. ¿Te cuidó?

Todavía presa de los sentimientos profundos que todo aquello le despertaba, Natalia trató de contener las lágrimas que se le agolpaban en los ojos. Si Julián conseguía que su madre lo aceptara, o si le enseñaba a ella a mirarla con otros ojos, habría conseguido el cielo.

—Sí —contestó, emocionada—. Ya me siento mucho mejor.

—¿Querés venir a casa?

—No.

—Hablamos mucho tiempo, conversamos de nuestros divorcios y de los hijos —siguió contando Liliana como si, milagrosamente, la negativa de su hija no hubiera tenido importancia—. Le conté que quería pintar las rejas de las ventanas y se ofreció a ayudarme. ¿Vos pensás que también se ofrecerá a ayudarme a pintar la habitación?

Natalia tembló de alegría. A su madre le encantaba que los hombres fueran hábiles para las reparaciones domésticas. Tenía un concepto tradicional de las funciones sociales de cada género, y Julián podía cumplir con esas expectativas. Jamás lo había tenido en cuenta, porque ella no lo pensaba como a alguien que le llevaba veinte años.

—Siempre te dije que contratáramos un pintor —contestó.

—No se puede meter gente extraña en la casa cuando vivimos dos

mujeres solas, Natalia —le recordó Liliana—. Siempre pinté yo, pero ya estoy grande, y necesitamos un hombre que nos ayude con algunas cosas. ¿Pensás que se ofrecerá también o tendré que pedirselo?

—Seguro se va a ofrecer —la tranquilizó—. Por favor, no le pidas nada.

Después de escuchar a su madre contarle dos o tres anécdotas más, se despidió de ella y dejó el teléfono junto a la cama, encendido, ya sin temor a que volviera a sonar.

Julián resolvió algunos asuntos de la fábrica desde el teléfono del living. Para cuando terminó con el último llamado, ya eran las doce. Preparó supremas al horno con ensalada y, una vez que ya estaban sobre la mesa, fue a la habitación para despertar a Natalia.

Se sentó en el borde de la cama y le apartó el cabello de la frente para acariciarla. Ella todavía dormía. Satisfecho porque no tenía fiebre, se dispuso a despertarla, pero en ese momento, el celular distrajo su atención. Sonaba sobre la mesa de luz, y en la pantalla se reflejaba un nombre: «Gabriel».

Sabía muy bien quién era Gabriel, pero no que podía llamar.

—Nati —dijo procurando un tono de voz sereno. Ella se removió. Él tomó el teléfono y lo sostuvo para que, ni bien abriera los ojos, Natalia pudiera leer la pantalla—. Gabriel te está llamando.

A ella le demandó un momento abrir los ojos. Él la vio tan hermosa y joven, que de pronto se sintió un viejo.

Cuando alcanzó a divisar el nombre en el celular, Natalia lo arrebató de las manos de Julián y cortó el llamado. Se sentó en la cama sin saber qué hacer, y menos qué decir. Pestañeó varias veces, tragó con fuerza y se humedeció los labios.

—Perdón —soltó, angustiada. Julián sonrió con pena.

—No tenés que pedirme perdón —reflexionó cabizbajo—. En algún momento iba a pasar.

—¿Iba a pasar qué? —se defendió Natalia—. No es lo que pensás.

—No sabés lo que pienso —la interrumpió él alzando la mirada.

—Pensás que sigo enamorada de él o que...

—No —volvió a intervenir Julián—. Pienso que, antes de quedarte conmigo, tenés derecho a descubrir si no te espera algo mejor.

—¡Eso no es verdad! —bramó Natalia al borde del llanto. No podía creer que algo como eso estuviera pasando, no podía ser cierto—. Me llamó el lunes, cuando salí de tu casa después de que discutimos —se le cayeron algunas lágrimas y la angustia creció al punto que le costaba hablar—. Antes de que aparecieras en mi vida, todo lo que hacía era añorarlo, pero me había olvidado de él desde que te acercaste a mí en el bar. Te lo juro.

—Está bien, Nati.

—¡No, no está bien! —reclamó ella, tratando de respirar—. Salí, sí, acepté ir a tomar algo, pero no pasó nada más. Le dije que estaba en pareja y que le ofrecía que fuéramos amigos. ¡Tenés que creerme!

—Te creo —replicó él, y le tomó las manos en un intento por serenarla—. No estoy enojado —le aclaró—. Mirame a los ojos, te lo juro, no estoy enojado. Aun así, quiero que me digas si, aunque sea por un instante, no pensaste que, después de haberlo extrañado tanto, merecías comprobar si era mejor que yo.

—Él no es mejor que vos —replicó Natalia, incapaz de confesar que, en efecto, había pensado lo que Julián sugería. Él no insistió para que ella le respondiera porque comprendió que no quería hacerlo.

—También pensaste que si vos tenés que soportar a mis hijos y a mi ex mujer, era justo que yo viviera lo mismo. ¿Te conozco? ¿Tengo razón? —Natalia tembló, y él le apretó más la mano para impedirselo—. Lo estoy sintiendo, lo mismo que sentís vos, ese miedo espantoso a perderte, solo que no sabés que en realidad yo lo siento todo el tiempo. Vos tenés muchas ventajas —ella frunció el ceño y se mordió el labio. Julián sonrió otra vez con pena y la miró—. En cambio yo... no tengo nada con qué competir con Gabriel, ni con ningún otro.

—¡Eso es mentira! —reclamó ella, entre sollozos.

—No es mentira —contestó él.

—Es tu complejo de inferioridad.

—¡Es la verdad! Soy viejo, y ya viví todo lo que vos querés experimentar por primera vez con alguien que tampoco lo haya vivido. Tengo hijos, tengo más días con problemas que días tranquilos, soy propenso al fracaso y mi piel se va a arrugar mucho más rápido que la de cualquier chico de tu edad.

—¡Basta! —gritó Natalia y se arrojó sobre él para abrazarlo. Lo apretó tan fuerte que casi lo dejó sin aire—. Yo no sirvo, ¡no sirvo para esto! —reclamó, odiándose a sí misma por ser tan reprimida.

Julián no entendía de qué le hablaba, pero respondió rodeándole la cintura. No quería que llorara.

Natalia lo apretó todavía más fuerte, y aunque temblaba de nervios, dejó que su corazón hiciera lo que su mente no sabía hacer.

—Sos la persona más maravillosa que conocí en mi vida —aseguró—. Sos bueno, sos honesto, sos justo. Manifestás seguridad aunque te estés muriendo por dentro y amás con tanta profundidad que por momentos me pregunto si de verdad existís o si sos un sueño. Superás como amante lo que tejió mi fantasía, sos fuerte, sos atractivo. No tenés idea de lo lindo que te quedan los trajes y lo seductor que sos con esas pulseritas. No sabés nada de vos mismo. Amo que sepas resolver todos los problemas, que tengas tanta experiencia de vida, que te entregues siempre a todo por completo. Amo el padre que sos, la relación que tenes con Tomás y la manera en que intentas ablandar a Camila. Amo todo de vos, tus palabras, tus gestos...

—Yo no soy todas esas cosas —murmuró él, conmovido.

Natalia se despegó de su cuello, le rodeó la cara con las manos y lo miró a los ojos, mucho más serena.

—Ya te vas a dar cuenta —le prometió.

Acababa de tomar una decisión irrevocable: tenía que terminar con urgencia su novela. Entonces la enviaría a todas las editoriales existentes y conseguiría que fuera publicada. Si Julián no sabía mirarse a sí mismo, lo haría reconocerse a través de los ojos ajenos.

Capítulo 26

Natalia se reintegró al colegio el viernes. Devolvió los trabajos prácticos de cuarto año, y cuando Camila vio un ocho, sintió que explotaba.

—Pero no estaba bien mi trabajo —se atrevió a decir, llena de rabia. Si no obtenía malas notas en Literatura de forma disimulada, su plan se desmoronaba.

—Estaba para un ocho, pero sé que podés dar más —replicó Natalia, y siguió entregando hojas de otros.

Camila volvió a experimentar la frustración, sentimiento que en ese último tiempo parecía haberse ensañado con ella. Salió de la escuela tan enojada que no le bastó hablar con Luna ni con otra de sus amigas. Necesitaba la contención de alguien más grande, alguien que le diera la razón y que a la vez le concediera pistas para tramar otro plan. Entonces pensó en Melisa, la secretaria de la fábrica a la que solía contarle los problemas que tenía con sus amigas y que no podía hablar con personas del colegio porque se lo contaban a otras y se armaba un concurso de chismes.

«¿Podemos vernos en secreto?», le escribió por mensaje de texto.

«¿Estás bien? En un rato salgo durante mi hora de almuerzo, ¿querés que nos encontremos en la pizzería?», respondió Melisa.

Como sabía de qué pizzería se trataba porque una vez habían almorzado allí juntas, aceptó enseguida.

Una vez en el restaurante, eligieron lo que consumirían, y comenzaron hablando del mensaje que había enviado Camila.

—¿Tu papá no sabe que estamos acá? —le preguntó Melisa—. Me sorprendió que me pidieras que mantuviera el encuentro en secreto.

—¿Le contaste algo? —contestó Camila, preocupada porque su padre estuviera al tanto de que se había encontrado con la secretaria.

—No, pero no te puedo negar que me siento en falta por eso —replicó Melisa—. Si se entera de que nos vimos y que yo no le dije nada, no quiero que se enoje conmigo.

—No tiene por qué enterarse —le aseguró Camila—. Yo no le doy explicaciones de cada paso que doy.

—Ya lo sé, pero llegaste hasta acá sola, y sabes que a él no le gusta que andes por la calle sin compañía.

Camila se encogió de hombros. Miró el plato que acababan de servirle y se dispuso a abreviar la conversación.

—Pasa que tengo que hablarte de él —confesó. Con ello, Melisa se sintió todavía más interesada en el asunto; todo lo que concerniera a Julián le importaba más que nada en el mundo—. No lo vas a poder creer. ¡Me siento tan mal!

—Contame, por favor, ¿qué le pasa? —se preocupó la secretaria.

—Me da vergüenza —se quejó Camila, cabizbaja—. Pasa que... pasa que mi papá está saliendo con alguien. ¡Y eso no está bien!

Melisa sintió que un agua helada se derramaba por su espalda. Julián no podía tener una pareja nueva, eso la dejaba a ella en el eterno rol de secretaria. Era tan atractivo y tan bueno, ¡claro que alguna lo iba a atrapar tarde o temprano! Y ella jamás se había atrevido a ser directa para atraparlos antes.

No se echó a llorar solo porque no podía delatarse ante Camila.

—¿Es alguien de la fábrica? —preguntó. Si la hija de su jefe hubiera estado menos encerrada en sus propias interpretaciones, se habría dado cuenta de que el dolor se había manifestado en su voz.

—No —contestó Camila.

—¿Es alguna cliente, una amiga?

Camila suspiró y apretó las piernas para no estrangular a Natalia.

—Es mi profesora de Literatura —terminó diciendo. Después alzó la

mirada de pronto, llena de ira—. ¡Tiene veintiocho años! ¡Es una puta! ¡Y mi papá está ciego por ella!

Melisa no se infartó en el asiento porque era joven y todavía le restaba mucho tiempo de vida. ¡Veintiocho años! ¡Casi la misma edad que ella! Entonces tenía posibilidades: si a Julián le gustaban las mujeres jóvenes, ella era mejor que su novia, porque era más chica.

—¿Y hace mucho que salen? —preguntó, bastante más serena.

—Unos meses... no sé bien cuántos —replicó Camila—. Ayúdame, ¿qué hago? —se desesperó.

—La edad no es lo importante —sugirió Melisa, por si el terreno se allanaba en su favor.

—¿Cómo que no? —se quejó Camila—. Además, mi papá tiene que volver a mi casa, con mi mamá, con mi hermano y conmigo.

—Camila...

—Mis papás se aman, Melisa —la interrumpió Camila—. Mi mamá lo está esperando. Empezó a trabajar para que él se vuelva a enamorar de ella, para que vea que es una mujer desenvuelta, segura...

Melisa bajó la mirada. No quería escuchar acerca de Sabrina, solo le importaba la profesora de Literatura. Después habría tiempo de que Camila aceptara que su padre salía con la secretaria.

—¿Y cómo es?

—¿Cómo es quién? —se encogió de hombros Camila.

—Tu profesora.

—Es una estúpida —se despachó—. Una loca amargada que hasta hace poco tiempo usaba pantalones más grandes que los de mi abuela. No tiene nada, Melisa, por eso no entiendo qué le vio mi papá. ¡Es que no le vio nada! Lo que pasa es que ella lo engañó, porque si no, nadie podría gustar de una idiota tan fea.

Melisa absorbía todo como una esponja. Podía contra una idiota fea. Podía contra todo.

Regresó a la fábrica segura de sí misma, ahora que sabía que a Julián la edad no le importaba. Antes de entrar en la oficina, se detuvo porque oyó la voz de Fabrizio, que hablaba con Claudia.

—¿Esta es la tal Natalia? —interrogó la voz del hombre.

—Sí —contestó su hermana—. Y, al parecer, la cosa va en serio.

Melisa apretó el picaporte, no se atrevía a entrar. La impulsó la idea de conocer a la usurpadora, entonces abrió la puerta.

Al notar su presencia, Fabrizio dejó el portarretratos con la foto de Natalia y de su hermano sobre el escritorio. Melisa maldijo en su interior porque lo había apoyado en un lugar donde otra imagen enmarcada que había quedado delante, la de los hijos de su jefe, cubría casi todo el rostro de la tal Natalia. Sin dudas Julián la había llevado a mediodía, mientras ella no estaba, porque a la mañana no se hallaba allí.

—Julián tuvo que salir, pero te dejó el teléfono del empleado con licencia para que te comuniques con él —le indicó Claudia. Melisa estiraba el cuello tratando de divisar el rostro de la profesora, porque solo alcanzaba a ver la cara de Julián—. ¿Ya se comunicaron con vos los de la ART? ¿Qué le pasó?

—Lo atropelló una bicicleta a una cuadra de la casa —contestó, un poco ausente.

Como no aguantaba más la intriga, fingió que se sentaba en el escritorio de Julián para buscar el papel con el número que él le había dejado. Lo recogió en cámara lenta, así se daba tiempo para verle la cara a la idiota fea, que resultó no ser tan fea. Era bastante linda.

Sintió ganas de llorar. ¿Por qué Julián no había reparado en ella antes que en una profesora? Sí ella era más joven, y también más bonita.

—Necesito que me alcances el reporte de depósito —siguió indicando Claudia—. Melisa —la llamó ante su falta de atención—. ¡Melisa!

La secretaria alzó la cabeza con los ojos muy abiertos.

—Sí —dijo poniéndose de pie de un salto—. Sí, ya voy.

Fabrizio, que hasta el momento había contemplado la fábrica a sus pies por un ventanal, giró sobre los talones para verla salir.

—No sé qué le pasa a esta chica —comentó Claudia volviendo a sus papeles—. Está cada día más dispersa.

Fabrizio se encogió de hombros.

—No voy a salir a repartir a la tarde —anunció. Su hermana lo miró de golpe, con el rostro desfigurado por la sorpresa.

—No me podés decir eso, Fabrizio —reclamó—. ¿Cómo que no vas a salir a repartir?

—Yo no quiero ser repartidor.

Claudia respiró hondo y cerró los ojos un momento; todo para no asesinar a su hermano.

—No querés ser repartidor, pero tampoco movés un dedo para ser otra cosa —lo increpó—. No estudiás, no te preocupás por aprender cómo llevar adelante la fábrica, no sabés arreglar una máquina, y ni hablar de lidiar con el papeleo que conllevan los negocios. Ni siquiera yo sabría hacerlo sola, por eso te pido que no le hagas esto a Julián. Él se está desviviendo por nosotros. Por favor, ayudalo.

—Si él fue el preferido siempre, que ahora asuma las consecuencias —se defendió Fabrizio.

—Papá no tenía preferidos —replicó Claudia—, y mamá menos. Lo lamento en el alma, Fabrizio, pero si vos no colaborás, voy a pedir a Julián que compremos tu parte.

—No voy a vender —replicó él con una sonrisa soberbia.

—Entonces va a ser mejor que no contemos con vos. Sé que Julián me va a apoyar en esta decisión: no vuelvas.

Fabrizio se sobresaltó con la respuesta. No podía creer que Claudia lo estuviera despidiendo de su propia fábrica.

—No me podés echar de lo que me pertenece por derecho —masculló.

—Legalmente, Julián es el presidente, y tiene el poder para echarte si yo lo apoyo. Te vamos a pagar lo que te corresponda cada vez que liquidemos ganancias, pero si vas a estar acá para entorpecernos el trabajo, es mejor que te busques otra cosa. Deberías imitar un poco a nuestro hermano y depositar tu corazón en lo que hacés, o no hacerlo. ¿Te doy el itinerario para el reparto de la tarde o te vas? ¿Estás adentro o estás afuera?

Fabrizio volvió a sonreír.

—¿Te mandó a que me echés vos porque él no tiene las agallas suficientes para enfrentarse a un hombre? —preguntó con sorna.

—No. Te estoy echando yo porque Julián, aunque diga que es diferente, es igual que papá, y no se atreve a apartar la familia del lugar que la vio

crecer. Te ama demasiado como para echarte. Te cambió los pañales, te llevó de la mano a la plaza y te defendió cada vez que te peleabas con los ebrios esos con los que te juntabas en los bares, entre muchas cosas más. Hasta te cubrió con papá cuando te llevaron a la comisaría por ser menor de edad y estar en una disco para mayores. Si vos no sabés valorar todo lo que él hizo por vos y todo lo que hace ahora por nosotros, entonces no merecés estar acá.

—¿Sabés lo que diría mamá respecto de esto? —clamó él, asentando los puños sobre el escritorio. Ella no se inmutó.

—No sé lo que diría, pero sí sé lo que se preguntaría: «¿en qué fallé?». ¿Sabés en qué fallamos todos? En haberte dado lo que se te ocurriera. Fuiste el menor y te salió muy barata la vida. ¿Sabés quién se llevó toda la exigencia de papá, toda la demanda? Julián. Y todavía la carga sobre sus hombros con esta fábrica. O le alivianamos la carga, o te vas.

Por un instante, solo se oyeron las respiraciones agitadas de la discusión. Fabrizio hizo una mueca de descontento, se aclaró la garganta y acabó estirando una mano.

—Dame el itinerario —pidió. Claudia lo miró muy seria.

—Si volvés a hacer algo que perjudique a los demás, olvidate de la fábrica —le recordó—. Te lo digo de verdad. Andate por hoy, si querés, y pensalo muy bien, porque de volver, vas a tener que ponerte a trabajar.

—Dame el itinerario —repitió Fabrizio entre dientes.

Claudia le cedió el papel y volvió a sus anotaciones. Una vez que Fabrizio abandonó la oficina, miró la puerta que acababa de cerrarse y suspiró. Estaba tan nerviosa, y sin embargo se había mostrado tan tranquila, que ahora necesitaba un respiro.

Se levantó y salió de la oficina. No había alcanzado la puerta de calle, que Melisa ya estaba sentada al escritorio de su jefe, observando la imagen de la profesora.

Julián regresó de la reunión con algunos potenciales clientes cerca de las siete de la tarde. Encontró que, sobre su escritorio, Melisa le había dejado varias notas, entre ellas la resolución de la ART sobre el empleado que había sufrido un accidente in itinere, informes sobre llamados telefónicos y los remitos del reparto de la tarde firmados. Con todo eso, acabaría yéndose de la

fábrica al menos a las nueve de la noche.

Suspiró mientras leía el informe médico del operario. Se acercaba a la desagradable noticia de cuántos días de reposo le habían dado, cuando la puerta de la oficina crujió.

Giró la cabeza y lo primero que vio fue un par de zapatos de tacón. Pestañeó para despejarse, y a continuación apareció una minifalda. Perteneecía a alguien que jamás se vestía de esa manera, porque en una fábrica no hacía falta un atuendo de oficina fina. Correspondía a Melisa.

—¿Qué estás haciendo acá? —le preguntó Julián con una sonrisa rígida. Ella avanzó y se quedó de pie a su lado.

—Lo mismo que vos —contestó. Luego bajó la mirada con inocencia y la alzó de nuevo para enfrentar la de él—. En realidad me fui a mi casa y volví hace un ratito —explicó.

—¿Te olvidaste algo? —interrogó el jefe, intuyendo lo peor.

Melisa se apoderó de una silla y la colocó junto al escritorio, de modo de quedar cerca de Julián. Se inclinó hacia adelante y sus pechos blancos y abultados se avistaron por el escote de la blusa que había escogido especialmente para la ocasión. Estiró una mano y la apoyó sobre la de Julián, temblando.

No le dio tiempo a él para reaccionar. Tomó aire, cerró los ojos y se estiró hacia sus labios.

—¡Eh, Meli, no! —la retuvo Julián tomándola de los hombros. La apartó con suavidad, pero con determinación—. Meli, no —repitió.

Melisa se echó hacia atrás, agitada por el pudor. Su rostro reflejaba una expresión turbada y sus ojos manifestaban miedo y dolor. Todavía le tiritaban las manos, y los labios habían comenzado a sufrir el mismo efecto.

Oh, no, pensó Julián. Se maldijo por no haber cortado el problema de raíz, por haber dejado pasar tanto tiempo sin pinchar la burbuja romántica de su secretaria. No sabía qué hacer.

—¿Por qué? —susurró ella con los ojos húmedos.

—Porque no —contestó Julián, agitado.

—¡Pero si yo soy más joven! —sollozó Melisa, y Julián la comprendió al instante: se comparaba con Natalia.

—No es por la edad —se apresuró a aclarar—. Te juro que no tiene nada que ver con la edad —repitió para reafirmar su postura.

—¡Y soy más linda!

—Quizás lo seas, no lo sé —contestó él negando con la cabeza—. De verdad no lo sé, porque no estoy enamorado de vos.

Casi pudo sentir el corazón de Melisa rompiéndose dentro de su pecho. Se sintió tan culpable que estuvo a punto de abrazarla como habría abrazado a su hija, pero se contuvo de hacerlo para no darle lugar a más confusión.

—Lo lamento mucho, Meli —continuó—. Soy tu jefe, y podés considerarme tu amigo, pero otra cosa no.

Melisa se cubrió la cara con las manos y estalló en llanto. Después de temblar y llorar por algunos segundos, de pronto alzó la cabeza y se quejó. Entró en pánico.

—¡Oh, por Dios! —exclamó—. ¿Qué hice? ¿Qué hice, Dios mío?

—¡Nada! —trató de serenarla Julián, esbozando una sonrisa calma—. Luchaste por lo que querías, y eso está muy bien. ¿Te ibas a morir sin saber qué habría pasado? ¿Y si te hubiera salido bien?

—¡Renuncio! —se apresuró a gritar ella.

—¡No! —intervino Julián—. No hagas algo de lo que mañana te vas a arrepentir, por favor. Andá a tu casa, descansá, y finjamos que esto no pasó. Por mi parte, ya me olvidé de todo. ¿Querés tomarte una semana? Te doy una semana de licencia paga, volvés y vas a ver que para entonces nos va a parecer que acá no pasó nada.

Melisa se quedó callada, temblando y llorando en silencio. Después se puso de pie y trató de cubrir su incomodidad cruzándose de brazos.

—Perdón —susurró cabizbaja.

—Perdoname vos —replicó él. Sabía que todo era su culpa porque no debió haber permitido que el enamoramiento de Melisa llegara tan lejos.

—Hasta mañana —acabó diciendo ella, con un hilo de voz.

—Hasta mañana —le respondió Julián, y la vio alejarse con el ceño fruncido.

«Me carga sobre su cadera y yo me muevo como la mujer más sensual del mundo. Lo amo como no amé a nadie en la vida.

Estira una mano y supongo que va a acariciar mis pezones, pero me toca la cara. Sus dedos recorren mis mejillas, y sus ojos devoran mi mirada.

—Te amo —me dice.

—Te amo —respondo, agitada.

Me siento conmovida porque él se mira a través de mis ojos y se siente bien, se siente hombre. Y yo me siento mujer con sus palabras.

Vale más un instante robado al tiempo que la eternidad equivocada».

Después de cerrar su novela con una frase que le pareció que podía resumir la problemática de la historia, puso la palabra «Fin», firmó como Natalia Escalante y colocó fecha y hora.

Suspiró extrañando muy rápido la historia de Nadia y Fabián. Sobre todo a Fabián. Se le humedecieron los ojos pensando que a partir de ese momento, los personajes seguirían solos por el camino de sus vidas, y que ella ya no podría entrometerse en sus almas. A partir de ese momento, se convertirían en seres ajenos a ella, pero a la vez tan insertos en su corazón y en su memoria, que allí siempre vivirían. Ella era su hogar y su diosa.

Tragó con fuerza el nudo que se le había formado en la garganta y, si bien sabía que lo conveniente era dejar descansar el manuscrito unos meses y luego retomarlo para destriparlo con las correcciones, no podía esperar. Buscó el archivo con las direcciones de correo que había recopilado de distintas editoriales que publicaban novelas románticas, y aunque la de ella tenía tanto sexo que casi podía catalogarse como erótica, podía entrar en cualquiera de las dos categorías.

Volvió a suspirar, indecisa. Le daba vergüenza enviar semejantes atrocidades a un editor, ¿qué iba a pensar de las escenas de sexo, de las fantasías y del vocabulario? ¿Qué iba a pensar de ella, si había escrito «pene», «vagina» y «pezones» casi tantas veces como había escrito «y», una de las palabras más usadas del español?

Dejó de pensar, o no enviaría el manuscrito nunca. Redactó una carta de presentación bastante breve, adjuntó el archivo con la novela e hizo clic en «enviar». Repitió el procedimiento varias veces, hasta que agotó la lista de direcciones, y entonces lo cerró, pensando en desprenderse de él. Tenía que hacerlo si no quería pasar la vida estancada en esa historia que era tan

especial para ella y que había amado tanto.

Recostada en su cama, se sintió vacía y se puso a llorar. Si alguien decidía publicar esa sarta de barbaridades, ya no sería la única a la que le pertenecerían. Su obra sería del editor y del librero, pero sobre todo de los lectores. Tembló de solo pensar que podían juzgar para mal a Nadia o a su amado Fabián. De Nadia podían decirle lo que quisieran, pero a Fabián lo defendería con uñas y dientes. Después se dio cuenta de que tendría que hacerse fuerte ante esas posibilidades y dejar pasar las críticas. Llenarse de lo positivo, aprender de los errores, e ignorar la maldad y la envidia, que nunca faltan en ninguna parte.

Se durmió extrañando su historia, lamentando haberla terminado, pero a la vez con la felicidad de saber que Nadia y Fabián habían completado su ciclo y que sus vidas serían por siempre felices.

Ser feliz. Eso no era poco.

Capítulo 27

El tiempo es un aliado que sana heridas y acomoda realidades.

Después de la conversación con Claudia, Fabrizio dejó de ausentarse de su trabajo. Depositó más interés en la fábrica, y se atrevió a mantener algunas conversaciones honestas con su hermana.

—Es que él es tan perfecto —confesó acerca de Julián—, hace todo tan bien, que nadie puede igualarlo.

—Te aseguro que Julián no se siente así —le contestó Claudia—. Al final parece que la única que los conoce a los dos soy yo, y que ustedes no tienen la menor idea de lo que pasa adentro del otro. Él tendría que permitirse ser un poco imperfecto, y vos un poco perfecto. Creo que así podrían encontrar un equilibrio.

Claudia buscó ese equilibrio armando almuerzos y cenas, parecidas a las que se llevaban a cabo en la época en que la fábrica era un hogar, y sus miembros, una familia. Natalia y Claudia entraron en confianza con facilidad, y también se sumó Fabrizio. Para Natalia, él no era más que uno de los tantos chicos de su edad con los que se había cruzado en bares y discos, pero descubrió que, fuera de esos ambientes, ese tipo de gente representada en Fabrizio, era mucho más comprensible y simpática. Fabrizio le cayó bien, porque era gracioso y divertido, un niño adulto. Y así, a través de los ojos de Natalia, Julián también lo miró distinto. Rió de sus chistes, fueron juntos a la cancha, y el trabajo en la fábrica se tornó más colaborativo.

Los primeros días después de su insinuación, Melisa casi no se atrevió a

mirar a Julián a los ojos. Lo evitaba cuanto podía y prefería dirigirse a Claudia, Conforme fueron pasando algunas semanas, la relación volvió a la normalidad poco a poco. Comenzó gracias a una broma acerca de un cliente molesto, continuó con una presentación que tuvieron que hacer juntos, y sin que se dieran cuenta, estaban almorzando en el restaurante, como solían hacer a veces, ya sin miradas románticas ni incomodidad alguna.

Julián cumplió con lo prometido a Liliana: pasó un domingo entero rasqueteando y pintando las rejas de las ventanas. Nunca bebió tanto mate ni comió tantas porciones de tarta de manzana como ese día, pero valió la pena, porque las rejas quedaron relucientes; y Liliana, feliz.

—Usted sabe que la habitación se me está viniendo abajo —insinuó Liliana. Natalia, que en ese momento leía sobre el sofá que estaba junto a la puerta que daba al patio, se cubrió la cara con el libro, muerta de vergüenza.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Julián.

—Hay humedad, y si no la resolvemos antes de pintar, la pintura no va a durar nada.

¡Qué hábil!, pensó Natalia; acababa de incluirlo en la refacción de la habitación como si nada.

—Lo mejor para la humedad es un hidrófugo —le contestó Julián.

—¿Y usted sabe usar eso?

—Claro. Si quiere lo hacemos el domingo que viene.

—Ay, no, por favor, no quiero que se tome tantas molestias.

¡Miente!, pensó Natalia. ¡Cómo miente!

—No se preocupe, a mí me gusta hacer estas cosas —Julián no mentía.

Como retribución por la ayuda brindada, Liliana le mostró su secreto para que el dulce no quedara ácido.

—Tiene razón —asintió Julián después de probarlo—. ¿Me vende su fórmula?

—¿Piensa usarla? —se sorprendió Liliana. Se llevó una mano al pecho, emocionada.

—Claro, voy a probarla en una tanda chica de alfajores. ¿Cuánto pide por ella?

—¡Oh, no! —se rió Liliana, feliz de que alabaran su creación y de que

hasta estuvieran pensando utilizarla para los mejores alfajores de la zona—. Para mí sería un honor que usted la usara.

Julián rió asintiendo con la cabeza.

—Pero esas cosas se pagan, ¿lo sabía? —le preguntó.

—Sí, sí que lo sé, pero no hace falta —replicó Liliana—. En serio, le doy la receta y espero le resulte útil.

Gabriel llamó a Natalia algunas veces más, pero en cuanto descubrió que jamás volvería a estar en el centro de su interés, poco a poco acabó por desaparecer.

Un mediodía de septiembre, Natalia llegó a casa después de la escuela y, como todos los días, almorzó y se sentó delante de la computadora. Abrió sus redes sociales, abrió su casilla de e-mail, y entre dos notificaciones de fotos etiquetadas por Fabrizio, apareció un mensaje desconocido de una tal Isabel Sánchez.

En el breve mensaje, la mujer se presentaba como editora de una editorial muy importante, y le ofrecía un contrato de edición por su manuscrito «Camino al placer».

—¡No puede ser! —exclamó Natalia entre risas. Tenía que ser un chiste. Para asegurarse, redactó una respuesta ambigua.

«Estimada Isabel:

Muchas gracias por su mensaje, me da usted una gran alegría. Disculpe mi atrevimiento, pero ¿le interesó la novela de Nadia y Fabián? De ser así, le responderé a la brevedad».

Casi al instante, recibió un mail:

«OK, espero tu respuesta».

¡Así que era real! ¿Y ahora qué iba a hacer? Rebosaba de felicidad porque a alguien le hubiera parecido interesante su historia. Y no solo interesante para la editora, sino sobre todo para el público, porque ser comercial significaba ser del interés de muchos, y si no era del interés de muchos, nadie la publicaba.

Por un momento, permaneció muy quieta delante del monitor, como si la noticia no fuera tan endemoniadamente buena. Sin embargo, en cuanto comprendió que, si aceptaba, a partir de ese momento su vida literaria podía

dar un giro de ciento ochenta grados, se le escapó un grito.

Ver su manuscrito convertido en un libro de papel con sello editorial era el sueño de muchos escritores que, hasta hacía algunos meses, ni se hubiera atrevido a soñar. Significaba un reconocimiento a su capacidad y a su trabajo, y estaba al alcance de su mano. ¿Por qué entonces se sentía tan insegura? ¿Qué le impedía aceptar sin indagar más?

La verdad.

Había enviado el manuscrito pensando en Julián, para que muchas personas lo amaran, porque él estaba representado en Fabián, y para que pudiera amarse a sí mismo a través de los demás. Ahora comprendía que en ese libro había relatado el ochenta por ciento de sus vidas, incluso los detalles más íntimos: sexo, miradas y conversaciones que dejarían de ser privadas y pasarían a ser públicas. Había seguido adelante con la loca idea de enviarlo a editoriales porque tal vez, en el fondo de su alma, pensaba que nunca lo iban a publicar. O quizás pensó que, en efecto, iba a conseguir un editor, pero de todos modos tenía tiempo de arrepentirse en el último peldaño que le tocara subir. Ese escalón había llegado demasiado pronto, y ahora no sabía qué hacer.

No podía publicar la intimidad con Julián sin hacérselo saber. Habría sido una traición, y hasta temía que él se enojase con ella por una acción tan ruin. Por eso reunió coraje y lo llamó. Julián le explicó con pena que no podía abandonar la oficina porque estaba esperando a un auditor, pero que podía recibirla allí. Natalia estuvo a punto de negarse para no resultar una molestia, pero le urgía quitarse las dudas, de modo que acabó aceptando.

En la fábrica, Melisa la condujo a la oficina. Natalia jamás había estado en ese lugar, y si bien le resultaba interesante conocer el sitio donde se fabricaba su golosina preferida desde la infancia, estaba tan nerviosa que apenas pudo ver algunas máquinas.

Entró a la oficina como un torbellino, saludó a Claudia con una sonrisa rígida y enseguida se concentró en Julián, que no había abandonado su escritorio. Pensó que Natalia se acercaría para saludarlo, pero ella no lo hizo, estaba demasiado excitada como para pensar con claridad. Claudia se dio cuenta, por eso se puso de pie y se encaminó a la puerta.

—Me voy a verificar la empaquetadora —anunció, y se fue.

Julián se reclinó en el asiento y sonrió a Natalia.

—¿Te gusta? —le preguntó señalando vagamente la oficina—. El ambiente no es muy delicado, pero igual me gustaría que lo conozcas —se refería a la fábrica. Natalia asintió en silencio—. ¿Qué te pasa?

Ella suspiró. Temblaba.

—Tengo novedades —dijo. Julián rio.

—Sos una muy mala persona, ¿sabías? —bromeó—. Tenés esa habilidad mágica de todos los escritores, que lanzan al resto de los ignorantes esas frases que nos dejan muertos de angustia. ¿Te escuchaste? —rio—. «Tengo novedades» —la imitó—. ¡Y los demás tenemos un infarto!

Después de haber entrado casi tan rígida como una momia, Natalia por fin se relajó y rio. Julián no había tenido otra intención que llevarle algo de tranquilidad, ya que se la notaba muy nerviosa.

—Contame las novedades —pidió. Como buen lector, estaba muerto de curiosidad.

—¿Te acordás de mi manuscrito, el que estaba escribiendo en el bar? —interrogó Natalia, otra vez muy seria. No quería hacerlo sufrir más. Julián asintió con la cabeza—. Hace poco más de un mes, lo envié a varias editoriales, y hoy una editora me respondió. ¡Todavía no lo puedo creer! A alguien le pareció que esa porquería no es una porquería, y que a la gente le puede parecer buena también. Tal vez no era tan malo después de todo, ¿no?

—¡Claro que no! —exclamó él, lleno de entusiasmo—. ¿Voy a poder tener tu libro? —gritó. Los ojos de Natalia no reflejaron la misma emoción.

—No sé.

—¿Cómo que no sabés? ¿Para qué te escribió?

—Me ofreció un contrato de edición.

—¡Felicitaciones! —rio él.

—No es tan sencillo —intervino Natalia, cabizbaja.

—¿Querés que lo revisemos juntos? —ofreció Julián—. ¿Querés que se lo dé al abogado de la fábrica para que te asesore?

—No es eso —contestó ella, todavía sin atreverse a mirarlo a los ojos. Pero no podía extender más la situación. Aunque se le hubiera anudado el

estómago, tendría que hablar—. Es que... la historia es un poco... real.

Julián, que había dejado de reír, suspiró.

—La verosimilitud es un valor muy apreciado en una novela romántica —intentó tranquilizarla. No lo consiguió.

—Es que... no es romántica. Es muy romántica. Es... erótica.

Le ardía tanto la cara que pensó que se estaba prendiendo fuego. De hecho sus mejillas estaban encendidas, pero los ojos de Julián le ganaron.

—¡Con más razón! ¡Ya quiero leerlo! —exclamó con nuevo entusiasmo.

—Pasa que... —continuó Natalia, Le faltaba el aire—. Es real. Es... La protagonista femenina se llama Nadia —Julián se la quedó mirando sin entender una palabra—. Y él... él se llama Fabián. Y Fabián sos vos.

De pronto, el mundo se cerró sobre la oficina. Natalia supo el instante exacto en que Julián había comprendido el mensaje porque el poco aire que trataba de internalizar, se terminó.

Julián respiró hondo y dejó escapar el aire muy rápido. Con que su vida, su personalidad, su forma de hacer el amor, sus hijos, sus problemas... todo estaba encerrado en un libro. Ni siquiera le gustaban las redes sociales porque le parecían una exposición innecesaria de la vida privada, ¡e iba a acabar expuesto en un libro!

—Perdón —susurró Natalia, y se mordió el labio.

—No, no te disculpes —la serenó él. Pero en realidad no sabía qué hacer.

No podía negar a Natalia la posibilidad de ser publicada. No podía enojarse con ella porque su historia de amor le había servido para crear la novela que le cumpliría el sueño de más de un escritor.

—Solo quiero hacer tres preguntas —pidió—. Fabián... ¿es un buen amante?

—El mejor —se apresuró a responder Natalia, casi con tanta pasión como Fabián y Nadia hacían el amor.

—¿Ama a Nadia?

—Muchísimo.

—¿Y ella lo ama a él?

—Con todo su corazón.

Julián asintió.

—Entonces estoy seguro de que es un muy buen manuscrito —concluyó—. Seguí adelante con la publicación.

Los ojos de Natalia brillaron de emoción. Su mente, en cambio, vaciló.

—¿Y pensás que mi madre, la directora de la escuela, mi padre, los vecinos... van a pensar lo mismo?

—¿Qué importancia tiene? —replicó Julián encogiéndose de hombros—. Si hay algo de ellos visto a través de tus ojos que no les gusta, deberían sentir vergüenza, no enojo. Y si se enojan, es un gesto de hipocresía. A nadie le gusta verse reflejado en el espejo que significan los ojos del otro —como Natalia no respondía, él continuó—. Nati, las oportunidades no siempre se dan dos veces en la vida, te lo digo por experiencia. Todo tenés que pensarlo desde la premisa «es ahora o nunca», y tu tiempo es ahora. No lo dejes pasar.

Natalia pestañeó, conmovida, y corrió a sentarse sobre Julián. Estando allí, lo abrazó.

—¿Te dije alguna vez lo hermoso e inteligente que sos? —dejó escapar. Él respondió rodeándole la cintura y besándole la mejilla.

Sin embargo, mientras todos avanzaban hacia una nueva vida, Camila todavía permanecía en el pasado. A pesar de sus intentos por arrastrar a los demás en su fantasía, cosechaba solo fracasos, y cada vez que perdía, se sentía más sola y más incomprendida.

Como su padre controlaba sus calificaciones, mejoró en todas las materias, menos en Literatura. Primero intentó reprobado de manera sutil, para fingir que Natalia Escalante la perjudicaba, pero al ver imposibilitado su primer plan, dejó de estudiar. No sabía ser mala alumna entregando trabajos y resolviendo evaluaciones, de modo que se ocupó de cumplir con todos los profesores, menos con ella. Aun así, la única que habló con Natalia, dado lo extraño de la situación, fue la directora del colegio. A Natalia le importó muy poco, porque ya la habían llamado de otras escuelas después de que dejara currículos. Su padre no le creyó, a su madre le decía que le iba mal porque no entendía la materia, y sus compañeros no podían ayudarla.

Al borde de acabar el tercer trimestre, después de que su padre la dejara sin celular porque Literatura seguía desaprobada, estalló en ira. Su plan se había arruinado, su vida se iba a la basura, y su odio creció tanto que se

transformó en un ser amargado y solitario. Estalló un lunes, solo porque Natalia le devolvió la última evaluación del año con un cuatro. Necesitaba un diez para aprobar, o su padre ni siquiera la dejaría ir de vacaciones, y todo para que él siguiera engañado por la astuta de su profesora.

Como no tenía nada que perder, porque todo lo había perdido ya, esperó a que finalizara la hora de clase para acercarse a Natalia.

—Necesito hablar con usted —casi rugió.

Un compañero que se retiraba junto con los demás chicos se llevó su mochila por delante. Camila la acomodó sobre el hombro sin dejar de observar a Natalia, que en ese momento reunía sus cosas para irse.

—Este no es el momento ni el lugar —respondió cabizbaja cerrando la cartera.

—Pero necesito hablar —insistió Camila, con el mismo tono soberbio con el que había hablado antes.

Natalia por fin la miró, dispuesta a llamarle la atención por su falta de respeto. Sin embargo, ni bien dio con los ojos de la chica, se quedó en silencio. Reflejaban lo contrario de su voz; si su tono había sido altanero, su mirada no era más que un conjunto de sombras.

Se sentó sin objetar.

—Traé una silla para vos —pidió.

Camila giró sobre los talones en busca de un asiento. Mientras lo recogía, tragó con fuerza; se le había formado un nudo en la garganta. Ella jamás lloraba, y no iba a permitir que Natalia la viese hacerlo. Regresó con la silla y la depositó junto al escritorio. El aula ya se había vaciado, y solo se oían voces lejanas desde el pasillo.

—Te escucho —la incentivó Natalia con tono sereno, aunque por dentro estaba tan o más nerviosa que Camila. No tenía idea de lo que la hija de Julián le iba a decir, y aunque le hubiera gustado apartarla del colegio porque esperaba lo peor, eso ya no sería posible.

Durante toda la hora, Camila había pensado insultos y humillaciones para gritar a su profesora. Por eso se sorprendió de que, frente a ella, una extraña sensación, algo inexplicable, le impidiera pronunciarlos. Se le agolparon en la boca, pero no pudo decirlos.

—Yo... pasa que... —intentó impostar de nuevo su tono altivo. Fue inútil. De pronto se echó a llorar como si en ese acto se resumiera todo el dolor del mundo. Lloró hipando y sin poder contenerse—. ¡Pasa que lo extraño! —gritó a todo pulmón. Nada de insultos, nada de ira, solo pena.

Natalia se quedó dura. Esperaba cualquier situación, menos lágrimas y palabras tan honestas.

—Mi papá... lo extraño... —siguió sollozando Camila, tratando de cubrirse la cara en vano. Ni siquiera podía respirar.

—Pero él está con vos —intervino Natalia. Luego se arrepintió, porque el dolor de Camila se hizo carne en ella.

—Yo lo quiero en mi casa, conmigo —replicó Camila con la voz ahogada—. Cuando yo era chiquita y él llegaba de trabajar, me cargaba sobre sus hombros y me paseaba por toda la casa diciendo: «¡Vendo una bolsa de papas! ¡Vendo una bolsa de papas!». Nunca me olvido de eso.

Natalia tragó con fuerza, no sabía cómo contener el llanto. Tenía los ojos húmedos y le temblaban los labios. Le hubiera gustado tener un padre como Julián. Habría deseado que su padre se quedara en casa con ella, tal como deseaba Camila.

—Me llevaba al cine a mirar películas de dibujitos animados, y cuando me sentía mal, él siempre me hacía reír. No importaba si se sentía cansado o triste, él siempre estaba ahí para mí —aspiró por la nariz y se pasó la mano por la mejilla mojada—. Antes de que mi mamá se fuera a dormir, yo me acostaba con él en la cama y apoyaba el oído en su panza. Él me acariciaba el pelo, y me pedía que le cantara —lloró más—. Me aconsejaba cuando tenía problemas con mis amigas, me escuchaba como si lo que yo le contaba fuera algo serio, y no eran más que tonterías de nenas.

—Él todavía está ahí para vos, te está esperando —trató de convencerla Natalia, pero otra vez se arrepintió, porque no pudo contener una lágrima.

—No es lo mismo —la contradijo Camila negando con la cabeza—. Mi mamá lo extraña, todos lo extrañamos en casa. Él tiene que volver con nosotros.

Natalia suspiró y se mordió el labio. No se daba cuenta, pero por su mejilla se deslizaba otra lágrima. Se sentía tan mal, tan devastada... Ella no

había tenido un papá, y el dolor de Camila al sentir que perdía el suyo, la afectó en lo más profundo. Se sintió identificada con ella, porque revivió su propio sufrimiento.

Suspiró; sentía que el aire la destrozaba por dentro. Le dolía el pecho y los ojos le escocían. Odiaba ser la causa del dolor de otra Natalia.

—¡Perdón! —gritó desencajada Camila, cubriéndose la cara—. No es contra usted, ¡se lo juro!

—Ya lo sé —murmuró Natalia, y apoyó una mano sobre su brazo en gesto de apoyo.

—¡Es porque lo extraño! Y me duele mucho...

Natalia no pudo soportarlo. Acabó deslizándose en la silla hasta quedar en el borde y desde allí abrazó a Camila con todas sus fuerzas. Ella no se resistió. Necesitaba tanto un abrazo, lo había añorado durante tanto tiempo, que se aferró a la espalda de su profesora y le estrujó la camisa con las manos.

—¡Yo lo quiero! —lloró—. ¡Lo quiero mucho!

A Natalia le hubiera gustado decirle que el pasado jamás se recuperaba, que todo lo que tenemos es el presente. Pensó que, de aceptar nuevas realidades, Camila habría sido más feliz. Aun así, no se atrevió a esbozarlo. ¿Quién era ella para instruir a Camila sobre relegar el pasado, si ella misma lo había añorado hasta hacía unos meses?

Todo lo que podía hacer era abrazarla, porque a veces los gestos valen más que las palabras.

Camila salió de la escuela cuando ya casi no quedaban rastros de las lágrimas que había derramado. Subió al coche de su madre, soportó que le llamara la atención porque suponía que se había entretenido con sus compañeras, y giró la cara para mirar por la ventanilla justo cuando Natalia abandonaba el colegio.

Pestañeó varias veces sin dejar de observarla. Descubrió entonces que su profesora había dejado de parecerle fea, estúpida y desquiciada. Lo que había experimentado cuando ella la había abrazado, la había hecho respetarla.

Camila aprendió así una de las lecciones más importantes de la vida: que la verdad consigue lo que la mentira jamás alcanza, que la verdad nos hace

mejores.

Capítulo 28

Camino a casa, Natalia pensó todo el tiempo en Camila. Gracias a ella, le parecía revivir su adolescencia, porque había sufrido tanto como su alumna. Había rogado que su padre volviera a casa, pero él jamás lo había hecho, porque una mujer lo retenía. Esa mujer no le había permitido volver a enamorarse de su madre, y por consiguiente, tampoco vivir con ella.

El dolor que había manifestado Camila era verdadero, jamás la había percibido tan desnuda en sus sentimientos, y eso la atormentaba.

Sacudió la cabeza en busca de despejarse. No quería acabar creyendo el cuento de que se había convertido en una mujer como la que había apartado a su padre de su vida, y de que acabaría con las vidas de otros.

Como era viernes, iba a ir al departamento de Julián para pasar con él el fin de semana. Por primera vez en esos meses, se puso nerviosa de tener que hacerlo; su inconsciente parecía rechazar la situación.

Estás boicoteando la relación, como siempre hacés, se dijo a sí misma. Cuando alcanzas cierta estabilidad, buscas excusas para seguir siendo infeliz, no sabes triunfar, continuó. Para colmo, habían terminado de editar su manuscrito y ya no podía volcar todas esas emociones en el papel. ¡Cuánto necesitaba escribir!

Por rebeldía antes que por convicción, armó su bolso y estuvo en lo de Julián a la hora de siempre. Procuró ser la misma de cada viernes, sin embargo, Julián la conocía tanto que notó muy rápido que solo estaba fingiendo.

—Nunca volvimos a la clase de americano —comentó en busca de reanimarla. Mientras hablaba le apartaba el cabello que le cubría un ojo—. ¿Quieres que vayamos?

Natalia aceptó, pensando que la música y el baile le harían olvidar el dolor. No había contado a Julián de la conversación con Camila, ni lo haría jamás. Se lo había prometido a su alumna, y no quería traicionarla. Quizás le costaba recuperarse de lo acontecido ese día porque se había acostumbrado a conversar mucho con Julián, y esa vez no podía hacerlo.

Mientras iban hacia Capital, trató de concentrarse en las expectativas de la clase. Logró evadirse de los pensamientos tristes por un tiempo, sin embargo, todo cambió al entrar en el salón de baile.

La primera vez que había ido allí, se hallaba tan obnubilada por la felicidad de estar con Julián, que no lo había notado: la gente la miraba. Los ojos se posaban sobre ella y le transmitían toda clase de juicios, ninguno favorable. Lo mismo había sucedido con las esposas de los amigos de Julián, solo que, aquello que hasta ese día le había parecido alimento, comenzó a pesar sobre su conciencia.

Se llevó por delante un pie de Julián al dar el paso. Él la sostuvo por el codo para estabilizarla y sonrió.

—¿Qué te tendrá tan distraída? —bromeó.

Natalia no rio. Espió por sobre su hombro, y luego volvió a él.

—Me están mirando —se quejó.

Julián observó a su alrededor y, en efecto, encontró que una mujer tenía los ojos fijos en ellos.

—¿Y qué? —rio—. ¿Quieres que nos alimentemos un poco de su prejuicio?

La tomó de la cintura para apretarla contra su pecho y que la curiosidad de la señora creciese.

—¡No! —replicó Natalia, alejándose de él—. Quiero que deje de mirarme, quiero que deje de pensar que soy tu amante.

—¿Desde cuándo nos preocupamos por eso?

—Desde hoy. Quiero irme. No quiero estar en un lugar donde soy el aperitivo de los chismes.

Lo dijo en voz alta y mirando a la mujer, esperanzada en que la oyese.

Julián se quedó atónito. Tomó a Natalia de la cintura, la acompañó a recoger la cartera y salieron en busca del auto.

Condujo en silencio hasta su departamento. Le preguntó si quería escuchar alguna música en particular, pero Natalia respondió que no. Le ofreció tomar unos tragos en algún bar, y ella también se negó. Acabaron en el living de su casa antes de medianoche.

Natalia fue al baño, y al salir se encontró con Julián. Él la abrazó y ella no se apartó del cariño que le llenaba el alma herida. Cerró los ojos cuando él le besó la cabeza y tragó con fuerza ante los primeros acordes de la voz que le aceleraba el corazón.

—Podemos hablar de lo que necesites —le propuso él. Pero Natalia no podía contarle la verdad.

En busca de escapar del aprieto, se soltó con angustia del abrazo y se aproximó al sillón. No sabía ocultar sus emociones.

—Necesito saber qué pasa —reclamó Julián, impaciente—. Entiendo tu problemática para expresar ciertas cosas, pero también tenés que comprender que me robaron la bola de cristal.

Natalia giró hacia él, sin entender si bromeaba o si hablaba en serio. En sus ojos leyó un poco de ambas intenciones.

—No puedo seguir alimentándome de las miradas de la gente —argumentó, pero en realidad la gente le importaba muy poco. Aquello de lo que jamás podría alimentarse era del dolor. En particular, del dolor de Camila.

Julián permaneció un instante en silencio, pensativo.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —preguntó por fin. Sabía que algo había ocurrido, de lo contrario, Natalia jamás habría perdido su rebeldía.

—Nada —se vio obligada a responder ella, fingiendo indiferencia. Había bajado la mirada.

—¿Pensás mentirme muchas veces más?

Tras una acusación tan directa, Natalia volvió a mirarlo. Se hacía evidente que habían avanzado en confianza y conocimiento mutuo, porque Julián ahora esperaba explicaciones. Ya no valía el silencio, lo había abandonado

hacía tiempo y no tenía permitido volver a él.

—No soporto más el prejuicio de la gente —se excusó, tratando de conformarlo. ¿Cuándo dejaría de sentirse la mala de la historia? Temía nunca superar esa sensación.

—Eso ya me lo dijiste —le recordó Julián—, y sabés que no puedo hacer nada al respecto. La gente vive para criticar a los demás, depende de nosotros cuánto espacio demos a sus opiniones.

—Porque en esas opiniones, vos salís beneficiado —defendió Natalia con sorna.

—¿Entonces nos encerramos en un círculo y nos pasamos la vida esperando la aprobación de los otros?

Ella tragó con fuerza, intentando evitar los pensamientos hostiles que se agolpaban en su mente. Sabía que su propia conciencia operaba contra sus sentimientos más profundos, y la forzaba a resolver la situación con la decisión más equivocada. En ese momento, pensaba en dejar el camino libre a Camila para que intentara recuperar a su padre. Pensaba en dejar a Julián, pero era egoísta y no podía. Por eso su inconsciente buscó motivos para hacerlo.

—Decime, ¿qué piensan tus amigos de mí? —preguntó.

—Que sos linda y simpática.

—¿Y qué piensan sus esposas?

—No lo sé.

—No lo sabés —sonrió Natalia, molesta—. Yo sí lo sé: piensan que soy una vividora, una puta y una interesada.

Julián sonrió, cabizbajo.

—¿Y eso qué importa? —replicó—. Lo único relevante es lo que pensemos el uno del otro —en ese momento, cortó la conversación porque sentía que no conducía a ninguna parte—. Natalia, no perdamos el tiempo hablando de esto, porque sé que no es el verdadero problema. O me decís la verdad, o vamos a tener que replantear la forma en que nos comunicamos.

Ella rio, otra vez con ironía.

—Odio que pretendas hacerte el experto en todo —reclamó en vano—. Te hacés el perfecto y el adulto. Ese es el problema, que al lado tuyo, siempre

parezco la nena de quince años.

—Ya hablamos de ese tema.

—¿Lo ves? Sonás como el padre que nunca tuve.

¿Qué estaba haciendo? Sí todo lo que deseaba era abrazar a Julián y echarse a llorar sobre su pecho, ¿por qué trataba de herirlo?

—¡Wow! —ironizó él—. Hasta hace un momento casi no podía sacarte la respuesta a si querías escuchar música, y ahora, de pronto, tenés todo eso para decir —ante el silencio de Natalia, él continuó—. Dale, seguí. Si eso te ayuda, acá me tenés para escucharte.

—¡Dejá de hacerte el experto! —reclamó ella alzando la voz.

—No me hago el experto, es mi forma de ser.

—¡Es insoportable!

—¿Y qué tengo que hacer? ¿Enojarme, herirte? ¿Con qué propósito? Si esta es la nueva forma de comunicarnos que estás proponiendo, a mí no me gusta. Pero si a vos te sirve, te ofrezco escucharte. Es todo lo que voy a hacer.

Natalia estalló en ira. No gritó, sin embargo, se revistió de frialdad y sarcasmo para seguir expresando aquello que no sentía.

—En ese caso, si vas a continuar fingiéndote una especie de padre que me educa con su ejemplo, seguro sabías que en algún momento esto iba a pasar. Las nenas de quince años somos cambiantes e inseguras, un día amamos y al otro odiamos como si fuera el fin del mundo. Y yo, en este momento, quiero que nos tomemos un tiempo.

Después de que las palabras abandonaran su boca, el alma le tembló dentro del cuerpo. Decía lo que no deseaba, y hacía lo que no quería.

A diferencia de la discusión anterior, Julián no se inmutó. No pediría disculpas ni correría detrás de Natalia porque no era él quien se estaba equivocando. Quizás su error radicaba en no saber ayudarla a sincerarse con él, ante lo cual todo lo que podía hacer era ser honesto con ella.

—Si eso es lo que querés, no voy a retenerte —respondió—. Porque estás mintiendo, y no puedo saber qué es lo que tengo que hacer hasta que no me digas la verdad.

—Pensá lo que quieras —replicó ella cabizbaja. Temía demostrar el dolor que la cercenaba por dentro.

—No tenés ni idea de lo que estoy pensando en este momento —contestó él, a propósito de su intervención—. Todo lo que quiero es abrazarte y rogarte que no me dejes, pero no lo voy a hacer, porque eso no nos ayudaría a ninguno de los dos. Lo que más me duele es que no sos vos la que me está dejando. Es la mentira, es eso que me estás ocultando.

Natalia inspiró profundo mientras su cuerpo respondía ante el dolor. Recogió su bolso y su abrigo antes de que los síntomas se hicieran visibles y caminó hasta la puerta.

—Te acompaño hasta tu casa —determinó Julián aproximándose a ella.

Natalia dudó, no quería irse. Al igual que él, todo lo que deseaba era abrazarlo y pedirle perdón, por eso trató de contentarse con que Camila le agradecería que no lo hiciera.

—No puedo ser esa mujer —murmuró—. Perdón.

Abrió la puerta, salió y cerró antes de que Julián pudiera seguirla.

Cuando él llegó a la reja, Natalia ya no estaba, ni siquiera en la calle. Sin dudas había corrido por las escaleras y doblado en alguna de las esquinas, de lo contrario jamás habría podido desaparecer tan rápido.

No quería que anduviese sola por la calle a esa hora de la noche, ni mucho menos que lo dejara. ¿Por qué lo había hecho? ¿Acaso alguna vez sabría los motivos reales de su huida? Resultaba evidente que algo había pasado, y si no ponía la vida en juego para descubrirlo, era solo porque conservaba la esperanza de que en algún momento, ella se lo dijese. Tenía que reflexionar y volver a él, confiaba en que así sucediese.

Natalia caminó hasta su auto y condujo a casa. Liliana se levantó de la cama cuando la oyó llegar.

—¿Qué pasó? —le preguntó, alarmada—. ¿Y Julián? —Natalia retenía las lágrimas. No se atrevió a contestar, porque de hacerlo, se habría echado a llorar allí mismo, y no quería contar intimidades a su madre—. ¡No me digas que te peleaste! ¡No puede ser, Natalia! ¿Te das cuenta de que no durás con nadie?

Había pasado ocho años de noviazgo con Gabriel y varios meses con Julián. Pero era cierto: los dos habían sido las mejores personas del mundo, y ella los había herido, porque solo podía herir.

Se encerró en su habitación y se arropó en la cama. Pasó la noche despierta, tratando de vencer la sensación de vacío que la consumía. Cuando había dejado a Gabriel, no lo había lamentado hasta mucho tiempo después, en cambio en ese momento, todo lo que hacía era añorar a Julián. Tenía que ser fuerte y dejarlo ir, aunque le costara todas las lágrimas que era capaz de derramar.

El domingo, Liliana se fue a lo de una amiga, y ante la soledad, Natalia sufrió todavía más. Ya no pensaba en su propio futuro ni en sus frustraciones, sino en que había herido a Julián, y en que al mismo tiempo, lo lastimaba para que otros fueran felices, incluso él, si acaso se lo permitía.

Por un momento se encontró tan triste e incapaz de confesar lo ocurrido a nadie, que decidió escribirlo. Creó un final alternativo para la novela que ya había sido editada, y pensó que moriría en su computadora. Sin embargo, al colocar el punto final, necesitó que la novela cambiara de rumbo. No podía permitir que su manuscrito se publicara tal como había quedado; si así sucedía, no sería fiel a sí misma.

El lunes, llamó a la editora.

—Necesito cambiar el final —explicó con angustia.

—Es casi imposible, tu libro está a punto de entrar en diseño —le respondió la mujer.

—Pero necesito cambiarlo —tembló Natalia. Si su libro se publicaba con el final que tenía, sería desperdiciarlo—. Las historias como la de Nadia y Fabián nunca terminan bien.

—Espera un momento —la interrumpió Isabel—. ¿Estás sugiriendo que termine mal? —rio, incrédula—. Esto es novela erótica, linda, pero sigue siendo romántica, y no puede terminar mal. ¿Quieres que las lectoras te maten con tu primera novela?

En ese momento, a Natalia no le importaba lo que quisieran las lectoras, sino solo lo que necesitaba ella, y tenía que explicarse a través del libro. Debía ser honesta con Julián de alguna manera.

—Puedo hacer que termine bien —asumió—, pero necesito agregar algo al final.

—Para mí cierra perfecto —insistió la editora.

—Pero para mí no —replicó ella—. Por favor...

Después de suspirar, Isabel acabó aceptando la oferta.

—Está bien. Tenés cinco días, o la mando a diseño tal como está.

—Dame dos —concluyó Natalia, buscando reanimarla. Le bastaban un par de horas para redactar lo que sentía, porque la mitad ya lo tenía escrito en su final alternativo.

—¡Mucho mejor! —exclamó Isabel en respuesta.

Dos días después, envió el material prometido, y aunque su editora le manifestó lo innecesario que le parecía incluir más tensión cuando la novela ya parecía haber terminado, Natalia defendió su idea, y acabó ganando.

Después de la discusión, Julián esperó que Natalia lo llamase todo el fin de semana. Esa esperanza lo mantuvo tranquilo y seguro, aunque el domingo a la noche, decayó. Le resultó duro reconocer que, al parecer, Natalia podía pasar mucho tiempo sin saber de él, y le pareció un acto de desamor que no se preocupara por volver.

Debió vencer sus deseos de llamarla toda la semana. Sus sentimientos lo habrían hecho, pero su razón se lo impidió. Si Natalia estaba interesada en él, tenía que ceder. Si lo amaba, tenía que luchar contra todo lo que se opusiera a su relación, y vencer. Lo había hecho antes, ¿por qué no esa vez?

Almorzó con sus hijos el martes y el jueves, y en ambas ocasiones, Camila lo notó distante. No se atrevió a preguntarle qué pasaba, porque en el fondo de su alma lo sabía. Lo había deducido porque había visto a su profesora en las mismas condiciones. Por esa razón, el viernes se acercó a Natalia, suponiendo algo que, de ser cierto, no podría creer.

La interrumpió otra vez al final de la clase, mientras sus compañeros salían al recreo.

—Profesora —dijo junto al escritorio para llamar su atención. Su tono y su mirada al dirigirse a ella habían cambiado por completo. Natalia la miró—. Mi papá... —comenzó, pero no pudo terminar la frase, porque no sabía qué decir. Por suerte, Natalia salió a su rescate con una aclaración.

—Ya no estamos juntos —contestó.

Camila se quedó de piedra. Aunque al fin obtenía lo que tanto había deseado, no se puso contenta, y eso la sorprendió. Creyó que el día en que su

profesora y su padre acabaran esa relación equivocada, iba a festejar, a hacer burlas y a reír. Sin embargo, nada de eso sucedió. Por el contrario, una inmensa culpa y un cierto descontento la abrumó. Había visto la tristeza de su padre, la había sentido, y pesaba en su corazón.

—Mi papá pregunta qué puedo hacer para levantar las notas de su materia —inventó.

Natalia suspiró. Los ojos se le humedecieron de solo recordar a Julián, como cada vez que había mirado a Camila esa semana. Tragó con fuerza el nudo que se le había formado en la garganta y replicó:

—El lunes vamos a dar un trabajo práctico para los que quieran recuperar nota. Se entrega el jueves y lo traigo corregido el viernes. Es la última calificación del año, así que espero te saques ese diez que necesitás y no verte en las mesas de examen de diciembre. ¿Vas a hacer tu mayor esfuerzo?

Siempre trataba de comprometer a sus alumnos a superarse con esas preguntas, y aunque pocas veces obtenía los resultados esperados, Camila, como todos, asintió. Esperaba que ella sí asumiera el compromiso.

El lunes, Camila apuntó la consigna. Tenía que ver con el héroe, tema central de cuarto año, y el género épico.

«La figura de héroe. Teniendo en cuenta lo conversado a lo largo del año en Literatura, elija una persona actual y escriba un texto en el que exponga los hechos y virtudes que para usted convierten a ese hombre o mujer en un héroe posmoderno. Extensión: dos carillas».

A diferencia de los pocos compañeros que decidieron hacer el trabajo, Camila no tuvo que pensar, solo sentir. Le pareció una tarea muy fácil porque las ideas brotaron de su mente como por arte de magia, y acabó escribiendo dos hojas. Descubrió, por casualidad, que le resultaba mucho más fácil expresarse por escrito que con palabras orales. En definitiva, si volcaba lo que sentía, le gustaba escribir.

Natalia nunca lloró tanto corrigiendo tareas como con ese trabajo. Evidenciaba que su ausencia en la vida de Julián había cambiado la relación que él tenía con su hija, y eso la hizo sentir bien. Por primera vez, se sintió buena, y se atrevió a seguir.

Camila, por el contrario, no estaba tranquila. Notaba que su padre se

hallaba triste y distinto. No reía, no hacía bromas con su hermano, no la regañaba. Que no le llamara la atención por nada, era el signo más notable de su indiferencia por casi todo, en especial por él mismo.

El viernes salió de la escuela y pidió a su madre que la llevara a ver a su papá. Conservaba la esperanza de ponerlo contento con las noticias que tenía para darle, y así recuperaría ella también su objetivo habitual: reunirlo con su madre y convencerlo de que volviera a su casa.

Julián la esperó en su departamento para almorzar. Al abrir la puerta, se sorprendió de no ver a Tomás. No sabía que no se hallaba allí por pedido de su hija.

Comieron en silencio, lo cual hizo sentir incómoda a Camila. No estaba acostumbrada a que su padre fuera esa otra persona que ella jamás había conocido, ni siquiera cuando se había divorciado de su madre.

—Tengo una sorpresa —anunció al tiempo que extraía su trabajo práctico de la mochila, que había quedado en otra silla—. ¡Aprobé Literatura! —como Julián no se movió, sintió que debía aclarar—. ¡No me llevo ninguna materia!

A pesar de la alegría que Camila manifestaba, Julián solo sonrió.

—Te felicito —le dijo—. Sos un ejemplo de que cuando se quiere, se puede.

Esperaba que Camila le pidiera que le regresara el celular, pero eso no sucedió. Entrecerró los ojos, todavía esperando. La mirada de su hija se había apagado.

—Aprobé gracias al diez que me saqué en este trabajo —contó—. ¿Querés leerlo?

Julián aceptó la oferta estirando un brazo. Camila depositó el folio con las hojas sobre su mano temblando. Era consciente de que desnudaba sus sentimientos, y eso le dio miedo.

Lo primero que él leyó fue la carátula, que llevaba como título: «Trabajo Práctico de Literatura. La figura del héroe». Luego el diez que formaba la prolija letra de Natalia. Lo acarició con melancolía, como si a través de la tinta pudiera llegar a ella. Extrajo las hojas y halló algo que jamás hubiera imaginado que podría encontrar allí. Solo la primera oración lo dejó helado.

«Mi papá es un héroe de la vida cotidiana». Y no faltaba ni una sola tilde.

Suspiró, inseguro de continuar con la lectura. Aun así, no pudo abandonarla.

«Mi papá es un héroe de la vida cotidiana. No usa espada ni armadura, pero usa palabras y gestos, y es muy inteligente. Siempre está ahí para ayudar a los demás. Empezó a trabajar cuando tenía mi edad, y según escucho, trabajar se parece a una guerra. Yo creo que no debe ser tan así, pero bueno.

Tuvo muchas experiencias tristes en su vida, pero lo considero un héroe, porque es un luchador que siempre se repuso a todo. Siempre me escucha y me reta, y sabe cómo hacer para que lea libros (yo creo que eso es heroico, jajaja)

Cuando alguien tiene un problema, él no espera a que le pidan ayuda. Como ya dije, está ahí para ayudar a todos. Es generoso y justo, las características del Cid (que se compuso alrededor del año 1200. Fuente: Wikipedia)

Pero, por sobre todas las cosas, es alguien a quien admiro».

Julián dejó de leer en la primera carilla, porque se le habían nublado los ojos. Que el reconocimiento de su hija llegara en un momento tan difícil, se sentía aún más especial. Le removió los sentimientos y las concepciones que tenía sobre sí mismo. Hizo resurgir los interrogantes que se había formulado todos esos días desde que había comprendido que Natalia ya no llamaría: se preguntó por qué no merecía cosas buenas, por qué estaba destinado al fracaso.

—Gracias —expresó. Después sonrió, cabizbajo—. Ya no te debo parecer tan heroico —bromeó respecto de sus ojos húmedos.

—Al contrario —contestó Camila, también emocionada—. Los héroes actuales, además de ser valientes y generosos, deben ser sensibles, porque eso les da la capacidad de conmoverse por las necesidades ajenas. Natalia nos lo enseñó.

Le llamó la atención que su hija no se refiriera a Natalia con resentimiento, hasta le pareció que había respeto en su voz.

—Es una buena profesora, ¿cierto? —buscó afirmar. Como nueva sorpresa, Camila asintió.

—Sí—respondió con seguridad—. Es muy buena.

Julián supo que Camila ya se había enterado de que Natalia y él no estaban juntos. De lo contrario, su hija no habría aceptado palabras gratas acerca de su profesora. Y aunque todos parecían felices y estables desde que la relación había terminado, él sentía un vacío que ni la familia, el trabajo o los logros personales podían llenar.

Ni bien Sabrina pasó a buscar a Camila, él se acostó sobre la cama y contempló el cielorraso de la habitación durante horas. Sabía que lo estaban esperando en la fábrica, pero no quería ir. No tenía ganas de nada, solo podía pensar en sus fracasos. El último, el que más dolía porque la herida aún estaba abierta, era Natalia.

Oyó que, a lo lejos, sonaba *Crying in the rain* desde su celular, pero no se movió para responder. Estaba seguro de que su hermana lo llamaba para saber si se encontraba bien, y no quería mentir. Los hombres no debían llorar, pero echado allí, viendo la nada, motivado por la música, el reconocimiento de su hija y los recuerdos de Natalia, se le escapó una lágrima. Se derramó de sus ojos, pasó por su sien y murió en la almohada. Aunque se destrozase por dentro, no la iba a llamar. No mendigaría amor, ni obligaría a nadie a fingir que lo amaba. Pensaba que, de amarlo, Natalia no podría pasar tanto tiempo sin él.

Al otro día, visitó a su madre. Ella no se daba cuenta, pero él la abrazó y la hizo rodearlo con sus brazos también. Pasó así un rato hasta que sintió que, de ese modo, su corazón comenzaba a sanar. Cada vez más duro, un poco mejor revestido de esa coraza que los adultos se ponen para sobrevivir.

¿Quién había dicho que él no llevaba armadura?

Capítulo 29

Aunque Camila intentó reafirmar la idea de que sus padres tenían que volver juntos, no lo consiguió. Sostenía la imagen de que así era, pero muy en el fondo de su conciencia, había un destello de inseguridad.

Continuó con su plan, hablando a su madre acerca de eventos en los que deseaba que participase su padre, como había sucedido en su cumpleaños de quince. Allí había sido feliz porque Sabrina y Julián habían bailado el vals, y se habían reído de una broma juntos, como no lo hacían cuando estaban casados. Quería que sus padres también compartieran el mismo ambiente en su cumpleaños número dieciséis.

—No va a ser posible —respondió su madre esa vez.

—¿Por qué no? —se molestó Camila, pero no obtuvo respuesta—. ¿Y para Navidad? ¿Lo puedo invitar a que pase Nochebuena con nosotros?

—No.

—¿Y para Año Nuevo?

—¡Menos!

Pasó Navidad en lo de Claudia, con su padre, su hermano y Fabrizio, además de la familia de su tía. Para Año Nuevo, se quedó en su casa.

Como siempre tardaba en vestirse y peinarse para los eventos, bajó la escalera a las ocho y media de la noche. Se había puesto un jean roto, una remera de rock y zapatillas de lona. Llevaba dos chapas de identificación colgando del cuello, un pañuelo blanco con dibujos negros anudado en la cabeza y el cabello despeinado a propósito.

Se quedó quieta en el living al oír risas desconocidas. Una parecía producirse en la garganta de su madre, aunque sonaba extraña, como si otra persona habitara dentro de ella.

Se acercó a la cocina sin hacer ruido, y entró con los ojos muy abiertos. En efecto, era su madre la que reía, mientras revolvía una ensalada que ya no necesitaba ser revuelta. Un hombre la tenía abrazada de la cintura y pegaba la entrepierna a su trasero. Le decía cosas al oído, y ella se movía hacia atrás y hacia adelante al tiempo que sonreía. Cada cierto tiempo, echaba la cabeza atrás y dejaba escapar otra de esas risotadas que Camila había oído desde la escalera.

Un momento después, Sabrina se dio cuenta de que tenían compañía, entonces giró la cabeza.

—Lleva los vasos a la mesa, Camila, que en un rato comemos —ordenó—. Te presento a Martín —siguió diciendo después, como si nada—. Martín, ella es Camila —le habló a él, sin más explicaciones.

Martín solo retiró una mano de la cintura de Sabrina para estirarla hacia Camila.

—Qué tal, nena —la saludó.

Camila pestañeó, el corazón le latía tan fuerte que pensó que moriría. Le dio la mano al extraño solo porque su padre siempre le decía que no debía negar el saludo a nadie, pero ni bien pudo librarse del compromiso, se dio la vuelta y huyó a su cuarto, donde se encerró y comenzó a llorar, desconsolada. Se sentía tan tonta, tan mala. Su madre ya no pensaba en su papá, y, a diferencia de él, a ella no le había importado imponer a su nueva pareja como si se tratara de un padrastro.

Recordó el día en que su padre le había pedido pasar un domingo con Natalia como su pareja. No solo había hablado primero con ella para advenirle de su presencia, sino que, además, había evitado besarla en sus narices. No la había forzado a nada, solo le exigía respeto, y ella no se lo había dado. Había sido injusta con él, y también con Natalia, y todo por una causa perdida.

Su madre no quería a su padre, y su padre era el único que realmente se interesaba por ella. El único que le exigía que le fuera bien en el colegio, que

la amonestaran por ser irrespetuosa, que le daba libros y que controlaba sus salidas. El único que le preguntaba quiénes eran sus amigas, el que no quería que anduviera sola por la calle y el que le quitaba beneficios si no cumplía con sus responsabilidades. Su padre era el único que le imponía límites, el único que la educaba, el único al que le importaban sus sentimientos. Recordó que, cuando era niña, él le enviaba alfajores para que repartiera a sus compañeros del colegio. Reconoció que en parte gracias a eso se había llenado de amigos, y a cambio ella le había arruinado lo único bueno que le pasaba en tantos años de sacrificio.

Sintió que el corazón se le partía. Necesitaba desesperadamente a su padre, y tembló de tanto que lo extrañaba. Extrajo su teléfono celular del bolsillo y lo llamó. Al oír su voz, estalló en un llanto todavía más amargo.

—¡Papá, perdóname! —gritó acongojada.

—Camila, ¿qué te pasa? —fue la respuesta que oyó. Ahí estaba su padre, como siempre, preocupándose por ella.

—¡Quiero estar con vos! —pidió, incapaz de calmar su angustia.

—Por favor, decime qué te pasa.

—No quiero estar acá, quiero pasar esta noche con vos —volvió a suplicar.

Julián suspiró mientras se alejaba de la mesa. Se ocultó en el patio de la casa de Claudia y desde allí habló en privado.

—Cami, no se puede —respondió con lástima.

De haber sido por él, habría pasado todos los días de su vida con sus hijos, pero su madre tenía la custodia y el derecho a tenerlos con ella en una de las Fiestas. Además, poco le importaba lo legal, sino el espíritu, y sin dudas Sabrina necesitaba de Camila y de Tomás tanto como él.

—¡Pero yo quiero estar con vos! —reclamó ella, a viva voz y entre lágrimas.

—Quiero que te tranquilices —trató de serenarla Julián con un tono pacífico, aunque la angustia de su hija se le enterrara en el corazón y lo entristeciera—. Si estás así porque discutiste con tu mamá, quiero que lo ignores por esta noche. Aunque sientas que ella no tiene razón y que fue injusta con vos por algún motivo, hoy es un día para celebrar, y tenés que

estar contenta. Estoy seguro de que tu mamá te necesita con ella hoy, pero mañana, puedo tratar de hablarle para que te deje venir a mi casa. Hoy no — volvió a suspirar—. Perdoname, Cami, pero hoy no se puede —Camila sollozó un momento en silencio—. ¿Dónde está tu hermano? —siguió preguntando Julián.

—Jugando a la Play.

—Bueno, quiero que vayas y te quedes con él —indicó entonces Julián, pensando que el juego podía entretener a Camila y hacerla olvidar—. Pero, sobre todo, quiero que dejes de llorar. Hacerlo por mí. No me gusta verte triste.

Camila hipó y se pasó la lengua por los labios.

—Sí —contestó.

—Gracias.

Aunque tanto su madre como el tal Martín habían notado que ella lloraba, nadie había ido a su cuarto para ver si necesitaba algo. De hecho, después de secarse las lágrimas y acabar el llanto, bajó las escaleras y halló que nada había cambiado. Su madre seguía en la cocina, revolviendo otra ensalada con Martín pegado a su trasero, sus abuelos en la mesa rompiendo nueces para las doce y su hermano jugando al fútbol.

Se sentó junto a Tomás, tal como su padre le había pedido.

—¿Querés jugar? —le ofreció él enseguida. Era tan parecido a Julián, generoso y siempre fuerte.

—No me gusta el fútbol —contestó Camila. Mientras Tomás respondía, miró por sobre el hombro a su madre, otra vez meciéndose con las caricias de su novio.

—También tengo carreras de autos, peleas, zombis...

Camila regresó la mirada a su hermano. Sintió que lo quería, y ese amor llenó su espíritu y le impidió hacer un escándalo. Había aprendido que oponerse a las relaciones que sus padres establecieran con otras personas no tenía sentido. Por haberlo hecho una vez, había arruinado a su padre, de modo que a su madre no le tocaría atravesar por lo mismo. En su interior sabía que con ella y con el tal Martín, tampoco le daría resultado. Entonces suspiró y se rindió al afecto.

—Bueno —dijo con una sonrisa triste—. Juguemos a matar zombis.

Su hermano se puso contento. Y a ella le pareció que el juego podría ayudarla, porque, de hecho, ansiaba matar a alguien.

Durante la cena, Camila aprendió a sostener otra cualidad de los adultos: la tolerancia. Aunque el novio de su madre le parecía soberbio y engreído, no lo evidenció en su conducta. Se mantuvo callada todo el tiempo y se fue a jugar con su hermano en cuanto tuvo oportunidad.

Sabrina se negó a que compartiera el primer día del año con su padre. La llevó con ella a la quinta de Martín, donde pasó la tarde junto a un árbol con Tomás.

—El novio de mamá no me gusta —manifestó el niño. Y ella, conforme lo que había aprendido, respondió:

—A mí tampoco, pero no digamos nada.

Si bien vio a su padre el dos de enero, no se atrevió a comentarle nada acerca de Martín, y mucho menos de lo que había sucedido con Natalia.

La semana siguiente, encontró una revolución en el grupo de Facebook secreto de los alumnos del colegio. Al parecer, Natalia Escalante había estado en un programa de televisión, presentando su libro.

Miró el video antes de leer los comentarios de sus compañeros. Se la veía tan distinta que no parecía su profesora; tan bien peinada y vestida, que le produjo una sonrisa de admiración. Hablaban de erotismo, hacían chistes sobre las escenas de sexo, y comentaban cualidades de un tal Fabián. Prestó atención y entendió que era el protagonista del libro, y que al parecer despertaba pasiones.

—¿Hay algo de realidad en lo que está escrito? —le preguntaron. Ante la curiosidad del periodista, Natalia respondió:

—Creo que siempre hay algo del escritor en sus obras.

La sonrisa se había instalado en el rostro de Camila y la acompañó incluso hasta después de acabado el video. Entonces se dispuso a leer los comentarios de sus compañeros.

En ese momento, su sonrisa desapareció por completo.

«JA]AJA, la Escalante hablando de sexo, si se nota que está más mal atendida!! », comentaba un chico de sexto.

«A esta no la atienden ni en la panadería», comentaba un compañero de su clase.

«K ase, mamá!», decía en chiste Lucas, el chico con el que había salido.

«Resultado putita», comentaba una chica.

No quiso seguir leyendo. Sentía tanta bronca e impotencia que apretó los puños y la respiración se le agitó. Tragó con fuerza, temblaba. Estuvo a punto de cerrar la página, pero le pareció que entonces sería cómplice silenciosa de la injusticia, y no podía permitirlo. Estaba segura de que muchos chicos de la escuela callaban por temor a represalias y por no ser mal vistos al defender a una profesora, pero a ella le pareció que antes de ser profesora, Natalia era persona, y que merecía su respeto, sobre todo porque se había ganado el de su padre.

Todavía con los nervios a flor de piel, redactó su respuesta:

«¿Por qué no la dejan en paz? ¿Qué derecho tenemos de juzgar lo que hace y de suponer lo que deja de hacer? Nos enseñó, aprendimos, y los que no aprendieron es porque no supieron aprovecharlo. Lo lamento, pero es lo que pienso. Esto que hacen no es más que depositar en otros sus propios miedos y frustraciones, están más pendientes de lo que hacen los demás que de ustedes mismos. Todo para etiquetar a la gente como nerd, cheto, estúpido, cumbiero... Me tienen harta, así que, si quieren, burlense de mí e insultenme, porque no me importa lo que escriban después de mi comentario. Igual voy a dejar este grupo que, por cierto, me parece una pérdida de tiempo. Y si mi comentario les molesta y quieren eliminarlo, tampoco me importa. Yo no soy la que se va a perder de crecer con la opinión del que piensa distinto, ni la que va a elegir quedarse con su mente flaca y chiquitita. Vivan y dejen vivir».

Nadie siguió comentando después de su intervención y varios abandonaron el grupo tras el suceso, pero ella jamás lo sabría, porque también lo había dejado.

Estaban en época de vacaciones y para marzo, cuando se reencontraría con sus compañeros, posiblemente todos ya hubieran olvidado el asunto. Ella, en cambio, pensaba que no podría olvidarlo nunca. Se sentía triste y culpable. Además, supo que su madre se iría unos días a la costa, sola con Martín, y

que la dejaría junto con Tomás en casa de su tía. Todo eso le provocó nuevas heridas.

En busca de sanarlas, llamó a Octavio, quien se había convertido en una especie de mejor amigo para ella. Se reunió con él en la plaza de siempre, pero no para escuchar música o reír de chistes malos, sino para contarle su problema. Le explicó cuál había sido su plan, y el modo en que había fracasado. Le contó que se sentía culpable por haber arruinado la relación de su padre con Natalia y que no sabía cómo volver el tiempo atrás.

—¿Lo hablaste con tu papá? —le preguntó Octavio.

—No puedo decírselo —contestó Camila, cabizbaja—. Lo intenté, pero no puedo. Tengo miedo de que se enoje conmigo y de que me odie.

—Es tu papá, nunca te va a odiar—la interrumpió él.

—Pero me da mucha vergüenza hablarlo.

Octavio se encogió de hombros.

—¿Y si se lo decís por escrito? —propuso.

Camila reflexionó un instante, y le pareció que Octavio acababa de darle una solución. Agradecida por eso, lo abrazó, apoyó la mejilla contra su pecho y respiró su perfume. Él respondió dejando una mano sobre su espalda. Siempre que lo tenía cerca, Camila sentía cosquillas en la panza.

—Gracias —le dijo.

Alzó la cabeza y, por error, designio de la naturaleza o intención de Octavio, sus rostros quedaron muy cerca. Camila pestañeó, le temblaban las manos. Octavio no dejaba de mirarla a los ojos, y con el juego de sombras que las ramas de los árboles proyectaban en su perfil llamativo, ella se sintió hipnotizada. Los dedos se unieron en la rodilla del chico, los labios se acercaron, y de pronto el mundo confluyó en un beso.

Había allí una promesa oculta.

Al oír el timbre por segunda vez, Julián por fin llegó al portero eléctrico.

—¿Estás apurada? —bromeó a su hija, viéndola por el pequeño monitor.

Camila sonrió de manera exagerada y esperó a que su padre le abriera la reja. Estaba nerviosa, pero había aprendido a esconder sus emociones.

—¡Hola! —lo saludó cuando lo tuvo cerca, y además le dio un abrazo muy fuerte.

Julián la alzó y la llevó pegada a su pecho con los pies en el aire hasta el comedor. Una vez allí, le ofreció leche chocolatada y galletitas, como siempre le daba cuando se veían, pero Camila las rechazó. Le pidió que se sentara a la mesa, y él obedeció.

—Te traje un regalo, pero tenés que prometerme que lo vas a abrir recién cuando me vaya —anunció—. Igual ya me voy, porque me están esperando en un lado.

—¿Perdón? —bromeó Julián—. ¿Cómo que te están esperando «en un lado»? —por dentro rogaba que el que la esperaba «en un lado» no fuese otro Lucas. Camila no se atrevió a contarle que se trataba de Octavio.

—¿Me lo prometés? —interrogó acerca del regalo.

Su padre tuvo que jurarle dos veces que no abriría el paquete hasta que ella se hubiera ido. Una vez que tuvo el misterioso objeto en sus manos, revestido de un papel verde con vetas plateadas, supuso su contenido.

—¿Es un libro? —preguntó con una sonrisa maliciosa. Camila se puso roja de vergüenza.

—No sé —dijo, y se puso de pie—. ¡Me tengo que ir!

Le dio otro beso y salió corriendo del departamento.

Él abrió el paquete, intrigado por la actitud de Camila. De hecho vio rápidamente que se trataba de un libro, por eso se apresuró a romper el envoltorio, y en cuanto consiguió apartarlo, los dedos le temblaron.

«Natalia Escalante. Camino al placer», leyó.

Respiró profundo, inseguro acerca de leer más. Muchos interrogantes se agolparon en su mente, empezando por las razones de Camila para haberle regalado ese libro. Sin dudas ignoraba muchas cosas.

Decidió hojearlo, y acabó viendo la imagen de la solapa, donde Natalia sonreía. Iba a leer la breve biografía literaria, pero halló que la primera página del libro, que debía estar en blanco, contenía una dedicatoria. Estaba escrita con la letra de Camila.

«Papá:

Tengo que contarte algo. Tengo miedo de que te enojés y no me quieras, pero si no te lo cuento, me voy a seguir sintiendo mal, y ya no quiero.

Yo hablé con Natalia. Yo le dije que vos querías a mamá, que tenías que

volver a casa, y si se separaron por eso, te pido que me perdonen. Yo no sabía lo que estaba haciendo.

Por favor, yo no me animo, pero vos que sabés decir todo, el sábado ella va a estar firmando libros, te dejo la dirección anotada acá abajo. Andá y decile esto que yo pienso. Si se enojó con vos por algo, seguro te perdona, porque sos muy bueno.

Te amo,
Caaamiii».

Tragó con fuerza. Ahí estaba el motivo por el cual Natalia lo había dejado. Esa era la razón que tanto había buscado, una conversación con Camila, pero no sintió alivio al conocerla. ¿Acaso había llegado demasiado tarde? Sentía intriga por el libro, pero no emoción ni afecto, como si su corazón se hubiera cerrado a Natalia.

Aun así, dio una oportunidad a la primera página, porque le pareció que eso no podía hacerle daño.

«Para vos, misterioso hombre de bar que inspiraste a Fabián.
Y para todos los que sirven de inspiración a la gente.
Aunque nunca lo sabrán...»

Así que el libro era para él. Lo comprobó cuando halló, en la página siguiente, que la frase que daba inicio a la obra era el capítulo siete de Rayuela.

A partir de ese momento, la lectura lo atrapó como no lo había hecho ningún otro libro en su vida.

Descubrió que Natalia lo había conocido semanas antes de que él siquiera notara que ella existía, que había comenzado a escribir esa novela gracias a él, que había sido su fantasía, y que un día se había convertido en realidad.

«Es el hombre de mis sueños, y aunque deseo que todas sueñen lo mismo, a la vez no quiero, porque es mío», leyó.

Leyó sentado a la mesa, en la cocina mientras se preparaba la cena, acostado en su cama. Le pareció descubrir a un nuevo hombre a través de los ojos de Natalia. Conoció todos sus sentimientos, aquellas palabras que ella no decía, pero guardaba muy adentro, en un lugar del que nadie jamás podría erradicarlas.

Conoció su presente, y también parte de su pasado.

«El día que mi padre se fue de casa, marcó un antes y un después en mi vida. Recuerdo como si fuera hoy que mi mamá lloraba arrojada sobre el sillón que está junto a la puerta que da al patio, mientras él revisaba mis cajones.

—Papá, ese es mi cajón, ahí no hay nada —le dije. Me sentía ultrajada en mi intimidad, porque hasta revolvió mi diario íntimo por si mi madre había escondido algo entre mis papeles.

Fui hacia donde estaba mi madre y le pregunté qué pasaba. Yo tenía siete años. Como la vi llorando, me eché a llorar también. Nadie me protegía, nadie me abrazaba, porque ella estaba hundida en su dolor, y él preocupado por marcharse rápido, antes de que la culpa, los recuerdos o vaya a saber qué sentimientos le dificultaran la partida.

Se fue cerrando la puerta de un golpe, y yo me eché a llorar a los pies de mi madre, que no me contestaba nada. En ese momento sufrí mucho esa partida, pero con el tiempo me acostumbré a que ya no escucharía insultos por las mañanas ni discusiones sobre «la otra», y entonces me pareció bueno. A cambio me quedé con una madre depresiva, que me decía que papá nos había abandonado y que yo era su compañera. No supe cuán en serio hablaba hasta que tuve edad de hacer mi vida y acabé haciendo la de ella. Es buena, la amo y moriría sin ella, porque me ha dado todo. Pero en realidad ansío vivir por alguien más, empezando por mí misma».

«La primera Navidad sin papá fue difícil. Había prometido venir a casa, pero apareció solo una hora mientras cenábamos, y se fue antes de las doce. Mi mamá me decía que se iba con «la otra». Nunca podré olvidar las compoteras de porcelana beige y pintitas negras que decoraban la mesa. Las usamos para el postre, mientras resonaban los fuegos artificiales de las doce. Por suerte el televisor servía de compañía. Solo éramos —y seríamos por siempre— mi madre y yo».

«Pasé ocho años de mi vida de novia con Joel, pero sin sentirme una novia. Me sentía un actor, una especie de nada que flota en el aire, que dice «te amo», que finge que ama. Me sentía un títere de los deseos ajenos, las falsas esperanzas y los orgasmos fallidos. Un ser sin pasión, y la pasión es la

que nos da vida. Por eso tal vez, antes de Fabián, yo era un ser muerto, en cambio a su lado reboso de vida».

«Su hija me mira con sus ojos marchitos, y se parecen tanto a los míos, que me asusta. Me dice que ama a su papá, que lo extraña, y es tan sincera, y está tan involucrada en sus propios sentimientos, que no se da cuenta de que a mí me pasa lo mismo. Me siento ella, solo que yo perdí un padre que debía ser perdido, en cambio ella... Yo le quité un padre que merece esa hermosa hija».

«Traté de ser feliz de muchas maneras, pero solo lo soy cuando Fabián me mira, cuando Fabián me toca. Soy feliz cuando Fabián me ama, porque yo también lo amo. Y aunque algún día pudiera pensar que ya no será mío, aun así lo seguiré amando. Porque en mi corazón, él es todo, aunque no pueda confesarlo. Algún día lo sabrá, así sea después de la muerte... Quizás entonces no hagan falta palabras, y los silencios basten, como a mí me basta su mirada».

Capítulo 30

El sábado, ni bien llegó al lugar indicado en Recoleta, Julián no vio a Natalia, pero supo que ella estaría ahí muy pronto. Una fila de al menos treinta mujeres esperaba con paciencia a que se hiciera la hora de comenzar la firma, mientras conversaban y hojeaban el libro que tenían entre las manos.

La librería era para él un lugar místico donde mil vidas esperan ser leídas, donde millones de personajes aguardan que alguien se apropie de ellos y que los transmute con sus interpretaciones. Un sitio transformado por el tiempo, a veces esclavo del capitalismo; otras, digno ejemplo de revoluciones anti comerciales. Pero en cualquiera de sus formas y especies, prendidas del marketing o en el mundo oculto, las librerías seguían siendo un sector mágico donde la imaginación contagiaba ilusiones y el arte relucía.

Era maravilloso recrear las vidas de los libros, pero haber vivido la historia que se contaba en uno de ellos, no tenía precio. Y esperar a la autora y protagonista de la novela, era todavía más excitante, sobre todo porque nadie más que él y ella conocía ese secreto.

Se puso en la fila, de brazos cruzados, con el libro entre el antebrazo y el pecho. Casi en el mismo momento, una señora rubia de cabello corto se dio la vuelta y le sonrió.

—¿Viene para la firma de libros? —preguntó. Julián le sonrió con amabilidad.

—Así es —respondió.

Al oírlo, otra mujer se dio la vuelta, y así algunas más.

—¡Qué genial! —exclamó la más joven de ellas, una muchacha de cabello negro enrulado—. ¡Los hombres también leen romántica! —Julián rio—. ¿La leyó? —siguió preguntando la chica. Las otras la miraron—. Es que capaz lo trae para firmar para su esposa o para su hija —aclaró.

—Lo leí completo dos veces, pero pienso leerlo muchas veces más —contestó él, divertido.

—¡Entonces, además de leerlo, le gustó! —exclamó la chica en respuesta.

—Yo se los doy a mi marido para leer, y también le gustan —contó otra, una mujer de cabello castaño.

—¿Y a ustedes les gustó? —les preguntó Julián, aunque la respuesta era bastante obvia.

—A mí me encantó —contestó una señora rubia de cabello largo que todavía no había hablado. Se la notaba más tímida.

—A mí me encantó Fabián —manifestó la más joven.

—¡Ay, sí, Fabián! —exclamó la castaña—. Es tan... lindo —rieron.

—¿Qué les gustó de Fabián? —interrogó Julián, con cierto temor. Había leído la visión que Natalia tenía de él, pero someterse al juicio de personas desconocidas, era muy distinto.

—¡Todo! —replicó la mujer, entusiasmada—. Que sea tan seductor y que no lo sepa. Creo que eso me llama la atención más que nada.

—Además, siempre sale adelante, no importa qué le pase en la vida —acotó la rubia de cabello largo—. Y me conmueve que sea tan protector y demostrativo.

Julián miraba a una y a otra, y las escuchaba sin poder creer lo que oía.

—A mí me encantó él, pero ella no tanto —comentó la señora más grande haciendo una mueca de disgusto—. No sé, sentía que todo el tiempo tenía algún problema, en cambio él, es un tipo sin vueltas. Además, por momentos la quería matar por las cosas que hacía. Yo hablaba sola, le decía: «¿cómo vas a hacer sufrir a este pedazo de hombre?» —todas rieron. Asentían—. Me daba bronca cuando pensaba que merecía algo mejor, y le gritaba: «¿quién te creés que sos?». Al final la perdoné, porque la entendí, pero igual no me terminó de convencer del todo.

—¿Por qué no nos dice él si un hombre podría enamorarse de una mujer

como Nadia? —propuso la más joven, señalándolo—. ¿A los hombres les gusta una Nadia?

Los ojos de Julián se iluminaron, y también su sonrisa, pero sus nuevas amigas jamás sabrían el motivo real de aquellas reacciones.

—Un hombre como Fabián, se volvería loco por ella —respondió con cautela. Las mujeres rieron.

—Pensándolo bien, díganme si él no tiene mucho de Fabián —lo señaló la castaña. Las demás volvieron a reír con fuerza. Julián se sonrojó, hacía mucho tiempo que no se sentía avergonzado—. La descripción física concuerda a la perfección, y hasta usa dos pulseritas —agregó.

—Sí, es verdad —asintió la rubia de pelo largo.

—¿Nos podemos sacar una foto con usted? —preguntó la más joven—. ¡Es todo un acontecimiento que tengamos un hombre en la fila y que encima se parezca al personaje del libro!

Todas aprobaron la propuesta y le dirigieron miradas divertidas.

—Me siento famoso —bromeó Julián. Las lectoras rieron y se prepararon para la foto, que fue tomada muy rápido por la hija de una de ellas.

A partir de ese momento, la fila avanzó de a ratos. Julián ya había visto a Natalia cuando se había sentado y mientras conversaba con las personas que se le aproximaban, pero ella estaba tan obnubilada por el afecto de la gente, que no lo había visto.

La observó firmar libros, sacarse fotos con las personas y sonreír sin parar. Conversaba con sus lectoras, y en esos instantes no parecía tímida ni reprimida, sino humilde y sencilla, pero segura. Se dio cuenta de que ella era feliz, y le gratificó no ser el único capaz de brindarle una sensación tan maravillosa. La gente también se la daba, aunque jamás lo sabrían. La contempló mientras estuvo a la distancia, y cuando se halló más cerca, al fin oyó su voz.

—Amé a Fabián —le comentó la mujer que se le había aproximado en ese momento. Natalia resplandeció.

—Yo también lo amo —contestó. En sus ojos se evidenciaba admiración.

Después de las lectoras con las que había conversado todo el tiempo que pasaron en la fila, le tocó el turno a la última antes de él. No podía creer que

Natalia todavía no se hubiese dado cuenta de que estaba ahí. Tanto se concentraba en cada persona que se le acercaba, que el resto desaparecía.

—Me gustó mucho tu libro —manifestó la mujer con una sonrisa—. ¿Para cuándo el próximo?

Natalia despertó ternura y calidez con su risa. Ni siquiera sabía si alguien le publicaría otro libro, pero se sentía realizada solo con haber publicado ese, y que la gente demandara más, era un estímulo que se sentía increíble. No podía creer que lo que ella amaba, a los demás también les gustase, porque nunca se había atrevido a pensar que podría siquiera darlo a conocer.

—Ojalá haya un próximo libro —contestó, siempre con cautela—. Muchas gracias por querer leer más de mí.

La mujer asintió y entregó su ejemplar. Natalia lo firmó, se tomaba tiempo para hacerlo porque no le gustaba repetir siempre la misma dedicatoria. Le dolía la mano de escribir, pero lo hacía con placer y agradecimiento, porque esas personas le daban su tiempo y su entusiasmo, y la estaban haciendo feliz. Lo que más adoraba, era que le dijeran que habían amado a Fabián, y que más allá de la historia de amor y erotismo, habían hallado historias de vida.

Después de firmar, le devolvió el ejemplar y sonrió.

—Gracias —dijo la mujer—. ¿Podemos sacarnos una foto?

—Claro —consintió Natalia, aunque odiara verse en fotografías.

—¿Puede sacarnos una foto, por favor? —pidió la lectora al tiempo que se daba la vuelta para entregar la cámara a Julián.

Entonces, Natalia lo vio.

Se puso tan pálida que parecía a punto de colapsar. Él lo notó al instante, por eso sonrió tratando de serenarla. Aunque estaba tan o más nervioso que ella, jamás permitiría que se notara. Aceptó la cámara, esperó a que la lectora se ubicara junto a Natalia, y capturó la imagen. La escritora salió con cara de susto.

—¡Gracias! —expresó la mujer recuperando su cámara, luego se volvió hacia Natalia y la saludó con un beso antes de retirarse.

Ni bien el frente del escritorio quedó libre, Julián dio un paso más y dejó el libro delante de Natalia. Ella tragó con fuerza. Temblaba.

—Amé tu libro —comentó él como si se tratase de un lector y un libro más—. Me resultó profundo y sentido, aunque el giro del final me pareció cruel. Por un momento pensé que iba a terminar mal, y me dieron ganas de matarte, pero por suerte lo supiste salvar a tiempo. Me gustó la reconciliación en el bar, pero en una firma de libros me hubiera gustado más. Habría sido un poco más... real.

Natalia pestañeó varias veces, sin poder hablar. Parecía mentira que fuera capaz de llenar hojas y hojas de palabras escritas, y que en ese momento, todo lo que pudiera hacer fuera temblar.

Julián señaló el libro.

—Quiero que me lo dediques: «Para Julián, el hombre que está tan loco por mí, que vino hasta esta librería a besarme delante de todos estos curiosos» —señaló en derredor con rapidez. Como Natalia seguía inmóvil, reclamó—. Escribí.

Ella, obediente, bajó la mirada. Abrió el libro con dedos temblorosos, y en la hoja que debía firmar, halló la nota de Camila. Solo leyó «papá», y enseguida miró a Julián.

—Fue un regalo de mi hija —le explicó él, y no hicieron falta más palabras.

Natalia se humedeció los labios, bajó la cabeza, recogió la lapicera y dio vuelta la página. Ya en la hoja siguiente, suspiró y escribió con letra temblorosa:

«Para Julián, el hombre que amo, de la mujer que está tan loca por él que lo va a besar en esta librería, delante de todos estos curiosos».

No le dio tiempo a su razón para que opinara nada. Aunque le temblaban las piernas, le transpiraban las manos y el corazón le latía a ritmo tan acelerado que parecía a punto de abandonar su pecho, se levantó de la silla, tomó a Julián del cuello y lo acercó a su boca tal como hubiera deseado hacer la primera vez que lo había visto.

Sintió que él le rodeaba la cara con las manos y respondía al beso con calidez apasionada. Mientras tanto, en su mente se agolpaban las imágenes de la vida y del libro: Julián sentado en una de las mesas exteriores del bar, Julián en la primera cita, Julián haciéndole el amor. Él llenaba cada rincón de

su fantasía, y por siempre llenaría también su realidad.

Cuando el beso acabó, él no le liberó las mejillas, que todavía gozaban del calor de sus manos. La miró a los ojos y con una sonrisa calma, susurró:

—Te amo.

—Yo también te amo —respondió Natalia—. Y te pido perdón.

—Yo tampoco soy perfecto —replicó él, todavía sonriente—. Me hiciste demasiado bueno en tu libro.

—Solo conté la verdad que vos no ves.

—La veo —asintió él—. Ahora la veo.

En ese momento se dieron cuenta de que la gente estaba aplaudiendo. ¡Menuda vergüenza! Se sonrojaron como si hubieran pautado hacerlo al mismo tiempo.

—¡Lo sabía! —oyó Natalia que una voz femenina gritaba—. ¡Les dije que encajaba perfecto con el personaje!

A esas personas, su demostración de afecto no les despertaba rechazo ni curiosidad malsana. Les parecía producto de un libro, porque habían sido testigos del amor en la ficción, y porque todo buen lector sueña con que la fantasía se convierta en realidad.

Por primera vez sintieron que no solo eran aceptados sin cuestionamientos, sino que, además, eran alentados a perseguir sus sueños. Comprendieron así que todo lo que hace falta para vencer nuestras propias limitaciones es perder el miedo. Es dejarse atrapar por la imaginación, que es capaz de vencer todas las barreras.

Después de la firma, Julián la llevó a cenar. El restaurante estaba ubicado en el último piso de un hotel. Los amplios ventanales del lugar daban a una terraza de columnas de piedra y cortinados blancos desde la que se podía apreciar la ciudad. Las mesas de madera blanca y las sillas de hierro negro conformaban un ambiente rústico y a la vez delicado. Del techo pendían algunas lámparas de papel apagadas; lo único que los iluminaba eran las velas que se hallaban sobre las mesas y en algunos candelabros empotrados en las paredes. Los envolvían los susurros de la gente y una música suave.

—Es tan hermoso —murmuró Natalia, aproximándose a uno de los ventanales abiertos. Iba a pasar del otro lado para admirar la ciudad desde la

terraza, pero justo en ese momento, un anfitrión se les acercó y les indicó la mesa que ocuparían.

Tan rápido como se habían ubicado, les ofrecieron el menú, pero Natalia no prestó atención a nada de lo que allí se ofrecía. A ella nunca le importaba lo que ordenaran, y menos en ese instante en el que todo lo que podía hacer era mirar a Julián. Pensaba en lo feliz que se sentía con el hecho tan simple de tenerlo frente a ella y en cuánto la excitaba. Se humedeció los labios y se cruzó de piernas, buscando apagar el fuego que la consumía. Admiraba sus manos, su nariz, sus ojos. Y acabó de derretirse cuando él alzó la cabeza para mirarla.

—¿Qué vamos a pedir? —le preguntó.

—Lo que sea —masculló ella con voz profunda.

Julián no dejó de mirarla. Se olvidó por completo del menú y se concentró en la energía que desbordaba a Natalia. Se sintió tan excitado como ella, solo que a él le costaba mucho más trabajo disimularlo, porque su erección comenzó a latir en su entrepierna. Por suerte estaba oscuro, y lo único que les permitía verse a corta distancia era la luz de las velas.

Tragó con fuerza y entrecerró los ojos, como siempre le sucedía cuando deseaba tanto a Natalia que podía morir si no complacía ese deseo. Ella se mordió el labio y comenzó a respirar hondo. Apretaba cada vez más las piernas.

Se estaban haciendo el amor con la mirada, y hubieran dejado de lado la cena y todas las demás formalidades humanas solo por hundirse en el divino mundo del sexo.

Horas más tarde, la noche los encontró haciendo el amor en el sillón del departamento. Arrodillada frente a Julián, Natalia bajó la cabeza y buscó el borde de su camisa para levantarla.

—Me encanta esta parte de tu cuerpo —murmuró rozándole el vientre con una uña.

Una línea de vello negro surcaba el ombligo y se perdía debajo del pantalón. La piel más oscura que la de ella y los músculos demarcados por la posición en la que se encontraba, le produjeron cosquillas en el estómago. Entonces se inclinó sobre la suavidad que se le ofrecía y la besó. Contrastaba

con el rostro de Julián, que casi siempre tenía un rastro de barba, y le provocó sed. Buscó saciarla lamiéndolo, como si pudiera sorber de su piel.

De pronto oyó que la respiración de él se agitaba. Contagió a la de ella cuando elevó la cadera y enredó los dedos en su largo cabello castaño. Le acarició la cabeza como su personaje hacía con la protagonista de su novela y ella le besó el vientre con mayor dedicación, si acaso podía existir más ansiedad que esa.

Sus labios descendieron hasta rozar el borde del pantalón de vestir, mientras Julián todavía le acariciaba el cabello y trataba de respirar. Llevó los dedos al botón del pantalón y lo desabrochó. Lo mismo hizo con el cierre, y así su boca pudo seguir bajando al tiempo que con las manos apartaba el bóxer negro.

—También me encanta esta otra parte de tu cuerpo —susurró contra su pene, dejando allí su aliento como recuerdo cuando volvió a subir hacia el ombligo, humedeciendo el recorrido con su lengua.

Cuando se le ocurrió alzar la cabeza para quitarle la camisa, descubrió que Julián la miraba con una expresión de deseo abrumador que solo ella provocaba en él. Sonrió pensando que seguro su propio rostro expresaba lo mismo, porque solo Julián conseguía liberar esa parte de sí misma que había permanecido tanto tiempo oculta.

—Te amo —dejó escapar con admiración.

Julián respondió tomándola de la cintura y obligándola a sentarse a horcajadas sobre sus muslos. Después le atrapó la cara con las manos y le introdujo la lengua en la boca. Fue mucho más pasional y violento que el personaje del libro.

Natalia le desprendió los botones de la camisa y él estiró los brazos para que ella se la quitara. Permitió que Julián hiciera lo mismo con su blusa y luego se arrodilló para que abriera el cierre de su pollera. Se levantó para que Julián le quitara la falda, sacudió un pie para arrojarla al piso y atrajo su cabeza hacia su entrepierna.

Julián se aferró a la ropa interior femenina mientras sus labios se deslizaban por el vientre suave y pálido, hasta alcanzar la tela de la prenda que atrapó con los dientes. La bajó con ayuda de los dedos, y entonces su

boca se encontró con el clítoris. Lo lamió con suavidad, y se deleitó con su sabor.

Natalia echó la cabeza atrás y se humedeció los labios. Tenía sed y calor. Se movió contra la boca de Julián demandándole más, y él se lo dio. Ella apretó sus hombros, masajeó su cuello y enredó los dedos en su cabello negro mientras su cuerpo era presa de aquellas gratificantes sensaciones que partían de su pelvis, pero se replicaban, sobre todo, en su corazón.

Se sentía tan plena y feliz, tan amada y con tanto amor para dar, que hubiera pasado la vida en el placer.

Cuando su deseo no resistió más embates, se agitó y su respiración se convirtió en gemidos inconexos, entre los cuales parecía haber muerto, pero estaba más viva que nunca. Su alma resucitaba con el sexo.

Gritó con el orgasmo y entonces se sentó sobre las piernas de Julián, quien enseguida le rodeó la cintura para levantarla. Natalia se mantuvo en cuclillas un momento, mientras él apartaba el pantalón y el bóxer, y luego volvió a caer. Lo hizo sobre su miembro, que entró en su cuerpo húmedo y todavía latiente casi tan rápido como en su boca entraba la lengua de Julián. Se movió contra él, buscando otra vez las increíbles sensaciones que en realidad nunca la habían abandonado del todo, y se entregó a sus caprichos.

Las manos de Julián se deslizaron por su espalda hasta alcanzar el broche del soutien. Lo desabrochó despacio, a una velocidad que contrastaba con la rapidez de los movimientos de Natalia y los del beso. Del mismo modo pausado deslizó los breteles sin dejar de besarla y apartó la prenda de su camino. Bajó la mirada y sus ojos se apoderaron de los pezones rosados que se le ofrecían, erguidos y ansiosos. Inclino la cabeza y atrapó uno con los labios. Lo lamió y entonces la respiración de Natalia volvió a enloquecer. Jadeaba y se movía a punto de alcanzar un segundo clímax, y él ya no sabía cómo contener el suyo. Siguió acariciando la espalda de Natalia mientras su boca iba al otro pezón y volvía a succionar. Sentía que el interior de Natalia se contraía y eso lo hizo gemir. Fue un sonido gutural que provocó aún más placer en ella, y que la hizo quejarse también.

El conjunto de sonidos y sensaciones los condujo por un camino sin retorno. Natalia se abrazó a su cuello, sus pechos se pegaron al torso de él, y

entonces volvieron a besarse en la boca, de manera más profunda y húmeda. Después, y sin darse cuenta, se quedaron un momento con los labios entreabiertos, compartiendo la respiración. Fue entonces cuando alcanzaron juntos el punto máximo de placer.

Volvieron a besarse y permanecieron unidos un tiempo más. Se miraron a los ojos, ella esbozó una sonrisa llena de satisfacción y él le acarició los labios con el dedo.

—Te quiero hacer el amor hasta que digas «basta» —confesó, mirándola a los ojos. Natalia volvió a sonreír.

—Eso nunca va a pasar —prometió.

—¿Nunca? —le preguntó Julián rozándole el labio con el pulgar.

—Jamás —aseguró ella—. Sos hermoso, te amo.

Las palabras, dichas en un tono lleno de amor y de lujuria, hicieron que Julián la tomara de la cintura y que la cargara así hasta la habitación. Abandonó el pantalón en el piso del living.

La sentó en la orilla de la cama, apoyó ambas manos junto a su cadera y se inclinó hacia ella para respirarla. Olió su cabello y le dejó como recuerdo la humedad de su lengua sobre la sien. Natalia abrió la boca buscando respirar, pero le costaba hacerlo. Julián le llevó el cabello hacia atrás hasta que sus dedos se enredaron con las hebras castañas, y luego se inclinó sobre su cuello. Le besó la piel sensible de aquella zona y después le lamió el lóbulo de la oreja.

Natalia abrió las piernas y se arrastró hacia adelante, para que la rodilla de Julián se pegara a su clítoris. Alzó la cabeza para entregarle los labios, y él los aceptó brindándole los suyos. Mientras la besaba, la hizo ir hacia atrás hasta encontrar el respaldo de la cama. Entonces se arrodilló entre sus piernas y se aferró al respaldo de hierro para encerrarla entre sus brazos.

Natalia cambió la mirada de los ojos de Julián a su boca, y de su boca a su pecho. Del mismo modo bajó hasta su vientre, y así hasta a su miembro. Se moría por Julián, se moría por amarlo, y se lo hizo saber volviendo a sus ojos. Los de él se habían entrecerrado.

Estiró una mano, lo tomó por la cabeza y lo atrajo hacia sus labios. Lo besó con anhelo, sin que la razón interviniera en sus actos, y él respondió de

la misma manera. Natalia se acostó, y Julián se sostuvo sobre ella. La penetró de una sola vez, llevándola hacia atrás con su movimiento, y la embistió tantas veces que ella acabó enredando las piernas en su cadera y moviéndose a un ritmo frenético que tenía más de locura que de conciencia.

—Morí sin vos todo este tiempo —masculló él en su oído, y Natalia lo obligó a callar frotando su mejilla contra la de él, buscando el rastro de barba y el dolor del placer.

Acá estoy para vos, pensaba. Con vos adentro. Y sin darse cuenta, se halló gritando, prisionera de las sensaciones que ella también había añorado todo ese tiempo.

Poco después, estaban acostados sobre el acolchado revuelto. No habían dejado de mirarse y se acariciaban el cabello el uno al otro.

Como siempre, Natalia comenzó a adormecerse entre sus brazos.

—Imagino que te vas a quedar conmigo —susurró él en su oído—. Todos los días a partir de «cuanto antes».

Natalia rió por la manera peculiar de invitarla a vivir con él, y luego suspiró, todavía con una sonrisa.

—«Cuanto antes» puede ser... ¿en una semana? —preguntó. Sería tiempo suficiente para preparar a Liliana para aceptar su partida.

—Cuando lo consideres oportuno —respondió Julián.

Natalia no le reclamaba que se casara con ella o que asumieran un compromiso más riguroso, sin dudas porque, como él, sentía que su amor era lo suficientemente profundo como para prescindir de esas convenciones sociales. Sin embargo, había algo relacionado con el espíritu que él no se quería perder por nada del mundo.

—También me gustaría que, algún día, evaluemos la posibilidad de dejar de cuidarnos —sugirió.

Natalia comprendió al instante la alusión a abandonar los métodos anticonceptivos, y su corazón dio un vuelco. Pestañeó, como hacía cada vez que algo la dejaba sin palabras. Con Julián, eso ocurría muy seguido. Saber que él deseaba tener hijos con ella la hizo tan feliz, que le costaba ponerlo en palabras. Moría por conocer una mezcla de ella y de Julián. Sin embargo, había aprendido que en la vida el tiempo se encarga de todas las cosas, y que

tenía tanto por delante que lo único que valía la pena era el presente.

—Acabo de tener un hijo —le recordó—, nuestro libro. Me gustaría que disfrutemos de lo que nos dé, y que después sí, evaluemos dejar las píldoras. Quiero que usemos el dinero de las ventas para irnos de viaje.

Él sonrió. Quería ser quien invitase a Natalia a viajar, quizás porque en su época las mujeres no pagaban las salidas.

—No hace falta que usemos tu dinero para eso —sugirió.

—¿Y qué voy a hacer con él, cambiar el auto? —se ofuscó ella, en broma—, Un auto no es mi sueño, es la Polinesia. El sueño cumplido del libro tiene que cumplir otro, el viaje, y el sueño del viaje, puede que traiga el próximo: nuestro hijo —sonrió, viendo su futuro—. ¿Te imaginás poder decir que concebimos un bebé en la Polinesia? —rio—. Te necesito conmigo para eso, ¿me acompañarías?

Julián sonrió de nuevo y le apartó el cabello de la frente para besarla.

—Te voy a decir algo muy trillado en las novelas románticas —anunció—. Te acompañaría hasta el fin del mundo.

Natalia estalló en risas, y Julián se acopló. Después de un momento, ella se estableció sobre él, le rodeó el rostro con ambas manos y lo besó de manera fugaz.

—No importa cuán trillada esté la frase. Suena muy bien en tus labios, Fabián —reconoció.

—Por eso sos mi escritora favorita, Nadia —resolvió Julián.

Y con la melodía de sus risas y de sus palabras de amor, todo volvió a empezar.

Si las buscás con perseverancia, todas las fantasías, tarde o temprano, se hacen realidad.

Agradecimientos

Hace mucho que adeudo una página como esta para todas las personas que ayudan a que mi sueño, como el de Nati y Juli, siga siendo real. Sin dudas me olvidaré de alguien, espero sepan perdonarme.

En primera instancia, quiero agradecer a la vida, aunque ya lo sabe.

A mi abuela Nelly, que me ha enviado todo esto que comenzó con Malas intenciones y que de pronto se convirtió en mucho más.

A mis padres, Lidia y José (Raúl), por haberme dado la vida, por estar a mi lado de una u otra manera, en una u otra época, cuando yo los necesitaba. Nunca es tarde, Natalia también lo sabrá. Los amo profundamente y los recordaré por siempre. Siempre en mi corazón, vivos en mis historias, donde va mi alma y sobrevivirá la muerte.

Quiero destacar a las dos personas que leyeron un manuscrito mío por primera vez y me impulsaron a enviar material a editoriales: Marina Rivero e Ingrid Erazo (Maru Seattle e Ingrid Seattle). Gracias por haberme dado el impulso que la perfeccionista de Anna no se animaba a tomar.

A mis lectoras de prueba habituales, algunas de ellas colegas escritoras; amigas que con su primera lectura de historias que todavía están en pañales, colaboran en mi trabajo con sus halagos, análisis y sugerencias: Marina Rivero, Marilí, Karina Costa Ferreyra (Brianna Callum), Silvana Berbel, Romina Pizzella y quienes alguna vez hayan sido tan generosas de destinar su tiempo y su atención para esta impagable tarea.

Lo mismo para Majo Riquelme, Pamela Chacón y Naty Folicuré, quienes

mantienen activas las páginas de las novelas con todo su empeño y entusiasmo.

A todos los que me ayudan a construir mis novelas: profesionales, encuestados, autores de libros y páginas de Internet, sexólogas, psicólogas... gente. En la realidad están las fuentes máspreciadas.

Por supuesto, a mis editoras, Silvia y Jessica, por la pasión que depositan en cada texto, y al fabuloso equipo editorial, por confiar en mis historias, que salen del corazón y llegan al papel gracias a su valiosa tarea.

Finalmente, un GRACIAS especial a mis lectoras y lectores, a las mujeres y. hombres que disfrutan de mis historias, que las recomiendan y hacen que otros las conozcan. Sepan que son muy importantes para mí y que cuando describí a las lectoras que aparecen en este libro, estaba pensando en cada una de ustedes, en su alegría y efusividad, en el cariño que me brindan y que espero devolverles con más historias, esperanzada en que se ganen un lugar en su corazón.

Mensaje encriptado: Gracias, Juli, te amo con el alma, te voy a extrañar.

¡Hasta la próxima!

Anna.



Anabella Franco nació en Quilmes, Buenos Aires, Argentina en 1985

Anabella Franco es escritora de novelas románticas, cuentos y relatos de géneros diversos, ensayos y artículos nacida el 3 de marzo de 1985 en Quilmes (Buenos Aires, Argentina). Aunque cultiva diversos géneros, se destaca en novela romántica.

A veces escribe bajo el seudónimo Anna Karine.

Es docente de Literatura, estudió Letras y Corrección Literaria, y comenzó a escribir a temprana edad, lo cual se convirtió luego en su profesión.

Leyó su primera novela romántica a los quince años y eso la enamoró del género. Se desempeñó como jurado de diversos concursos literarios institucionales y como coordinadora de talleres de escritura. Ganó varios certámenes literarios y publicó su primer relato en 2005. Desde entonces han visto la luz muchas publicaciones en antologías hasta que en 2011 se publicó su primer libro.

Sitio web oficial: <http://annakarine.blogspot.com.es/>